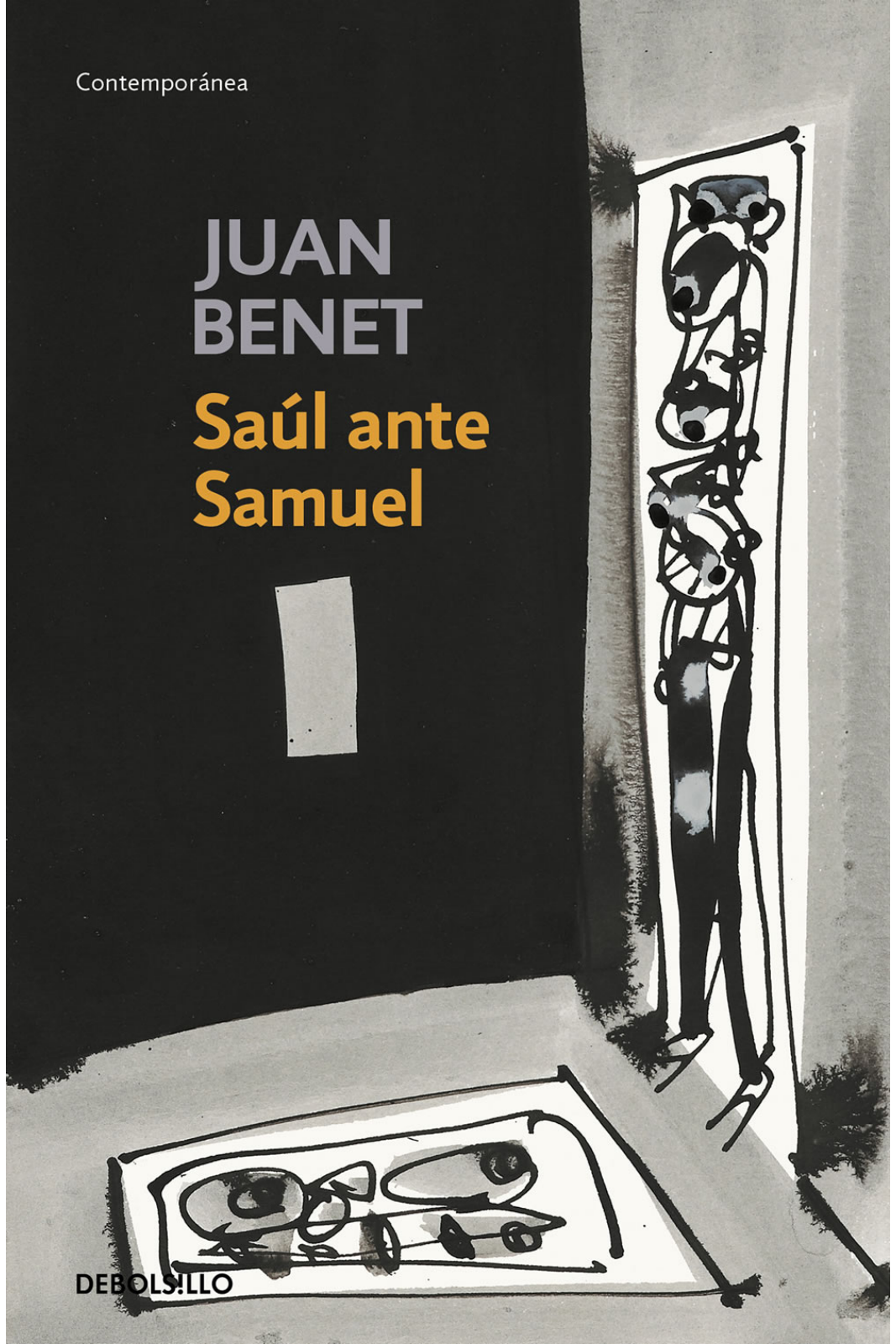
Contemporánea

JUAN BENET

Saúl ante Samuel



DEBOLSILLO

Juan Benet

Saúl ante Samuel

DEBOLSILLO

Nota de los editores

«En *Saúl ante Samuel*, más que en ningún otro de mis libros, está, por decirlo así, el cuerpo de mis opiniones sobre la historia de este país, sobre el futuro, sobre la ruina, sobre la constitución del español, sea éste falangista, republicano o monárquico. Las que están en este libro son mis opiniones, y en ese sentido, la novela es muy personal.» Esto declaraba Juan Benet en una entrevista publicada en *El País* en agosto de 1980, meses después de la aparición de la que el propio Benet juzgaba como «la más completa» de sus obras y que con razón tiende a considerarse como la cumbre de toda su narrativa.

Más de siete años de perseverante trabajo llevó a Benet la escritura de *Saúl ante Samuel*, cuya concepción es más o menos contemporánea a la publicación de *La otra casa de Mazón* (1973). Esta novela prefigura —si bien en clave muy distinta— algunos de los motivos principales de *Saúl ante Samuel*: la decadencia y ruina de la casa familiar, los impulsos fratricidas, la sórdida e insensata expectativa de un personaje agazapado, las resonancias bíblicas... En el camino que lleva de uno a otro libro, Benet publicaría otros varios (de ensayos, de relatos, e incluso una chocante novela, *En el estado*, de 1977), todos ellos, según su autor, «maniobras de distracción» destinadas a descomprimir el cansancio y la tensión que le suponía la redacción de su libro mayor. Él mismo lo explicaba de este modo en la extensa entrevista que le hizo Ludovico Nolens para la revista *Quimera* (n.º 3, enero de 1981): «*Saúl ante Samuel* significa para mí la culminación de todo un proceso. Son siete años de trabajo en esa novela; no seguidos, naturalmente, sino

interrumpidos de forma temporal por otros libros. Era tan costosa la elaboración de este trabajo que, en el transcurso de esos años, llegué a publicar varios para distraerme, como acompañamiento del "navío importante de la flota". Lo que sí puedo asegurarte es que ya nunca más haré un libro de esta envergadura. Ni lo superaré, ni le dedicaré jamás tanto esfuerzo a una novela».

Benet insistiría en esto último, aun cuando no tardaría en embarcarse en la redacción de *Herrumbrosas lanzas*, novela menos exigente que *Saúl ante Samuel* pero en la que hubo de invertir también largos años (quedaría inconclusa). De hecho, *Herrumbrosas lanzas* estira y prolonga un asunto que en *Saúl ante Samuel* cobra un relieve importante: el de las operaciones militares que tienen lugar en Región durante la Guerra Civil. Para redactar los pasajes referidos a ellas, decía Benet haber estudiado a fondo «momentos y fases de la guerra española, por supuesto transformadas hasta donde la fantasía lo permite». Y apostillaba: «He seguido bastante al pie de la letra determinadas operaciones, y concretamente las ofensivas o de ataque, para ahondar y reproducir, en cierto modo, la literatura de los historiadores de la Guerra Civil y la de los propios mandos; ahí se encuentran las partes verdaderamente descriptivas de la batalla».

Benet hacía estas declaraciones en la ya mencionada entrevista de Ludovico Nolens para *Quimera*, donde discurre extensamente sobre *Saúl ante Samuel*. «Mi pretensión —dice allí —, desde la primera página hasta la última, era ofrecer exclusivamente sustancia literaria; toda la experiencia narrativa de esa novela estriba en tratar de reducirla a una serie de textos de expresión pura, sin los aditamentos de ciertas técnicas al uso, como los diálogos, cierto contrapunto, etc. No hay ninguna amenidad, la novela rezuma un estilo literario muy definido que, por otra parte, no viene dado ni por la

puntuación ni por los paréntesis.»

Poco antes de estas palabras, puntualizaba Benet: «No creo que la novela sea ninguna trampa puesta al lector en ningún sentido, ni tampoco una residencia para lo *esthéticien*, pero quizás algo tenga de eso; es decir, la meta no era llegar a una amplia masa de lectores. Como se trata de un libro escrito para mí, desde mí, vivo reflejo de una vivencia de aquellos siete años, es, efectivamente, muy recóndito [...] Los verdaderos protagonistas de mi novela, como podrían ser los personajes, el argumento, los caracteres, fueron esquematizados lo más posible porque lo que me interesaba era otra cosa. Quiero dejar bien claro que no deseé hacer nunca un texto de ruptura vanguardista, aunque me saliera, como dije antes, recóndito y difícil. Eso era inevitable desde el momento en que ahí se dan cita todas mis opiniones, reducidas y proyectadas en una historia ciertamente molesta».

Y aun: «Todo el libro es, en ese sentido, nebuloso. Hay muy pocos párrafos donde pueda entreverse una ligera luminosidad. Concretamente, al final, en las últimas páginas, se lee la única anécdota de la novela: es una especie de regalo que se le hace al lector por haber llegado ahí; considero que es un fragmento de narrativa casi costumbrista, diría yo. Todo lo demás queda envuelto en vaho, en penumbra, se pasa de un párrafo a otro, hay alteraciones bastante complicadas pero, en general, no es tenebrista».

Por lo que al título respecta, dice Benet en la misma entrevista: «Bueno, se trata de una elección muy pensada, no tiene nada de azar». El título alude al libro primero de Samuel, del Antiguo Testamento, más concretamente a los versículos comprendidos en 1 Samuel 8,1-15, en los que se narra el encuentro y la relación entre el profeta Samuel y el que estaba destinado a ser el primer monarca de Israel. «Me impresionó mucho el enfrentamiento, en todos los órdenes, entre la figura

del rey y la del sacerdote —explica Benet—. Se enfrentan ahí el poder de la acción y el poder del pensamiento; el poder de matar y el poder juzgar la matanza; el guerrear por una causa y el quedarse en casa a bendecir o maldecir esa guerra, a *interpretarla* [...] Desde un principio pensé en ubicar a Saúl *ante* Samuel, no Saúl *y* Samuel; concebí una acción ya pasada, con las ventajas que ello supone. Saúl se presenta, tras su reinado de asesinatos, tensiones y violencias, al sacerdote, que es quien debe juzgarle.»

La primera edición de *Saúl ante Samuel* la publicó en Barcelona La Gaya Ciencia, en 1980. Al parecer, Juan Benet quedó descontento de esta edición, cuyas pruebas no controló y que contenía numerosas erratas. Al morir Benet, el 5 de enero de 1993, acababa de revisar las galeradas de la segunda edición de la novela, en Alfaguara Bolsillo (Madrid, 1993). La cubierta de esta edición iba ilustrada con una pintura de Eugenio Benet, hijo del autor. A los pocos meses (en 1994) se publicó en la colección «Letras Hispánicas» de la editorial Cátedra una edición comentada de la novela, a cuenta del hispanista John B. Margenot III. Éste empleó como texto base las galeradas de la edición de Alfagura Bolsillo, en las que detectó abundantes cambios y añadidos respecto a la de La Gaya Ciencia. Respecto al de esa edición, el texto del último mecanoscrito de la novela, conservado por los herederos de Benet, no ofrece diferencias dignas de mención.

En la introducción a su edición comentada, John B. Margenot III habla de «la gélida recepción crítica de *Saúl ante Samuel*». Apenas aparecieron en su momento media docena de reseñas del libro, cuya escasa resonancia iba a quedar apagada por el «ruido» que produjo, ese mismo año, la noticia de que Juan Benet se había presentado al premio Planeta y había quedado

finalista con *El aire de un crimen*, novela publicada también en 1980.

En la bibliografía sobre *Saúl ante Samuel* ocupa un lugar destacado el esclarecedor ensayo de Gonzalo Sobejano que acompaña la presente edición. «*Saúl ante Samuel*, historia de un fratricidio» fue publicado originalmente en *Modern Language Notes*, n.º 98, marzo de 1983, pp. 250-258, y fue revisado por el autor para su inclusión en un número monográfico dedicado a Juan Benet por la revista *Voces* de Barcelona.

Saúl ante Samuel

El lugar se podía haber llamado... ¿a qué seguir? Eso es lo de menos. No se llamó nunca de ninguna manera acaso porque sólo existió un instante, sin tiempo para el bautizo. De haber prolongado su existencia se podría haber llamado Re... pero de alguna manera se llamará si un día llega a existir. De no haberlo visto antes no será fácil identificarlo pues nada le distingue de mil lugares semejantes y apócrifos: un pueblo donde nunca llegaron a alumbrarse más de mil fuegos y un cruce de caminos, uno de los cuales llegó a asfaltarse en parte en tiempos de una dictadura que dejó el trabajo en suspenso ante un puente de piedra de un solo arco, sobre un manso río de montaña cuya corriente casi todo el año es denunciada por unos lienzos blancos y ropas azuladas puestas a secar sobre unos estrechos prados cercados de chopos que los defienden del asalto de esas laderas de marga rojiza siempre dispuesta a cerrar la herida del agua. Si se mira de lejos, con la sierra al fondo, apenas parece nada: de un lado un cementerio y de otro una torre en ruinas, un diálogo de dos ancianos mientras unos chiquillos guerrean con armas de palo. Y al tiempo que el visitante se acerca una tapia se vence hacia un imposible desplome que servirá de asilo a rencorosas ortigas e inmortales envases de plástico. De tiempo atrás, colgado de la rama de una acacia, flamea un paño desteñido y una lápida pregona los nombres de unos héroes sin renombre, grabados por el buril del verano. Tan sólo la cigüeña vigila, revancha de un blasón, y sacude sus alas sobre una sábana de nácar. También la casa, al final de la calle que desemboca en un ábside, tenía que haberse llamado de alguna manera... quién sabe.

Pero aquel que lo viera una vez, en cambio, no lo olvidará

nunca. No porque sea un lugar muy particular, ni mucho menos, pues es lo más opuesto a un lugar muy particular, sino porque sin existir ocurrió una vez, y de una vez para siempre. No se prolongará, no tendrá historia, no tiene por qué aguardar mejores momentos. Es toda una ventaja. Apareció por un instante y todos sus caracteres se superpusieron sin transcurso, con sus momentos y sus hechos, y aconteció incluso lo que no aconteció, para desaparecer todo en la misma estela. Una casa de tres plantas, con un jardín cerrado por una alta tapia, cuyos huecos permanecen todo el año cerrados, entablonada la puerta principal y tapiada otra cochera, ocupado el zaguán por un pequeño taller que algunas noches ilumina la encrucijada con los destellos voltaicos de la autógena. Todo está siempre —en el siempre inexistente— en el mismo sitio: la carrera de un niño que grita al tiempo que alza sus brazos brotará de la descarga con que es abatido el alcalde del lugar y al tiempo que marcha hacia el frente un convoy de camiones un emperador de la antigüedad arroja sus dados sobre la charca sagrada; y en ese momento una mano moteada levanta un siete de espadas. Un solo hueco de la planta media se abre de tarde y una sombra envuelta en una manta canta sin apenas voz un himno irreconocible; se dice que hay quien todavía aguarda la llegada de un pariente, desaparecido durante la guerra, al igual que en el fondo de un armario una prenda espera volver a ser utilizada en un futuro por un usuario que la desechó. Se podía haber llamado En... Au... O de ninguna manera, porque existió solamente en el fluir sin nombres de un soplo alelado, el último en llegar en la procesión de las fechas, sin tiempo para no volver ni recaer sobre él, salido de una vez para siempre de su seno de la excrecencia espuria sin historia de un niño y una descarga de fusiles concertados en la repetición.

Primera parte

I

Apareció de pronto ante la tapia, volvió sobre sus pasos un tanto ausente, mientras fijamente le miraba. Cuando se decidió a avanzar ya no era el mismo (aunque más inquietante, más parecido al que tenía que ser), tal vez para magnificar el poco tiempo que había permanecido indeciso, el mismo del muchacho reclamado por la voz que incauto obedecía, sin tiempo para pensar sus palabras, desconcertado en medio de la calle al no ver a nadie en derredor suyo (y ambos pasean su errante mirada, anticipación y decurso de la misma cosa, sin pruebas una, desmemoriada la otra). Era un día claro sin presagios de tormenta —sin un presentimiento que agitara los visillos— que no obraría en el libro de los registros y que como sus hermanos seguiría ignorando la espera de quien seguía atento a sus personales vaticinios. Si existe una avenencia entre la furia de los elementos desatados y el espacio asolado por el temporal y si la naturaleza sabe recibir ese castigo con mejor temple que el hombre olvidadizo, porque comprende que no viene de fuera, aquel que aprenda tal lección sabrá siempre presentar un talante ecuánime a su desazón, como réplica a sus propios caprichos. No era sólo tiempo lo que llevaba esperando —no otra medida que la del vacío— por lo que su aparición no concitó la sorpresa. No lo reconoció como tal; no era tampoco una figuración de septiembre, precipitación alcalina embalsamada en aromas que el conocimiento no sabe sintetizar, el anticipo del pago de una deuda que el ayer corrupto sin memoria endosa a la cuenta de su resurrección. No resurge sino con determinadas sombras, en un momento

especial de una especial estación sin parecido con sus hermanas, y una vez cerrada la ventana, retraído a una antigua sentencia, se dice: «Deja de mirar y vuelve sobre ti; tiene que ser él pero no lo es a fin de que un día lo sea; y lo de menos es ese día; perteneces al presente; has especulado demasiado sobre tus escasos bienes para subastarlos ahora a la baja quienquiera que sea ese inesperado concursante que tan secreta mantuvo su comparecencia. No salgas; no vuelvas a abrir la ventana, corre el visillo. No te muevas; observa tus manos y dime para qué valen».

* * *

Varios años de inmitigado esfuerzo pueden valer tanto como una mañana de indolencia; y aun cuando una contabilidad desdeñosa hacia las razones y causas de uno y otra sólo reparará en los asientos comprobables, lo cierto es que un único gesto de hastío se remonta en el tiempo tanto o más que la penitencia por el daño causado en un verano. Había cerrado los postigos en obediencia a su propio temor, pero no dio un paso. Y acaso para negar ese temor volvió a abrirlos —con una furtiva mirada tras los visillos, audaz y apocada al mismo tiempo— porque sabía que no se produciría la aparición. No quería otra prueba que una revelación, al tiempo que se elevaban las llamadas del muchacho que no conocerían la debida respuesta. Sólo un instante después llega el auxilio de las voces de los que al volver por el camino a oscuras, más allá de la curva y de la tapia de dos colores, en el tramo recto entre la última curva y la chopera, ayudándose de la luz de las linternas para descubrir el atajo y los peldaños de la huerta parecen empero guiarse por los destellos mercuriales de unas palabras que emitidas tan sólo en y para el reino de las sombras (donde, por contraste, por esa presunta agudización de

todos los sentidos abiertos a una mayor amplitud del espectro de sus sensaciones y capaces de trasladarlas al terreno propio de otro órgano cuando rota la ecuación entre éste y su función específica es menester desarrollar toda una actividad interpretativa ajena a su funcionamiento normal, en cuanto uno cualquiera cesa en su ejercicio) de tal manera resuenan y titilan con mil destellos arrebatados en otra hora al sol —gracias a ese poder de condensación y acumulación con que el verbo aprovecha la energía de la luz para abrirse paso en un dominio afótico—, a la cera o al acetileno o al filamento incandescente o a las mismas fosforescencias ultramarinas que prohíja un nostálgico anhelo de litoral de una meseta que alejada y elevada sobre el mar no olvida que un día lo acunó, que la casa parece iluminarse con los diferentes fogonazos de un artificio a medida que las voces se acercan por los dos caminos opuestos y las vocales finales de los nombres propios trazan en la oscuridad su trayectoria descendente tras su blanda explosión hasta que en el portalón de entrada al encuentro de las dos partidas se alzan los gritos de todos los muchachos, excitados por las vicisitudes de la tarde y la caminata que cada uno trata de narrar y exaltar a su manera. Apenas había cambiado el día y sus voces eran las mismas, lanzadas de una vez y grabadas para siempre en la parafina de un otoño prematuro; ni siquiera se detuvieron ante el portalón ni repararon en los cambios que se habían producido durante su breve ausencia; irrumpieron en el vestíbulo —encabezados por el mayor, el futuro mártir, y ordenados según su mayor o menor voluntad a acatar las órdenes de vuelta (apremiada por sus mayores, necesitados siempre de recortar todo permiso con una obligación perentoria o una hora límite y de cuyo cumplimiento se encargará el más responsable de ellos, transformado de súbito en agente de la autoridad cuando los más recalcitrantes tratan de prolongar la excursión escondidos

entre arbustos y rocas de un monte visitado tan sólo en un par de ocasiones al año) como para demostrar que en el interior de la casa prevalecía la jerarquía de la obediencia a unas normas que tratan tan sólo de reducir y dominar una energía infantil que aún no ha elaborado los mecanismos de defensa contra las amenazas que ella misma engendra— pero allí desaparecieron (de la misma manera que las imágenes del sueño en el momento en que se hacen más intolerablemente precisas se desvanecen y funden en un despertar incoloro) en un bostezo de la casa tan sólo habitada ya por el espectro de la disciplina al silencio, que hoy como ayer no permitiría la barahúnda de la chiquillería. Por lo mismo, abrir la ventana era llenar la habitación de voces nuevas, reproducciones de otras que habían perdido todo timbre, vinculadas por una descendencia de la que nada quería saber. Ya había ocurrido antes; había ocurrido numerosas veces aunque no recordara ninguna porque la impresión, emparejada a una experiencia anterior pero carente de la total coincidencia con el monotipo registrado en la memoria, de tal manera se diluye en la expectación no dejando tras sí más que la estela de la duda sobre las removidas aguas del olvido que poco a poco se irá borrando en la agitada pero imperturbable y uniforme masa líquida que constituye el pasado; un hecho cualquiera remite a otro perdido, sin que sus claves sirvan para averiguarlo sino tan sólo, a través de un inquietante parentesco, sospechar la enorme masa oculta de toda experiencia que por debajo del campo visible de la conciencia se enlaza con lo muerto; y un día así parecerá el breve recorrido sobre la superficie del océano que el antiguo navegante, que lo ignora todo acerca de sus secretos, sólo sabrá utilizar para dirigirse en pos de un destino que lejos de serle prometido busca en obediencia a ese extraño y colectivo imperativo que siglos más tarde, una vez consumada la misión cuya importancia desconociera, se sublimará en el emblema

heráldico de una raza, una comunidad o una familia. Por un momento vino a creer que en el extremo de la carretera adonde alcanzaba su vista, donde quedaba cortada la tapia de doble color humo por el único olmo que la guerra había respetado, sin lograr distinguir los rasgos de la persona, por fin había aparecido; como aquel que intenta componer un rompecabezas y, tras horas de búsqueda en el montón de una pieza definida en abstracto por su perfil y coloración, es de repente atraído por otra que al instante comprende que encaja en un hueco dejado de lado, sin que en ese momento tuviera su atención puesta en él ni en sus contornos y matices y tras un somero ensayo —y con la euforia de quien tras resolver el punto difícil del problema parece distanciarse de él a fin de observar en calidad de espectador cómo se precipita hacia su inequívoca solución— al comprobar que encaja a la perfección no puede por menos de sorprenderse de la facilidad que le llevó a elegirla y seleccionarla cuando todas sus facultades estaban ocupadas en otro punto del tablero (y que paradójicamente servirá para demostrar que todo el poder analítico al que es encomendada la búsqueda por sí mismo no vale sino para con sus infructuosos ensayos exacerbar un instinto que escapa al conocimiento y pertenece al arcano equilibrio de la especie, capaz de dirigirle de la manera más rápida hacia el objeto deseado), así vino a reparar en aquella figura que en apariencia correspondía por entero al hueco al que otrora había dedicado tanto desvelo; nunca otra figura humana —más allá de la hiedra que cubría por completo la tapia del jardín y había llegado a invadir la cuneta de la carretera— podría encajar en aquel sector del fragmentado, inconcluso, no inventariado, sin duda incompleto e irreconstruible rompecabezas de una memoria ya desbaratada por los juegos de verano. La figura —un perfil estilizado afectado de una suerte de prominente lóbulo que avanzaba desde el olmo— vino a anunciar también

la primera línea anaranjada del crepúsculo. Así que en un momento, rodeado de todos ellos, advirtió que no estaba solo y su mano se posó sobre el picaporte de la ventana, dispuesto a abrirla para llamarle a voces. Desde atrás, a sí mismo se suplicó que no lo hiciera; se dijo: «Aguarda un instante, no abras todavía, no te precipites. Recuerda los casos anteriores, en todo análogos, y piensa en tu salud; piensa sobre todo en que va siendo hora de abandonar esa actitud infantil y si eso ha de suceder un día que te coja desprovisto de toda esperanza de que suceda. O que al menos así lo des a entender. No es un hecho nuevo el que de tal manera ahora te embarga y si escuchas y atiendes a tu propia prudencia habrás de reconocer que las muchas ocasiones en que te has dejado llevar por un espejismo semejante han creado en tu ánimo el hábito de un encuentro del que, cuanto más inverosímil se demuestra, más pendiente vives. Has de romper el círculo de esa necesidad y ya que no puedes apartarlo de la memoria al menos destiérralo al campo de una contemplación neutral. Las rentas de un dolor deben hacerlo soportable a la larga. Ha dejado de ser un sueño, ya no es una palabra espontánea salida de las sombras y engendrada en el duermevela que hace coincidir las tinieblas con unas facciones añoradas, ni el inesperado acento de tu nombre con un timbre de voz que (como la mancha de humedad para el ojo distraído del pintor o la unión fortuita de dos vocablos que el poeta recoge al pasar junto a un grupo de mujeres) sólo constituye el arranque de una composición que al no conservar nada de ello renuncia a un origen distinto al germen que tú mismo cobijabas y ha puesto en movimiento tu latente y mórbida facultad de reconstruir una y siempre la misma estampa a partir de un minúsculo e involuntario estímulo. Has llevado tan lejos la educación de esa facultad que nada necesitas para reproducir la alucinación. Aquí estás, aquí sin duda quisiste venir a parar cuando el prisma de luz a través

de un vaso de leche iluminó ese breve trayecto: de ti a ti, pasando por los que decidiste abandonar por un rasgo de amor de segundo grado. Sólo en la clausura encontrarás las razones para que una voluntad, enclaustrada por cuanto te rodea desde hace veinte años, se abra paso —a través del inmutable espectáculo que ofrece tu ventana— hacia el perpetuo limbo de tu inocencia, donde si no alcanzas a pasear con los fantasmas ni a dialogar con los desaparecidos al menos logras día tras día desentenderte de los vivos. Has invertido las cosas, sí, y si con ello has logrado quedarte a medio camino entre ambos mundos ¿para qué vas a abrir? Hasta la saciedad te has repetido que no eres culpable —como no lo fue nadie— y sin embargo ninguna idea te agrada tanto como la de culpa. ¿Para qué vas a abrir? ¿Por ventura le vas a preguntar qué ha sido de él todos estos años? ¿Dónde ha vivido? ¿Cómo? ¿Si se casó? ¿Si al fin encontró el gato? ¿Quién disparó sobre su hermano? No abras, no llames a nadie».

* * *

En aquel mismo cruce de caminos había desaparecido ¿por antepenúltima vez? cuando el último camión del convoy se puso en movimiento. Un golpe de viento había levantado el polvo de las eras y a una orden suya asomó el sol poniente en el oportuno desgarrón de las nubes. Eso le bastaría para arrimar las cortinas, hacer la oscuridad en su habitación y poder decir, al tiempo que tomaba asiento frente al mazo de naipes: «Ésa era su suerte». Casi inmovilizada, rodeada de fuego y pedernal, sintiendo empero cómo el frío eterno brota de dentro y desde los huesos va poco a poco contaminando a la carne de insensibilidad, su cuerpo no ambiciona ya otra cosa que ese sueño continuo que ya no será descanso ni alivio a fatiga alguna, antes bien constituye el manto ceremonial con el

que revestirse para el irremediable pero nunca inminente tránsito. Pero por eso mismo no dormía nunca sino que, los ojos cerrados, el torso ligeramente reclinado sobre la mesa camilla y las manos por lo general ocultas bajo la manta —sólo de tarde en tarde sacaba la derecha para descubrir un naipe, enfrascada en el enigma del juego que la siguiente carta no haría sino complicar—, más bien parecía espiar permanentemente el más allá para descubrir los secretos de su próxima morada y cuando alzaba los párpados, con la desgana provocada por el buen número de molestias que se veía obligada a sufrir en cada sobresalto a causa del largo viaje de sus pupilas desde las tinieblas hasta la luz, sus ojos denunciaban aquel abisal, secreto y maligno destello que a cambio de la visión cenital habían desarrollado para sondear el reino de las sombras; y que con tanta rapidez se extinguía al contacto con la primera claridad, porque, en cuanto depositario del secreto que, de acuerdo con un pacto plutónico, no le era posible confiar, precisaba un ínfimo lapso para disimular su doblez y acomodarse al ambiente de la luz, los sonidos y los segundos. Como agente de un remoto poder sabía esconder sus intenciones y aun cuando su condición fuera conocida jamás llegaría a saberse de qué lado militaba, si por la luz o por las sombras; o tal vez por ninguno de los dos, habiendo neutralizado su corazón a fuerza de haberse acostumbrado a vivir en la charnela, sabiendo extraer las delicias de uno y otro medio pero incapaz de recluirse para siempre en uno de ellos. Había vivido siempre en el segundo piso de la casa, nadie sabía cómo; tal vez la casa se había construido en torno a ella, en diferentes momentos, y al igual que alrededor de una imagen se eleva primero una ermita, luego un santuario y por fin una basílica. Recluida en dos habitaciones de la planta media, no sólo no las había abandonado nunca (salvo en muy contadas y especiales ocasiones) sino que nunca había sido vista fuera del

butacón de cuero negro, sentada a la mesa camilla e inmovilizada ante aquel solitario —medio mazo de naipes ordenadamente colocado a su diestra y un extraño despliegue a medio camino entre un jeroglífico y una matriz— cuyo progreso tan sólo se podía medir con una unidad de tiempo superior al trimestre. No mudaba de apostura ni de ropas —por entre un chal de lana negra indolentemente caído sobre sus hombros, una especie de funerario y casi incorpóreo valido que de tanto en tanto le aconsejaba cerrarlo sobre su pechuga, y no para resguardarla de corriente alguna sino para hacer ostensible por períodos fijos la actividad interior de un cuerpo aparentemente inmóvil, como el carillón de un reloj público, y unas sayas negras que confundían su hipotético cuerpo con las deformidades de la butaca, al igual que esos pueblos de montaña se ciñen a las fragosidades de la ladera y adoptan para sus fábricas los mismos materiales del suelo, como para eludir mediante el mimetismo el azote de una naturaleza que desatará toda su cólera en cuanto advierta el menor signo de vida organizada a determinadas altitudes, tan sólo destacaba un alzacuello de encaje blanco con el que subrayaba la decapitación a que se había visto forzada a cambio de su admisión e inmersión en el mundo de las tinieblas— y sin embargo todas las mañanas amanecía envuelta en una fúnebre y tersa frescura, no por obra de un baño o de unas ropas limpias cuanto por una intensa oxigenación nocturna en la que combustía todo el almidón con que un maquillador de ultratumba, con pocos, certeros, refinados y perversamente irónicos toques, formaría la esencia de su parecido con la sibila. Y al tiempo que remozada todas las mañanas aparecía infinitesimal y paradójicamente envejecida, a lo largo de un proceso asintótico de su edad con el tiempo que la conduciría sin cambios hasta la tangencia límite con lo eterno de cuyo furtivo contacto parecía extraer la maligna y secreta vitalidad

para mantenerse siempre, sin que las fuentes terrenales nutrieran con una sola partícula su subsistencia, en el mundo de lo caduco, lo representativo y lo mayestático. Ciertamente debía ser ese trato el que le suministraba la fuerza de sus vaticinios; así había pronosticado su suerte y así, a la vuelta de su primera campaña, le había dicho: «Éste es tu tiempo, no lo dejes pasar. Te servirá para consumirlo pero no más, no derives impropias consecuencias. Por una vez comprenderás que este fragmento es exclusivamente para ti, no es el tiempo de los otros que a ti te toca compartir. Éste es tuyo y por consiguiente todo lo demás —la guerra, el ansia por esa mujer, el ímpetu de venganza— pasará a ser el telón de fondo de unos instantes que te pertenecen como tus propias manos. Aprovéchalo y no sueñes que pronto volverá el tiempo de los otros». En verdad, una, dos o tres veces al día una sirvienta —pero no la sirvienta fiel y afecta a la casa durante una o dos generaciones, ya que nunca la hubo, sino la más misteriosa y reciente depositaria de los hábitos rituales y perteneciente a la olímpica estirpe de las Oenone que con dos días de servicio en la casa se elevan al alto y trágico estamento de las esclavas y confidentes que alojan en sus pechos las secretas pasiones y oscuros presentimientos del ama (secretos que toman libre curso cuando se desata la cabellera o se calza las chinelas) y reproducen en su escala —la escala del ahistórico, anónimo y eclíptico acompañamiento popular que en su soledad el héroe necesita y concita para transformar la historia— un destino cuyas inexorables leyes mamaron y asimilaron con la leche de su rústica infancia— introducía en la antecámara una bandeja con un puré de legumbres o un vaso de leche y unas pocas galletas, o unas piezas de fruta que ni tenían otra función que la ritual ni debían ser más comestibles que la cena servida por dos camareros a la napolitana que inician el segundo acto —que se desarrollará en la intimidad de la alcoba— donde tiene lugar el

gran dúo entre el tenor y la soprano. A las pocas horas era retirado un servicio impoluto, sin un solo resto de comida que mancillara platos y vasos —la comida evaporada por la acción inversa del mismo mecanismo escenográfico— devueltos al velador con tan litúrgico esmero que todo hacía pensar en la transformación en sacrificio simbólico de una merienda de antaño y en la sublimación de la misma a un único gesto inapetente e imprescindible a la memoria para vincularlo a su origen. Se trataba sin duda de alimentos místicos que en cuanto vestigios de un imperativo de la fisiología —transformado en el sacramento que pone en contacto al comensal con una divinidad que no se interesa por su subsistencia— constituían la más elocuente expresión de la renuncia a los placeres de la mesa y de esa progresiva simplificación de todos los hábitos corporales que el espíritu anhelante de inmortalidad estima necesaria para alcanzar su plena autonomía neumática, y gracias a la cual —tras persuadirse poco a poco de su liberación de todas las ataduras de la carne— alcanzará la eterna supervivencia con un último requisito intrascendente —tal como no llegar con los labios al líquido o renunciar al azúcar—, ese sutil umbral que ni siquiera será advertido por los sentidos en el quimérico tránsito de la muerte, que representa su penúltimo vínculo con el mundo terrenal. También su lecho permanecía abierto y en orden todo el día, bien porque se cuidara todas las mañanas de hacerlo (con un esmero y una prontitud que parecían dictados por el prurito de disimular su uso nocturno) para borrar el estigma del descanso o el antiguo vicio sin dejar de tenerlo bien a la vista, como instrumento para su edificación, bien porque permaneciera así a la espera de recibir su cuerpo un día bienaventurado, al igual —pero a la inversa— que una cuna exquisitamente aderezada espera durante semanas antes del parto a un recién nacido que en un cuarto de hora la ensuciará con sus flemas y orines, cuando se

decidiera a levantarse de la poltrona. Era por consiguiente un lecho con alma propia, derivada de una función preconcebida (como esa puerta de la catedral compostelana que debe permanecer cerrada y ser abierta un día cada siete años, con un golpe de martillo que inaugura el año sacro ante el gesto de asombro de un Tiempo incapaz de comprender cómo unos hombres pretenden desgajar un segmento de su fluido cuerpo para convertirlo en reliquia, o ese antiguo dignatario del Mikado investido desde joven con la única potestad de dar fe en su día del fallecimiento del Emperador y que, en algunos casos de longevidad de éste, moría sin haber cumplido una sola vez ese cometido notarial que le incompatibilizaba para cualquier otra función en la administración del imperio e incluso para el trato con sus semejantes, a fin de llegar incontaminado para su primer y postrer encuentro con el hijo del sol), y que como testigo mudo estaba presente en todos los actos de su propietaria que no teniendo en los hombres suficiente confianza la hubiera depositado en la cama que desde su juventud había recibido sus confidencias. Estaba en el ánimo de todos que el día que abandonara el sillón fallecería; que ella misma se encaminaría al lecho, sin pedir ayuda a nadie, segura y persuadida de que había llegado el momento, en virtud de una confidencia de aquellos secretos interlocutores con quienes sabía mantener el diálogo en las sombras, los ojos cerrados y las manos entrelazadas bajo la manta de la mesa camilla. La escena no era irreal, era demasiado futura: tal vez el lecho se abriría solo y, tras recibirla en actitud yacente y serena, se volvería a cerrar, también solo (propietaria y lecho compenetrados en ese automatismo de pasos contados con que el astronauta cruza las poternas de su nave hasta ocupar el puesto de mando), para a continuación echarse a volar hacia el más allá o transformarse en un sepulcro de alabastro fundido con la más ciega materia y apartado de la curiosidad humana.

Se levantaría para fallecer; y en virtud de eso nadie tendría derecho a presumir, a temer o tratar de prevenir el fin que —si aconteciera en vida de cualquiera de los que quedaban en la casa— se tenía que producir sin alarmas ni sobresaltos, sin previas dolencias y sin el menor signo de agravamiento de su estado; y con toda probabilidad sin que ella se tomase la molestia de anunciar a nadie su deseo de abandonar el sillón junto a la mesa camilla para acostarse en su lecho y recibir una muerte que o no sería advertida o lo sería a las pocas horas de producirse por la sirvienta de turno, al ir a introducir su merienda o al retirar el servicio litúrgico con (bien podía presumirse) los alimentos —las piezas de fruta, las galletas o el vaso de leche— ofrecidos por el celebrante a la divinidad, para domeñar su majestuoso desdén, que como siempre dejaría intocados pero esta vez a causa del superior banquete que a sí misma se tenía prometido. También podía ocurrir que la sirvienta no viera nada, que hubiera desaparecido todo, incluso la alcoba, transportada a los cielos con la misma codicia de que hacen gala algunas vírgenes italianas. ¿Y moriría con los ojos abiertos? Cabía pensar que ya que había vivido tanto con los ojos cerrados, en el esfuerzo no interrumpido por el sueño de explorar en sí misma las tinieblas e interpretar los espejeantes indicios de cuanto trascendía a sus sentidos, una vez alcanzada la presunta omnisciencia y saturada de todo aquel saber no comunicable, abriría sus pupilas a la luz para dar a conocer al mundo, mediante aquella señal tan propia, que había alcanzado su meta; con los ojos abiertos ¿mirando al cielo?, ¿o al vaso de leche?, hechizada por su sibilino resplandor, tras haber recogido de manera lunática el filo de luz polarizada por la rendija, boquiabierta ante el secreto del vaso apocatástico que en el último instante había restaurado el principio como fin y concluido la circunvalación de su inmenso saber en la supina ignorancia del primer alimento, un vaso de leche —acaso la

última que quedaba— que alguien tendría que aprovechar en aquellos tiempos de escasez para un convite muy distinto pero igualmente mortuorio. O bien moriría con los ojos cerrados, tanto con la traviesa intención de hacer bien patente su desdén con el último gesto en el mundo de los vivos —una nueva y definitiva trapacería de aquel carácter oblicuo, aldeano y desconfiado, que siempre y a todo había reaccionado con una tosca y no educable astucia— cuanto por un último toque de coquetería, consciente de que la armonía de su cara, como la de la mascarilla, dependía de cette continuité parfaite que les yeux n'interrompent pas. Pues aunque se trataba de uno de esos seres dont la face prend une beauté et une majesté inaccoutumées pour peu qu'ils n'aient plus de regard, tenía una mirada escalofriante, una mirada demasiado intensa acaso por lo poco que la usaba. Porque cuando lenta y perezosamente alzaba sus párpados, cuya velocidad dominaba a su antojo y se recreaba en alterar a tenor de las circunstancias para etiquetar el carácter que revestía la situación, al igual que algunos comediógrafos parecen fiar gran parte del efecto de unas últimas palabras a un «telón rápido» o a un «telón lento» sin posibles matices intermedios en un orden donde sólo caben tragedia o comedia, abría resueltamente los ojos no sin dejar de hacer patente de forma admonitoria la grave importancia que debía revestir el caso para importunarla con semejante trámite, no sólo su cara quedaba transmutada sino que un cambio se producía en toda su persona, en la alcoba, en todo el ámbito alrededor de ella, incluso en toda la casa y sus contornos que parecían apaciguarse bajo su mirada. Como uno de esos pacientes, sisífeos y pertinaces insectos de torpe e hipnótica andadura que una y otra vez insisten en volver al mismo punto aun cuando les aleje un golpe con el dedo, hasta que convencidos de la inutilidad de su esfuerzo y hartos de ser amonestados, desplegando un par de alas retráctiles se

metamorfosean en voladores y al instante se alejan con un vuelo seguro, rectilíneo y rápido con el que parecen regocijarse en desmentir su anterior lasitud, así su rostro cobraba una inesperada y esotérica vivacidad en cuanto abría aquellos ojos con que la naturaleza la había dotado para enriquecerla con dos órganos suplementarios, innecesarios para la supervivencia cotidiana pero capaces por su insólita destreza y agresividad de demostrar la ágil y fiera constitución que se escondía agazapada bajo aquel cuerpo que apenas en apariencia palpitaba. No sólo sus ojos abiertos dejaban su cara en sombras sino que todo en derredor suyo padecía el azote de su mirada, en tal medida el entorno acostumbrado a su ensimismada vigilia se había desarrollado en un clima de licencia y alboroto que al menor movimiento de sus párpados quedaba restaurada la disciplina —que había de durar sólo el breve paréntesis en sus secretas lucubraciones— por el cómplice y frágil armisticio de todos los elementos en pugna. Se diría que lo sabía pero callaba; que hacía tiempo había aceptado la condición rebelde de toda su vecindad pero que lejos de tratar de corregirla y educarla con el peso de su autoridad había optado por sumirse más y más en su místico aislamiento, a fin de formar un solo cuerpo con el numen silencioso y lejano que gobernando toda cosa sabía imponer sus reglas por la vía de la predestinación, dejando al albedrío de cada cual la búsqueda de su inexorable destino. Como toda persona delicada de salud que, resguardándose durante mucho tiempo de las corrientes de aire, por una nimia sensación en el cuello sabe que ha quedado abierta la ventana de un piso alto, así podía ella estar al tanto de las tribulaciones y negligencias de los habitantes de la casa, sin necesidad de entrar en contacto con ellos que, por lo mismo, y por lejos que se hallaran de ella —por el escalofrío en la espalda o la indefinible sensación de un lejano espionaje, por la deficiencia del tacto o la inquietud provocada por la

presencia de un objeto que no ocupa espacio, o por un recuerdo permanente que no es reclamado por una memoria que sólo contribuye a ahondar el vacío, por el estado anómalo de un aire polinizado, preludio de una inminente rebelión contra la quietud y la inercia—, eran capaces de adivinar que en aquel momento se hallaba con los ojos abiertos. Incluso los perros de la vecindad se ponían a ladrar, girando la cabeza en todas direcciones y reculando contra las puertas, llenos de pavor, incapaces de olfatear la amenaza que había invadido todo el éter; las calles quedaban desiertas y los pájaros, tras sacudir su sueño, se llamaban entre sí desde ramas y aleros alejados, para reunirse en un desordenado bando y abandonar el lugar en comunidad. Y el labrador más humilde, subido a la grupa de su segunda mula en la sagrada hora del regreso, su mente tan sólo atenta al lento caminar del animal y la progresión de la semilla, sentiría sobre el paño del cielo vespertino la caída del naipe que profetizaba la suerte de su siembra. La puerta de la antecámara estaba siempre abierta y una vez que se hacía de noche un permanente cuchillo de luz segaba en dos el pasillo, casi siempre a oscuras. Los goznes de la puerta no rechinaban y los pasos apenas resonaban en el suelo de su alcoba cubierta de numerosas y tupidas alfombras que se solapaban unas a otras, como en la casa persa. No podía tolerar que la más tímida proximidad fuera denunciada por ruidos o cambios de luz y tenía proscritos los golpes y llamadas a la puerta, fiada a aquel sentido anticipatorio que en cuanto su mejor salvaguardia para la preservación de su soledad difícilmente habría podido desarrollar su fuerza de detección de haber tenido que compartir el cometido en competencia con otros órganos delatores. Por eso les sintió venir siempre, durante décadas, antes de salir de la chopera, antes de que asomaran bajo los olmos en el extremo de la tapia, antes de que pisaran las losas de granito o iniciaran la ascensión de la escalera; y más bien les

sintió desaparecer, también a lo largo de décadas, antes de decir adiós y antes de que la noticia se pronunciara en cualquier habitación. No decía nada, no dijo jamás que ya lo sabía pero tampoco hizo nunca el menor gesto de asombro, ni para detener al prófugo ni para recibir al pródigo. Sabía de antemano que no era para tanto, que se dejaban llevar por la grandilocuencia. A menudo habían entrado, en las más diversas ocasiones, para acabar de una vez; entraron de puntillas y a veces agazapados, y en ocasiones con el arma en ristre, con el dedo sobre el gatillo, para tomar posiciones bajo las ventanas y tras los postigos y espiar a través de las rendijas de la carretera de la sierra siempre desierta y las últimas casas del pueblo definitivamente inmovilizadas en una estampa rústica coloreada por el ángel tutelar del siglo, como si la ruptura de las hostilidades y el toque de queda hubieran obrado el efecto de una capa de barniz que al fijar el día y el humo de las chimeneas, detener el ganado en los prados y desterrar de la calle toda animación, restaurara el alma sin humor ni clima ni devenir ni tiempo de un pueblo en el momento de su tránsito a una harapienta perennidad, tan sólo visitada por un galgo famélico que escapado de una escena paisana de Murillo olfateara el camino hacia su nuevo alojamiento en un aguafuerte de Solana. Porque para ella apenas se movieron; la memoria es fija y lenta y cuando sus registros cobran animación el flujo de su tempo se detiene para dejar paso a la reviviscencia que, como una anciana o un grupo no numeroso de escolares al cruzar una calle de intenso tráfico, provoca la aglomeración y detención de numerosas horas pasadas acuciadas del deseo de pasar de nuevo e incomodadas por el inesperado parón. Al haberlos traspuesto a su visión en las sombras allí estaban para siempre presentes y ubicuos, con todos sus atributos, y por lejos que se hallaran en el espacio y en el tiempo jamás abandonarían el ámbito de su no mirada.

Quietos, truncados, muertos o fugitivos. Seguía entrando, a mediados de agosto, con la mochila de excursionista y el telegrama en el bolsillo. O a mediados de diciembre, con una zamarra de cuero negro que dejó sobre el arcón del vestíbulo. Y saliendo, en una tempestuosa tarde de marzo, para dar la orden de marcha de una caravana motorizada que encabezaría con una berlina pintada de caqui.

* * *

Cuando volvió bien entrado agosto su hermano había sido detenido; habitaban la casa unos cuantos amigos y familiares lejanos que los acontecimientos del verano habían arrastrado hasta allí, separados de sus hogares; o que habían ido a refugiarse allí por temor a las persecuciones y vindictas; parientes cercanos y otros no tanto, amigos y conocidos y con el tiempo amigos de conocidos en situación apurada que jamás habían puesto los pies allí y que nunca lograron desalojar el recelo que les inspiraran sus vecinos, ni despejar el secreto que rodeaba sus vidas ni el temor a una estratagema tanto más cruel cuanto más se prolongaba su campesino cautiverio. Hasta su incorporación al ejército republicano —y su rápida ascensión a puestos de mando y responsabilidad gracias a la energía que supo desplegar en los últimos combates que aquel otoño se libraron en la sierra— todos vivieron al amparo de ella, bajo el techo de la casa, convertida en recinto extraterritorial e inviolable en cuanto sede de aquel poder insomne (no de su vicario) que ninguna actitud, ni la más revolucionaria, se atrevió a ofender. Y si una noche un pelotón de milicias, empuñando sus armas, salió de un sótano o un cuartelillo dispuesto a efectuar un registro en aquel heterogéneo nido de refugiados de varias clases, o renunció a medio camino o torció por una esquina antes de alcanzar la

calle al primer contacto con los efluvios ultranocturnos de la erinea majestad que adivinando sus intenciones había alzado la cabeza y abierto los ojos, ligeramente inquieta. A lo más alcanzaron a ver de lejos el hueco iluminado de la entrada principal, la puerta abierta y la silueta de su padre sujetando con la mano el pomo de la cerradura para defender un umbral que la hueste más irresponsable, levantisca, ávida de revancha e indisciplina no se atrevería a trasponer. La detención de su primogénito fue un golpe del que no supo recuperarse; fue un aviso y un despertar a obligaciones patriarcales (más que paternas) que desde tiempo atrás estaban adormecidas y acaso porque no sabía sino lamentar la imprudencia de su hijo —detenido y desaparecido en la capital, en compañía de otros correligionarios tan notorios como él para ciertos grupos políticos adversarios—, que no había querido acogerse al seguro hogar paterno, se creyó en la obligación de demostrar —con ocasión o sin ella— que aquella casa era inviolable. A la primera llamada a deshoras hizo un gesto como para advertir «Quietos todos» y al tiempo que decía «Abriré yo» se dirigió a la puerta y la abrió, permaneciendo firme en el umbral, para detener a los intrusos con el peso de su autoridad. Toda la guerra estuvo pendiente de la puerta y en parte por eso la casa se llenó de desconocidos. Abría la puerta enfundado en su batín, en zapatillas y con un pañuelo de seda de color azul pálido anudado al cuello, bien en pijama hasta la media mañana en los meses cálidos, bien vestido de casa; a medida que la guerra se fue prolongando fue descuidando más y más su compostura, dejó de afeitarse con regularidad y al cese de las hostilidades ya no mudaba el pijama ni el traje interior, cuyo algodón amarillento asomaba por su pechuga, pero en ningún momento prescindió del batín, el pañuelo y las zapatillas, ni siquiera en las tres o cuatro ocasiones que salió a la calle a lo largo de aquel millar de días, que pudo soportar gracias a la

convicción de que la seguridad de la casa dependía de su puesto junto a la puerta. El que llamara no tenía que decir nada; una mirada visionaria y mártir subiría por encima de su cabeza, hacia el horizonte de la sierra, como para atisbar la llegada de las huestes amigas. No tenía ni que decir «Soy primo de...» o «Me envía...» para recibir el beneplácito en la forma de aquellas frases sueltas y entrecortadas unidas gramaticalmente por el secreto silencio y elipsis de la guerra: «Nuestros hermanos que luchan en el frente», «el triunfo de nuestras armas», «el fin de las tinieblas en nuestros corazones», «puestos a prueba», «un odio que no prevalecerá», «al fondo a la izquierda», «mujeres». Incluso con frecuencia abría la puerta sin que llamada alguna hubiera sonado en la casa y al no encontrar a nadie recibía la reconfortante sensación de haber ahuyentado a sus enemigos con el gesto. «Estas puertas», decía porque la importancia de su misión le había llevado a recurrir y ascender al plural. Dará algunos pasos y hasta alcanzará la acera de enfrente o la próxima esquina para echar una ojeada a la calle y la plaza desiertas, extendiendo su vigilancia hasta el territorio del riesgo, más allá de los límites de la seguridad de todos. Un desorientado peatón —que en una hora inocente ha pretendido zafarse de la obediencia civil y los rigores del toque de queda— será invitado a pasar. «Pase.» «¿Pasar?» «Pase, no tenga miedo: contra estas puertas...» Es su contribución a la causa, la misión que le ha confiado la némesis local, en las fiestas de su patrona. No se atreve a rehusar pues unos cuantos meses de hostilidades le han enseñado que en tiempo de guerra no se debe ni puede rehusar nada. «¿Pasar adentro?» «Adentro, sí, adentro; tras esas puertas. Un lugar seguro, cosa que se puede decir de muy pocos, para los que conservamos la fe, cosa que no se puede asegurar de nadie... hoy en día. No duermen y esperan el menor descuido, todos amigos. Déjelo ahí mismo. No es ése el mayor peligro. Adelante.» O tal vez le habían dicho

que en una casa que respondía a aquellas señas podría encontrar un par de kilos de harina maquilera trechel, cuatro veces revendida, a un precio razonable. Un salón de la planta baja cuyos ventanales daban al jardín, y bien resguardado de toda curiosidad, quedó convertido en sala de juegos, con tres sencillas mesas y unas mantas viejas, donde la comunidad consumió todas las tardes de la guerra desde después de la siesta hasta la hora del rosario echando el naipe, las damas al julepe o la brisca y los caballeros al tresillo. Jamás una dama había osado sentarse a la mesa del tresillo —pues no estaba bien vista su participación en un juego que requería ciertos cálculos mentales— y cuando la joven nuera, la mujer del héroe, aburrida de deambular por la casa, ojear viejos periódicos y revistas o leer aquellas elegantes novelas francesas, con el inevitable paseo por el Bois, de fin de siglo, desencuadernada herencia de una última tía importadora de una afición al roman que al no echar raíces ni calar en el alma popular sólo trajo una secuela de menosprecio al género, vino a ocupar una plaza vacía entre dos caballeros que barajaban el mazo y cambiaban entre sí esas frases de relleno y afino en espera del tercer contrincante, se produjo una conmoción y un revuelo que no fueron superados por el escucha de la radio y portavoz del frente cuando anunció la reconquista de Teruel. Por lo general, el recién llegado no tenía sitio en el juego sino al cabo de varias semanas de espera —a menos que viniera adornado de cierta fama o perteneciera a la escala móvil de reserva— que tendría que sufrir como mejor pudiera, esto es, de mirón. Pero los hubo, incluso, que no hicieron otra cosa durante toda la guerra que mirar y acompañar la partida con comentarios personales para todos los gustos y de muy diverso carácter, únicos acicates y testimonios de las pasiones de aquellas gentes de vitrina, adormecidas por el lento caminar de los ejércitos, que a duras penas recordaban las tierras que

separa el Ebro. Hubo quienes pasaron por la casa tan sólo unos breves días, rumbo a una evacuación u otro refugio desconocidos, y se quedaron con la miel en los labios, sin llegar a saborear las delicias de un cautiverio de balneario; quien con un abrigo bajo el brazo, un bolso de mano y unos cuantos bártulos, haría esperar el furgón que aguardaba en la calle con el motor en marcha —mientras el celoso yánitor recorría una y otra vez la distancia entre la acera y el salón, y para quien la puerta abierta le sumía en esa femenina desazón de quien se arriesga a realizar el acto cuando más graves consecuencias puede tener— para observar un descarte y despedirse de sus recientes compañeros con una amonestación, «Tenía usted que haber echado esa sota, hombre», con ese adiós, no exento de pesadumbre, desencanto y recelo, del alma redimida que abandona un acomodado purgatorio por haber sido llamada a un abstracto y acaso solitario paraíso. La guerra fue para ellos algo menos que una fiesta y algo más que unas vacaciones aunque sólo fuera porque una y otras terminan a plazo fijo; pero sobre todo porque no tenían que divertirse ni dilapidar ni reír ni disfrutar ni llevar una vida a deshoras ni echar la casa por la ventana sino, muy al contrario, quedarse en ella: fue un lapso indefinido durante el cual la más alta —y más abstrusa— magistratura había decretado el levantamiento de toda obligación sin exigir a cambio participación alguna en el festejo, un permiso para hacer sine die lo que siempre habían deseado hacer —dormitar, jugar al naipe, confiar, orar y desentenderse de todo a excepción del propio confort— y sin duda habían hecho siempre o con mala conciencia o pagándolo con el cumplimiento de algún que otro deber; ya no debían nada, antes al contrario se podían sentir acreedores, comprado su perdón y garantizada su virtud e inocencia por el fantasma del peligro que corrían sus vidas, bajo la protección de aquel hombre pegado a la puerta para conjurarlo y bajo la

advocación de la amenaza. Una ojeada le bastaba para saber si el que había llamado tenía derecho a entrada en el reino de los justos. Ni le miró siquiera, después de meses de ausencia en los que se habían producido tantos acontecimientos y como para dar a entender que tras una demora tan larga en el acuse de recibo bien podía olvidar el telegrama, acostumbrados a no esperar nada de él. Eran los últimos días de agosto y la casa estaba a tope pero los jugadores del salón apenas repararon en su llegada. Dejó la mochila al pie de la escalera y sólo en el primer rellano volvió la vista hacia su padre, al comprender su omisión y recapacitar en la interpretación que podía dar a su silencio, tras los esfuerzos prolongados durante semanas de incertidumbre e incomunicación para recabar sus noticias. No le dijo lo que esperaba, a pesar de que su silencio no lograría más que prolongar el malentendido y abrir por una duración indeterminada aquella tierra de nadie vedada a ambos por su recíproco amor propio. Tiempo atrás, sin que se produjese un abierto incidente, ambos se habían sentido ofendidos por sus respectivas conductas y, abrigando los dos la idea de que el otro le debía una satisfacción, ninguno se mostró dispuesto a tomar esa primera iniciativa a la que el hombre agraviado da tanta importancia, ya porque la considere, como en ese Zugzwang en el que si no se comete error alguno siempre perderá el jugador que lo comience, como un paso en falso, ya porque estime que los términos del futuro armisticio serán desventajosos para quien, insinuando su deseo de llegar a un entendimiento, proporcione al otro los indicios de su debilidad o, al menos, un pretexto para creer en una superioridad de la que no tiene otras pruebas que las mismas razones que le inducen a mantenerse en su obstinada cerrazón. Les esperaba un silencio de meses, tal vez seis, demasiado largo para ser cancelado con una expresión sincera, demasiado ligera para soportar el momento de tanto recelo. Así que tan sólo cruzó

con él un saludo, una frase amable acerca de su estado de salud, antes de confundirse en la penumbra del segundo piso. La guerra ¿sería uno de tantos accidentes que jalonan las relaciones entre un padre y un hijo que no se aprecian?, ¿sería un banco de pruebas? O tal vez el campo de cultivo más propicio para unos sentimientos antagonistas que ambos se cuidarían de exagerar, aprovechando los acontecimientos de cada día, en busca de dos personalidades en todo opuestas y que sin embargo habrían podido convivir de manera mediocre en tiempo de paz, y agente catalítico de su recíproca intolerancia. Con la ruptura de las hostilidades, la detención de su hijo y las amenazas a su propia vida, su padre había dado ese paso hacia el caos que sólo se denuncia por un mayor rigor del orden externo, encerrado en una rígida disciplina, como el fruto cortado del árbol e incapaz de romper una cáscara día a día más dura y parda se esfuma —para reunirse a los espíritus que le dieron sentido, hastiado de la carne que le dio forma pero no destino— sin dejar otro rastro que unas motas cenicientas, unos pellejos transparentes; aislado en un yo ofendido, (ese recinto rodeado por todos sus costados de la propia piedad y en cuyo interior los sentimientos crecen con la artificiosidad de la vegetación monástica, esa clase altanera que magnifica los caracteres de su individuación, como si hiedras, mirtos, verbenas, cipreses, arándanos y adelfas, contagiados del credo de sus moradores y jardineros se complacieran en advertir a sus hermanos de especie que cunden en el monte y las riberas que alimentados por una misma savia a ellos les distingue un soplo divino) se había acomodado en un cuartucho contiguo al vestíbulo donde como un bedel consumía sus horas entre almanaques y periódicos vetustos, recortes de prensa, revistas de pasatiempos y cajas repletas de cartas y postales que una y otra vez repasaba entre dos llamadas a la puerta. Apenas le hacía falta mirar el reloj pero lo consultaba a

cada momento, bien para con su ansia tratar de acelerar las agujas hacia aquella posición que ponía fin al plazo del aburrimiento, bien para recrearse en el alivio de unos pocos segundos de transgresión a la hora de anunciar el siguiente. No le preguntó por ella; al largo paréntesis entre los dos se venía a sumar ahora la necesidad de ocultarle algo y ni siquiera se prestó a informarle de los datos más elementales de su viaje, de su tardanza y de su vuelta, inmovilizado aún en el centro del vestíbulo y mirando hacia él, con las manos en los profundos bolsillos de su anticuada bata de paño verdoso, ribeteada de negros alamares. Acaso sea el primer momento de su divorcio, y acaso el definitivo, vuelto el uno hacia su cuartucho en espera de que llegue la hora del rosario, el otro apresurando sus pasos por los peldaños hacia la raya de luz en el pasillo, la puerta entreabierta y la habitación tan sólo iluminada por una lámpara de pantalla sobre una mesa camilla donde una mano depositaba, en aquel mismo instante, el naipe precursor de la profecía. Podía haberle dado otro carácter u otro tono —tenía buen número de excusas y temas de orden menor, incluso la razón de su tardanza y las últimas noticias respecto a su hermano— pero no quiso. O no pudo; de sus labios no salieron aquellas palabras que habrían permitido un enlace con el afecto o con el respeto al padre o con la obediencia, retraído y casi paralizado por uno de esos espasmos que la conciencia desdeña pero que, subyaciendo a una voluntad que se cree poseedora de todos los recursos de la conducta, forman una reserva de estabilidad emocional que, como la obra muerta del navío, sólo asoma cuando a causa de los estragos exteriores se pone a prueba todo su equilibrio y por lo mismo que hace posible su flotación puede provocar su hundimiento si es vulnerada una de sus partes esenciales; un gesto precipitado y un tanto automático pone fin a una época o una edad para abrir otra en la cual su padre ya no cuenta, retirado en su cuartucho y

enfundado en su batín casero, en la quebrada y perpleja actitud del Joaquín expulsado del templo (en su alma brilla la promesa de su vuelta al rebaño, merced a una piedad celestial que los sacerdotes ignoran) por su misantrópica afición a cosas menudas y carentes de interés; tal vez sea el hombre el único animal infantil y el único que conserva la memoria de sus padres, el que de su mente nunca podrá sacudir los sobrenombres y leyes inculcados en la infancia (esa edad de antigua y extratemporal carencia de juventud) educada no tanto para robustecerle y formarle para un estado superior adulto en que no tendrá necesidad de progenitores ni membranza de sus primeros pasos ni afecto ni obediencia a sus mentores en el olvido salvaje de un cuerpo en disposición de lucha con su tiempo, cuanto para pignorar una parte suya con el sentimiento de debilidad que le hará acreedor eterno de una mano protectora. El orden actúa siempre con reciprocidad y devuelve, enguantado en su inocente pasividad, el golpe mortal que sella la muerte del prójimo. Los muertos atraen la muerte, simplifican la comedia, arrumban los papeles y sepultan los disfraces en los roperos. Poco a poco van reduciendo al actor a un único personaje, un tanto lelo, carente de comparsas, que en los prolegómenos de su postrer soliloquio ya no acierta a distinguir entre bastidores, escena y tribuna y al que el público, habiendo olvidado sus antiguos registros, sólo aplaude en la sarta de chistes que está dispuesto a escuchar y con los que la estupidez acostumbra a cerrar la carrera de la gloria. Después, bastante después, asomaría el gesto abortado en la escalera y (antes del amanecer, en un aprisco) para contestar a su padre redargüiría con la mano que empuñaba un arma que ya no podía sino obedecer a la furia homicida, impaciente y largo tiempo contenida del metal, para cargar a la cuenta de sus días el gesto de su vindicativa consternación. Carácter y destino van paulatinamente verificándose y coincidiendo con la progresiva

soledad y el individuo empieza a cobrar, padecer o gozar esa simbiosis cuando uno tras otro se producen —inexplicables, independientes entre sí pero misteriosamente inscritos en la órbita de los sucesos trágicos (dibujada por la parca con un equilibrado trazo de tiza que ninguna esponja podrá borrar) que recorre el centro gravitacional del alma— los definitivos eclipses de amigos y deseos; no lo ocultaban pero de cada uno recibía una distinta luz refleja y cuando una a una se van consumiendo las caras de aquel espejante, poliédrico y heterogéneo objeto no queda sino un esqueleto sin destellos, sin imágenes, sin apenas peso y sin aparente voluntad —como ese tosco artificio de barras y esferas que reproduce la estructura del átomo, que colocado en un aula retiene la atención de unos alumnos incapaces de comprender cómo de semejante simpleza puede surgir el ordo inabarcable de la materia— que sin embargo esconde el carácter indescifrable del individuo. Un gesto pone fin a una edad y la decisión que seguirá —secuela de un espasmo involuntario— en tanto que alumbra el camino del destino apaga una cara del alma, más viva cuando más indecisa. Entre ellos no se cruzarían explicaciones y si, gracias a las circunstancias que se habían producido en aquel verano sangriento y a la demora de su vuelta durante la cual una revolución de corto plazo había cristalizado en una guerra que al presumirse de larga duración exigía de todos y cada uno una postura sin posibles ambigüedades, podría eludir la enojosa controversia que se venía fraguando desde tiempo atrás a causa de sus cada día más acusadas discrepancias con las ideas de su padre (de su padre, de su medio, de su clase, de su tradición y casi de su pueblo) sin más que tomar partido por el bando de sus enemigos y consumar un hecho que haría irrelevante cualquier discusión acerca de sus razones y orígenes, también se debería a la decisión de su padre, encerrado en el cuartucho, de pagarle

con la misma moneda; nunca había sido un hombre radical, de opiniones tajantes. Ni siquiera se le habían conocido opiniones. Pero en la expedición del telegrama ya estaba implícita la aceptación de su apostasía a cambio, sin duda, de su aprovechamiento para la salvación de su hermano y la protección de la familia. Y si un mes había sido suficiente para convencerle de que no tenía por qué preocuparse respecto al cumplimiento del primer deber, en cambio nada en lo sucesivo sería bastante para redimirle del segundo. Metido en el cuartucho, oscureciendo en el silencio y callando en la sombra, su padre podía esperar lo que hiciera falta; podía mantenerse para siempre en la espera desde el momento en que la guerra había precipitado la renuncia a la patria potestad y la transmisión de poderes y deberes a su hijo, abdicación que en secreto había codiciado desde mucho antes. Una relación estrecha guarda siempre algo desconocido, algo que el trato diario alimenta a la vez que esconde porque toda decisión tiene su contrapartida en el reino de los manes y todo acto realizado arrincona pero no mata a su opuesto, que no por haber sido cercenado de la conducta deja de prolongar su actividad durante un plazo que no es el mismo que el concedido por la volición; en todo acto el individuo no sólo vuelca su manifiesta personalidad sino también la de ese mudo, antagonista y abortado doble, mellizo invertido en todo hasta en su imprecisión, entrevisto sólo a través de experiencias y sensaciones imaginarias, cuyos mejores y casi únicos testimonios son los elementos de una peniexistencia relegada a la duda. Sólo cuando acierta en el dolor entra con pleno derecho en el yo pero ese dolor ¿no es la última de sus manifestaciones, no es su muerte? Tal vez no había llegado a ese extremo o había pasado por encima de él, sin apenas advertirlo. Entre sus obras fracasadas el hombre distingue bien —y no por su evidente resultado sino antes de eso, por el

cúmulo de sentimientos que sedimentan en su ánimo, tan distintos según los casos— entre las que ha dejado a medio camino, inconclusas por cualquier obstáculo interpuesto en el camino de su elaboración, y aquellas otras que llevadas hasta el final distan mucho de satisfacerle. Cualquiera que sea la causa que las aborta las primeras apenas arrojan sombra cuando se siente íntegro el poder de terminarlas, pero aquellas otras no tienen enmienda porque nunca manifiestan la causa de su mal y, lejos de provocar el olvido o la indiferencia respecto a ellas, mantienen su daño en activo, lacerante testimonio de la venganza e insubordinación del misterio creador que sólo el incauto cree dominar a su antojo. Y tal vez por eso —y sólo con miras a neutralizar esa llaga— el hombre vuelca con el mayor ahínco su poder de comprensión hacia lo que le duele (exilando a un limbo del conocimiento lo que le reconforta) con el propósito de reducir a la primera esa segunda clase de fracaso aun cuando con ello sólo consiga un bastardo saber periférico, útil para el conocimiento de los accidentes pero incapaz de suministrar una sola clave de aquel misterio, y un engañoso bálsamo para esa clase de dolencia. Su padre había enterrado muchas cosas (entre otras, una niña casi recién nacida, en un extremo del cementerio, junto a las tapias), aquejado de aquella súbita desgana que se apoderó de su ánimo al filo de los cincuenta años, a seguido de una serie de pequeños reveses económicos que le indujeron a apartarse de toda clase de negocios (negocios de pueblo, de los que no requieren esfuerzo ni imaginación, con los que en una sola operación se pretende redondear un sabroso beneficio, en sociedad con unos pocos amigos del pueblo de tan pocos recursos como él y de entre los que saldrá el sujeto dispuesto a levantarse con el santo y la peana) para recluirse en la casa solar, eludir cualquier nueva aventura y cuidar en lo sucesivo de las rentas. Sin duda sus descalabros no fueron de tal magnitud que justificasen tan

pronta retirada sino más bien pretextos que se concediera su espíritu apocado, elevando a la categoría de golpes del destino los tropezones que había sufrido en su vacilante salida, para despotricar de los tiempos, exaltar su mala fortuna y denostar la escasa comprensión que su sacrificio despertaba entre los suyos. Era el único varón de su generación que quedaba allí, sin otro quehacer que atender las rentas, revisar los alquileres y enfiteusis, limpiar sus gafas, ajustar los porcientos y maquilas, recortar gacetillas y anuncios de productos agrícolas, ordenar las facturas, regatear con el albañil, malvender la lana, equivocar la siembra, aporrear la portátil, atraer las goteras, alimentar los conejos, obturar el albañal, injertar y arruinar los frutales y celebrar su onomástica con una merienda. Se decía de él que nunca se había recuperado de la temprana muerte de su mujer, un comentario piadoso y casi un piropo más que un juicio certero. Quienes tal vez no se recuperaron nunca de su desaparición fueron sus dos hijos, que nunca acertaron a tomar a su padre demasiado en serio, y si bien fue el mayor quien inició una política propia y se desentendió del acoplamiento familiar, fue el segundo quien en ese aspecto se condujo de manera más radical. Quizá porque su padre, a la vista de los resultados con el primogénito, quiso retenerle junto a sí más tiempo del conveniente. Se diría que su madre con su muerte se había llevado algo de él de manera definitiva: un humor, una cierta franqueza; como si de manera precoz, torcida e imperfecta hubiera alcanzado el convencimiento de que en lo sucesivo le sería muy difícil aceptar un cariño de la misma magnitud; algo intolerable y brutalmente extirpado de una niñez que había confiado crecer en armonía con un orden en el que cada cosa ocupaba su sitio con la plena soberanía de su entidad, hasta la futilidad de su padre; pero un incidente familiar transformará en su tosca representación ese mismo orden, cuya vicaria y ficticia naturaleza es descubierta al azar

(por una sensibilidad al acecho) a través de una cortina o por unas pocas palabras que acierta a escuchar en una cocina, en una hora de plancha y costura y que el adolescente (el horror vendrá después, no en el momento del descubrimiento, cuando es ciegamente espoleado por la misma curiosidad que conduce al héroe de la tragedia a ir levantando uno a uno los abominables misterios que encubren su nacimiento, sino cuando por vez primera comprende que un paso más hacia adelante —paradigma del nacimiento de la conciencia a partir de la oscura obediencia a los instintos—, el único que en verdad ha de ser ejecutado por un recto sentido de la justicia, instantánea y plenamente desarrollado, sólo puede conducir a la destrucción de todos los suyos) recibirá como el primer indicio de que vive en un escenario, rodeado de máscaras, telones y corpóreos, dispuestos por el tramoyista para disimular la fuga de los seres verdaderos que abandonaron el lugar aprovechando su sueño. Cuando despertó, de la misma manera que al niño arrullado por la nana y adormecido por las más cálidas palabras y promesas, envuelto en la más reconfortante seguridad y protección de que en el limbo sin habla se siente acreedor, antes de abrir los ojos a medianoche percibe el vacío que le rodea e incrédulo pretende volver de nuevo a la crisálida del sueño para no verificar su pavorosa soledad pero sabiendo que no lo logrará, tras ese instante de incipiente y premonitoria reflexión, lejos de recobrar la confianza prefiere, como método más expeditivo y rápido, rendirse a la desesperación y hacer uso de sus más inmediatos y exasperados recursos para al menos protegerse con su propio llanto del tentacular silencio que amenaza absorberle en la nada, fue para disparar casi a ciegas, como si el ardiente y largamente reprimido plomo surgiera de las mismas entrañas que con la excreción de amargos y salados humores se liberan del peso de su orfandad. Inútiles fueron los primeros disparos que sólo levantaron el

polvo del granero: un torbellino en la nada, la evanescente y teatralizada gesticulación de un espectro descubierto en su ridícula y enfática inconsistencia que, antes de volatilizarse, pretende acogerse a la misma ley de la gravedad que quiso despreciar para demostrar su condición sobrenatural y que el enemigo interpretó como la señal —al instante obedecida— para rodear el collado de fuego y preservar en la destrucción el recinto del sueño. Eran disparos del 7.7 en tiro rasante, procedentes de seis piezas de artillería emplazadas en el puerto desde aquellos ya lejanos días de un inmemorial agosto o un sediento septiembre consumido en vacilaciones. Disparos en un principio demasiado largos que por encima del caserío cruzaban el cielo con su borbollante estela sonora, tanto más aguda cuanto más se aproximaba al objetivo como si el propio obús, espectador de su trayectoria, no pudiera reprimir su expectación ni el silbido de asombro y desencanto con un oh decreciente al contemplar la evanescencia de una meta que habiendo estado tan cerca de alcanzar se alejaba con el chasquido del ramaje segado en el vecino robledal, unas pocas palmas de aplauso entre la decepcionada exclamación de una invisible muchedumbre que atenta al juego de la guerra ve cómo su irascible y baldío rayo se extingue en la explosión de negros terrones y un torbellino de astillas y grano. No debían tener prisa ni el menor deseo de ahorrar munición, como si seguros de cobrar la presa más que nada disfrutaran con sus ensayos de puntería para centrar el fuego sobre el caserío tras haberlo rodeado de un circo de devastación; los árboles se hallaban segados y podados de cuajo, el ramaje en el suelo, las cercas abatidas, los prados mudados de color y teñidos de la negra sustancia del humus surgido de los profundos embudos, todo el orden rural desbaratado de un golpe por la torpe mano de la guerra, con el mismo desdén (y con parecidos medios) con que décadas después será de nuevo destruido por la fingida

mano de la paz y el progreso. En el combate desaparece el enemigo, escondido en su inmóvil y hermético pensamiento, inalcanzable y carente de cuerpo porque llevando el camuflaje a su más sublime e insípida expresión ha decidido idealizarse y dejar a una materia confundida con su añagaza el cumplimiento de su táctica. Unas horas después (tras un breve descanso para que el tramoyista saboree su bocadillo de sardinas) comenzaron a caer obuses y shrapnells sobre el caserío; el primero entró por la cubierta del granero y el marco de una ventana voló por los aires, seguido de un par de impactos directos que abrieron un boquete en la pared de piedra a hueso que daba al norte y desplomaron buena parte de la cubierta. Estaba ya cayendo el sol y un par de hombres agazapados abandonaron la casa antes de que sobre ella se volcara la lluvia de proyectiles. En el momento antes de su total arrasamiento, un último testigo despierta de su sueño, alza las cejas, olfatea la inminente catástrofe y emprende una carrera sin volver la vista atrás; un caballo que ha sabido desprenderse de sus ataduras galopa prado abajo arrastrando las riendas y una lechuza que todavía vacila, molesta de tener que volar por un cielo hostil de color de latón, tras sacudirse el polvo, hace ala en dirección a la otra vertiente del puerto donde su instinto le susurra que podrá gozar de una noche tranquila. Cayeron con esa prodigalidad del juego cuya primera y más difícil finalidad ha sido superada, como las piedras con que un grupo de chiquillos acribilla una botella que, habiendo sido aproximada a la orilla con un golpe certero, es hecha añicos hundida en el légamo; en una nube de vigas y tejas rotas, polvo y mampuestos de tanto en tanto surge cogido de improviso ese objeto —un orinal, el testero de una cama o una rueda— que celoso de conservar su entidad en su ascendente trayectoria no volverá a pisar la tierra, aprovechando un impacto que le libera de su sumisión y le impulsa hasta esos

cielos de los que tanto ha oído hablar (mientras callaba y rumiaba su esclavitud, excluido de la gloria prometida a sus amos), inmortalizado en una última visión aérea. A la mañana siguiente —una bengala sorda azulenca ha cerrado el festival— una mecedora casi intacta, condenada por quién sabe qué pecado a prolongar en soledad su purgatorio terrenal, será el único testimonio de un extinguido aposento pues durante la noche una Nona a sueldo de Marte ha descendido de las alturas para limpiar afanosamente todos los restos de la fiesta y devolver el escenario a su inocencia topográfica sin historia ni mácula. No le dijo de dónde venía, ella ya lo sabía sin necesidad de reparar en su uniforme. Solamente le dijo que esa vez su ausencia podía ser larga, que partiría de allí a tres días y que no podía presumir, siquiera de manera aproximada, la fecha de su vuelta. «Quiero —le dijo— que no se mueva de aquí hasta mi vuelta.» Podía haber presumido su respuesta, tan obvia como era: un gesto con los hombros, una mirada limítrofe con la palabra, no para decirle «Te has equivocado» —pues situada por delante de sus semejantes hacía tiempo que de sus labios no salía una censura— sino «Tú sabrás lo que haces», aun cuando con sólo un atisbo de los acontecimientos venideros podía haberle abrumado con el peso de todas sus sospechas. El saber profético está hecho de mucha suspicacia y pocas conjeturas, lo fía todo a la monotonía, la semejanza y la inercia y sólo recurre a lo imprevisto para salir al paso de un delirio; al igual que un pueblo va poco a poco arrebatando a sus soberanos sus poderes, y, sustituyéndolos en su día por una figura que elegirá y dominará según sus normas, sin embargo se gobernará por instituciones, leyes y órganos semejantes a las antiguas, acomodadas a los tiempos, así el hombre, habiéndose apropiado del gobierno de su propio destino cree manumitirse de la divinidad, aun cuando siga obedeciendo mandatos intemporales, y así el joven arroja lejos de sí las obligaciones

impuestas por sus mayores y carga sobre sus hombros un compromiso mucho más gravoso que aquellos que en sus años sin responsabilidad tenían que venir de fuera. Por hallarse por delante de sus semejantes... aquella ventaja era un infinitésimo y sin embargo bastaba para que sus sentencias fuesen inapelables; un instante de más constituye el fundamento más sólido de todo un saber negativo, de una conciencia con los ojos puestos en el destino y la atención en el descarrío. No se refirió a ella nunca y nunca le fue dado esperar de cualquiera de sus sermones el esclarecimiento de aquel punto negro; era el único secreto que él quería compartir y de cuya fianza derivaría los recursos para sobrellevar cualquier otro, incluso aquel que escondía la suerte de su hermano. Pero ella no quiso pronunciarse o, mejor, adoptó una actitud tan estudiada y hermética como para inducir en su ánimo la sospecha de que nunca se dejaría llevar a ese terreno. Lo había comprendido, en el mejor de los supuestos, pero le dejaba solo pues precisamente para ese caso cualquier ayuda podría hacerle derivar hacia la perfidia. Como mucho podría llegar a interpretar el silencio de la sibila pero nunca le movería a hablar por lo que, a todas luces, era preferible para ambos que no le planteara la cuestión, aunque sólo fuera para eludir aquella callada violencia. Pero levantó los párpados y no para decirle que no preguntara porque no deseaba saberlo —puesto que ya lo sabía— sino para advertirle que no le dejaría confesarlo, que era su deber guardarlo y administrarlo según su propia ley y que en modo alguno buscase aquella mínima complicidad, aprovechando la pasividad del oído, en busca de su absolución, su indulgencia o su apoyo. Por otra parte, debió insinuarle, un secreto tan ardiente no gana nada al ser confiado y las palabras que no se pueden decir a quien van dirigidas necesitan una respuesta, aunque sea de uno mismo; acostúmbrate a hablarte como no quieres que lo haga el

prójimo y procura por ti mismo salir del siempre vicioso círculo de tus ideas. Se sentó. «Sé muy bien cómo piensas», pareció decir y apoyó ambas manos sobre el borde de la mesa para hacer bien patente que suspendía el juego. Muchas veces le había confortado de esa manera, sin más que dirigirle la mirada para hacer una clara demostración de su predilección; pues en verdad eran muy pocos los que podían presumir de lograr distraerla. Bastaba con eso, no le podía pedir más, nunca sería más explícita. No se trataba de confianza sino de fe, por consiguiente demostraciones y pruebas estaban de más. La encontraría siempre en el terreno de sus propias sospechas, pero que no recabase su aprobación para la más intrascendente de sus determinaciones. No quería saber nada de posiciones encontradas, ni difíciles compromisos, ni conductas opuestas. Tampoco le decía nada la armonía, la paz y concordia familiar. Nada tenía que ver con todo eso, su interés estaba en otra parte. Que ocurriera lo que tenía que ocurrir. Podría contar con ella a la hora secreta de las vacilaciones —y, sin cruzar una palabra, siempre que siguiera el camino de la adivinación— pero nunca tras la consumación de un acto cualquiera (que siempre quedaría doblemente atrás) para el que en todo momento se debía bastar y sobrar. Que no le viniera con supercherías, que no toleraría el menor chantaje. Que no fuera ciego, es lo menos que le podía pedir, y si se le habían de nublar los sentidos, que no se molestara en indagar la causa. Que siguiera. Que tendría que aceptar todo lo que se había de volver contra él, con el mismo beneplácito con que había aceptado los favores de la predilección que otrora supo despertar. Que no viniera con historias de agravios, responsabilidades y faltas y menos con remordimientos y que, como cualquier otra, resolviera la situación a su leal saber y entender. Que si algo le había enseñado era eso y ningún derecho tenía, por graves que fueran las circunstancias, a

olvidar la lección y recurrir a otros métodos que ella siempre había recusado. Que nada le decía respecto a su cuñada que él no tuviera obligación de saber. Y que se fuera a donde tenía que ir. Se levantó y se fue.

* * *

A primera impresión se trataba de un río en ciernes, enigmático, furtivo y avaro y dominado, en su curso alto, por su aversión a las vegas y un montaraz pudor que le impedía dejarse ver por los ojos del hombre. Pero apenas llevaba agua, ni siquiera en los días de lluvias torrenciales. Sin duda conoció, durante la regresión terciaria, épocas de grandeza de la que al menos había podido heredar un nombre de alcurnia fluvial; pero el que un día fue uno de los señores del desagüe meridional de la cordillera había de perder hasta el apellido, traicionado y arrinconado por su gemelo occidental, fosilizado en sus tortuosos y estrangulados meandros, los profundos cortados en la caliza y las calladas muestras de su pasada y violenta erosión. El basculamiento de todos los pisos altos hacia el litoral del mar mioceno había abierto un angosto entrante en su curso medio; la glaciación y la erosión habían consumado el resto de la captura de su escorrentía por el vecino emisario, dejando aquel cañón enjuto y en alto, sin otras aguas que las negruzcas lágrimas de sus empinadas laderas. Entonces —como la antigua Corte asordinada por las tapias de sus conventos o la vieja familia desposeída de su corona que sin descendencia se extingue en los claustros— decidió retirarse del mundo y guardar para sí mismo, y para sus cornejas, su desconsuelo, sin siquiera permitir la entrada al ermitaño. Empero su cuenca era bastante extensa, a pesar de su altitud: un valle en forma de Y, de brazos muy desiguales, uno de los cuales mostraba las señales de la amputación, por encima del codo, de fuerte

pendiente y abruptas laderas excavadas en las calizas devónicas y en las cuarcitas y grauwackas silúricas adosadas a la vertiente meridional de la cordillera. Desde el aire el valle semeja un retorcido, corrugado, oxidado y podrido tubo de escape, salpicado de escamas y lentejuelas brillantes, empalmado a esa acerada sierra cuya frente limpia y casi incolora asoma por encima de su inseparable y postizo penacho de nubes. Impenetrable e improductivo, habitado tan sólo por las alimañas, no guarda ningún resto de habitación ni de intento de cultivo o beneficio y sus laderas por primera vez pasan a ocupar una tímida página en la historia del país como fondo de una fotografía de un grupo de milicianos que para sonreír —accionados por un único mecanismo para los dos efectos— tienen que levantar el puño. Y aun ahora sus entrañas sólo guardan una llanta, unas carcasas color chocolate —frágiles como barquillos— de la bomba Lafitte, un tubo de hormigón, vestigios de aquel momento que el monte guarda con todo celo, con el demente, virginal y demoníaco enamoramiento del valle bastardo a los residuos de la fuerza republicana (que si poco tenía de fuerza menos tenía de unidad) que lo despertó de su sueño postglaciar, por sus venas hizo correr de nuevo el apetito de revancha y a la postre lo dejó sumido, tras su fuga, en un insomne y descabellado estupor. Habían decidido atajar por aquella vaguada, trazando a media ladera una trocha a golpes de podón, para eludir el acoso de los sublevados —apostados en las alturas del puerto— en su camino de vuelta a sus bases, en los últimos días del otoño y tras las infructuosas e inconcluyentes acciones que durante el verano del primer año de guerra sostuvieron con el enemigo. Ni siquiera llegaron a cruzar el arroyo al que sólo descendieron unos pocos hombres para rellenar las barricas y cantimploras. El fondo del valle se halla cubierto de ese pegajoso, denso y brillante jaramago —de hoja verde cerúlea, pardo en su proximidad, negro mate, con

puntos brillantes como un bloque de antracita, en la lejanía— que plagado de insectos durante toda la estación seca parece ponerse en resonancia; una sombría mancha sin límites en la que no se distingue una sola vereda, sin calvas ni accidentes ni otra vegetación que el monte bajo, cuya topografía es denunciada por el brillo de los esquistos o el espectral aislamiento de algún añoso enebro, o un desordenado y mutilado pino, su copa reducida al astillado ramaje invadido de un decadente arañuelo tan salpicado de agujeros como las túnicas y velos de las momias. Y en el escudo calizo, cortado por el cañón, unas tablas de roca huesuda, triturada por la intemperie, entre cuyas cárcavas asoman las silbantes antenas del tomillo. En aquel otoño y la primavera siguiente —porque en invierno cesaron las hostilidades— algunas de las fuerzas republicanas que mediante una serie de contraataques en escalón trataron de desalojar al enemigo de sus posiciones en el puerto, atravesaron de pasada aquel valle pero en modo alguno hicieron un uso decidido de aquel camino que, con gran economía de trayecto, les habría permitido alcanzar el divorcio de las aguas y las vertientes septentrionales para situarse a la espalda de aquellas codiciadas líneas. Ni siquiera la guerra habría de aliviar el temor o el respeto que imponía aquel valle a trasmano y cabe pensar que de haber sido aprovechado, guarnecido y fortificado durante las primeras campañas —cuando tan inestable era la posición rebelde en el puerto, por la escasez de las fuerzas que lo conquistaron y defendieron— otro habría sido el curso de las siguientes, que se desarrollarían sin que se prestase gran atención —tan sólo en la hora penúltima— a aquel hijo espúreo, arruinado, menospreciado, innominado y oculto de la montaña. Así pues, tomando en consideración las experiencias pasadas, cuando la necesidad de ganar tiempo para su causa llevó al mando republicano a desarrollar un plan de campaña algo más elaborado que el simple ataque frontal

sobre el puerto —siempre infructuoso— siguiendo el eje del talweg principal, y optó por la maniobra indirecta que le permitiría romper el equilibrio enemigo y hacer bascular sus fuerzas en una dirección prevista de antemano, distrayendo su atención y obligándole a desguarnecer su centro, al cual apuntaría con un estilo tradicional el segundo y principal esfuerzo de la ofensiva una vez alcanzado el primer objetivo, no vaciló en dedicar una atención preferente a aquel sector que, sobre el papel, le ofrecía la posibilidad de un asalto por sorpresa impensable en el resto de una línea estabilizada a lo largo de dos años de guerra de trincheras. Cuando remitió la intensidad de los fríos fue despachada una primera fuerza de a pie —con unas cuantas caballerías— que hubo de remontar el arroyo a partir de su confluencia con el río y que, sin ser apercibida por la observación del adversario, debía hacerse fuerte en la cabecera de la cuenca mientras se llevaban a cabo los trabajos de exploración del valle y su acondicionamiento para el paso de vehículos rodados. El primer día alcanzaron el cañón, que atravesaron por el cauce para eludir el paso del altiplano, más cómodo pero demasiado expuesto a la observación aérea; el segundo, trepando por las rañas, tirando de las acémilas, descargando la munición de las cajas, alcanzaron la meseta a la caída del sol para divisar desde allí los apriscos y caseríos del puerto, los prados donde pastaban algunas bestias entre las columnas de humo de los vivacs y una orgullosa bandera que parecía tremolar al compás de un pasodoble; he ahí a través del periscopio la primera visión del enemigo; un oficial —a juzgar por las perneras— en camiseta, con la cara enjabonada y un cubo en la mano. Era su misión hacerse fuertes en aquel punto, sin provocar al enemigo, mientras se llevaban a cabo los preparativos de la ofensiva y el mando era informado de las posibilidades de aquel sector para (1) lanzar desde él un ataque de flanco sobre las defensas del

puerto a fin de rebasarlas y cortar la carretera por la ladera septentrional, principal vía de comunicación y apoyo logístico de toda la línea enemiga que debía quedar envuelta por el movimiento de pinzas encomendado a este ataque y a la ofensiva principal a su izquierda o bien para (2), en caso de demostrarse inviable la anterior posibilidad, dirigir, desde aquel mismo punto y con veinticuatro horas de anticipación a la ofensiva en el valle, un asalto frontal con fuego de posicionamiento, que obligara al enemigo a sustentar dos ataques convergentes con el riesgo de quedar envuelto por el progreso de uno cualquiera de ellos. Así pues, el propósito de aquel primer golpe dentro de la elaborada composición de la ofensiva de primavera —más aún si se compara con la simplicidad de los planes de marcha y líneas de avance de ambos contendientes hasta aquellas fechas— era de un alcance limitado y no consistía tanto en desalojar al enemigo del flanco occidental de su perímetro defensivo —máxima aspiración del Mando que no podía esperar tanto aun cuando se alcanzaran los objetivos de la posibilidad (1)— cuanto en obligarle a reforzarlo a costa de debilitar su sector central a donde se dirigiría la punta de lanza republicana. La ofensiva de primavera se había propuesto —desde los tableros del mando y los planes de avance (un campo de flechas rectas y curvas sobre una gran calva blanca, sin indicaciones altimétricas ni curvas de nivel ni referencias topográficas, en un inconcluso 25.000 del Estado Mayor) hasta el ofuscado furor de las milicias— desalojar al enemigo de las posiciones en la sierra que, con centro en el puerto, había ocupado en el primer verano de hostilidades apenas sin disparar un tiro, creando una amenaza sobre toda la región que no se había de mitigar en el curso de la guerra. A fin de cuentas todas las operaciones bélicas a lo largo de aquellos treinta meses —reducidas al intento de reconquista por un lado, de defensa (más despreocupada que la

anterior, consciente de que el tiempo trabajaba a su favor, que la geografía estaba de su lado, protegidas sus espaldas por una retaguardia que le permitiría en circunstancias apuradas movilizar hasta aquel apartado teatro de operaciones efectivos mucho más considerables que los recursos de aquel contumaz islote) a ultranza por el otro— se originarán por la posesión de aquellas privilegiadas posiciones, ocupadas en menos de diez días por poco más que un grupo de excursionistas, embriagados y arrebatados por la oratoria de un patriota, despachados en unos cuantos camiones y provistos de la munición que cabía en las cartucheras. No fue precisa mucha elocuencia para convencerles de que su destino les obligaba a colocar la bandera de dos colores en los descarnados apriscos del puerto, pues ya venían tomados, y una breve visita a los clásicos y místicos de la edad dorada suministraría toda la inspiración para tan acertada medida estratégica. Nadie podría prever, en aquellas primeras semanas de una guerra casi incorpórea, que la excursión decidida tras una alocución patriótica, desde el balcón de un ayuntamiento ocupado por las autoridades militares y religiosas (y algún civil de otra época, que todavía no ha tenido tiempo de ser investido de cualquier cosa), comenzada en torno a una bandera llevada en volandas por un grito en la plaza hasta los estribos de unos pocos coches y camionetas que con doscientos voluntarios se ponen en movimiento, mientras las muchachas alargan sus ramilletes de flores y los niños, contagiados del espíritu marcial y ávidos de gloria, inician la marcha con una disciplina de la que carecen sus mayores, hacia ese punto irreal de la historia donde cada cual coloca la imagen de lo que no es, había de tener tal trascendencia desde una perspectiva bélica. El enemigo es una caricatura del periódico local, un nombre odioso, una figura de leyenda adornada con todos los atributos del mal; abstracto, bidimensional y evanescente (la componente del odio

hidratado en la multitud), quimérico y andrógino no será vencido por el denuedo o la fuerza de las armas sino por un gesto de coraje, una canción guerrera y un signo de la cruz, al igual que la sombra inmóvil que alimenta la pesadilla; pero necesitará tres años para subir a un vehículo (acaso uno de aquellos que inicia el episodio abriéndose paso a duras penas entre la muchedumbre en fervor, acaso en sus motores es donde tiene su madriguera el genio íncubo que codicia el comercio con Belona) atestado de bultos, que abandona una carretera con las cunetas salpicadas de colchones y cochecillos de niños (y alguna mula patas arriba, con un gesto imprevisto para el que no le preparó la naturaleza) para internarse por un camino de caballerías. En aquel momento, cuando por fin se abrió la muchedumbre y el primer conductor pudo cambiar a segunda, cayó el naipe sobre la mesa, un cuatro ¿de qué? la carta que proclama el hipnótico equilibrio tras la lucha, la evaporación de un ideal y el lento comienzo de una realización. En el mismo momento que despierta se agota la juventud, se borran los nombres propios, la fronda avanza sobre la casa y un visillo agitado por la brisa engendra una presencia invisible; se diría que los años han pasado anticipadamente y que el resultado de hoy no es más que la imprevista neutralización de todo esfuerzo quimérico, una labor gramatical que reducirá las palabras a sus significados más estrictos, despojándolas de las incomprensibles ensoñaciones que despertaron. En su segunda visita no estaba sola. Por aquel entonces un comandante despachado para realizar una inspección ocular del mal llamado frente, comprendiendo las posibilidades que ofrecía el saliente montañero para lanzar una ofensiva bien organizada sobre toda la comarca al oeste de la sierra (aislada gracias a ella pero su tributaria tanto en la guerra como en la paz, tanto en verano como en invierno), solicitó y obtuvo de su mando el envío de fuerzas y pertrechos para la consolidación de las

líneas más avanzadas; un coronel se hizo cargo del sector, fueron despachados dos batallones, unas cuantas piezas de artillería de montaña, una compañía de ametralladoras y una sección de transmisiones que debía cuidar del mantenimiento de las comunicaciones durante el largo letargo invernal... en que apenas dormía, fundida en el claroscuro de anónimos, infechados e insignificantes crepúsculos, desentendida de un astro perdido y abandonado, incapaz de sobrellevar su divorcio, que se refugiaría tras las bardas de un corral para precipitar la noche, atenta tan sólo a las señales (imperceptibles para todos los que habitaban la casa) cuyo recibo acusaba entregando un naipe al aire y depositándolo en la mesa. Mucho después venía la lectura. A veces entraba en trance —sin duda espoleada por un terrible aviso— y tomando el mazo con ambas manos, sin que fueran perceptibles sus diestros movimientos, como un quitanieves disparaba al aire el chorro de naipes con una regularidad mecánica, a velocidad y fuerza constantes, y tras dejar el suelo de la habitación sembrado de cartas caía exhausta sobre el respaldo de su poltrona sin haber dado con la clave o la respuesta que había buscado de tan frenética manera. Dos días pasarían sin que reanudara el juego, abandonada a su laxitud, el brazo derecho caído a plomo hasta rozar con los curvados dedos la alfombra y la cabeza ladeada, la mirada muerta sobre el campo de batalla donde yacían los despojos de su ejército, considerando hora tras hora el futuro de tan aciago resultado. Entró de puntillas, cuidando de no pisar ninguno, y sin atreverse a decir nada tomó asiento en el sofá, en espera de que al menos mudara el gesto y le preguntara qué hacía allí. Apenas la conocía; había sido presentada a ella el día que se anunció su compromiso matrimonial y —aparte del privilegio de acompañarla y ayudarla a salir al jardín para la merienda y la fotografía conmemorativa— tan sólo habían cruzado unas palabras de

rigor, las suficientes para comprender que no todo en aquella casa se hacía contando con su consenso sino, muy lejos de eso, que todos los miembros de la familia —incluso los que más lejos y separados por cualquier clase de distancia se hallaran— antes de hacer algo consideraban en secreto lo que ella pensaría al respecto. Pensara lo que pensase, no lo dejarían de hacer ni recibirían nada a cambio de su acto, ni un aplauso ni un reproche ni un gracias. Nada, pero para hacer cualquier cosa tenían que pasar previamente por su tácito y secreto veredicto, un trámite imprescindible y el más manifiesto síndrome de su parentesco. Se sentó en el borde del sofá, dispuesta a esperar. No sabía muy bien por qué había venido, ni cómo ni para qué. Su marido había sido detenido unos meses antes y en la incómoda situación en que la dejara alguien —tal vez su suegro— había sugerido que en aquella dramática circunstancia menester era estar todos juntos: al revés de lo que pensaba la mayoría de la gente. Así pues, debía unirse a su familia política con la que nunca había convivido antes que con la suya propia que ansiosamente la esperaba en el lugar seguro de sus tierras. Y entró a saludar a la abuela que llevaba dos días contemplando el suelo; se había repuesto algo y, enderezada, con la mejilla apoyada en la diestra, vuelta la palma hacia adentro y el codo en el brazo del sillón, como la anciana en un día soleado idéntico a aquellos que le sonrieron en su despreocupada y atractiva juventud se detiene en su paseo y reclinada en la balaustrada de la bahía al fijar su mirada en la lejana regata cuya carrera nunca podrá comprender ni siquiera llegar a entender que se trata de una competición cuyas reglas jamás le importaron, no dejará de sentir la redolente pulsación de un semiapagado órgano que engendró todos los impulsos de una vitalidad estimulada por mil deseos inextinguibles y mil vicios multicores y diez mil no enseñantes fallos y cien mil emancipados y fisionados átomos

de su indescifrable voluntad, ni de recorrer hacia atrás la oscura carrera de su vida en busca del último punto luminoso casi celeste y estático, suspendido en un más allá ultrasonoro, en el vapor de la más inocente actividad inefectiva, de aquellas enigmáticas y limpias velas blancas, miraba los naipes esparcidos por el suelo —habiendo olvidado sin duda el trance que había provocado tal desastre— incapaz de comprender la indisciplina y el desorden a que habían llegado aquellas criaturas sujetas por lo común a sus reglas e instrumentos de su voluntad. Entró en aquel cuarto para saludar a la abuela... y no salió de él sino a tirones ¿treinta meses después? de los mismos hombres que un día antes bajo aquellas tapias habían aplastado la frente del alcalde con una sola descarga. No sabía qué hacía allí, al borde del sofá... pero poco a poco lo había de comprender. Y, por encima de todo, que era ella misma —en obediencia a una orden tan secreta que para ser acatada había de pasar inadvertida a todos los recursos, escuchas, vigilantes, espías y secretos confidentes de su mente— la que le había llevado allí. Empezó a comprenderlo cuando le dijo: «Alcánzame esa carta, por favor», para añadir, tras ponerla frente a sí y venir a colocarla con precisión de cajista en una determinada posición del círculo de su mesa: «Está bien, ahora esa otra» al tiempo que señalaba una del suelo que había caído de cara: «Tenía que ser el siete de espadas: el holocausto de los poderes públicos. Públicos, sí. Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. El deseo de destruir no solamente haciendo uso de los medios materiales y de las armas, sino también por el espíritu; de aniquilar otras ideas, frustrar otras aspiraciones y condenar otros paraísos. De luchar, de vencer, principio primero de una especie creada en el antagonismo, en la lucha entre el genético orden combativo y

el instinto de paz y conservación. Realizaciones efímeras. Rencillas familiares. Controversias y enemistad entre personas que empero tienen un interés común. He ahí lo que me has dado». Apenas llegado a su puesto vino a poner en práctica un plan que había trazado de antemano. Con ansia había esperado el momento de tener las manos libres y la autonomía suficiente para demostrar a propios y extraños su resolución y efectividad; decidido estaba a dejar bien patente que podía triunfar allá donde los demás habían fracasado y en su ánimo no había otra controversia que la entablada entre la premura por pasar a la acción y la demora para llevarla a cabo con los más imprescindibles resguardos. Y una vez realizados sus más elementales preparativos sólo tuvo que esperar a que el tiempo le acompañase para poner en movimiento sus fuerzas. Como de costumbre lo primero que hizo fue entrar a saludarla, a depositar un beso sobre su sien (con los brazos cruzados estudiaba detenidamente el jeroglífico y ni un obús que entrara por la ventana la habría distraído) detenido a un milímetro de su piel, de la masa inodora de su cuerpo envuelto en el aroma del recinto cerrado y en sombras donde desde el día en que se empezó a rendir el culto, se encendió el cirio o se quemó el incienso o se dio sepultura a su cadáver guarda, desprovisto de todo carácter, el clima estanco segregado del aire y saturado de las emanaciones de la mortaja; apenas llegaron sus labios a tocar su sien, al igual que al devoto sólo le es permitido entrar en contacto con un solo punto de la imagen que venera, cuando por encima de su atusada cabellera blanca (carente de todo perfume y de toda posibilidad de nueva forma, sus calcinadas guedejas reducidas a un alma de amianto indestructible) la vio sentada en el sofá, arrinconada en las sombras, como una feligresa. No se levantó, alzó el cuello y adelantó la mejilla para recibir asimismo el beso del saludo. Luego cortó con los dientes un trozo de hilo negro de una prenda masculina que se

hallaba cosiendo. Ambos eran cautos, deseosos de guardar las distancias y apariencias y de hacer ostensible con especial énfasis (y forzado laconismo) que ambos encarnaban a la perfección los diferentes y antagonistas papeles que les habían correspondido en el reparto de la tragedia para cuyo primer acto se acababa de levantar el telón... y todavía se reservaban esa continencia, esa exagerada seguridad con que el actor irrumpe en las tablas en las primeras escenas para, acompañándose de recursos tónicos y cierta grandilocuencia, inducir en el auditorio el sentimiento de que todo se ha de degradar. El juego así lo exige. Pero en aquella habitación se sabían espiados. Y más aún, debían sospechar que alguien conocía su secreto y que por consiguiente asistiría a la representación con un talante muy distinto al resto del público e interpretando a su manera todo el asunto. Ciertamente, con qué triviales conocimientos y con qué infantil resolución se entrega el héroe al curso de la tragedia —tanto más terrible cuanto mayor es la inocencia inicial— que con frecuencia sólo sabe ver como una artificiosa mascarada en la que se aviene a colaborar en la seguridad de que todo quedará en nada. El yo es también una costumbre, que se encubre con sus propios hábitos, y tanto como gusta mirarse en ellos y atribuirse un carácter se reconoce (con la sorpresa del hallazgo de un objeto querido y perdido) en aquella conducta —que con su anómalo e infalible péndulo señala las oscilaciones y los extremos del placer y del dolor— que surge de sus violaciones. El primer designio consistía en adelantar las líneas y las bases, a fin de consolidar la posición en el puerto, demasiado exigua y subordinada a las comunicaciones y al apoyo logístico desde la otra vertiente. En una amplia operación que comprendía dos golpes diferentes y distantes se atacarían las posiciones de la sierra, empujando al enemigo fuera de sus trincheras, desplazándolo hacia los piedemontes y obligándole a aceptar la

segunda fase de la campaña en el llano, en condiciones muy distintas para consolidar su resistencia tras la sensible merma de recursos provocada por la táctica de desgaste que debía inspirar el primer y principal ataque. La orden del día de la operación mencionaba expresamente «la ocupación de una amplia base de partida para el posterior asalto a toda la región, asegurando la retirada del enemigo de toda su línea hasta el puente de la carretera» así como el sostenimiento y la consolidación «de una línea de protección de todo el flanco izquierdo del dispositivo». Cinco columnas debían llevar a cabo la maniobra: la Columna 2 debía atacar, con antelación a las otras, en el extremo del flanco derecho —donde más profundo era el saliente montañero desde el que, en principio, más rápido y económico resultaba el avance hacia el llano— con el deliberado propósito de atraer la atención del enemigo y desplazar sus fuerzas ante la posibilidad de que constituyera la punta de lanza de la ofensiva, en verdad encomendada a las columnas 3 y 5 en el sector central derecho, que sin esperar a los resultados alcanzados por otras unidades debían progresar por ambas márgenes del río hasta enlazar en las proximidades del puente o el cruce de carreteras. A la Columna 4 se había encomendado la protección del flanco izquierdo de la 5 y su orden de marcha especificaba que progresaría sólo en la medida que ésta lo hiciera y tan sólo en caso de extrema necesidad —y bajo orden expresa— se uniría a ésta bien para dislocar la resistencia enemiga en el punto que hasta entonces se había demostrado más fuerte y tenazmente defendido, bien para apartándose de su marcha tratar de envolverla con un movimiento de flanco. Por último, la Columna 1 no sólo permanecería en estado de reserva de maniobra sino que debía proteger el flanco izquierdo —estacionario— de las cuatro columnas en movimiento. Por su parte, la Junta de Defensa republicana había en su día cursado órdenes que en esencia

consistían en «sostenerse a toda costa sobre la línea ocupada a fin de contener al adversario en espera del momento adecuado para pasar a la ofensiva y recuperar la iniciativa en todo el sector». La configuración del frente inducía a pensar que el próximo empuje enemigo tendría lugar en las proximidades del río y en paralelismo con su eje —un ataque de cierto cariz napoleónico— con la mayor presión en la margen derecha, aprovechando el saliente, al objeto de cortar la carretera de la sierra en las primeras pendientes y revueltas del puerto, establecer una cabeza de puente en la margen izquierda para tratar de envolver por su retaguardia el dispositivo republicano, firmemente asentado en los piedemontes pero carente de líneas de fortificación en los llanos y no demasiado sobrado de equipos motorizados para trasladar rápidamente sus efectivos a tenor del curso de los acontecimientos. Como la mayor presión y actividad que el enemigo había estado ejerciendo —tanto en los momentos de intensas acciones cuanto en los dilatados períodos de frente semidormido— se habían desarrollado en el saliente del flanco derecho todo parecía confirmar la primera hipótesis del Mando que optó por situar frente a aquel punto sus mejores y más avezadas unidades, con la salvaguardia de todo un plan de corrección táctica capaz —al menos sobre el papel— de llevar a cabo los traslados necesarios a la vista del desarrollo de los combates. La Brigada Mixta CCII —de reciente creación— debía permanecer estacionada en las inmediaciones del puerto como reserva inmediata en tanto que la CCIII, complementada con dos batallones móviles, se situaría en las alturas del flanco izquierdo, entre los vértices Beleño y Sepulcro Beltrán, a fin de —cuando menos— mantener las posiciones en el sector donde la mayoría de las presunciones auguraba menor actividad. Por fin, un tercer batallón, con seis piezas de artillería del 10.5 y dos secciones de ametralladoras, había de situarse —trazando y

escalonando sus comunicaciones— al este del último vértice mencionado y a la misma cota de las posiciones del adversario en el puerto, procurando no atraer su atención y dispuesto al asalto de aquel punto, vital para sus comunicaciones y bastante alejado del teatro de operaciones, en el momento en que, teniendo sus reservas comprometidas por la acción principal de la ofensiva, el adversario sólo pudiera defenderlo con sus recursos locales. Y si bien una mínima prudencia por parte del Mando republicano obligaba a detener la ofensiva del enemigo en el teatro por él elegido y con fuerzas semejantes, buen número de jóvenes capitanes esperaba milagros de aquel plan envolvente, más audaz y efectivo que la defensa a ultranza. Sin embargo, estaba decidido que en caso de alcanzar sus objetivos y lograr desalojar al adversario de sus posiciones en el puerto, esta última fuerza debía limitar sus movimientos no progresando más allá de las metas previstas, en espera de una reacción enemiga por ambas vertientes de la sierra, la una en apoyo de la ofensiva desde sus bases de retaguardia, la otra —más temible a corto plazo— dirigida por el esfuerzo regresivo de la misma en evitación del posible embolsamiento de sus unidades más competentes. No habían pasado inadvertidas estas posibilidades al Mando nacional que, a pesar de sentirse plenamente seguro del éxito de su plan, no podía desdeñar las amenazas que en todo momento podían cernirse sobre los flancos de un frente abierto —sin coberturas ni solución de continuidad lateral— y en particular sobre el estrangulamiento de sus comunicaciones en el puerto. Tal aprensión se había convertido en la mejor razón para optar por el ataque en el sector central, pasando por encima de las ventajas que ofrecía el saliente occidental, con el que se había de crear un bulbo de presión lo bastante dilatado y poderoso como para conjurar la posibilidad de contraofensivas de flanco de considerable entidad; la aproximación por aquel saliente tenía además las

desventajas de todo avance por un terreno movido y montuoso, agreste y carente de caminos, cubierto de arbolado y monte bajo muy apto para la defensa, abrigado y protegido a la inspección y bombardeo aéreos, y como tarde o temprano las fuerzas que por él avanzaran tendrían que abrirse paso hasta el llano para cruzar el río, la dilación de esta maniobra suponía una gratuita donación al adversario de una eficaz línea defensiva. Sin embargo, y con todo, varias fueron las voces que en los altos estamentos del Mando nacional se pronunciaron por un ataque en la dirección suroeste, aun tomando en consideración todas sus desventajas, como el más apto y rápido para hacer bascular toda la defensa contraria hacia el eje de la ofensiva, obligando a sus fuerzas a desalojar y desguarnecer extensos sectores de su perímetro y, más explícitamente, todo el frente por la margen izquierda del río por el que debían irrumpir las columnas 5 y 4 (y en última instancia la 1) para avanzar por el llano sin encontrar gran oposición, cuando desbordadas las defensas en el puerto quedara embolsada la fuerza enemiga situada entre el río y el frente de avance de las otras dos columnas. Pero semejante contingencia había sido también tomada en consideración por el Estado Mayor de la Junta que, informado con rara precisión de los movimientos de tropas enemigas, aun adoptando un dispositivo tradicional (dotado de cierta movilidad logística) mediante el cual dispuso la mayor concentración de sus efectivos en torno al puente con vistas a detener allí la ofensiva (pues cualquiera que fuese su dirección inicial hacia allí tenía que dirigirse) no dejó de preparar en secreto aquel golpe de mano en las alturas del puerto que de ser llevado a cabo con éxito bien podía abortar, dislocar o al menos diferir —y así ganar un tiempo precioso— la tan temida operación. Con frecuencia lo más sugerente, revelador (y en cierto modo constituyente y definitorio, pues son las oscilaciones extremas de la conducta las que acotan el

espacio donde han de moverse los hábitos) y penetrante del yo es periférico: una entidad que sólo se comprende en cuanto radical invariable de un conjunto movedizo y cambiante, cobra con todo sus dimensiones reales —o tal vez su trascendente adimensionalidad— cuando se ve obligada a extenderse por un terreno que desconoce y a improvisar un saber insólito e inédito y un carácter ingenuo, aun cuando para enfrentarse con tal o cual situación haga uso de todos los recursos que le suministran no sólo la experiencia sino también la inducción (nunca el instinto, vivencia sancionada de un alma gemela) de lo no vivido. La guerra es también un yo. Y por encima de toda doctrina humanitaria el yo se siente divino. En el quicio de la puerta, de espaldas a su abuela, le dio un beso, le apretó la mano y acarició con la yema de su dedo índice el eje de su cara y de su torso, desde la frente a la barbilla, desde la barbilla hasta el escote. La experiencia es sólo reincidencia pues la primera vez apenas cuenta, embargado, suspendido y demasiado trastornado el yo por la cenestésica inversión de sus sentidos —escuchando con los dedos y tocando con los ojos, oyendo en la piel el timbre de un calor conjeturado— como para atenerse al cumplimiento de todas las cláusulas que constituyen su articulado teórico. Luego la mano descendió por su costado y palpó su cadera. No podía dejar de estar allí (lo mismo debió pensar quien sin verlo, reclinado sobre el montón de papeles donde había garabateado unos cálculos, descubrió Urano) la cadera. El encuentro con el objeto intelectualmente buscado suele ser súbito y, paradójicamente, resulta ser el intelecto —por suspicaz y desconfiado— el último en apercibirse del hallazgo que, iluminando todo el camino que el alma recorrió en parte a ciegas, enriqueciéndolo con la reviviscencia de mil detalles que sólo afloran a la memoria cuando se ha desvelado el enigma (en uno de esos raros momentos en que el destino presenta una expresión amable,

cuando al tiempo que se retira dice «estaba reservado para ti» y apenas pronunciada su frase desaparece de la escena tanto porque el héroe en ese trance se basta para hacer proseguir la representación cuanto para que no se advierta su valedictorio comentario: «Ya te pasaré la cuenta»), ya ha saturado y embrujado todas las facultades del espíritu aun cuando la razón siga examinando los documentos de su identidad antes de permitirle la entrada en el vedado terreno de la emoción. Sin duda es demasiado pronto para hacer planes y pues todo devenir se encarga de abreviar las horas de triunfo parece justo que el héroe retenga por un instante la respiración retrotrayéndose de la epopeya para considerar lo que ha pasado, para otorgarse un plazo en el que pensar en sí mismo tras recobrar el aliento: mil detalles brillan anónimamente y cada uno reclama su atención y prioridad sin poder empero romper el hechizo que provoca su conjunto. Tras haberlo pensado todo, todo desaparece del campo de su reflexión, incluso la propia reflexión: en el debate surge la ponencia del caos y, en cierto modo, del entusiasmo, la aparición trasera de un fantasmal coloso que se ríe de todo y con su sombra —ni siquiera con su presencia— impone la ley del instante presente y con ella una miríada de hipnóticos y fugaces futuros, la fusión de un porvenir veloz al entrar en el denso y frío medio del cuasiayer. De la misma manera que el miedo aplasta un conjunto de sutiles y valiosas percepciones que empujan al sujeto a un estado de defensa y quedan olvidadas cuando se apresta a ella, el apetito de posesión pasa por encima del sistema radical que lo alimenta en cuanto entra en contacto con el objeto deseado. El orden del deseo es distinto al de la satisfacción y el régimen del espíritu surgido de la insuficiencia no tendrá nunca respuesta con el hartazgo. El deseo calla, y acaso duerme, ante el objeto deseado pero ni se conforma ni se deja sojuzgar y —última disposición testamentaria de la doblez

— sólo coincide y se confunde con él cuando pierde su contacto. Pero ese contacto ¿cómo se ha llevado a cabo, quién ha dado el plácet, qué secreta célula ha denunciado la quimérica coincidencia entre lo deseado y lo encontrado? ¿O será que el deseo se esfuma ante el abrumador empuje del objeto, de la misma manera que la llamada a la puerta extrae de su lectura al más ávido y apasionado lector, incapaz por grande y exclusiva que sea su afición de modificar la excéntrica e inapelable prioridad de que gozan ciertos requerimientos respecto a otros? Al contacto con la cadera ¿se produjo el anuncio de la identidad entre lo propio y lo otro?, ¿la tan deseada renuncia del yo a mantenerse dentro de sus límites, a sentir en la mano la nueva propiedad y por consiguiente la invasión por la mano de un poder alógeno capaz de producir la fusión del yo en un inesperado condominio?, ¿y se mantendrá el misterio de una carne extraña —eternamente separada, sensible al tacto y perteneciente al abismado orden de lo otro— restauradora de una elísea armonía (de la que la memoria no conserva nada, el nombre se lo dieron) mediante la reposición de esa falta que padece todo individuo? El momento de la revelación —y el nimio detalle que la provoca— es casi siempre ignorado aunque con él se alumbra el extenso ámbito de la compenetración donde el apetito de unión podrá jugar a su antojo pero el rayo ¿acaso extingue la débil luz de la sospecha de que una vez más —y de la manera más perniciosa e irrebatible— el yo ha sido engañado aprovechando su impulso de unión con otro? ¿Estafado incluso? Pues ya se sabe: sólo se engaña a quien a su vez quiere estafar, o ganar demasiado, pero para el más avisado de los mortales —que sabe en todo momento cuál debe ser la índole de sus ganancias — la sospecha no dejará nunca de alumbrar —un punto de resplandor en un ámbito que nunca será iluminado por él, a lo más insinúa sus tenebrosos confines, que sólo indica su propia

posición, como los interruptores luminosos de las escaleras— para decirle: no, la unión es posible pero no duradera, la meta a la que aspira ese impulso es una falacia pues de ser alcanzable ya habrías dejado de ser uno; vuelve la vista hacia atrás y verás mejor, hacia el mismo incipiente, ciego y trágico espíritu germinado en la oscuridad de las aguas y dominado por el tropismo hacia su superficie. Con anterioridad y a oscuras, para mayor desconcierto, cuando no veía nada: su cuerpo vestido de penumbra, surgido de aquellas oscuras estameñas y pálidas blusas con que en el último momento había formado su escaso y austero ajuar de fugitiva, descubría el fruto —la palidez y el brillo de la almendra, la tersura de la ciruela— depositario de toda una reserva de generación y transformación, orgulloso de encerrar en su seno el minúsculo laboratorio que podía disponer a su antojo de todos los ingredientes de la naturaleza una vez que, desprendido de ella, se decide a convertir en aventura individual —tan sólo determinada por sus caprichos— lo que un principio rector universal había ordenado que se cumpliera inexorable y anónimamente, tras desechar ese envoltorio agrietado y coriáceo que le ha acompañado hasta la maduración como representante y guardián de la paciente, eviterna e insomne determinación de hacer cumplir, incluso en el hijo más sacrílego, los designios divinos; desnudo y absorto —las blusas y faldas y medias tiradas por el suelo o negligentemente colgadas del brazo de un sillón— como si reclamara de los agentes de la noche cebarse en una carne que tenía prohibida al día. Hablaron poco, palabras susurradas de lado para no despertar la atención de las prendas de vestir. No llegaron a conversar, a enlazar sus palabras con un nudo más duradero del que formaran sus cuerpos, protegidos por su corpulento y andrógino silencio más atento a las carreras, los pasos y los chillidos de las ratas y gatos que se habían apoderado del

desván, de espaldas al lecho y vigilando por un orificio la llegada de puntillas del nuevo día —una rigurosa raya de tiza entre los postigos— que le instaría a silbar para sus adentros la primera advertencia y el inevitable castigo de su falta. No lo tenían en común, ese día. Ambos sabían que era mejor, en todos los sentidos, no hablar de él y si en la (algo enigmática) expresión del rostro de ella asomaba siempre el atisbo de una última y permanente ilusión que se reservaba para sí sin decidirse a declararla, por miedo a perderla, no se esfumaría en aquella ocasión sino que sería trasladada al brillo de las pupilas a fin de que su compañero la demandase. El recuerdo no cristalizará luego en una frase (que quedará al albur de la abuela, que la verificará con el naipe o a él la fiará) sino en esa mancha táctil, la radiación a un éter no receptor de las ondas que un cuerpo solitario sigue emitiendo tras haber estado en contacto con otro, el incoloro vaciado en el vacío en que fosiliza el amor; más acuciante (por más amorfo e inestable) que cualquier ente sustantivo, en permanente y abortiva metamorfosis y no ligado sino a muy pasajeros e inaprensibles datos de los sentidos, a reminiscencias irrecordables que no dejan impronta alguna ni grabación fija sobre la parafina de la memoria; ni una palabra, ni (menos aún) una frase; ni un aroma; una medusa que la primera espuma en ritornello de la mañana desgarrará y disolverá entre sus delicadas y craneladas rompientes —a través de la rendija— para morir en el lecho, entre las sábanas que señalan la repetida caricia de sus ondulaciones. Y algo que la doble mirada paralela encontrará premonitoriamente en un mismo punto del techo; no tanto la inverosimilitud de lo presente cuanto la sospecha de que un día no lejano, perdida esa clase de contacto, será preciso restaurar la incredulidad en el amor, con mayor firmeza, con un cierto conocimiento de causa y a su pesar; y más se prolonga el silencio, más firme parece el vaticinio; no necesitaron decir

nada... o bien optaron por callarlo porque se les antojara demasiado solemne: más que la guerra y la orfandad y la viudez, la separación, la miseria y el miedo; más que la doblez y la mendacidad y la vergüenza; más que la enfermedad que en su ignorancia se inocularon y que no tardaría veinticuatro horas en cobrar sus víctimas. Si la primera y casi instintiva reacción ante el acto culpable es siempre la protesta de la propia inocencia y el retroceso defensivo hacia la virtud injustamente acusada de dolo ¿no será con frecuencia el síntoma de un inconfesable horror al estado venturoso y la añoranza de un castigo supremo? La expulsión de un paraíso que situado en los antecedentes no podrá ser recobrado ¿no constituye un deseo escondido bajo la librea de la maldición? En un punto del techo, interrumpiendo los fastos de la cópula, una nocturna mano caldea ha trazado su enigmática inscripción: siempre perdurarán los actos punibles y sólo la culpa acierta a dar un pleno sentido a la conducta. He ahí al oficial de transmisiones que, a medida que progresa el combate, debe seguir manteniendo el contacto entre el Estado Mayor de la brigada y las unidades desperdigadas por aquél; vedle abandonar su puesto de observación —un chamizo de tablas y ramaje que protege un anteojo estereoscópico, una estación de radio y un telefonillo de campaña— para realizar personalmente el reconocimiento, contraviniendo las órdenes; sabed que esa misma noche, tras haber sido amonestado a la vez que felicitado, le es encomendada por el Mando la misión de hacer llegar personalmente a todos los responsables la orden de avance de las fuerzas situadas en Herencia; cómo al cabo de una semana de ininterrumpidos combates se ve obligado a asumir —tras una acaso excesiva demostración de fuerza y rigor disciplinarios— el mando de una compañía que ha perdido la mitad de sus efectivos y toda su oficialidad y cómo después, por sí y ante sí, desoyendo instrucciones superiores,

decide mantener su posición —casi totalmente aislada— en lugar de iniciar la marcha río arriba para unirse al grueso del ejército y a sabiendas de que su única posibilidad de salvación reside en su capacidad de resistencia. Tiene suerte: una unidad enemiga despachada hacia ese lugar —acuciada por el deseo de alcanzar la punta de lanza del avance y engañada por el convencimiento de que la posición ha sido rebasada y despejada en un primer asalto— pasa de largo ante las miras de sus fusiles y ametralladoras y sólo tras tomarse un tiempo de espera, y con un conocimiento del terreno de primera mano, cuando el enemigo se halla alejado de sus bases lo bastante como para hacer inútil cualquier envío de refuerzos, se decide a atacar para empujarle hacia el río que —sin duda— era su propósito cruzar sin ser advertido por las defensas de la otra margen. En tanto su padre, dejando pasar sus horas en un continuo jadeo —y los ojos inquietos al compás acelerado de los pulmones—, sentado al extremo de la larga mesa se ha transformado de súbito en un anciano tal vez para conversar de igual a igual con otro que ya lo era con anterioridad. ¿Qué resultado cabe esperar?, pregunta, ¿el triunfo de nuestras armas? ¿Qué triunfo es ése?, le responde el otro. ¿De qué me estás hablando, no te estarás confundiendo? ¿Nuestras armas? ¿Qué armas son ésas? No sabía siquiera que tuviéramos armas; dime ¿armados nosotros? ¿No habrás perdido el juicio? Nuestros enemigos, dice, sin dejar de jadear, la mirada amarilla recorriendo inquieta las paredes de la habitación. Por la puerta entreabierta del salón llegan las voces pausadas y despreocupadas —palabras entrecortadas y frases sueltas de quienes concentran su atención en los naipes— de los jugadores. No creas nada de lo que dicen, le responde; ni siquiera estoy seguro de que esta guerra, de la que tanto alardean, se esté produciendo realmente. ¿Te das cuenta de que a los viejos intentan engañarnos en todo momento, como si

quisieran ocultarnos nuestra misma vejez, nuestro desvarío y la proximidad de nuestro fin? ¿Y serás tú de los que se deja engatusar con semejantes niñerías? Yo no creo nada y recelo de todo, es lo único que cabe a nuestra edad; no me creo nada. Sin duda te han acostumbrado mal, dice su padre. Me han acostumbrado bien, métetelo en la cabeza de una vez para siempre, muy bien, demasiado bien. Soy yo el que les ha acostumbrado mal; pero sólo yo, contra todos ellos. De una vez para siempre y al contrario que tú. Estás mal acostumbrado. Estoy muy bien acostumbrado; no les quito la vista de encima, no creo nada de lo que dicen y aunque me callo advierto y estoy al corriente de todos sus embustes y trampas. En ocasiones me digo: no los denuncies y déjales hacer pues de esa manera seguirán incurriendo en su torpeza y creyéndome engañado me dejarán en paz. Pero quien en verdad engaña soy yo que vivo dos veces más que ellos: lo que ellos creen y lo que yo quiero. Ahora sé muy bien adónde voy, por primera vez, y ante eso todo me parece banal. No doy ninguna importancia a nada, los demás me traen sin cuidado. No te preocupes, ya se cuidarán de ti nuestros enemigos, dice su padre incapaz de posar los ojos en sitio alguno. ¿Nuestros enemigos? ¿Pero de qué estás hablando?, ¿estás en tu sano juicio? ¿Nuestro triunfo? ¿No ves que en nuestras vidas ya no queda sitio para ninguna clase de triunfo? ¿No ves que no cabe? Escucha, siéntate; ven acá. ¿Y el triunfo de nuestros enemigos? Los que sólo quieren vengarse. Más allá del polvo de las cunetas surge el inquietante rumor del horizonte, el zumbido de la sima que se abre detrás de cada muro y de cada terraplén. Ha surgido de nuevo el escozor provocado por el contacto de la Medusa y que una mano distraída —licenciada del combate vuelve al pecho— acaricia mientras contempla en el cielo unas nubecillas blancas, condensaciones huérfanas de un cielo que adulterado ha perdido toda coloración. De súbito, el campanario que enfila la

carretera no surge ya del horizonte sino de una estampa histórica sin perspectiva, como si tras haber sido elegido como protagonista de la efemérides abandonara el mundo de la materia para ser sustituido por su reproducción muda y tonal, instantánea y discontinua en la estela desolada que señala el paso del hombre, distanciado para siempre del alcance de los vivos con quienes ha decidido romper toda relación tras la aceptación a regañadientes de su saldo de finiquito. Para entonces un tumulto de hechos violentos y pasajeros —que en su día no constituyen historia, antes al contrario han sido engendrados en la matriz del olvido— ha borrado todos los nombres y datos en la rigurosa economía del desastre. Toda la tarde esperarán dormitando en las cunetas y terraplenes pero antes de que se ponga el sol por tercera vez llegará la orden de marcha, hacia un inescrutable triángulo en sombras, definido por equívocos por un soldado destacado; y como improvisado mausoleo que guardará la reliquia —testimonio de una promesa— (a punta de navaja, 1938) servirá una nunca estrenada pero arruinada garita de guardagujas, construida con aparejo de ladrillo y sillería del más puro estilo industrial, carente de puerta y ventana y que ametrallada por sus cuatro fachadas ya no opone a la intemperie una sola viga, reducida a la condición de lapidario de los graffiti: palabras malsonantes y dibujos obscenos que parecen atemperar con su licenciosa neutralidad la exasperada violencia de las exclamaciones libertarias. Una certidumbre desprovista de todo color es la que recuerda que algo debe fallar y que incluso quedará abortado... el placer de la derrota, prohibido el ensimismamiento en el rincón del castigo. Al fin llegaron a sus bases, tras un último y breve combate nocturno que al romper el fantasmal cerco de unas avanzadillas ansiosas de replegarse por primera vez en muchos días permitió a las estrellas titilar al compás de los grillos. La mañana les sorprendió durmiendo, en un insonoro y

acristalado éxtasis anterior a la guerra, con el rumor de una corriente. Eran menos de trescientos hombres, perplejos, barbudos, descalzos —aunando sus fuerzas para pasar una colilla— y devueltos a una conciencia infantil previa al despertar, disciplinados en esa supina y estólida obediencia al brazo secular de la fatalidad. Entonces comprendió que no había llegado a ninguna parte ni llegaría nunca, que toda su jerarquía era un engaño y que bien podía sumarse al coro de trescientas voces calladas que nunca preguntarían ya por su punto de destino, que nunca lo reconocerían como propio cualquiera que fuese, que habían entrado en el terreno de la derrelicción y que una inspirada divinidad —surgida del yo en tiniebla, no impugnable por la luz— usurpadora del poder común del instinto había dictado la orden de extinción. Dejó la mochila al pie de la escalera y sólo en el cuarto o quinto escalón volvió la mirada hacia la puerta abierta de la sala, hacia su padre, sentado al extremo de la mesa en conversación con el amigo de su edad. De pie, apoyada en el quicio y casi oculta por la cortina, la tía Sunta, a quien no había visto en años, le acarició la frente como cuando era niño. También se había avejentado, como su padre, y sin embargo inmolada a aquella edad casi prehistórica que había elegido treinta años atrás y que ahora solícita acudía a ella —excediéndose en excusas por su tardanza y tratando de paliar su negligencia con una deferente obsequiosidad— para aureolarla en sus segundas nupcias con Cronos con la santificación de su viudez, parecía haberse instalado en ella —definitivamente— como quien posando para su retrato espera compartir y beneficiarse de la destemporización de su mejor momento. Cuando tomó asiento —para cambiar un saludo con su padre, unas pocas frases con las que quitar importancia a su vuelta— con sus afiladas uñas le acarició el cogote y el arranque del cuello, como cuando era niño. No era mujer de muchas palabras, no lo había sido nunca,

ni siquiera en los breves días de su paso por allí como recién casada con un hombre interesante, inquieto, rico y algo aventurero; el más breve y perdurable matrimonio de cuantos se conocieron, intacto en la ambarina solidificación de una absurda viudez que no elevó una queja ni una protesta; todo era el gesto, el mismo gesto de siempre, vestida a lo largo de un cuarto de siglo con el mismo ferreruelo de paño verde oscuro sujeto con una pequeña venera de plata, una falda hasta los tobillos de una quejumbrosa muselina perlada que sin duda encerraba como la fárfara un más denso ajuar y unos zapatos negros de hebilla, muy puntiagudos, acaso estrenados para celebrar el armisticio de noviembre, depositario del desprecio a la palabra que atesorará quien ha encarnado un día el absurdo, en una inocente excursión campestre de la que volvería viuda. Como cuando era niño y le acariciaba —con uñas fuertes y pasajeras— la frente o la nuca para transmitirle por la piel el sentimiento de abnegación ante el caos, la repercusión del silencio, la resistencia al dolor y el deber de no rendirse. El pensamiento es un determinante de experiencia, la matriz que, con o sin orden expreso, encierra un número finito de posibles en un limitado campo de combinaciones. «No vengas aquí a luchar», le dice. Va concluyendo la tarde; la luz del carburo —piensa— se compone de tres círculos; el invierno se había anunciado muy frío en las cabillas de agosto y el pronóstico había sido confirmado por una pirámide tornasolada en la otra vertiente de la cordillera, sobre la desordenada, infecunda e insomne armadura de las esperanzas puestas en un punto topográfico. «La única lucha —le dicen los dedos, le ha pellizcado la mejilla y pasea su palma por el cabello y el cuello —, la verdadera lucha es contra el sentido común; la que se perderá siempre.» Lo mismo en el lecho que en la trinchera, añade para sus adentros. ¿Pero en la guerra hay algo propio? Ni en los uniformes ni en las voces ni en las consignas ni en las

caballerías y apenas en el armamento. «Tal vez la experiencia —le dicen los dedos, atusando su pelo polvoriento mientras su padre calla, inquieto y vacante— te lleve a suspender la lucha con el sentido común, pero no depongas nunca la beligerancia», esa depravada, histriónica y fatídica voluntad que la tiniebla procrea con objeto de dar alimento a la mañana, para sofocar su poder estamíneo y armonizar el curso de los acontecimientos al ritmo de la luz. Así quedó escrito en la pared de una garita que nunca se utilizaría para el fin que fue construida, una amenaza, una fecha y un nombre propio con groseras mayúsculas grabadas a punta de navaja y así sería recitado en la desierta plaza donde se descompone una caballería, convertida por unos días en el escenario donde enfebrecido por sus propias bravatas, a menudo airado por la ausencia de aplausos pero siempre ebrio a causa de esas rimadas palabras que conoce tan de memoria y gusta tanto de repetir que han dejado su mente sin espacio para cualquier otro recitativo, el tiempo (de las tapias y la enferma y encamada cordillera, la colgadura que engalana los días pero que los meses destiñen y agujerean) con su acrisolado arte to make dust of all things representa su conocida y aplaudida comedia de equivocaciones, con la que tanto se solazaron generaciones de cuyo paso por el teatro no hay otro testimonio que un susurro que, cansado de ir de un oído a otro, se fija un día en un papel. Sólo el lomo de la mula —como la concha del apuntador en el centro de una escena abandonada por todos, más paradójicamente presente cuando más innecesaria es su presencia, negra inflamación del espíritu cómico— recibirá la sorda salva de aplausos de un público superno, ávido de tormentas y de sangre, atemorizado por su propia ineptitud para deglutir la inmortalidad. Cuando todos los grandes cambios pasan tan inadvertidos que resulta quimérico fecharlos, parece fácil justificar el apego a lo intrascendente. La salva se disipa pronto a un toque de corneta

o una descarga contra las tapias; la mula será retirada para que su lugar sea ocupado por el alcalde y el espíritu —satisfecho de haber durado un instante— ni siquiera se despide del cadáver tras su largo cautiverio en el pensamiento; se cierne alrededor de él —una equívoca distorsión de la luz rota en la jornada setembrina en que se ha producido el cambio— en cuanto reminiscencia de aquella lacustre quietud de donde surgió la corriente del tiempo, para fluir en lo sucesivo a través de la mudez y perder, entre ruidos, la memoria de su nacimiento en el seno del silencio. Ciertamente todo ocurre sobre un mundo natural que parece inmutable pero una alucinación basta para abrir la sospecha de una memoria destruida por los cambios, que fecha en otra época que la crónica, cuyos estímulos no le llegarán por los sentidos, que nunca será comprendida por la razón. Y bien, por un momento llegó a creer que en el extremo de la carretera adonde alcanzaba su vista, por fin había aparecido. Pero un instante antes se había producido el sobresalto: un acontecimiento que es esperado día tras día surge, al cabo de los años, en un aura de estupor y sólo una mezcla informe de ansia y decepción, añoranza, desgana y resentimiento será capaz de suspender la incredulidad para mirar con fijeza; la medida del deseo puede ser conocida pero el miedo a la decepción —a un abismo más hondo que un vacío conocido— es insondable; en tal situación —pensaría— ni sus ideas ni sus expectativas definen al sujeto que si se atreve a indagar los límites de su persona no tendrá otro camino de exploración que el que se interna por su inexperiencia. En una zona opuesta —y en sombras— a la del deseo de su vuelta, esperaba que no volviera nunca de su destierro en aquella tierra ignorada donde el yo, levantando día a día el monumento de su desprecio, construye la única réplica irreductible e incomprensible para el vencedor. Su misión había quedado cumplida en su día, aunque no hubiera

reportado más que desastres. Nada le quedaba por hacer, ninguna reparación a tanto daño. Las dudas, como los capullos de esa planta que por falta de riego pierde su incipiente poder estamíneo, quedarían vacías y sólo en apariencia frescas, sujetas a los exangües tallos de un crecimiento detenido. Los dioses —le susurra— esperan en vano: tanto más poder han ido adquiriendo, apoderándose de los atributos de las divinidades locales y menores que les servían de intermediarios, tanto menos quehacer les es reservado.

II

Después fue cuando apareció realmente, tras el primer sobresalto, sin siquiera dar tiempo a la sorpresa. Porque la primera visión no fue tal sino la yuxtaposición del deseo a un acontecimiento fortuito y la advertencia del jardín reclamando silencio a sus desordenados elementos: los chopos retuvieron su aliento, un mirlo rezagado desapareció tras la cornisa —último participante en el juego a quien la cuenta ha cogido desprevenido y debe conformarse con ese primer y tantas veces utilizado escondrijo que ya no ofrece ninguna seguridad— para seguir el éxodo de su compañero y la quieta, solemne y somnolienta hiedra se acomodó al inesperado calderón —detenida por un instante toda actividad celular en homenaje a un ausente— que desde siglos venía reclamando. Tal vez el niño esperaba tan sólo una voz lejana para lanzar en su carrera un grito en crescendo, reproducción exacta del mismo treinta años atrás, la señal sonora con que el más allá anuncia la iniciación del misterio. Sobrevino la guerra y todos los rasgos se desvanecieron, el aire saturado de nombres, frustrada y tardía floculación de polen esterilizado, pero el suyo ni siquiera voló en aquella primavera de nombres propios perdurados en virtud del ciego y tenaz impulso de un verbo reviviscente al que la aniquilación no apartará de su primer y único designio. Si había de volver sería acompañado de tumultuosas sombras (por la puerta metálica del jardín) y una turbamulta de emociones perdidas e insonoros ecos; sin nombre, casi sin destino, agotado por el interminable itinerario, como ese viajero que tras un primer sueño despierta en la soledad de un

apeadero nocturno y, al cesar el repique de los ejes sobre las juntas, el traqueteo de los enganches y el incesante y quejumbroso crujido de la carrocería, en el inquietante e intolerable silencio de la quietud llega a sus oídos la mortecina conversación en un compartimento nocturno de dos viejas criaturas de azufre que desaparecen con el movimiento, que reanudarán su charla en las paradas —dos jubilados en la portería del reino de Hades— durante las incontables horas de sopor de un trayecto tan fatigante que termina por imponerse a los propósitos del viaje. Empezaron a hablar aquel verano, cuando uno de ellos decidió hacerse cargo de la puerta, tras el estallido de la guerra; y se diría que sólo suspenden la conversación, sin volver empero su mirada hacia él, en la sala invadida por las sombras cuando el joven (ha dejado un chaquetón de cuero sobre el arca del vestíbulo) se recorta en el marco apenas iluminado de la puerta. Ya entonces empezaba a perder su nombre, adentrándose poco a poco en el reino de lo innombrable. Y en cuanto a ellos, ya conversaban en Bethseba o en Emaús, en una taberna de Siena o en una casa de postas de Varennes, días o semanas o instantes antes de que se produjera la catástrofe o incluso después, anticipada por sus palabras de desánimo. De aquel encuentro sólo guardó la impresión de una mirada marchita, de aquel par de ojos de descoloridos iris que tras haber transmitido, en forma de pequeños grumos, parte de su sustancia a una córnea permanentemente húmeda, se hallaran en un principio de descomposición. «Hasta en los actos más generosos y aparentemente desinteresados encontrarás la necesidad de ser necesario.» Eran ciertamente del antiguo régimen y aún seguían formando parte de él pero ¿qué otra cosa cabía esperar? Ahora callaba, sentado en el extremo de la mesa sobre una silla un poco más baja que las demás y sólo su cabeza sobresalía por encima del tablero. Hasta entonces había sido

quien había demostrado mayor serenidad y una más latitudinaria tolerancia, el menos suspicaz. No tenía mucho que compadecer ni que envidiar, ni siquiera de la guerra —caso de darle importancia— esperaba nada de forma que el final les sorprenderá sentados en el extremo de la larga mesa del salón en penumbra, sin dar por concluida la conversación ni volver la atención hacia el oficial que se recorta en el marco iluminado de la puerta. Tampoco tendrá tiempo para saludarles. ¿O no será eso? ¿Será que pertenecen a tiempos distintos y por consiguiente no viven el mismo instante?, ¿o será que cada uno por separado compone la espectral fluencia del tiempo en atención tan sólo a su yo y que todo objeto ha de retraerse al nunca perfectivo aoristo —todo en sí mismo concluido fuera del tiempo— por donde el yo está pasando siempre? «Nada me dice —podía haber dicho el más viejo—; ese mensaje no está destinado a mí. ¿Acaso no tomaré como una insolencia el que alguien me diga que tengo que esperar, sea para lo que sea?» Tampoco sus instrucciones parecían tener mucha actualidad: aquella átona e infatigable consigna, pronunciada entre bastidores, de «reagrupar las fuerzas de todo el sector», con la que parecía borrarse el cielo y escamotearse el paisaje como si gozara del poder de izarlo o arriarlo a la voz de mando y no para transmutarlo en el siguiente escenario sino para sustituirlo por la abrasada histeria del fondo de la estampa histórica, tan sólo apoyada en cordajes, herramientas de tramoyista y amortizados enseres que prolongan su inactiva existencia merced al voto de renuncia a aparecer de nuevo en escena y que, con su repetición, constituye el mejor medio para proteger el momento con la viciosa galvanización de lo intemporal, sin sombras ni contrastes ni mutaciones. Pero por una imprudencia del azar, de repente los tres viven el mismo momento. Luego serán los cuatro, cuando sin haber advertido su presencia siente que su mano se posa en su nuca. Ha sido un chirrido, la

coincidencia con la mirada de su padre en el momento en que el alcalde dice que ya no tiene nada que esperar, que no le hablen de ninguna victoria. La orden que tiene, repetida por enésima vez, ¿produce esa ondulación del tiempo que provoca la coincidencia de espacios tan distintos, de puntos de vista tan distanciados y que, una vez abandonados (y sólo la acumulación de edad o los más duros avatares llevan a cambiar el punto de vista), provocan la sospecha de que todo ha sido un error de óptica? ¿No eran puntos de vista —y maneras de mirar las cosas— lo que les separaban, lo que había engendrado una sincera pero inconfesable enemistad? Su padre le estaba diciendo: «Vete lo antes posible; no intentes jugar ni pretendas engañarme; solamente como enemigo de todos nosotros cumplirás el deber que tienes impuesto y no me hables de sacrificio porque ese privilegio es nuestro». Mientras el alcalde —con la barbilla a la altura del tablero— apostillaría para sus adentros: «Escenas familiares. ¿Hasta cuándo perdurarán? Hay días en que al ponerme de pie tengo la sensación de estar al revés: que lo que está a la derecha tiene que estar a la izquierda, y viceversa. O lo que está delante, detrás, y viceversa. Como si me hubieran —durante el sueño— colocado delante un extenso espejo; o, por el contrario, tras haberme suprimido las imágenes en mi retina hubiera pasado a formar parte de los objetos, vistos desde quién sabe dónde. Que me dirijo al pasado porque vengo del futuro, donde no hay el menor ruido. Absolutamente desorientado, perplejo; entonces ¿qué sentido pueden tener para mí todas estas rencillas? ¿Me explico, joven? Todo al revés y, es más, sin saber ni tener posibilidad de saber si está al revés o al derecho. ¿Lo entiendes?». Un súbito relámpago de la memoria —que no alumbra nada sino una incurvación, una especial actitud remota— le insta a pensar en la inutilidad del esfuerzo, en la ligereza de la gelatinada cólera de su padre y se retrotrae a una

bandera que al sugestionar la mirada parece avanzar en el aire en la dirección del viento pero que en un instante se detiene y hasta sus pliegues se inmovilizan en fijas ondulaciones que fosilizan el abortivo deseo de trasladarse al aire y desaparecer en él para residir en otro medio no dominado por la hipocresía del tiempo. «Y lo que está arriba, abajo. Y lo que he vivido es exactamente lo que me falta por vivir. ¿Te das cuenta, joven? ¿Te das cuenta de que, al igual que esos oscuros párrafos que sólo entregan su contenido tras repetidas lecturas y sólo se leen realmente si no se han comprendido, siempre estamos viviendo lo que ya hemos vivido y en cada instante no nos queda más que nuestra pasada experiencia? La muerte es cosa recomendable, Martín.» También existía una orden que habían escuchado y recibido en numerosas ocasiones pero que jamás habían atendido. Se refería a un oscuro deber contraído por anteriores generaciones, el tributo de un credo o el impuesto de una pertenencia: la cuota por librarse de la esperanza. Se imponía tan sólo a los que habían llegado a vivir su momento —dos hombres en torno a una mesa en una habitación en penumbra, en plena guerra, demasiado viejos para esperar algo de ella— y aun cuando fueran despojados de aquel privilegio el deber no prescribía. Por consiguiente la orden nunca sería atendida por los que ya habían olvidado de donde emanaba. Y en cuanto a los jóvenes, los que en aquel momento podían haber encontrado razones para acatarla, contando con la energía para cumplirla, se diría que habían decidido impugnarla o, al menos, hacer caso omiso de ella. Se había curvado el cuadro de la historia para situarlos al fondo de un salón, en el momento en que cantaran «O Richard, o mon roi» agotados por el empeño de no quedarse a la zaga de aquellos que según sus propias palabras encabezaban la marcha de los tiempos. Parece que el oficial se adorna con un fajín, de más de un color, residuo de otras épocas. Pero se han quedado atrás;

ahora comprenden —el viejo oficial enmarcado en el hueco de la puerta, iluminado desde atrás— que el movimiento se halla también sujeto al punto de vista y que ni las estrellas giran ni las olas avanzan sino que se petrifican en una inmóvil y múltiple cranelación blanca, la última sonrisa de su sepulcral permanencia; y hasta el chorro de una manguera se convierte en un haz de chispas de cuyo resplandor se ha extinguido el calor que las anima para no tener que reproducirse; ahora comprenden —en el momento en que se entreabre la puerta y un cuchillo de luz se introduce en la casta, paciente y andrógina carne de la penumbra— que pronto les será concedido el privilegio del punto de vista de ultratumba y apenas advierten la entrada de ese menudo, aureolado como el profeta que ilumina el galileo huerto crepuscular con todo el resplandor de la historia venidera de su tribu, adornado por esa viciosa, inmarchitable, no lasciva y fanática juventud que, con cada uno de sus crímenes y abusos, es rebajada una muesca en la cuenta de sus años, oficial que tras haber transmitido a las posiciones más avanzadas la orden de reagruparse es requerido en el puesto de mando para encomendarle una misión en la retaguardia. «Dejar las cosas como están, he ahí nuestro secreto programa», le había dicho su hermano. «O tal vez un poco peor», añadirá su padre, volviendo la mirada hacia la puerta, con manifiesta desconfianza. «No les hagas caso», trata de decirle el alcalde. Los dedos lo repiten. Había oído decir que sería preciso acabar con ellos, los últimos vestigios del antiguo régimen. «Escucha, joven —insinuaría el alcalde, más tolerante y, en cierto modo, el menos cauto de los dos—, en esa situación ya no cabe nada, la perplejidad lo ocupa todo. Lo he olvidado todo y, clausurada la fábrica de mis ilusiones, me entretengo con todo esto que veo; me sorprende mucho porque no sé nada y aun habiéndolo sabido, no lo recuerdo.» Había llegado de bastante lejos, tras varios días de marcha, y sin embargo

parecía recién salido del cuarto de baño; atildado, el uniforme ajustado y limpio, atusado el cabello y en la cara la expresión infantil y el buen color de su piel de fruta de hueso y sin embargo desvanecido en la asexuada vaguedad de la criatura sobrenatural de la que se desprende un tan intenso aroma a loción de afeitar —desproporcionado para sus imberbes mejillas— que invade la habitación como el desinfectante a la herida de la luz eléctrica en la anestesiada y moribunda carne de la penumbra. No tuvo edad nunca, ni siquiera en ese momento tras los grandes cambios del crecimiento en que un cuerpo ensanchado se erige en todo su poder para el dominio de buen número de años, cuando en vísperas de la guerra su tía le llevaba al cine los jueves por la tarde. En una habitación interior de un angosto piso madrileño —lejos del hogar paterno — se produciría la transformación, tanto la del niño en el aventajado estudiante de ciencias cuanto la del joven patriarca dispuesto a recibir las tablas de la nueva ley con la que redimir a la grey acampada a las faldas de su Sinaí: una ventana que daba a un patio de color de piel de burra, ni claro ni oscuro sino tan zaino como para haber asimilado en su falsedad todas las tonalidades vecinas y erigirse por la fuerza de la bastardía en el epónimo de todos los patios madrileños, que indiferente a los climas no dejaría entrar el sol ni la lluvia ni la nieve ni el viento y a lo más se limitaría a anunciar, con la disciplina de los conventos que hastiados de las veleidades de la luz han encomendado al sonido las señales del horario, mañanas, crepúsculos y retretas mediante la gangosa voz de las canciones populares o las coturnales e impostadas exclamaciones de las escenas de celos de las comedias radiofónicas (consciente, se diría, de su obligación de rodear al neófito de aquel clima no terrenal, extraído de la más remota aspiración del hombre a comunicarse directamente con el agente celestial del tiempo y reproducción la más exacta posible de su desclimatada

morada), una estrecha cama metálica, una mesilla de noche con un tablero de mármol de color ladrillo, un armario ropero (de maneras yerguchovianas, de los que abren su puerta cuando se pasa por delante, con un saludo de viejo bedel, con el gesto de patética demanda del mendigo al transeúnte o con la llamada de atención del presidiario al carcelero, de los que por las noches trabajan y gimen y se cargan de nocturnidad que conservan todo el día, de los que construidos para preservar los objetos de la usura del tiempo se convierten mediante un aroma o una tela apolillada o un viejo monedero en tabernáculos de su alianza con la aniquilación), un sillón de peluche y una mesa de trabajo; y también una reproducción barata y encristalada de esa extraña Caída de Ícaro y un pequeño espejo ovalado, insuficiente para dos caras, que demasiado ocupado en atestiguar las profundas ojeras matinales de su hermana apenas se cuidará de dar fe —una calurosa mañana, bastante entrado el verano— de su indiferencia ante el adulterio; imperturbable, se diría que nada había adquirido ni perdido con él, como si de antemano contara con todo su legado y se supiera inmune a sus consecuencias, patrimonio inseparable de aquella ultrajante y cesárea naturaleza paradivina o tal vez de aquel infrahumano instinto que, ajeno a todo temor, toda reflexión y toda incertidumbre, jamás le colocará en la necesidad de recapacitar porque un previo e inconcuso entendimiento, que ha avanzado sobre su propio tiempo, desde la ruptura de la crisálida le ha dictado de una vez para siempre todos sus gestos. (En contraste, ante su inesperada aparición en el marco de la puerta, ¿comprendieron que no tenían que dar cuenta de nada, que su falta había sido condonada, que en lo sucesivo no tendrían que acudir con temor a la llamada en la puerta de la calle? ¿Que había cumplido su misión?) Nunca había demostrado hacer ningún esfuerzo; apenas tiene tratos con sus

compañeros, una sonrisa ensimismada se pasea por las fórmulas y jeroglíficos de la pizarra como si desde mucho antes hubiera comprendido la inutilidad de detener su atención en los escolios y pormenores de un proceso cuyo desenlace conoce, como si de una eclipsada y profética sabiduría hubiera heredado el conocimiento de los límites del conocimiento para observar con todo aplomo las inquietudes domésticas de sus próximos; tal vez su despertar fue demasiado brusco y semidormido hubo de subir de tres en tres los escalones de la mayoría de edad hasta un rellano donde un joven réprobo abrió la puerta del adulterio; en esa cama metálica, arrinconado contra la pared y desprovisto de toda ropa a causa del calor, irradia el mismo aplomo, la indiferencia hacia esos menudos incidentes de la carne, en el aliento de lo incomprensible, hacia la ambarina somnolencia con que se recubre el cuerpo de la mujer tras el amor para protegerse del implacable acoso de su conciencia, recusar un despertar a otro deber y reclamar en el sopor su restitución a un limbo prerreflexivo dominado por su terca, devota y única razón de ser a la que ha renunciado no por temor a su aniquilación en los solitarios desposorios con el objeto de su anhelo sino para superar el mandamiento del más fuerte e imponer su fuero mediante ese reclamo del lujo en la riqueza, la transmutación de la libertad en el capricho (con su aparente desprecio a los apetitos innatos que adornará de vicio) y al mismo tiempo alcanzar esa inmunidad a la catástrofe del amor (no se ha alterado en la epítasis pues sólo despierta cuando duerme y obediente a su disciplina ha aprendido a recelar de su conducta y desconfiar del oculto e insomne morbo que se desarrolla tras el éxtasis) de la misma manera que el fuego ignora los efectos del calor, que necesitará para anunciar a los dos viejos (no saben disimular su enojo ante esa inoportuna e intrascendente intromisión del chico de los recados que interrumpe su

conversación): «Lo han fusilado». No se dejaría arrastrar; no se dejó nunca y ni siquiera fue empujado por el telegrama que envió su padre a los pocos días de la revolución. No tenía necesidad de esa clase de órdenes porque estaba ordenado de antes o porque seguía siendo demasiado niño como para saborear los placeres de la edad adulta como si, tras desprenderse del brazo de su tía una tarde de jueves a la salida del cine, hubiera saltado por encima de todos —con el mismo talante gravemente ingenuo, la misma ingenua y sintética sabiduría que le permitiría adivinar en un instante su cometido y dedicarse a él sin detenerse en accidentes intermedios— para investirse de su incorruptible, satánica y matinal santidad; y para aceptar la custodia. Y bien, sí, custodia. Ni siquiera esa femenina anticipación del peligro —única sombra en el sereno y amnético limbo tras el orgasmo— columbrará en su carne un atractivo dominable y desde la primera escena de amor en la cama metálica aceptará las distancias, confiando en que se acortarán por la repetición de esos pequeños detalles eróticos que, como las unidades celulares o las hiladas mudéjares, consiguen formar una robusta y rítmica arquitectura mediante la reiteración de un motivo aparentemente prescindible. Pero ni en este ni en aquel instante vacilará y si unos meses o un año después deserta del frente para correr en pos de aquello que, visto ya a mucha distancia, ha de parecer el absoluto mentís a todas las normas (no se puede hablar de juramento pues ni sabía jurar ni tenía por qué hacerlo, demasiado concienzudo, ah, demasiado seguro de los poderes temporales que mueven el curso de los acontecimientos y demasiado jaque como para permitir la intervención en su plan de vaporosos, alhajados y charlatanes intrusos) que determinaron su conducta, ¿será porque ha sentido el ascenso en su pecho de esa oleada de ínfimas aprensiones que impulsan las decisiones del predestinado, antes del cambio de curso que sin

transformación aparente del oleaje iniciará la pleamar del vencido? ¿Comprendió que su misión más que imposible resultaría inútil y que era preciso pasar por alto los últimos obstáculos de la ley si quería reivindicar de la tragedia un mínimo provecho? No estaba aún vencido cuando por primera vez interrumpió su conversación (aún; se diría que estaban conversando desde siempre, que seguirían conversando ajenos al paso de las estaciones, las guerras y los interminables y mortificantes períodos de una paz de casino silenciada en las esquinas y voceada en las arengas radiofónicas y alzada como el lábaro de cualquiera de las facciones victoriosas (como si el espíritu de paz pudiera triunfar sobre el bélico, como si el orden hubiera sido quebrantado por los desmanes de un Marte ebrio), sin siquiera dar importancia a sus palabras —tan ligeras y asustadizas como la penumbra amedrentada por el súbito resplandor en el marco de la puerta— en las que ya no mezclarán ni la verdad ni el odio, ni el fluido y potencial poder del espíritu, ni el hambre ni el anhelo de paz, ni el progreso ni el curso de la historia, con las que tratarán de disimular su senil sumisión a ese poder que no asoma ni asomará nunca, que limitado en su día a cumplir una pequeña función doméstica, tras ocupar todo el espacio que engendra la mente sin entrar en ella, se ha apoderado poco a poco —a caballo de un pensamiento al que sólo le basta ir de una parte a otra— de todos los recursos de la fantasía) con unas pocas noticias del frente. Las cosas no marchaban bien, sería preciso luchar todo el invierno. «O Richard, o mon roi», suspiró el más viejo. Nada dijo acerca de lo que le traía de vuelta a su casa, de manera tan inesperada, dos días después de despedirse para una larga ausencia, tal vez para siempre. No dijo que en aquel momento lo cambiaría todo por una grúa móvil o un gato hidráulico, cualquier cosa capaz de levantar cuatro toneladas de un barrizal: su padre, su abuela, su carrera, su hermano, su

concubina, su lo que fuera a cambio de un gancho. «¿Y si hubiera un vacío entre los dos?», preguntas que quedarán en el aire de Emaús o Blanquerna, mezcladas con toda clase de dudas acerca de los acontecimientos que se avecinan y un incurable recelo hacia todo y, sobre todo, hacia los que de manera vocinglera alardean de su poder, de su alianza con la providencia para fundar un duradero reino de justicia. «¡Insufribles intromisiones de la finalidad! ¿Qué tiene que hacer aquí? ¿Quién la ha llamado?» «¿Por qué no nos dejan matarnos unos a otros sin justificaciones?», le responde para apoyar de esa manera su pregunta. Al comienzo del segundo invierno de guerra la casa fue quedando vacía pues todos los que allí buscaron refugio en los zozobrantes días del verano anteanterior la fueron abandonando, los unos porque decidieron volver a la calle en un clima de seguridad en la derrota, los otros en pos de una mejor protección y los más porque de una u otra forma lograron pasar a su zona. Pero a pesar de que ya sólo la habitaran los cinco cabales —y dejara de ser mirada como un enclave enemigo, un nido de cobardes, traidores, canallas y espías— el alcalde la seguía visitando con puntualidad todas las tardes, tanto para mantener extendido el manto de su protección cuanto para consumir con sus viejos amigos las muchas horas de ocio de que disfrutaba por razones de su cargo. Desde que comenzó la guerra el alcalde sólo se preocuparía de salvar el mayor número posible de vidas. Era republicano y por tanto le gustaba discutir. «¿Qué dos?», preguntará su padre que, a pesar de hallarse la casa de tal manera vacía y ensimismada que nadie oirá la llamada en la puerta de la calle (o más bien oirán tantas llamadas imaginarias (incontestadas por una compostura hacia la locura o el ridículo) que pasarán por alto las reales), debe seguir considerando un deber suyo abrir la puerta para contener la entrada de las hordas (hordas de silencio y vacío, un ribete de

algas violentas y verdosas que la marea de la tarde ha depositado en la acera, el eco de concha de la calle en la nacarada soledad de la tregua). «¿Qué dos qué?» La última en abandonarla fue la amistad más fiel —aparte del alcalde— de la familia; y la abandonó sin más, de la misma manera que había entrado, sin siquiera anunciar su partida y con toda probabilidad sin saber adónde dirigirse ni que se trataba de su última marcha, en obediencia a aquel gesto absurdo de su destino que para marcarla con el signo de la esclavitud le obligaría a adoptar para sí el mismo trance que había sellado su supervivencia, pocos días después de pasar su mano por la frente del oficial y acariciar su nuca con sus uñas, como cuando era niño. «¿Qué dos reinos?», pregunta su padre. El ángel de la muerte se ha dignado conceder ese postrer y definitivo desencanto de la carne, ese menosprecio a toda idea y en particular a la afirmación de un espacio absoluto (porque no es tiempo, es justamente un no tiempo, un lapso sin límites ni curso, una excrecencia de la eternidad en su alejamiento de la naturaleza, una deformidad de la materia que en su desdén a la forma intenta desuncirse del carro de las horas) donde desembocará el futuro; y sin embargo, profiriendo amenazas, se retira apresuradamente para no verse infectado —el más inmune a toda enfermedad— de la gaseosa gangrena que invade el ámbito del antiguo régimen, cuyo más genuino representante, cuyo último defensor a ultranza ¿no será ese oficial que se afana en acabar con él, que con la renuncia a insignias y entorchados pretende demostrar la implantación de un orden nuevo? Pues ¿quién será capaz de afirmar que en la sociedad existe un punto donde comienza lo enfermo y lo injusto y señalar ese miembro desquiciado causante de un crecimiento anómalo? Y si así fuera, y en obediencia a ese diagnóstico se llevara a cabo la amputación de la parte contaminada y podrida, ¿con eso no se vendría a regenerar un

tronco a cuyas raíces no llega la mirada del más sabio, una materia anterior a toda sospecha que en su secreto proceso biológico extrae su vitalidad tanto de la salud como de la enfermedad, del caos tanto como de la norma, que no cejará por muchos golpes y correctivos que reciba en adoptar en cada momento la forma que ella se impone y que nunca coincidirá con la que sueña un reformador de pocas y fijas ideas? Sin duda, pertenecían a una época que no había tenido necesidad de hacerse tales preguntas y acaso por eso bajo su asombro y su incapacidad para responder a las demandas de cualquier reforma latía la coincidencia de su ignorancia con una velada y arcana sabiduría que tarde o temprano terminaría por imponerse. Aun cuando la vislumbraran, ya no les importaría. Nunca se habían exigido una razón de ser, una explicación de sus deberes y sus derechos, y habían aceptado su legado como habrían aceptado cualquier otro. Habían sido desde su nacimiento favorecidos, ¿y qué?; en alguna parte estaría la compensación de sus privilegios, de la misma manera que otros saboreaban los frutos de su trabajo, y nunca llegaron a pensar que las condiciones de unos y otros habrían de trastocarse a un toque de corneta. Así el viejo hablaba de la finalidad como de una entrometida. Que cada cual hiciera lo suyo a su antojo —así estaba escrito en la ley que habían mamado— y, acostumbrados a tantas extravagancias de la historia contemporánea, tan sólo manifestarían su menosprecio hacia aquellos que, a expensas de su espíritu, encomendarían el trueque a una fuerza colectiva e impersonal. No querían comprender los calificativos y los conceptos, y menos aún los sociales. «No creo que hay tal lucha de clases —dirá el más viejo, elevando poco a poco el tono de voz, una vez que se ha sentado el oficial y recibe sobre sus hombros las palmas de esa mujer que entra y sale de la habitación con la misma suavidad con que entra y sale de las décadas— sino en todo caso la lucha

(bien tímida, por cierto) entre los que quieren ser una clase y los que se resisten a pertenecer a alguna.» «Eso es lo que yo decía», dirá su padre. «No, tú no decías eso.» Analizar y pensar es más fácil que sentir, recapacitará, y nada hay tan ingrato como no saber padecer. «Estaréis en lo cierto pero ¿hasta cuándo?», añadirá su hermano, un mes después. Ni siquiera sabían lo que habrían tenido que defender, si hubieran optado por defender algo, recipiendarios involuntarios de un poder que un albacea se propuso administrar y legar a su antojo para erigirse como la figura más digna de crédito, e incluso refractarios a la póstuma titulación que (a causa de la idolatría de un pasado imperfecto por un presente en ciernes) les despojaría de sus credenciales de inocencia y, manchados con la sospecha, les llevaría a quemar su culpa para elevarse al casi místico estamento de la contemplación desde el cual toda acción es entrevista como una recaída en el error primero. «¿A qué dos reinos te referías?», pregunta su padre. «¡Cuáles van a ser!», replicará un tanto airado, elevando la voz y la cabeza por encima del tablero y hasta las manos femeninas se crispan sobre sus hombros. Gozan de la ventaja de que las ideas revolucionarias y los cambios les cogen siempre por sorpresa; no replicarán ni los contradirán pero tendrán que considerar el olvidado fundamento de lo que siempre han sentido, sin necesidad de pensarlo, y que por consiguiente se halla más allá del alcance del análisis. «La lucha más digna será contra la razón —insiste el viejo, forzando el tono de reproche cuando el joven se levanta— y nunca tendrá necesidad de ideas nuevas.» Había dejado la pelliza, cuyas mangas rozaban el suelo, sobre el arcón del vestíbulo; la recogió con dos dedos, arrastrándola consigo, como para dar a entender que la lucha en la que iba a tomar parte era la misma que había comenzado en Olimpia, y que prescindía de los gestos y las frases de relleno. Cuando iba a cerrar la puerta que había encontrado entreabierta —sin

pronunciar una palabra, atento a la respiración de la casa y el aliento en el hueco de la escalera de mil seres desaparecidos que sin abrir un nuevo compás de espera a su resurrección observan el próximo desenlace de toda su estirpe— para aislar y sellar el sepulcro de los monarcas (ya se anuncian las hordas del otro lado de la muralla), el más viejo se irguió, apoyado con las manos en el tablero: «¿Qué derecho os asiste para alimentarnos con esa esperanza? ¿Con qué derecho...?». La ofensiva de otoño se demoraba, a causa de sus muchos preparativos. Aun convencido de su éxito, el Mando no parecía acuciado por la prisa pues teniendo el tiempo a su favor no deseaba correr riesgos inútiles ni verse incurso en una precaria situación por culpa de las improvisaciones. Pero una ofensiva, como cualquier organismo, tiene un tiempo de gestación pasado el cual se debilita la voluntad de acción y degeneran las facultades bélicas. Por otra parte el Mando no sabía contemplar sin recelo la posibilidad de alcanzar un éxito rápido y franco —ante una desbandada o una imprevista rendición general de su adversario— que le obligaría a ocupar una zona demasiado extensa (y manifiestamente hostil) para unas fuerzas previstas y movilizadas para un limitado afianzamiento estratégico, y aun cuando recibía puntuales noticias de los preparativos enemigos para la contención de su ataque no por eso habría de imprimir una mayor aceleración a los suyos, congratulándose sin duda de la consecución de sus propósitos por lograr —sin llegar a la paridad, habida cuenta de la magnitud de sus recursos— un mayor equilibrio de fuerzas que se concertaba a la perfección con el planteamiento de aquella batalla como una acción más de la guerra de castigo. La acción se podrá pensar de antemano pero una vez iniciada no prevalecerá para ella otra ley que la del combate: aquella que exige ser más fuerte que el adversario en el momento supremo. Entonces ¿de qué sirven los planes, para qué el coraje y la astucia, por qué el denuedo? ¿Tan sólo

como procesos para alcanzar esa superioridad final —medida en la fuerza— a través de un pugilato o una lección de esgrima que enseñe el arte de enfrentar el schwerpunkt propio al débil costado ajeno, lo mismo con el puño que con los blindados? ¿Se diferencia, en esencia, ese primer ataque de flanco de aparente gran estilo lanzado para distraer fuerzas del sector principal y llevar al enemigo a erróneas inferencias, del golpe de izquierda con que el púgil espera abrir la guardia de su oponente? Pero ese movimiento de dos péndulos que se acompañan, persiguen y complementan con sus golpes para rellenar el silencio con su airada resonancia, ese canon a dos voces una de las cuales inicia el tema que pronto tomará la otra para llevarlo a su más alta conclusión cuando la primera tras agotar la frase espera unos compases antes de reanudarla con la energía prestada por la ejecución de la otra —en un régimen biunívoco y nunca simétrico respecto al eje de la tonalidad y la potencia melódica—, ¿acaso no se había iniciado con la retirada de un camarero del minúsculo reservado de un restaurante bastante céntrico o la llamada telefónica a deshoras justificada por una jaqueca veraniega? Fue el primer síndrome de la inquietud, una primera tímida y acicalada protesta a un año sin sonidos, regido tan sólo por la educación, sin roces ni agitación ni turbulencia, ante el acoso de la incertidumbre en el clima tórrido y sofocante y carente de un momento de frescor de un verano de sospechas y vigilias; por entonces no había entre ellos (y quizá no la hubo nunca) reciprocidad; a su (de ella) demanda de ayuda replicaría en todo caso su curiosidad, y poco más; su (de él) reserva no sería superior a su contención. No hubo tentación, a menos que su más secreto acicate no resida tanto en la adquisición de una ciencia prohibida cuanto en esa violación de la ley que abrirá las puertas a un lejano castigo, en un verano sin rumores. ¿Lo echaban de menos? ¿Acaso era la forma más simple de sacudir la modorra de aquel

galvanizado verano, saturado de sospechas? Han bastado unos pocos meses —en los que no ha tenido que dar cuentas a nadie, ni siquiera a su abuela— para hacerle temer que todo está preparado para poder vivir sin peligros; los mismos meses que ha necesitado una recién casada para convencerse de que de un golpe ha adquirido todo el potencial del peligro; tras haber mordido la fruta ha columbrado la superchería de la prohibición y en su desencanto, demasiado resentida para volver atrás, sólo encontrará una salida en la provocación y el desafío a cuantos han proferido sus amenazas ante el desacato; y a sabiendas de que la revelación del engaño sólo ha de servir para reforzar la ley —pues la condición de pecado no añade nada al acto en sí— antes que acatarla de nuevo con un gesto resipiscente se decidirá a reincidir, lo mismo que quien no la ha catado —y nada espera del mordisco— confía en adquirir un avieso cinismo para burlarse de ella sin necesidad de transgredirla; una doble burla. La razón, en cuanto se lanza a predicar, se disfraza; y de la misma manera que el mago o el sacerdote, en la ceremonia con la que han de movilizar un poder ultraterreno, se reviste de un ropaje recargado y practica un complicado ritual que magnetice la atención del feligrés para ocultarle la superchería del misterio, la razón en cuanto sacerdotisa del devenir —y temerosa de él— intenta con una fórmula altisonante pero de fácil asimilación y repetición, concitar y escamotear su poder en el sacrificio del presente. Sereno y sonriente, no se dignó contestarles; es uno de los últimos momentos de la casa que, abandonada hasta de la presión atmosférica que corre a abrazarse a su hermana gemela militante en el bando victorioso, gime por rendijas y juntas y silba el último fugitivo aire respirable mientras ese augural diapasón de los cristales anuncia la marcha de una columna motorizada. La esperanza es propia de almas deficitarias, le había oído decir, sabe siempre lo que quiere y su dominio

termina donde comienza el de una fantasía que no sabe lo que quiere. Y ahora volvía sobre ello: «Ya puedes irte. No creas que abandonas a tu padre. Ni a tu padre ni a mí. Nada ganamos con todo esto pero tampoco perdemos. Nos encontramos ya muy lejos del negocio. No; puedes irte tranquilo. Ni pensamos salvarnos ni aguardaremos tu vuelta. Tenemos mucho de que hablar todavía. La esperanza es siempre de salvación, no lo olvides, y nosotros ya estamos salvados. No, no nos creas tan pobres. Lo somos pero no tanto. Los que se encuentran en déficit saben siempre muy bien lo que les falta. Lo nuestro es otra cosa. Un poco más de dinero no nos vendría mal, desde luego. Porque, ¿sabes?, estamos hartos. ¿Qué crees que nos va a pasar? Nada. Anda, vete». Entre los gemidos de las ventanas y el parquet presiente que asciende hacia su pecho esa pleamar hasta entonces desconocida. No, no es el sufrimiento; todavía no es eso porque en los últimos tres años apenas ha tenido tiempo para volver el pensamiento hacia la reflexión, envuelto en la voluble gloria de la acción. Tampoco es el miedo, que pronto se anunciará en el estómago. Hasta que recoge la zamarra del arcón del vestíbulo y se dirige a la escalera para ir a despedirse de su abuela, la única que queda en el piso de arriba. Entonces se inicia el éxodo, tantas veces anteriores abortado por el olvido de una bufanda o la proximidad de una cita, y comprende que puede flaquear. Y también entonces se produce la ruptura porque irrumpe el demonio del instante, un instante antes (y colgado en el tiempo y a partir del cual puede tomar una cualquiera entre dos direcciones igualmente enigmáticas y no tentadoras, como una encrucijada nocturna con un indicador borrado por la intemperie, en secreto conjuradas en la trampa) de emprender la huida ante el avance enemigo. Viene solo, no se acompaña de carne ni materia, ha prescindido de todas las referencias de la memoria y, envuelto e introducido a la manera homérica por una nube de polvo que

le permite llegar sin ser advertido hasta el mismo centro del banquete donde se celebran los desposorios del héroe con su hado, irrumpe en el momento de su designación para el último combate (tras la derrota) con la gloria; no muestra el desconocido su cara, oculta por el negro capuz de la amplia capa peregrina; y su mano (mientras calla) no deja de apoyarse en el bordón aun cuando sus dedos se mueven, lo único que mueve, un índice que apunta insistentemente en la dirección a sus espaldas. «Has fracasado, convéncete; pero convéncete, no intentes mitigarlo pues nada es más fácil que confortarse en la derrota y buscar en el espíritu una victoria opuesta a la caída del cuerpo. Por allá», vino a decir señalando la escalera. No tiene por qué insistir y desaparece incluso antes de que concluya el instante (y así le viene a confiar su satánico desprecio hacia los que le pintan como un empedernido charlatán, aficionado a las conversaciones mundanas y las entrevistas en las que expone sus métodos y sus limitaciones y sus propósitos, caricaturas que por proceder de quienes no están acostumbrados al trato con gente poderosa sólo tienden a ridiculizar su innata majestad, su desdén por un cometido del que se ocupa sólo de vez en cuando, en casos especiales) que ha de decidir la magnitud de la derrota más que su divisoria con la derrota, para materializar —en fin— esa escisión en el tiempo que fluye, cuando en una aceleración del presente se desgarra su tejido para mostrar el hueco que enfunda, abierta a la supina contemplación de una completa y definitiva detención. Inesperado, no guarda relación con nada anterior y la víscera, adecuada al saturnal metabolismo del tiempo que a cambio de voces y luces se restaura en palabras y expectativas, vomita la masa de su aliento dispuesta a seguir sus pasos exenta de su más putrescible reserva. Como si la arcada no se hubiera iniciado en su estómago sino en la histérica tierra bajo sus pies, ante la visita de su ingrato prometido. Tenía que

suceder, se dice, agarrado al pasamanos de la escalera y temblando. De repente —un momento antes de volatilizarse— la casa queda suspendida en ese vacío, alelada ante una engañosa promesa de eternidad y agitada por inexplicables sacudidas, antes del tránsito. Entre dos arcadas la escalera vacila, los peldaños inician su deslizamiento y los balaustres cabecean, como bolos que trataran de mantener la vertical heridos en su orgullo por no haber sido abatidos directamente por la bola. Abajo han callado y se extiende por doquier el zumbido del hueco, el diapasón de los cristales y el estertor de los motores que se alejan; ciertos brillos sin procedencia destiñen las sombras de la planta baja con todas las puertas abiertas y unos visillos medran y se abomban para detenerse en su estupefacta hinchazón sin vientre hasta que un lejano tiro de fusil, seguido del repique de todo un peine, lo devolverá a sus pliegues. Cuando al fin respira —llorando sin dolor— el brillo del pasamanos reanuda su ascendente carrera hacia la estrella vespertina, una rojiza señal de alarma que anuncia en el opalescente ventanal el fin de un día de luz consumido en la continuidad de los segundos. «Los que tenéis futuro», le había dicho ella en una de sus últimas noches en la casa. En aquella ocasión le había sorprendido con una serie de reproches —a los que era poco dada— injustos y falaces. Por primera vez le había mentido, haciéndose la engañada, de manera tan sincera que no se atrevió a replicar; y como si la estrella tomara sobre sí la contestación que la otra noche no supo hacer, en su glauca y pálida apoteosis entre cristales vino a susurrar que la acción no es más que una enfermedad de la contemplación; que la muerte o el destino o el azar constituyen el colofón de ese insólito e improcedente chiste de la quietud.

* * *

La ofensiva republicana de primavera se había propuesto —desde los tableros del Mando de operaciones hasta el ofuscado furor de las milicias— desalojar al enemigo de las posiciones que había ocupado en el puerto el primer verano de hostilidades, creando —con el dominio de aquella parte de la sierra más accesible y transitable— una constante amenaza sobre toda la comarca que a la postre no se habría de paliar en todo el curso de la guerra. Todas las operaciones bélicas a lo largo de más de dos años tendrán por objeto la posesión de aquellas privilegiadas posiciones que habían sido ocupadas en algo más de diez días —a contar de la fecha del levantamiento militar— sin que apenas se cruzaran disparos, por un grupo de excursionistas embriagados por la oratoria de unos cuantos patriotas de balcón y que portando sus propias armas marcharon a ocupar Región y sólo en el puerto de Socéanos fueron detenidos por unos cuantos milicianos que en alpargatas y mono salieron a defenderla puño en alto, subidos a los estribos de unos cuantos coches requisados. Tras la detención impuesta por el agotamiento de tan escasas fuerzas, los mandos republicanos —convencidos de la absoluta necesidad de recuperar aquellos accesos perdidos a causa de la incompetencia de las milicias y las punibles indecisiones de los institutos armados— llevaron a cabo unos cuantos intentos de reconquista —ejecutados sin ninguna preparación y muy escasa logística— en la confianza de recuperarlos, antes de que el enemigo consiguiera consolidarlos, de la misma manera precipitada y temeraria. Y cuando de forma suficiente hacia el fin del otoño se vino a poner de manifiesto la inutilidad de tales tentativas, un Mando de reciente creación se decidió a aprovechar la tregua impuesta por el invierno de la montaña para elaborar un plan de gran estilo y cierto lujo de medios, para lo que se llevaba entonces, que ejecutado con puntualidad habría no sólo de abortar la tan temida ofensiva enemiga sino

de levantar el cerco que padecía toda la comarca tras la injusta, precoz y precaria ocupación de aquellas alturas. Hasta entonces en los planes de campaña republicanos no existía el menor indicio de una intención por extender la reconquista más allá de la línea de divorcio de las aguas y el afán liberador se circunscribiría a los límites de la meseta regionata, demasiado pobre de recursos o demasiado liberal con sus amigos como para tomar sobre sí una tarea que no podía ser de su incumbencia; si alguien dio en pensar en la prolongación de una posible acción victoriosa más allá de los puertos y en sentido septentrional, para incluso llegar a colgar la bandera tricolor en los balcones de los ayuntamientos de la otra cuenca, al menos no se atrevió a ponerlo por escrito, por propia aprensión o por el temor a introducir en los planes una hipótesis demasiado inverosímil —que no dejaría de pesar de manera permanente en los ánimos de quienes aun teniendo que encararse con tales problemas con un talante en buena medida improvisador no podían sino atenerse al rigor para la defensa de sus posturas— que, con la recriminación de desmedido apetito estratégico o cualquier otra, bien podía dar al traste con la parte factible del proyecto para ser sustituida por otra en la que lo no factible introdujera su nefasta influencia, o simplemente por una correcta apreciación de las posibilidades propias no tanto para conquistar (lo que dependía más de la capacidad defensiva del enemigo que de la lejanía de los últimos objetivos) como para defender y conservar una extensa área sin otros recursos que los propios de la comarca y los siempre insuficientes pertrechos enviados sin continuidad por la administración central. Fuera por las anteriores razones, fuera por un complicado haz de rivalidades de diversa índole, fuera porque un elemental principio logístico al tiempo que señalaba la línea de los puertos como la menos expugnable a la vista de las condiciones y plazos de la guerra local, permitía

adjudicar la conquista de los territorios circundantes a una dirección de la guerra emanada del propio estado amenazado por la rebelión, lo cierto es que en la Junta de Defensa republicana —recientemente organizada— sólo había de prevalecer una idea: volver las tornas y, tras reparar el mal sufrido en el verano de 1936, restablecer la situación de dominio y crear —mediante el control de los puertos— respecto a la meseta antagonista la misma latente e inmitigable amenaza que para la comarca regionata suponía la presencia en los altos de los falangistas y cazadores de derechas, y posteriormente los navarros, los legionarios y los moros. A la hora de desarrollar los planes de campaña el Estado Mayor había de convencerse de que una ofensiva de cierta envergadura en aquellas breñas difícilmente podía dejar de ser frontal, apoyada en la carretera y en los ejes de los talweg hacia las cumbres. Apenas eran practicables los senderos de montaña y veredas —cebados de barro, agua o nieve durante seis meses— o las nuevas comunicaciones trazadas a golpe de machete en esa tierra de nadie altimétrica que constituía el frente de separación entre ambas zonas. Pero además el frente distaba mucho de ser continuo, organizado sobre un rosario de posiciones fortificadas sin enlace transversal cuya conquista aislada —mediante un ataque dirigido a cada puesto— no comprometía el equilibrio de la línea ni menos aún suponía una amenaza al eje principal de apoyo que pasaba por Socéanos. Así pues una de dos, o el ataque se producía a lo largo de la carretera de los puertos o debía fragmentarse en escaramuzas de estilo guerrillero, a paso de langosta, con tropas y armas ligeras y sin otro apoyo logístico que los pertrechos de mano y los lomos de las caballerías. Pero en esta como en otras ocasiones la República apenas dará importancia a la guerrilla, espoleada en su orgullo a la creación de un ejército popular capaz de batir en el terreno al profesional que

se había alzado contra su legalidad, por procedimientos que no pusieran en entredicho su legitimidad y con el concurso de fuerzas que acatasen plenamente su autoridad, ya bastante menoscabada. Pero si se hace caso omiso del anecdotario, de los efectos de la propaganda política y la inmanencia de una voluntad de supervivencia trascendida por su propia lucha, para adoptar una perspectiva más determinista, ¿habrá que convenir también que la República prescinde o no sabe hacer uso de ella por ser la guerrilla lo más opuesto a la lucha desesperada? A la vuelta de la historia, se diría que la República extiende su influencia y acrecienta su fortaleza tan sólo para hacer completo el holocausto. Cuantos más reveses sufren sus fuerzas —creciendo y sublimándose a partir de una heterogénea, agreste e indisciplinada volksturm para llegar a formar un ejército regular salido del pueblo— más aumenta su capacidad de derrota y cuanto más se afianza, en un territorio día a día más reducido, la justicia de una causa cuyos enemigos se ven obligados a salir de la sombra que les encubría, más próximo se halla su fin; singular paradoja de un pueblo que tras denunciar la alevosía de sus señores recurre a la hora de demostrar el peso de su castigo al mismo método que la hipocresía ha disfrazado con las maneras señoriales. Desde ese valle a trasmano apenas se vislumbra la meseta allende las líneas del enemigo, un dorado y humeante horizonte, exhalación pacífica de una vasta y vacía quietud que se ampara bajo unas listas anaranjadas donde se dibuja el sobrecejo de un dios apaciguado; un soleado diván, envuelto en no densas nieblas, donde sientan los ángeles y pares del combate tras las fatigas del día. Hacia allí corren (ante la orden del alto emisario del eterno) a la caída de la tarde, sin esperar que la noche les encubra, tan sólo denunciados por las protestas vocingleras de las cornejas que hacen ala en oposición al vuelo de sus capotes. A eso de la medianoche han cruzado el río por

un punto desierto y desguarnecido y en un par de horas de marcha estarán fuera de todo peligro, siguiendo una senda de leñadores que termina en un camino de herradura que a su vez lleva derecho al Lerna. Hicieron noche a cubierto en la choza de un aprisco abandonado, donde se guardaba un carro falto de una rueda, con intención de dormir unas pocas horas y echarse de nuevo al camino antes del amanecer. Decidieron turnarse y fue el más pequeño el primero en echarse a dormir: colocó una piedra a modo de cabezal, amontonó un poco de paja dispersa sobre el suelo y tras dejar la pistola a su alcance en un hueco de los mampuestos se acomodó en un rincón bajo su capote ofreciendo la espalda a su compañero; se incorporó antes de que éste le despertara, como habían convenido, una hora y media después; le ofreció el lecho y se dispuso a consumir su guardia acuclillado junto a la puerta, con el capote sobre los hombros, observando el cielo estrellado y el borrón de la montaña, sin una luz, como una mancha de humedad; una media hora después y antes de que amaneciera —bastante antes de eso— extrajo del bolsillo del pantalón un pequeño revólver que había mantenido oculto y sin más que estirarse por el suelo descargó a quemarropa dos disparos en la nuca del otro que murió en el sueño, sin haber levantado los párpados; tan sólo la cabeza, en su reacción muscular al doble impacto, se replegó hacia atrás dócilmente, una instantánea sacudida agitó el cuerpo bajo el capote y la masa de sangre —algo así como el contenido de media botella de vino rota por su base— que contenía su cráneo se derramó por la paja y el embozo. Lo tapó con el capote y con el pie arrimó un poco de paja al charco y al cuerpo. Luego —y antes de que amaneciera— se echó de nuevo al camino, en dirección opuesta a la que había traído, de nuevo hacia el puerto. A media mañana entró en la garita, para despojarse de sus armas y arreos; se quitó la bufanda, se desabrochó el cuello y estiró las piernas, sentado sobre una

silla de anea destrozada. Había sobre la mesa un despacho que no leyó y los restos de un bocadillo. Se quitó la primera bota empujando su tacón con la punta de la otra pero no consiguió la misma operación con la derecha. Entonces con insolencia propinó un taconazo al que estaba durmiendo en el camastro, en un pestilente revoltijo de mantas, cabezales y colchonetas: «¿Es que te vas a pasar el día durmiendo?». De acuerdo con los pronósticos, la columna volvería a ponerse en marcha aquella noche tras haber sido despejado el camino de los tres camiones que lo obstaculizaban, así que decidió dormir un rato e incorporarse a su mando a la media tarde. Pero apenas había conciliado el sueño fue despertado por unas voces encrespadas y un oficial que le obligó a levantarse del lecho para leer el despacho urgente en el que se le comunicaba que los gatos y las cabrias se habían demostrado incapaces de levantar el primer camión caído en la alcantarilla reventada, que sería preciso enviar gatos más potentes o una grúa y que por consiguiente era imposible prever la hora en que la columna podría reanudar su marcha. Una vez más se personó en el lugar del accidente para comprobar que todos los esfuerzos se habían demostrado inútiles y, a la vista de las dificultades para encontrar aparatos de iza lo bastante potentes para levantar los coches, se decidió por fin a seguir la sugerencia de un suboficial que en su vida civil había trabajado en las obras —por la parte de La Mancha— y ordenó a sus hombres la construcción de un muro de mampostería a hueso, de unos seis metros de altura máxima sobre el caño, para desarrollar un by-pass y obviar el obstáculo de los camiones volcados, y que debería concluirse en un plazo de unas cuarenta horas. A la vista de tal situación decidió volver a la posición Flójar para comunicar al Mando esta dilación que sin duda era de importancia para los planes y horarios de toda la ofensiva, incluso para las unidades comprometidas en ella que debían

abrir el fuego con posterioridad a su columna. Allí, en la posición Flójar, además de prometerle el envío de una columna de zapadores, y algún que otro aparato de iza (con independencia de su responsabilidad para encontrar alguno, dondequiera que se hallare, y despacharlo al lugar del accidente a la mayor brevedad), le vinieron a decir que si la columna no ocupaba las posiciones previstas antes de las cuarenta horas más de uno se encontraría delante del pelotón. En aquella ocasión no entró en la sala donde conversaban los dos viejos. Sin siquiera dejar la zamarra sobre el arcón del vestíbulo subió a la primera planta y trató, haciendo el menor ruido posible, pisando de puntillas, de atravesar el pasillo por delante de la puerta entreabierta sin ser advertido. Pero en aquel momento su mano, sin que el antebrazo abandonara el brazo del sillón, tomaba un naipe del mazo de cartas ocultas. No lo miró pero tampoco lo dejó sobre el tapete y lo mantuvo en el aire. «Tu padre quiere verte», dijo. La rendija de la puerta cerrada denunciaba la luz de la habitación del fondo. «Tu padre no sabe lo que estás haciendo y necesita una explicación. Ya sabes que tu padre es de los que se creen lo que dicen los libros y los periódicos y de los que se conforman con los principios. Tu padre piensa que puede llegar a perder a sus dos hijos (como así será) pero entre ambas pérdidas hay una notable diferencia. Y en cierto modo te diré que la tuya es la más grave pues siendo ambas definitivas de tu hermano conservará siempre lo que es más grato a sus ojos y que constituye el legado de nuestra estirpe. Yo sí sé lo que estás haciendo, lo sé muy bien, lo que estás haciendo, lo que has hecho y lo que harás. Los actos de los hombres no son de ayer ni de hoy y ni siquiera les pertenecen. Y la voluntad de hacerlos ¿no es el juguete de un designio que jamás llegarán a comprender? No creas que te pagaremos con la misma moneda ni que tu sacrificio encontrará un día la recompensa de la rehabilitación.

Quiá. Fíjate cómo pagamos al Iscariote, el hombre más aborrecido de nuestra fe y, sin embargo, aquel al que debemos nuestra salvación pues fue el único que supo ver la misión universal con que la cruz, y solamente la cruz, investiría al maestro. Es posible que la razón progrese pero no cambia de camino y pensaremos siempre como lo hicieron nuestros predecesores. Recapacita en el hecho de que incluso el pretor lo juzgó inocente y, con una visión muy clara de los intereses de la República —y digo República porque apenas había cambiado su papel —aquel otro tan distinto y en cierto modo antagonista y que misteriosamente había de converger con el emprendido en el Gólgota— con los acontecimientos de sesenta años atrás, sobre las escalinatas del Capitolio—, quiso a todo trance quitarle la importancia que le concedía el obcecado presidente del Gran Consejo, consciente de la trascendencia que podía revestir el martirio en un momento tan delicado. Sin duda el pretor adivinaba que el suceso podía ser todo menos la herejía que presumía y denunciaba el Sanedrín; podía ser mucho menos que eso, una revuelta local como cualquiera de las muchas que habían provocado las sectas de los humildes, o bien toda una conmoción del sistema de un alcance imprevisible; pero cualquier cosa menos lo que presumía y denunciaba el saduceo. Ciertamente, el hombre más lúcido y dispuesto a cualquier sacrificio para llevar sus ideas hasta su realización, debe quedar en la sombra y no será quien recoja el agradecimiento de un pueblo redimido. Pues de no ser así habría que creer las verdades de puño de la historia, como las cree tu padre, y entonces no vale la pena ni que tú guerrees ni que yo ausculte el arcano. Repito, de no haber sido por su intervención no gozaríamos hoy de nuestra fe, reducida al vínculo religioso de una humilde secta arrinconada a orillas de un lago y ahogada por la turbulenta expansión de nuestra era latina; de haber sido por aquellos discípulos que tanto decían

amarle, por aquel Simón Pedro dispuesto a desenvainar su espada por defender y preservar la vida de su amado maestro, es muy dudoso que hubiera llegado hasta nosotros. O que nosotros hubiéramos llegado hasta él. Admito que hay un grave error en la propagación de su doctrina, que hemos llegado a ser demasiados y que hubiera sido en todo preferible quedarnos reducidos a la secta de los elegidos, pero para que nos llegase su palabra —a nosotros, a nuestra estirpe, a ti y a mí— era preciso que pasase por toda la muchedumbre latina. Una vez llegada a mí, conmigo debe terminar y nada haré por transmitirla fuera de los míos. Así que a los amantes de Cristo nada nos importa que acabéis con los cristianos —tal vez en secreto nos regocija—, tan dura es la obligación de compartir su amor, incluso con los que lo merecen, porque a él no nos lo podréis quitar y tal vez a solas y en exclusiva su amor resulte más agradable. Lo malo es la doctrina, la palabra, incluso la fe. Las promesas. No son más que vehículos para llegar a él, pero una vez en él, todo lo demás ¿qué más da? Podía haber dicho todo lo contrario de lo que dijo, da igual. Son nuestros enemigos los que ven todo bajo la luz de la historia y del espíritu y se pueden permitir abrigar esa mediocre y vulgar opinión que admite la posibilidad de transferencia de los sucesos a cualquier héroe de paso, que sólo ve en él una figura más de la profecía del pueblo elegido y al que le ha caído en suerte —como bien podía haber tocado a cualquier otro— uno de esos caprichosos premios creados por los pueblos y las circunstancias para mover el curso de los acontecimientos. Para aquel que le ama —y amándole arrastra consigo todo lo demás — no hay alternativa posible y no es concebible la idea de un sustituto que desempeñara su papel si, habiendo cambiado una sola de las circunstancias —una decisión más tajante y favorable por parte del pretor, pongo por caso—, hubiera fracasado en el cumplimiento de su misión. Debes tenerlo muy

presente. Repara también en el hecho de que habría estado a un paso del fracaso si en esa misión hubieran tenido participación los que tanto le amaban y que, una vez más, la providencia tuvo que encomendar al miedo, al odio y la traición —en las personas de los sacerdotes, los saduceos, el Sanedrín y el Iscariote— la ejecución de su oscuro designio y la flexión de todo el destino mediante unos cuantos actos de irreprochable injusticia; repara en que el amor no sólo es ciego en semejantes circunstancias sino tan inepto y atolondrado que disminuye y destruye la figura del profeta.» Aquellas cuarenta horas venían a sumarse, además, a un retraso de tres días causado por decisiones ajenas y superiores a los mandos de la columna. Con dificultades se había logrado abrir un camino para vehículos que, siguiendo la línea del valle, accedía a un punto situado a unos ocho kilómetros de las posiciones previstas al este de Sepulcro Beltrán y a una cota aproximadamente unos ochocientos metros por debajo de aquéllas, y al que se llegó de manera precaria, en los primeros días del invierno y antes de las fuertes nevadas. Con todo, además de ser necesaria una reparación de los estragos del invierno sobre la obra, habían quedado por ejecutar unos cuantos pasos críticos —alguna trinchera y unos terraplenes, media docena de caños— que se acometieron en cuanto el tiempo lo permitió y con soluciones y medios de fortuna que permitían presagiar una construcción no demasiado cuidadosa. Aún se trabajaba en la carretera cuando la fuerza de a pie —unos tres mil hombres— salió de sus acuartelamientos para ocupar sus posiciones en la montaña, al este de los vértices, con suficiente antelación para cavar las trincheras y fortificar los puestos, equipada tan sólo con armas ligeras, bastimentos y pertrechos. El equipo pesado —con seis piezas del 12.5, cuatro Schneider de tiro rápido, los morteros, dos secciones de ametralladoras y toda la munición— debía alcanzar la cota

catorce cuarenta y siete días después, transportado sobre unos veinte camiones todoterreno que habían de llegar a la base en la fecha prevista. La primera parte de la operación de transporte se desarrolló con cierta normalidad y la fuerza vino a ocupar sus posiciones más o menos de acuerdo con el plan. La segunda parte conoció una serie de dificultades. «Ya lo sabía el viejo rey Josías, al profeta es mejor odiarle (es lo único posible, acaso) y rodearle de un círculo de aversión. La predicación del amor sólo se debería entender dentro de los límites del amor y éste se circunscribe a muy pocos. Otra cosa es el rencor, la destrucción y el castigo, que pueden alcanzar los últimos confines de la tierra. Él lo sabía muy bien y acaso era lo que más le distinguía de sus antepasados, por más que tratara de repetir sus maldiciones a fin de timbrar su naturaleza. Lo sabía muy bien por propia experiencia pues si algo había sufrido era el rencor de sus vecinos y el resentimiento de sus compatriotas y familiares; jamás volvió a poner los pies en el lugar que le vio nacer ni visitó a los suyos, porque ni le querían ni los quería; y de su madre no hablemos; no quería ni recordarla, ¿entiendes? Nadie que le amara podía aceptar que su doctrina (¡su doctrina!) pasara a informar un credo universal, sustentado incluso por sus enemigos y rivales, y a veces pienso si no fue exagerada y aguzada en su día —en épocas de lucha— a fin de recobrar un carácter sectario que unos cuantos imprudentes, en busca de una mayor extensión de su poder, habían diluido. Pues el pensador de mayores alcances no lograría en aquel día configurar la figura del hombre —incluso el enemigo— más allá de la tribu vecina y el César, el gentil y el pagano no serán más que símbolos a los que difícilmente sería aplicable una receta que exigía su inmediata puesta en práctica. Pero ¿cómo se ama un símbolo? Se dice que hemos aprendido a hacerlo, después de veinte siglos, pero yo lo dudo. Muy probablemente, él no daba a sus palabras un valor

universal —entre otras cosas porque no sabía lo que era el universo— pero tampoco podía hablar de otra manera si no había de caer en el ridículo de sus antepasados. Muy bien sabía que si se acepta la existencia de dos principios antagonistas nunca se resolverá la lucha con el triunfo de uno de ellos, pues sería el fin de los dos; no quería vencer el odio sino desterrarlo de entre los suyos, reservarlo para el trato de su nueva familia (a la que veía rodeada de la aversión y hostilidad de los demás) con el resto de los hombres; por eso dijo que no venía a traer la paz, sino la guerra, palabras que con tanta dificultad —y de manera tan esquinada— ha sido preciso interpretar para conciliarlas con la predicación de un amor extenso, pero que mejor que cualesquiera otras denuncian su designio de crear una tropa escogida. Era un marginado y no quería dejar de serlo y nada más superficial que contemplarlo a la luz de ese afán de poder que moverá a tantos de sus discípulos, de una u otra creencia. No, no era tanto el poder cuanto el desplazamiento del centro de gravedad espiritual desde el Estado hacia la marginación. Pero de aquello otro ni habló nunca ni pudo hacerlo, era una idea que no cabía en la cabeza de un hombre tan natural como él. He dicho natural y no me desdigo; el que está hecho para unos pocos jamás renuncia a su hospitalidad y sólo se dirigirá a ellos por grande que sea la indignación que le provoca el Estado o tentadoras las insinuaciones del poder; y respecto a la humanidad —ese símbolo acéfalo— no abrigará más que dudas y recelo, cuando no otra cosa. El hombre traiciona a su naturaleza en cuanto quiere hacer del amor una doctrina; o tan sólo cuando intenta extenderlo más allá del ámbito de lo que alcanza a querer, haciendo uso del símbolo para llevar un imposible a la práctica. Querer cuesta y amar requiere tiempo, mucho tiempo. Sólo aquel que no lo sienta podrá predicar lo contrario y afirmar en un mandamiento lo que en mil siglos de libertad

será incapaz de hacer. El campo del odio es más extenso y no requiere ni el conocimiento ni el trato; basta una anécdota, como tú sabes muy bien, para cambiar la polaridad de un afecto y una misma escena (un suceso más de la siega, en pleno verano, pongamos por caso) puede dar lugar a dos direcciones opuestas de una misma sangre que corría por las venas de tu hermano y de ti, de Donato y de tu primo. Te amaba demasiado, te admiraba sin reservas y con tan poco disimulo que te previno contra sus peligros, al tiempo que te administraba una fuerte dosis de antídoto. Ese amor es concreto y como no implica ningún concepto genérico ni una posible prolongación de sí mismo, tiene de antemano trazado un plan de defunción. Tal era el Iscariote; amaba tanto a su maestro que no podía soportar a sus discípulos y llegó a execrar una doctrina (¿una doctrina?, ¿quién la inventó y quién la puso en circulación?, ¿no sería él en obediencia ciega al instinto de salvación que traza el plan de muerte?) que pretendía hacer poseedores a otros de lo que le estaba reservado en virtud de un especial y no genérico derecho. Observa esta carta, fíjate qué elocuente es, cómo viene a resumirlo todo. Y la única manera de restarles importancia —una partida de zafios patanes— sería transformarlos en una anónima, dolorida y purgante humanidad que, hundida en esa extraña penumbra de las esperanzas exentas de todo entusiasmo, lo convertiría en ese andrógino símbolo del poder redentor. Eso lo vio muy claro. Así no habría manera de conocerle y, a la vista de los acontecimientos y de su enorme fuerza de persuasión, lo podría ocultar para siempre —enmascarado por el símbolo— y reducir su amor a un estado de la razón o, acaso, en economía. Sabía que se trataba de ti y gracias al silencio que ahora reina en esta casa he podido adivinar que llegarías hoy. De nuestra raza, que tanto tiempo lleva acostumbrada a la espera que ha llegado a olvidar lo que tenía que esperar, he heredado la facultad de la

anticipación y por eso sé que un solo segundo en el plazo de la premonición vale tanto como un año de desastres. No te he oído ni te he visto llegar pero te he sentido con toda evidencia. Estás llegando al término de tu misión y eso me induce a pensar que está muy próxima la victoria de nuestras armas, como tu padre gusta de decir. Nuestras armas, nuestra victoria. Lo he estudiado detenidamente, procurando no contrastarlo con nada, sin salirme en ningún momento del plazo de la premonición, haciendo caso omiso de todo lo que ha ocurrido y está ocurriendo, despreocupada de las imperfectas leyes que rigen cuanto nos rodea, y cada vez que he hecho la consulta los naipes me lo han confirmado. Hemos crecido demasiado y sólo el triunfo final —final, date cuenta, repara en ello cuanto sea necesario para comprender su carácter antinómico— señalará nuestro eclipse. Terrible paradoja que no comprenderéis nunca los que tanto os afanáis en esos salvajes combates cuya suerte está echada de antemano. No sois nada. Nuestro hundimiento y nuestra decadencia son demasiado grandes como para que podáis acelerarlos con vuestros fusiles. Sois todos del mismo género, vasallos de un rey niño. Solamente sabemos ver claro, con odiosa y clarividente alegría, los desastres que se ciernen sobre nuestros enemigos pero de nuestro lento y voluntario colapso nada percibimos. El plan secreto de nuestro redentor —sábelo de una vez— se está cumpliendo y, aunque poco a poco, ya se desvanece la estratagema a la que tuvo que recurrir para zafarse de la apremiante compulsión del Iscariote. Repara en esas dos cosas tan distintas: la derrota y el hundimiento.» El camión que marchaba en el quinto lugar de la columna hundió a su paso un pequeño terraplén que sobre un caño de hormigón salvaba una profunda torrentera de la montaña; su eje trasero se clavó en el barro y quedó bloqueada su transmisión; el que le seguía —rodando muy próximo (eran las últimas horas de la tarde y llovía), tan sólo con las luces de posición encendidas,

de acuerdo con las instrucciones de marcha— a fin de evitar la colisión giró hacia la montaña, se salió del afirmado y fue a estrellarse contra el terreno, volcando a poca velocidad; pero el tercero no pudo evitar el choque contra el que seguía: su morro golpeó y abordó la caja del primero —que ya escorado a consecuencia del impacto fue a deslizarse por el talud del terraplén, abriendo una zanja— y, tras herir a dos personas, destrozó su delantera, el radiador y el cárter de aluminio. El cuarto, pese al estado muy resbaladizo de la pista, logró frenar a pocos centímetros del tercero pero por la brusca detención se produjo una colisión —de menor importancia— entre otros dos vehículos de la cola de la columna. Habían salido con casi tres días de retraso respecto a lo previsto, a consecuencia de un cambio de última hora. Hacía una semana que la fuerza a pie había abandonado sus posiciones de partida y ya se habían sucedido varios despachos urgentes reclamando la llegada del equipo. Ya estaba colocado sobre los medios de transporte cuando en la víspera de la partida llegó a la base una orden del Mando disponiendo su inmediata descarga y el traslado de los vehículos a otra unidad cuyas necesidades gozaban de un trato preferente. Durante tres días los hombres de la columna, mientras los jefes corrían a la posición Flójar en demanda de camiones, no tuvieron mejor cosa que hacer (ausente esa disciplina cuartelaria que, buena conocedora del valor negativo del tiempo libre, sabe ocuparlo con cualquier inútil menester que coarte su menoscabo) que dormitar junto a las cajas y embalajes, consumir parte de sus raciones, despotricar de sus mandos, recelar de sus compañeros de armas, sospechar una trampa del enemigo y observar con desánimo la esquina vacía por donde debía aparecer la columna de repuesto. Cuando poco menos que dispuestos a desertar o resignados a permanecer allí sin tomar parte en la acción llegó al fin la columna a punto estuvo de pasar de largo; además no era una columna sino unos

cuantos vehículos que fueron llegando aisladamente, sin instrucciones precisas sobre un punto de destino. Y un conductor subido a su cabina —ya se sabe— acompañado de un sargento, no acata así como así órdenes que vienen del suelo. Un sargento exigió la presencia de un oficial de su antigua unidad; otro, la orden por escrito; ninguno sabía nada acerca del transporte de aquel equipo y menos aún del itinerario. Cuando —reunidos todos en un comedor— les fue comunicada la índole de la expedición, la mayoría se negó a llevarla a cabo, alegando diversas razones. Entonces se levantaron las primeras amenazas que fueron contestadas con tímidas y expertas medidas de boicot, suficientes para paralizar los coches; era un conjunto de diversos tipos recogidos aquí y allá, un par de Dodges y de Fords Canada, un Willeme de tres ejes y menos de una decena de SPA (capturados al enemigo en alguna fanfarrona ofensiva italiana, reparados de cualquier manera y despachados por el Mando de Maniobra para cubrir la más apremiante de las demandas), con conducción a la derecha, cárter de aluminio, radiador de elementos independientes y una mecánica primorosa y delicada. Cuando al fin se pusieron en marcha —de madrugada y sin luces, en la oceánica crisálida de la meseta encapotada, avanzando sin casi movimiento hacia un masculino despertar tras una hermafrodita larvación— pensó (en la cabina del SPA de cabeza, arrullado por el nupcial canto de los cuatro cilindros en celo) que acaso había dejado atrás la prueba más difícil de su bautismo en el mando, que a continuación sólo se le exigía una cosa tan simple como combatir y que en toda acción de guerra lo más enojoso e inquietante son los preparativos. En la primera jornada de marcha fue preciso abandonar un Dodge que se quedó sin frenos y en la segunda, en los primeros repechos del puerto, quedó arrumbado un SPA con el motor reventado, una expresión de agonía en su rostro cabizbajo y un

charco de negro aceite que aún humeaba cuando la columna se puso de nuevo en marcha. Aquel mismo día en las últimas horas de la tarde, y ya en pleno descenso del puerto se produjo el accidente que obligó a detener toda la expedición. En el primer momento decidieron descargar los coches vecinos y con ayuda de cabos, eslingas y brazos arrastrar los vehículos siniestrados que obturaban el paso. El camión hundido en el socavón había quedado con la segunda metida y la transmisión bloqueada, sin posible vuelta al punto muerto, y todos los esfuerzos por arrastrarlo no sólo se demostraron inútiles sino que sirvieron para empeorar la situación, transformando la pista en un barrizal con las máquinas hundidas hasta los ejes. Entonces —de noche y bajo la lluvia— todos los hombres se pusieron a palear barro y a apear los bastidores y ruedas sobre troncos y piedras cortados y recogidos por el monte no ya con el propósito de poner los coches en seco sino con vistas a librarlos de la mordaza del barro y volcarlos por el terraplén para despejar el camino. Lo lograron con uno —el tercero en entrar en colisión, incapacitado tras ella para seguir el viaje— que arrastró consigo una buena parte de tierras que en aquel momento no se cuidaron de rellenar. Al fin lograron introducir un gato bajo la diferencial del primero, apoyado sobre una cama de tablones y troncos y un par de gruesas pizarras; y aun cuando el gato se iba hundiendo con cada golpe de palanca lograron extraer el bastidor del barro y calzarlo transversalmente con troncos, pero en los últimos puntos de su carrera se quebraron las pizarras, el gato se ladeó y escapó del peso, la diferencial lo hirió en su pistón y toda la masa, tras el estallido de los tablones, se hundió aún más en el barro bajo el efecto dinámico del golpe. «Repara en esas dos cosas tan distintas y convéncete de que no podréis rehuir la derrota. Sí, seréis derrotados, y en cierto modo para siempre. Era un siete de espadas invertido. Un deseo de destrucción que no se

limitará a los medios materiales sino que recurrirá a todo lo que esté a su alcance, sus ideas, su propia vida. Repito que el amor sólo alcanza a unos pocos y ni siquiera puede abrazar a toda una familia. Su afán evangélico, el deseo de propagar a todo trance la nueva fe y hacer más extenso el círculo de los elegidos no podía llevarse adelante en el aislamiento y para creer necesitaba vencer el cerco del odio. ¿Cómo? Con el odio, naturalmente. Pues bien, ese largo trato con él nos ha endurecido y transformado; cuanta más fuerza y prosélitos adquiríamos más odio pasaba a nuestros arsenales y a cualquier precio hemos codiciado un mayor poder temporal sin preocuparnos de revisar nuestra verdadera posesión, puesta a buen recaudo en la fortaleza de la fe. ¡El poder temporal! ¡Nuestras posesiones! Ten en cuenta que para los que están cortados bajo nuestro patrón la paz no puede existir porque no hay satisfacción posible en cuanto una sola persona se desentienda de nosotros. En teoría, no nos cabe el recurso de marginarlos pues aun cuando para alcanzar nuestros fines con frecuencia nos vemos obligados a traicionar el credo, no podemos de manera tan flagrante renegar de nuestro origen y patria. Nuestros enemigos saben hasta qué punto son necesarios para nuestra subsistencia pero aquellos que vuelven su espalda a nuestra lucha nos resultan aún más imprescindibles porque, para colmo, han terminado por ser los herederos y depositarios de las virtudes cardinales que predicamos; eso sí, embutidos en el ropaje de nuestras doctrinas, hemos adquirido el suficiente potencial como para no saber hacer uso de otro lenguaje que el de la fuerza y quizá sea ésa la única ventaja de la degradación. Considera despacio su presunta e inmanente debilidad y dime si no dónde se encuentra el límite a partir del cual podemos esperar un sometimiento a nuestra doctrina. No, no existe tal límite (tan lejano como aquel misterioso vértice donde coincidían ser y

pensamiento) y acaso por eso nuestro imperio periclita en virtud de esa inexorable ley de la inercia que el profeta no tuvo en cuenta a la hora de legarnos su visión. Sé muy bien adónde nos conduce esta guerra y qué nos deparará la victoria que se aproxima, de la misma manera que conozco de sobra los sentimientos que te atormentan y que tú no sabes formular. Y bien, sí, sábelo de una vez: también un día se desvanece el fantasma de la desdicha (años después pero de la misma manera que se evaporó —marcando su rastro con el signo de lo imposible— el demonio de la felicidad, para introducir el alma en la edad de los registros vespertinos) y todo queda como es, una epicena, insípida y átona combinación premortuoria que recobra su insana cordura sin destino ni felicidad ni cambio ni horror en cuanto se observa como es y no a través de ese cristalino lenguaje que lo descompone en bandas de tan distinta coloración. Lo más imperdonable de una vida (o de una semana o de una mujer) es que no es calificable. Antes de que entraras aquí había salido, invertido, el siete de espadas, después de un caballo del mismo palo y un dos de copas. Las cosas están tan claras que apenas se necesitan conocimientos para interpretarlas rectamente. Había por consiguiente recibido el anuncio de una nueva catástrofe, aportado por ese caballero que en la evolución sólo ve la salida del caos; un defensor del orden, naturalmente, un heraldo de la futura armonía, un adelantado de esa sociedad más justa que se avecina, un bastardo. Pero no temas: lo que parece bueno será malo y viceversa puesto que lo bueno y lo malo se funden en el cuerpo de un gusano. Sí, son símbolos de todos conocidos cuyo significado se conserva de tal manera a lo largo de los tiempos porque no esconden sino misterios primarios que fueron develados y olvidados —necesariamente olvidados— en la instantánea metamorfosis al estado de razón. Y sin embargo eso es lo grave porque aún nos remiten —gracias a su inmenso

poder de ocultación— a aquel pensamiento que no llegó hasta nosotros, que no pudo consolidar su valor primordial pero que, en cada generación, resucita y enciende esos sentimientos que no pudiendo profesar ningún alma empero en el pasado toman la forma de minúsculas reencarnaciones de actitudes inconfesables y voluntades criminales, de la innumerable muchedumbre de ideas vagabundas que nuestra humanidad ha relegado al limbo del silencio, protegido por el símbolo, en su interminable deambular alrededor de las cerradas puertas y defensas del paraíso de Oriente. Observa que todo emblema acostumbra a rodearse de otros menores y complementarios y que tanto más perseverante es su acompañamiento a la desgraciada conciencia que busca el camino de aquel misterioso vértice, mayor es la muchedumbre de signos claramente perceptibles que reacios a la investigación y enemigos de toda curiosidad demuestran qué escaso es el poder de una sola idea para mover la voluntad o desviar su inercia hacia el futuro. Y si te fuera dado reproducir todo el aparato de símbolos y el séquito invisible con que la conciencia acompaña la idea que de tal manera prohíja, verías todo un bando de aves negras que revolotean a su alrededor y que no representan otra cosa que el deseo de subsistir con sus despojos porque, en otras palabras, toda idea como todo animal nace con la muerte en sus entrañas. Y si la más simple de ellas extrae de su opuesta gran parte de su vitalidad, menester es pensar que todo símbolo representa más de una cosa y cobija una intención tácita muy distinta de la manifiesta. En cuanto a aquellos con los que te educaron hablan tanto de la honradez como de la perfidia y si indagas en su origen verás que has sido alimentado a partes iguales con la hombría de bien y con la perversidad. Mira ese siete de espadas que ha extraído mi mano en el momento en que volvías a casa; siete puñales, siete graves faltas que aureolan tu nacimiento y otras tantas cobardías que presagian

una suerte de la que tratas en vano de sustraerte. En vano, ¿me oyes?, en vano, ¿no te lo digo yo? Mira ese puñal del centro con su punta dirigida hacia la derecha —al punto donde se dirige nuestra lectura—, al punto donde se separan esos dos otros con sus empuñaduras en oposición. ¿Acaso no representa tanto el rencor como la atracción y fuga hacia un engendramiento en la discordia? Tampoco se puede decir que amaras a tu hermano pero te era imposible despreciarlo, más fuerte y clarividente y menos astuto, y que respondía con creces a lo que se esperaba de él. Y aunque buena parte lo aprendiste por oposición a él, ¿quién te lo enseñó todo?, ¿quién te abrió las puertas de la mayoría de edad?, ¿qué te empujó a tener tratos con su mujer?, ¿la curiosidad, la simpatía por quien, en menos de un año de matrimonio, había de demostrar una incompatibilidad con él en todo análoga a la tuya, una afinidad que a partir de un origen tan preciso iba a tomar su propio derrotero hasta desembocar en un incestuoso adulterio, cabe decir? ¿Es que te crees que no sé lo que pasa aquí? Y cuando tu padre te mandó venir, un solo telegrama había de bastar para que comprendieras que había sonado la hora de devolverle con sus propias palabras —pero sin su arrogancia— la lección que tantas veces te había enseñado. Pero sin embargo te consta que será inmune a ella, que sólo hará gala de su peculiar sordera hacia ti y que jamás te permitirá ponerte a su lado. Así pues ¿qué es lo que viniste a hacer?, ¿qué es lo que has tratado de salvar?» Rechinaron unos goznes, una puerta mal cerrada libró su resbaladera y dio en golpear insistentemente sobre su marco. La habitación estaba iluminada y en orden, tal como no la había visto en mucho tiempo a través de espaciadas y furtivas visitas en la noche, con trastos y ropas repartidas por los muebles. Era una habitación de intenso color rojo, desangrado carmín y encanecido terciopelo, que como una de esas limpias y bien conservadas

caballerizas fuera de uso y desprovista de aromas y sonidos, donde aún se guardan las albardas, atalajes y aparejos de los tiros y monturas, exagera con la pátina, bruñido y pulimiento adquiridos otrora en su delicado roce con ella, la añoranza de una bestia definitivamente desahuciada y en cuya presencia, bajo la paja y el estiércol, en la penumbra de la cuadra, pasaron inadvertidos, tan inadvertidos como los impulsos de una ternura coartada por el trato esquinado y agresivo entre dos personas y que, una vez se han separado y distanciado, afloran para ocupar el pleno emocionado de la memoria llevando la reviviscencia hacia su lado, una vez desalojado por un enojo en tal medida producto del contacto que cuando éste se rompe se esfuma sin haber calado hasta ese estrato de las impresiones duraderas donde está grabada de forma indeleble la cifra de su intimidad. Una habitación purpúrea, no vista hasta entonces pues fue una alcoba que de manera discreta se retiró a las sombras y a un cierto desorden para ocultar su buen gusto y no obstruir unos amores violentos y a trasmano; una cómoda de raíz de rosal con un reloj de estilo imperio, detenido para siempre con las agujas deprimidas, y un par de risueñas porcelanas que reanudaron sus escarceos al aire libre con el mismo talante ingenuo y campesino, sin poner de manifiesto el secreto que les había sido confiado o las torcidas promesas de que fueron testigos; una cama en orden, cubierta con una tersa y marmórea colcha de damasco solferino, sellada con la promesa o el juramento de silencio respecto al misterio que sobre ella se había celebrado; un almohadón escarlata que al recuperar su forma oronda y su posición eminente, tras haberse prestado al más indecente apoyo, regocijado en un juego que le había sido vedado hasta entonces, parecía sonreír en la delectación de su pecado; un solitario sillón de alto respaldo cuyos brazos y asientos tantas veces habían acogido las prendas de vestir, como un abuelo encargado de la custodia

de los niños cuando sus padres salen a disfrutar de la noche; y una hilera de libros, sobre un escritorio francés, acostumbrados a despertar tan sólo un interés de paso, que en sus lomos de nuevo pregonaban su mercancía tras un período de obligada abstención; y una litografía iluminada, de mediados del siglo pasado, en la que tres señoritas, suspendida instantáneamente su labor, volvían hacia el espectador su pizpireta mirada —tras haber permanecido de espaldas a las escandalosas escenas de la habitación— en busca de un último atisbo de lo prohibido. La soledad en el orden resuena de otra manera que en la ruina y la mano que, tras dejar todo a punto, se retira vuelca en lo inmediato el vacío de la continuidad. La suerte está echada y trazado el camino de vuelta. A la vista está el fin, pero no al alcance. ¿Por qué, se pregunta el viajero, he de hacer ese camino que nada me ofrece? Conjurada la sorpresa, el gesto más audaz carece de potencial y el acto más decisivo resulta irrisorio. Una vez más ¿habrá que extraer del fondo del alma un pretexto para la acción? El orden externo es un estado del espíritu y tanto más armonizadas están sus piezas, sin corrección posible, tanto más se distancia de él. Su primo aparece en la puerta, siempre boquiabierto, con las gafas en la punta de la nariz. «Por fin se ha ido», dice. No es muy locuaz. Quiere decir que está cumplida una buena parte de la misión aunque él sabe muy bien que falta por resolver un importante detalle, tal vez antes de incorporarse a la columna, cuando haya resuelto el atasco. Ya son dos noches las que lleva soñando con eso. Sólo falta por resolver ese detalle para que el horizonte de los compromisos quede totalmente despejado y tal vez entonces —frente a la nada de la solución— se disipe de nuevo un orden aborrecido. Una solución milagrosa; y piensa por un momento —pero muchas veces— en aquella odiada curva desde cuyo vértice aparece toda la falda del barranco y la columna detenida en el fondo. «Todo a cambio de que se hayan

movido; no sé cómo pero que ya estén de nuevo en marcha; no sé cómo pero todo a cambio de eso.» Antes de que llegaran al vértice el conductor dijo: «Ahí siguen». Un hormiguero de hombres pululaba en torno al atasco, transportados de vuelta desde las posiciones del puerto como mano de obra para acelerar la construcción del by-pass. «Yo creo que a primeras horas de la mañana, esto está hecho», dijo el maestro, y fue entonces cuando decidió volver a su casa, a fin de dar solución al penúltimo problema. «A tu madre, claro está, la quisiste mucho pero me pregunto qué habría pasado contigo de haber vivido. Las buenas madres deben desaparecer a tiempo pero la tuya tal vez se excedió en el cumplimiento de su deber. Señal de que tenía mucho que purgar, como bien sabes; fíjate en esa diagonal que apunta hacia la misma línea que representa tu estirpe, esa sangre podrida tras su horrendo mestizaje con el miedo. ¿Qué pretende decir? ¿Acaso que nos mantenemos indebidamente en un lugar que ya no nos corresponde, que ha sido asignado a otros no sé si lo bastante dignos como para querer reducirlo a cenizas o lo bastante incautos como para reclamar su derecho a ocuparlo? Pero de cualquier manera, por nuestra cobardía, por haber convertido en un refugio lo que era el lugar más expuesto, nosotros ya no tenemos derecho a él. Pero si la huida de tu madre para unirse a un hombre que no la merecía —recuérdalo y repítelo tantas veces como sea necesario para grabarlo en esa estúpida mente vocinglera que por el mero hecho de pensar de distinta manera a la nuestra se cree lo bastante fuerte como para poder borrar nuestras iniquidades; repítelo hasta que tu boca harta de tanto insulto eructe el fétido nombre de tu madre y te estremezcas con un escalofrío de vergüenza y asco al mero recuerdo de cualquiera de sus besos; repítelo hasta llorar no de dolor sino de arcadas, hasta reconocer —con esa evidencia con que el estómago denuncia a la memoria el alimento que ha sido la causa del

estrago y que inasimilable por la víscera ha de ser devuelto por la misma vía por la que se introdujo— la pócima del engaño en la leche con que te amamantó tu madre, con la mendacidad y el emputecimiento; recuerda y repite que aquella perdida de tu madre pensó por un momento salvarse de nuestro naufragio de la única e imperdonable manera que le es posible a uno de nosotros— (y que ahora ensoberbecido y ufano de la mancha con que pudo salpicarnos a todos los que le odiamos, se complace en pregonar su sacrificio y anunciar a los cuatro vientos su magnánima disposición a redimirnos de nuestras faltas) la detuviste tú, y solamente tú —convertido por el mismo apetito caprichoso de la carne que provoca el peligro en impúber ángel tutelar de nuestro buen nombre—, ¿por qué entonces no hiciste gala de tus presuntas dotes esotéricas para decirle que se fuera, que no la necesitabas, que tuviera valor para llevar el drama hasta su conclusión y así acelerar el proceso de nuestra descomposición?, ¿por qué un niño ha de prevalecer sobre un amante y por qué entonces no fuiste lo bastante hombre como para elevarte sobre tu edad y reconocer tu derrota ante tu rival, de manera limpia, en lugar de refugiarte en tu hipócrita desamparo? Observa a tu padre tembloroso en un rincón, con la manta sobre las piernas, las manos sobre las rodillas y la cabeza incapaz de refrenar su agitación, con la mirada clavada en esa puerta a la espera de que entre quien ya no le puede sacar del miedo que tiene a morir. ¿Que buscáis una sociedad más justa? ¿El reino de la justicia? ¿Más limpia y más libre? ¡Más sucia y más injusta! Así tendría que ser. ¡Retroceder! Nuestra enfermedad no tiene cura y lo hemos contagiado todo; no, ya no hay inocentes ni puros, tan sólo una lucha feroz por un poco de alivio al que cualquiera tiene derecho, ninguno más que otro. ¡Retroceder! Y los niños primero. ¿Tu madre? Lo sabía muy bien, pertenecía a esa clase de personas que reciben la inspiración sin saberlo, que lo

cambian todo por un beso, que por consiguiente no saben ni han sabido nunca lo que es la salvación y les importa una higa el sentido de su vida y que si un día su benjamín se interpone en sus propósitos, se detiene asombrada, tan asombrada como para morir dos años después. ¿Tu hermano mayor, el primogénito, a quien tú tendrás que salvar? ¿Tu primo, siempre boquiabierto, que sigue tus pasos como un perro, empujado por instinto a amar a la mujer que te ama y sentenciado a atraer sobre sí las culpas de tu adulterio? ¡Insolente! ¿Acaso tú, articulado en los libros y la propaganda ¡a buscar nuestro remedio!? No me hagas reír. O mira la generación de tus primas mayores que consumieron sus primeros treinta años junto a la ventana viendo pasar de largo al cartero o a los ciclistas que se alejaron silbando. Y hoy nos duele el silencio y las sombras de esta casa que hace un momento —nada más que un momento— estaba repleta de voces y de atolondrados proyectos juveniles que los viejos sólo sabemos contemplar con sorna porque ya no podemos ver más allá de nuestras veinticuatro horas. Y que yo dudo de que existan porque sólo prevalece la huella del dolor, ni siquiera el dolor, fíjate bien, sino ese miedo que reacciona cubriéndose con el manto de la insensibilidad y la atrofia. Y no me digas que tú estás hecho de otra sustancia y que son otros tus aranceles porque tu rencor está regado por la misma sangre que alumbraba las mejillas de tus primas cuando sonaba el timbre del efímero, la transeúnte forma varonil entrevista y revestida por el deseo de todos los atributos de lo temible, que sin discernimiento corre a regar lo primero que encuentra antes de alcanzar y fertilizar esa minúscula y por sí misma estéril parcela que llamamos amor. Tú estabas allí, en un pequeño reservado, tú fuiste el primero en advertir que algo andaba mal entre ellos. Ya colijo el primer atisbo de la Schattenfreude, tras veinte años de aceptación de una generalizada superioridad en todos los terrenos, la piedra

fundacional en el edificio de una rivalidad que ambos emprenderéis con recíproco y secreto ahínco, disfrazado el primero en su arrogante indiferencia, el segundo en su aparente acatamiento al orden de la primogenitura y la prelación; ya adivino la inquietud con que la sangre afluye a tus mejillas, la repentina corriente de simpatía hacia la que hasta aquel momento te había parecido la más distante de las mujeres y el desvergonzado rubor gracias al cual supiste que de ser compartido el apetito de revancha que bombeaba aquélla, podría empezar la lucha a la que en secreto también te estabas preparando; advierto tu sensibilidad para ponderar aquel gesto de ella que tanto llamó tu atención y no porque con él denunciara la fisura que se había abierto entre ellos sino porque iba dirigido a ti, especialmente dirigido a ti, premonitoriamente elegido (gracias a esa no gratuita y todopoderosa facultad femenina para elegir su hombre para cada cosa) en simpatizante de su causa y posible confidente de sus desventuras. Entonces comprendiste que en cuanto diera un paso en falso, en cuanto algo le obligara a salir de la fortaleza de su ambivalente patronazgo, podría empezar la lucha de igual a igual; supiste entonces que tarde o temprano entre ella y tú se iba a establecer ese secreto a sus espaldas, que tan sólo necesitabas haber captado la casi imperceptible mueca de desdén (cuando abandonó la mesa para reclamar la presencia del camarero) para empezar a componer el artificio de vuestra complicidad y que te bastaría ese minúsculo nexo (esa señal escondida entre la hojarasca de la perfidia femenina que ha enseñado a todos sus órganos a delinquir, desconfiar y mentir), un dedo que toca una mano en el momento en que no es observada, un dedo que para disimular su patente doblez ha sido dotado de toda la carga de su secreta pasión, para entrar a formar parte de la conjura iniciada no tanto para su liberación sino en contra de la emancipación de tu hermano. Todavía

entonces no teníais ideas claras; ninguno de vosotros las tenía, a excepción tal vez de tu hermano, y por eso demostrasteis tanta prisa en adquirirlas; el espíritu más inconforme sólo está a gusto si en el desacato encuentra una forma de concordancia transubjetiva y pocos son los que saben desenvolverse fuera de todo sistema. Ignorabas que eras un instrumento —de poca monta— en los designios de tu cuñada para con tu hermano, de la misma manera que ella era incapaz de saber, por aquel entonces, hasta qué punto iba a quedar germinado por tu simiente el aparato de su revancha. Y en el momento en que su marido se levanta para reclamar la presencia del camarero, el dedo portador del mensaje no sabe que rematará su caricia, por si fuera poco expresiva, con la rúbrica de la uña que araña rápida y enérgicamente la palma de tu mano. Entonces tú sólo comprendiste una pequeña parte de lo que se venía encima; es lo que pasa siempre y a la postre toda historia resulta oscura, con un origen indefinido y un haz de metamorfoseantes intenciones que arrojarán una resultante imprevisible; es decir, no lo comprendiste pero adivinaste que se abría un camino que no sabías hacia dónde conducía y que por tanto sólo podía concluir en la venganza (sin el deseo que nunca habías alimentado porque siempre habías abrigado la idea de triunfar sin encono ni resentimiento con la apoteosis final de una verdad musical sobre los idólatras de la pureza y el espíritu de sacrificio, de la orgullosa y aberrante humildad de los desinteresados) sobre tu falso yo que la mujer indujo en tu ánimo al hacerte cómplice de la menor —la más sucia, la más excusable, la única que le vino de fuera— de sus faltas. Pero también la detestabas (la copia del mismo pecado de tu madre iluminada con colores irrisorios e ingenuos, con trazos gruesos y simples) porque oscuramente y sin concederte derecho de réplica afirmaba el mismo principio de cuyo antagonismo tú habías hecho la Idea. No la podías recusar pero tampoco

querías aceptar íntegramente ese aliado. Tu lucha era distinta y no sin cierta repugnancia te avendrías a esa coalición con la facción rebelde —y más alejada a tu manera de pensar— que se había alzado contra la dominación de tu enemigo. Y sin embargo no era su pecado lo que te inquietaba o te hacía sospechar una trampa o un tenebroso enrarecimiento de las razones que te habían movido a la lucha, sino esa falta de razón en la que no juega el orgullo, esa fiera aceptación de la fatalidad —sin desesperación ni ansia— y esa indiferencia hacía las leyes del orden y el destino que la mujer desprecia para redactar su propio código y restituirse al curso irresponsable de la naturaleza de la que con justicia se siente primera heredera, esa compasiva y zumbona mirada que dirigirá a su pretendido señor —encadenado por sus pueriles lucubraciones y atormentado por ese fantasma del devenir al que ella sin más vuelve la espalda— y esa complicidad con lo oscuro que constituye el más valioso patrimonio de nuestra raza femenina. Hasta que te viste a ti mismo convertido en el ridículo emir de una corte de mujeres; de mujeres, de eunucos, de lacayos enanos y afeminados validos poniendo en jaque el imperio de tu hermano. Al llegar ahí ¿por qué no llevaste el desprecio hacia ti mismo, qué veías en ti que fuera superior a lo que pretendías combatir? ¿O es que sencillamente no tenías cabida en el cuaderno de nuestra sociedad sino como heraldo de su fin? Si en ningún momento te sentiste solidario y compenetrado con ella, tendrás que reconocer que en tu afán de combatirla y cambiarla había por lo menos tanto orgullo (por no hablar ahora del talante visionario) como en su deseo de prevalecer. Todos los que llegáis en último lugar no hacéis sino acogeros a nuestras patrañas a las que pretenderéis dar nuevo brillo, desvirtuadas por el mal uso que hemos hecho de ellas, para aleccionarnos a los que en tantas cosas nos hemos anticipado. El mal de nuestro tiempo es fruto de una sabiduría

que no se puede reemplazar ni por el estudio ni por la profecía y nada que recurra a ella podrá suministrar el menor alivio. Vuestro amor, como el nuestro, también es de pacotilla y tiene además la desventaja de que no ha sido ensayado, así que ¿para qué insistir?, ¿no será mejor dar curso libre a nuestra infección que prolongar con una desconcertante mejoría esta estúpida decadencia? Desmemoriado, engañado por tus propias ficciones tenías que volver aquí —la casa abandonada a causa de tus delaciones, tu padre inmovilizado y convulso, que dice haberse refugiado en la piedad y disimula el temblor incoercible de sus dedos con las cuentas de un rosario cuyas oraciones ignora, tu hermano con un tiro en la nuca caído vete a saber dónde, los días contados para todos nosotros— ¿acaso para comunicarle que habías cumplido tu cometido? ¿No la viste bastante? ¿No tuviste de ella todo lo que cabe tener? ¿No te hartaste de su cuerpo? ¿No acallaste sus ínfulas de una vida en común? ¿No levantaste el último velo de su atuendo? ¿No agotaste sus recursos para el futuro? ¿Qué te puede quedar de ella, con tu escaso apego a lo vivido? ¿Quién te ha engañado? ¿Qué canción entonaban las sirenas?» «Si encuentro el camino despejado —se dijo— haré todo lo que me he propuesto.» Al principio creyó que así lo estaba pues no había ningún camión en el repecho. Pronto quedó desmentida la ilusión, al alcanzar el vértice de la curva: la columna seguía detenida ante el barranco, sorda a todos los ruegos. Apenas había animación en torno al lugar del accidente y sólo cuando se apeó del coche pudo apercibirse de la magnitud del desastre: siguiendo las instrucciones de un suboficial que había trabajado en las obras, se había comenzado a levantar —unos pocos metros aguas abajo del caño— un muro de piedra en seco para contención del terraplén del by-pass; a fin de rematar la obra con la mayor celeridad posible se había procedido al relleno de tierras a medida que se elevaba el muro, durante toda la noche y bajo la

lluvia. Tras descargar los equipos en el monte, los pocos camiones que habían quedado delante de la obstrucción subieron hasta la cota catorce cuarenta para transportar, en unos cuantos viajes, un centenar de hombres que colaborasen en la construcción del terraplén. No faltaban palas pero no tenían carretillas y las tierras eran vertidas por cadenas de hombres que se pasaban aquéllas y unos cuantos serones. Al siguiente mediodía, cuando el muro tenía ya más de cuatro metros de altura y apenas le faltaban dos para quedar rematado, se produjo el corrimiento de tierras que arruinó toda la obra, reventándola hasta sus cimientos. El arroyo, en una considerable extensión, quedó cubierto con una masa de barro y piedras sueltas, y algunas herramientas. Ya habían perdido cuatro días y lo de menos eran las amenazas que se habían oído en la sala de operaciones de la posición Flójar; lo de menos sería llegar con el equipo a las posiciones de Herencia antes de la fecha límite; lo de menos alcanzar el objetivo y cumplir el cometido pues lo más importante era salir de aquel agujero que con su contumacia se había alzado —como el bisoño jugador que da la sorpresa en un torneo de campeones— con todas las prioridades hasta relegar a un segundo plano al mismo éxito de la campaña. Fue en aquella ocasión, sólo en aquella ocasión, cuando de nuevo le tentó el demonio de los peldaños, susurrándole al oído que había —a la retaguardia de aquel odioso barranco— todo un mundo revuelto donde esconderse, en compañía ¿de una mujer? Así que cuando un soldado, que sin duda había trabajado en la mina en su vida civil, se adelantó a sugerir que la única salida de aquel atasco sería una voladura de todas las máquinas obstruidas para despejar el camino primero, a costa de perder tres camiones (uno de los cuales inutilizado sin posible arreglo), no lo pensó dos veces. «O tal vez algo que no tiene el don de la palabra te está susurrando que no concluyas un cometido que toca a su fin;

que te traiciones a ti mismo y te regeneres en la falta porque aquello que emprendiste —una locura, el delirio misógino al que vuelve quien ha sido prematuramente arrebatado de su sueño (y un sueño fue la aventura de tus antepasados, de unos padres detenidos en el bienestar lo mismo que un Judá polvoriento y descalzo anhelando hundir sus manos y sus pies en las tierras húmedas y negras del delta, de todos los envidiosos del pan común) y pasea sonámbulo los vestigios de su calor por las mañanas heladas de un barrio industrial— no puede ser concluido porque pertenece a un pasado legendario, al mismo ciego impulso de retorno que el hombre conservó al ser arrojado aquí. No será por haber mirado hacia aquel punto de fuga por lo que te has de convertir en sal —la sal de ese océano que tendrás que atravesar en breve, reclamando para tu estatua la porción descarriada que quiso convertirse en carne mortal— sino por haber hecho tuya la carne de tu hermana, en las mismas narices del piadoso Abel, el Saúl resignado, el incrédulo inflado de su propia pompa para alucinar a una generación de viudas o de solteras mecanógrafas en la era gótica de la máquina de escribir, en la casa del vicio donde se acrisolan todas nuestras virtudes, domésticas y no domésticas.» Pero cuando al fin llegó el equipo —o parte de él, hubo que dejar tres piezas de campaña para otro momento— ya no había posible huida y no porque no hubiera dónde sino porque no había con quién; ni siquiera él mismo, desangrado —se habría transmutado en el coagulado y chinesco granate de la alcoba vacía y ordenada— y en paz consigo mismo, en la penúltima estación. En vano buscó al demonio de la fuga entre el corro de hombres aturdidos, sin una idea, que esperaban una orden con la que llenar el vacío; y en segundo plano, esparcida, la tropa en el suelo, alguna cabeza que volvía su mirada hacia el grupo de oficiales en busca de una novedad que alterase la intolerable suspensión de toda actividad; en vano lo buscó entre las cajas

de munición, todas idénticas y unas pocas abiertas; ni en el aire ni en el cielo, cerrado de nubarrones para encubrir la vergüenza de las alturas; también parecían mirarles todas las piezas y bocas de fuego, orientadas en una única dirección como las cabezas de un rebaño en un prado hacia un hombre al que siempre observarán con el asombro de la mudez, tanto en la abundancia como en la carestía, para reclamar su alimento: volvió la espalda y dio tres pasos hacia atrás, con las manos en los bolsillos de la zamarra negra, sin la menor intención de huir. Y decidió esperar allí, pasara lo que pasara. Sólo cuando descargaron las cajas en el puerto se apercibieron de que se trataba de munición de fabricación checa, de calibre 8.03, inútil para sus máusers de calibre 7.92. Tan sólo unas pocas cajas, con munición de fabricación española, sirvieron para suministrar unos veinte cartuchos por hombre a la mitad de la columna. Decidió esperar allí la orden de ataque, mientras la caravana era devuelta a la posición Flójar en busca de la munición adecuada pero antes de que, en su viaje de vuelta, volviera la mitad de los camiones colmados con la munición requerida la columna se vio envuelta en el combate, bastante lejos de la cota catorce cuarenta. «En cuanto a ella... era como tú criatura de la noche y en la noche sellasteis —al conjuro de sus lágrimas y tu esperma, en el despilfarro de la energía estamínea que se consume sin finalidad genética y muda de estado para ornar gratuitamente el sacrificio y la ofrenda del deseo en la nada, como si ese transeúnte y efímero paso por el estado semilíquido constituyera la última, distante y sibarítica reproducción de la sangre que había corrido otrora y que ya no se derramará más, para desvanecerse de nuevo en su desecación, evaporación de esa pizca de mar que apresado en nuestras venas aún se revuelve inquieto —como el que ha quedado cercado entre arrecifes al retirarse la marea, y en cada nueva e inútil y decreciente embestida llama en su socorro a

sus hermanas las olas de la postrer cabalgata— y agita nuestra sangre salina— el diabólico pacto con la noche —archivado en el supremo registro de la noche—, con las manos, las bocas y los sexos entrelazados para juramentaros en vuestra cínica fidelidad a la instantánea eternidad de las sombras. Porque espacio y tiempo eran para vosotros palabras vacías, el sintético marco del cuerpo pero no del más allá del cuerpo, de esa no desesperada contemplación de la caída (en cuyo vértigo os permitís desdeñar el escenario sereno y soleado donde se asentaba nuestro proyecto), que habéis dado en llamar vuestra alma. No os preocuparéis, así pues, del lugar al que se encaminan o al que caen vuestras almas en tanto vayan unidas, en tanto por sus muslos corran hacia su estéril desecación esos goterones de indecente esperma que fundió la llama que alumbraste en su tabernáculo y que contienen las mismas chispas que contiene nuestro cielo y asoman en cuanto se pone nuestro sol para poner de manifiesto la jocundia con que se dirigen hacia la extinción de sus cuerpos de polvo. “Y brillan en plena juventud a pesar de haber transcurrido milenios; el cambio de los tiempos nunca les roba la luz de las mejillas mas aquí, bajo nuestra mirada, periclita, perece y desaparece todo; sobre el esplendor de nuestra tierra y sobre la dicha de nuestra tierra se cierne una época de ruina.” Los que con menos comedimiento habláis del futuro sois los que lo habéis relegado a un segundo plano y si ninguno de nuestros planes os conviene es porque seguís creyendo en aquel pecado original. Nadie entre nosotros abona esa creencia y al querer aventajarnos habéis caído en esa trampa que hace tiempo salvamos... con honor y disimulo. Es a vosotros —los que os habéis impuesto el deber de limpiar una mancha necesaria— a quienes alimenta la falta que el hombre cometió antes de nacer por venir a ocupar el vacío entre el creador y su obra, por aproximarse a aquello que estaba ya consumado y que con su presencia debe ser

iniciado de nuevo, arrebatando a aquél del divino y helado escondrijo adonde se había retirado para observar sin molestias cómo la ciega y muda creación de sus horas ociosas camina hacia su conversión en polvo, al modo que un niño desocupado se entretiene en destruir un juguete o torturar un insecto para llenar las horas entre la merienda y la cena. No te darás cuenta pero será ella la que, en el penúltimo momento de... (sí, cuando os mintió a los dos, cuando te dijo que no podías pedirle lo que nunca le habías pedido, cuando afirmó sin convicción que su deber era estar al lado de tu hermano, cuando a un ruego que nunca llegaste a formular o antes de proponer una decisión que hasta aquel momento nunca tuviste clara optó por aceptar la suerte que a cada uno os había tocado, cuando eligió —sin posible vuelta atrás— el campo de los suyos como tú habías elegido el de los tuyos), te hará desconfiar de tus pasos y consumar un proyecto que deseabas abandonar, la que con su marcha abortará la tuya y te empujará al fratricidio pues ¿no fue ella la que dijo que contigo no era posible (¿no hubiera sido mejor confesar que no se atrevía a hacerlo?) querer?» No supo escuchar más; sólo tuvo tiempo de ver cómo se erguía su espalda como si por vez primera —sin dejar de sostener el naipe— su interés por subrayar con el gesto sus últimas palabras y constatar sus efectos primara sobre su hieratismo y, abandonando la actitud de la sibila, a sabiendas de que con toda probabilidad podía ser una definitiva despedida buscara un postrer y discontinuo punto de reconciliación. Abrió los ojos y ladeó la cabeza apartándolos del naipe para ir a buscar por el suelo el foco de su mirada y confiar a la incidencia común un ingrávido y reflejo contacto, al tiempo que musitaba unas pocas palabras ininteligibles de las que sólo llegó a entender un repetido no, sin permitirle aproximarse. Ya apenas la vio, sumida en la argentífera violación de las sombras por un suspiro de clausura que en el sordomudo orden del azar en

conjunción con un destello fue a denunciar un caballo de espadas, también invertido, confirmación incontestable y temible del triunfo del centauro sobre el lapita. Un aura de cabellos refringentes rodeó la cabecera de su sillón, como la incipiente gasa que segrega la oruga con los primeros fríos, y sus últimos bisbiseos corrieron a ocultarse en un rincón o a unirse al resonante silencio del corredor y la escalera por donde se habían fugado y escabullido confundidos con el asombro de la casa sus últimos fantasmales defensores que hasta aquel momento (tan sólo en el rellano, inmóvil y envuelto en el resplandor carmín, en el acerbo tufo de la bilis, su primo le dijo adiós) habían sabido mantener una serena confianza en la inexpugnabilidad de su bastión, en la justicia de su causa y en la superioridad de sus hombres. A las cinco columnas dispuestas al ataque les aguardaba una desagradable sorpresa. Había llegado de manera fortuita a manos del enemigo una copia de la orden de operaciones; la llevaba consigo un oficial, bastante imprudente, que en una operación de reconocimiento había caído junto a las líneas de los republicanos, que gracias a ese documento contaron con una información, no basada en conjeturas y datos aislados, de primera mano sobre las intenciones, los planes y las direcciones principales del ataque. A la vista de aquella copia el Mando republicano ordenó a todas las unidades de primera línea la suspensión de su ofensiva e introdujo ciertas modificaciones en su dispositivo de contención que, a grandes rasgos, se había de demostrar apropiado, con algunos ajustes, para rechazar la punta de lanza del adversario. La brigada mixta inició su despliegue, por sus propios medios, a lo largo de una línea que enlazaba el saliente occidental con el puente carretero en tanto que la otra tomaba posiciones en ambas márgenes para consolidar en ese punto el glacis de todo el sector; acompañando, de manera amortiguada, esa traslación, dos

batallones escalonaron sus defensas desde el flanco derecho de la última unidad hasta los primeros escarpes de la montaña y por último se mantuvieron respecto al tercero, al este de Sepulcro Beltrán y por encima de la cota mil cuatrocientos, todas las órdenes cursadas con anterioridad a la modificación con vistas a aprovechar la posible sorpresa. Sin embargo no todas las órdenes fueron puntualmente atendidas y la batalla tuvo un comienzo inesperado y prematuro como consecuencia de la confusión creada por los movimientos de última hora. Ciertos elementos avanzados de la brigada mixta, introducidos en un inadvertido pero explicable hiato entre las columnas 3 y 2, habían de enfrentarse a las primeras horas de la mañana con las fuerzas más avanzadas de esta última, desplegada ya en toda su línea y dispuesta —de acuerdo con las instrucciones del plan— a iniciar el asalto con posterioridad al ataque en el saliente. Aun cuando en esos primeros momentos no entran en contacto sino escasas formaciones que no comprometen las reservas de uno y otro ejército, la confusión creada por el fuego iniciado en un punto donde nadie lo esperaba introduce un juego de variantes y acciones y reacciones espontáneas que se apartan de las previsiones y sólo responden a la conducta instintiva del combate. Sorprendidos los mandos de la Columna 2 por un fuego que debían haber abierto ellos vinieron a suponer que un ataque republicano en gran escala se desarrollaba de manera anticipada por su flanco izquierdo por lo que en libertad de dirección optaron por apoyarse en éste derivando hacia levante. A partir de ese momento la batalla cobra un curioso sesgo y en lugar de un choque frontal se produce el movimiento alternativo de dos líneas inclinadas —respecto al eje común de avance— y paralelas, como los lados de una pantómetra. En las horas centrales todo el peso de la defensa vendrá a recaer sobre la brigada de Mazón, en tanto la mixta de Constantino busca la penetración por la cuña entre la

2 y la 3 en un intento de envolver por su flanco derecho las formaciones centrales del enemigo. De esa suerte, los efectivos de ambos bandos destinados al asalto se vieron empujados a la defensa en las horas más intensas de los combates y por la fuerza de las circunstancias, en tanto las unidades de apoyo y cada cual por su lado trataban de forzar el basculamiento del frente mediante maniobras indirectas que a la postre se estrellarían contra los dos bastiones centrales; la batalla se decidió en el centro o, más bien, fue en el centro (inmovilizado en el pulso entre dos brazos de la misma entidad, en tanto temblaban los otros miembros) donde se resolvió el no decisivo resultado. En la mañana del día 9, la Columna 4 logró despegarse del intenso acoso a que le habían sometido los dos batallones unificados bajo el mando de Gallar para converger hacia las avanzadas de Brémond que había logrado una penetración de unos dos kilómetros, en un terreno fragoso, que Mazón se vio obligado a ceder poco menos que en un continuo cuerpo a cuerpo. Ni las artes ni las reglas contaban; durante los primeros cinco días el combate no hizo sino generalizarse y crecer en intensidad, animados unos y otros de una idéntica bravura. El día 12, las columnas 3, 5 y 4 —reunidas estas dos últimas bajo el mando unificado de Brémond— atacaron con dirección convergente y meritoria simultaneidad el puente de la carretera, lo que venía a corroborar la autenticidad de la orden capturada por los republicanos. Antes de eso, el Mando había puesto en marcha su plan de contención; las fuerzas de Constantino, renunciando a la penetración frontal y a la creación de una posible bolsa, deberían fragmentarse en una triple digitación: la más fuerte —las divisiones 17 y 102— descenderá directamente hacia el río, en tanto las otras dos se encargarán de contener el posible enlace de la 2 y la 3 y hostigarán la retaguardia de esta última para que en evitación de un posible embolsamiento se replieguen hacia el este. Pero

al constatar que el nuevo Giustiniani, con los nervios abatidos y el pecho abierto por la incomprensible herida del despecho, abandonaba la empresa en pos de su salvación —y renunciaba a la última escena del último acto y renunciaba a su holocausto o lo brindaba a otro público y echaba a perder la tragedia a la que había dedicado lo mejor de su poca fe y sus más denodados esfuerzos, sin estar impelido por otro mandato que su avispado apetito de purificación, sin alcanzar la cima de un deber que él mismo se impuso y al que lo sacrificó todo, con excepción de la franqueza—, comprendió al fin que el largo asedio tocaba a su fin y que la ruina de la derrota de sus enemigos se cernía sobre su propia casa que —hasta entonces lo había creído— habría de prevalecer sobre la ley de los tiempos. Comprendió también que su hijo bienamado y su mejor discípulo —tal vez el único— había tomado sus enseñanzas demasiado al pie de la letra y había decidido llevar hasta su cumplimiento —con excepción de su desenlace— aquellos torpes vaticinios con los que había tratado de espolearle. Al marchar dejó la puerta abierta (como la esquinera poterna de Kylókerkos, el estrecho embudo por donde la Fe inundaría todo un oriente apático) que su primo bajó a cerrar, que siguió cerrando todas las tardes de la postguerra. Vio todo en un instante (en el vértigo del tránsito) mientras sostenía el naipe y no se decidía a abatirlo y colocarlo en el lugar eminente que en el juego le había sido asignado por la mórbida regla del azar. Sabía que era su última partida, a nadie tenía a quien hacer partícipe de sus duras conclusiones; y aun cuando abajo continuaba la conversación y su otro nieto deambulaba por la casa, abriendo y cerrando puertas, había acabado con todos. Con lágrimas ahorradas en su juventud había tratado de fertilizar el esquilmado suelo que heredara de sus mayores. Pero había cultivado los gérmenes de la defección y, con talante risueño, sembrado la semilla de la futura soledad. Había afirmado que florecería como el áloe, tras cien

años de espera, segura de que su casa daría para eso. El alcalde, el primero en arrostrar la furia de sus paisanos por su decisión de protegerla, recibiría en pago una descarga en el pecho, junto a sus muros; no tardaron una hora en encontrarlo —en la casa, en batín—, apremiados por liquidar en dos días las cuentas de cinco años de República y dos de asedio. Y con toda probabilidad esa descarga fue lo último que oyó, si es que la oyó. Ya no necesitaba ni ver ni oír, ya estaba lista. Más y más se había embriagado cada día de su porte severo y de su incólume rectitud, de su incapacidad para transigir, de la satisfacción que le procuraban sus muchas renuncias y, más todavía, de su talento como negocianta a la vista de las muchas calamidades que el porvenir tenía reservadas a toda clase de réprobos. Todo en vano. Había sobrepasado a todos en edad y, tras superarlos también por la fuerza de su alma, pretendió amilanarlos con aquel derroche de ingenio profético que le procuraba su comunicación directa con el más allá, merced entre otras cosas a aquel impoluto mazo de naipes que al cabo de cuarenta años de uso aún pareciera recién salido del estuche. Y así como en su día fuera obligado que todos los suyos y allegados precisasen su dictamen y su anuencia para las más intrascendentes determinaciones, llegó el momento en que ni siquiera el recurso a las amenazas pudo apartar de sus propósitos al que siempre había atraído a su vera, dispuesto a escuchar de sus injustos y rencorosos labios el favorable veredicto al que él no podía conceder pleno y largo crédito. Tal vez su marcha le devolvió para siempre al tormento de su solitario lecho, incapaz de sondear —por culpa de la equívoca sentencia del alto y enlutado tribunal— el alcance de su vaticinio. Así que había terminado porque su misión había concluido aunque no así su vida, su obstinada obediencia al número que le fuera asignado, la todavía larga cuenta de días sin coda ni ritmo ni casi clima, tan sólo saturados del aroma

avinagrado de los montones de hojarasca podrida y acumulada en los alcorques, en un otoño embriagado por los vapores de su propia fiebre y —sin el anuncio del frío ni la promesa de un lejano y sotérico abril, sostenido por un sol con corteza que, inmovilizado en su tibieza y cansado y aburrido de sus paseos matinales, apresurado buscaba el lecho del horizonte para cobijar allí su postrer enfermedad— deseoso de terminar de una vez el engaño cíclico de la naturaleza. Tras un verano de pasamontañas y cornetas, cuyos toques hicieron caer las hojas antes que de costumbre, la paz dejó caer su marchito y raído telón. Apenas tenía para entonces nada que augurar y su último nieto —siempre boquiabierto, paralizado en su único e inesperado instante de placer en el momento más negro— bastante tenía con abrir y cerrar las puertas, o espiar la carretera por las rendijas de los librillos: calamidades y vergüenzas que ahora volvían sobre ella y le cerraban el camino a la cama. Hasta el más culpable, un hombre llamado Donato, había pasado de largo con el ejército triunfador, en busca de más éxitos. Los últimos naipes venían solos hasta sus yemas porque, dotadas de un poder magnético, sólo necesitaba aproximarlas unos pocos centímetros para que la carta iniciara su breve vuelo, al tiempo que giraba para mostrar su símbolo y caer abierta sobre el tapete entre las demás con los lentos movimientos de pereza del que había sido extraído de su largo sueño para, sonámbulo, ir a ocupar su intransferible puesto en la asamblea de los resurrectos; había cambiado el tono, carente el mensaje del peso de la predestinación y reducido al mero juego intrascendente; tal vez ahora —rectamente interpretados — anunciaran promesas y venturosos augurios, llamadas al perdón ante un dilatado paréntesis de paz, una vez que la casa se hallaba vacía y las puertas y ventanas semiabiertas a la calle y a la huerta y al campo y a los senderos que más allá de la carretera repetían la no respuesta de los que habían

desaparecido. Recordará siempre (porque se extingue pero no muere, transparentándose a sí misma y transformadas sus negras estameñas en tupidas telas de araña y roídos tafetanes, transferido su cuerpo y su espíritu a los residuos crujientes y silbantes de la alcoba, los muebles severos y sombríos cortinajes que durante medio siglo fueron testigos y acólitos de su oficio diario, y que en un breve futuro cebado de un indigesto pasado repetirían sin sarcasmo ni sentido sus incomprensibles jaculatorias), recordará aquel lunes horrible en que se decidió de una vez para siempre la suerte de todos los suyos y de su fe, un destino transustanciado en un vaso de leche; aquel lunes o viernes (de mal agüero en lo sucesivo, pero que ninguna efeméride recordará jamás) en que por la desidia de uno de los suyos el bastión de su fe sería abandonado a la merced de sus enemigos. Recordará que aquel viernes un estupefacto alcalde —el apacible enemigo de los días de paz— no sabiendo qué hacer asume el papel de involuntario, desvalido y postrer defensor. Tal vez —pensó, al reclinarse en el respaldo una de las contadas veces en medio siglo, al reclamar el primer sosiego con que había decidido gratificarse como recompensa final a su prolongada labor y que el destino le deparaba con sibilina y quimérica sorna, con la desenfadada magnanimidad con que al reo es concedido un indulto el mismo día que termina de cumplir una injusta condena (y que ni siquiera le será dado rechazar pues le fue otorgado para humillar su postrer protesta y derrotar su hasta entonces invicta resistencia al desmayo)— la profecía había sido agotada y había llegado el momento de columbrar un porvenir muy distinto; el castigo, a la postre, había surtido efecto y las faltas de siempre... tal vez no volvieran a producirse; por eso se reclinó para no tener que levantar más naipes ni comprobar que podían acudir enlazados en una línea de tibias promesas. Ahora que ya no podía anunciarlas a nadie, que había acabado

con todos, sólo levantó los tres o cuatro primeros para advertir que presentaban otro cariz pero no quiso interpretarlos sino que prefirió —en el momento en que buscaba el apoyo del respaldo— abandonarlos como los fragmentos de una carta cuyo escrito, a un paso de ser recompuesto y descifrado, debía abandonar para siempre a la también rota posteridad del desastre, para sumarlos a la irrecomponible herencia de un orgullo que en su último gesto había optado por cegarse para no ser testigo de un inverosímil despertar, para restituirlos al sereno y despótico desorden de los deseos y a la chillona sucesión de los insomnes fragmentos de los sueños individuales. A punto estuvo de preguntarse —antes de apoyar su cabeza, antes de que su nuca entrara en contacto con el duro respaldo y un escalofrío —como la primera reacción de la fatiga a medio siglo de tensión— recorriera su torso (una suerte de diurno y silencioso relámpago que señalaría la línea de un horizonte psíquico donde entran en fricción con polaridad opuesta premoniciones y fe)— si todo su saber no había constituido una inconfesable mentira con un solo cuarto de verdad; pero no llegó a hacerlo, en parte por pereza, en parte por compasión hacia sí misma, porque sabía que a nadie beneficiaría ya con ello y arrastrada una vez más por la inercia del Engaño, firme en su decisión de reclamar y tomarse un descanso que podía quedar comprometido con la mera admisión de una duda tan extensa como sencilla. Cuando más manifiesto era el abandono de la casa, la deserción y la muerte de todos los suyos, en el momento en que más exactas se demostraban sus lúgubres profecías, cuando (amén de un par de viejos ensordecidos y alelados por el bombardeo) sólo quedaba un último nieto miope y boquiabierto para levantar acta del desenlace, cuando su nuca tocó el respaldo, por su cabeza pasó la idea de un craso y completo error, que desapareció como una estrella errante en el sombrío y rutilante

firmamento de su libertad, salpicado —ya que no iluminado por ellas— de aquellas otras luminarias fijas que, fuera del alcance de su voz y sus pensamientos, la vieron pasar parpadeantes y atónitas, asombradas de su audacia y de su efímera carrera, envidiosas de su ligereza y su condición extraterritorial y fungible, condenadas a su virtual inmovilidad en el reino de la gravitación, más allá del imaginario limbo de los actos humanos intrascendentes. Todos los delitos y las faltas habían de correr la misma suerte y así, en un indiferente telón nocturno, se extingue la carrera de su nieto predilecto, de una guerra entre hermanos, de unos amores incestuosamente compartidos que se evaporan en un bostezo del progreso. Así pues sólo tuvo que reclinarse sobre el duro respaldo de la butaca para comprender la futilidad de su credo, sepultado por un momento de descanso. Entonces fue cuando, también por vez primera en medio siglo, el escalofrío recorrió su espalda, la prueba irrefutable con que la naturaleza venía en apoyo de su tesis, el vínculo secreto que su cuerpo guardaba con el orden terrenal y aquella quién sabe si postrera chispa que había de brotar entre la dura e indomable espalda y el siempre vigilante respaldo, emisario de una paciente armonía universal segura de alcanzar un acuerdo de paz con el visionario y trono del secreto y hermético monarca de la desesperanza. No fue solamente para confirmar que aún seguía con vida; tampoco eso lo había dudado pues aunque siempre había supuesto que el tránsito se produciría sin el menor cambio, al desestimar el primer síntoma que se produjo cuando lanzó de reojo la penúltima mirada sobre el antepenúltimo naipe, había exonerado de su conciencia todos los errores y extravíos posibles. Suponía, sí, que al caer en brazos del descanso no se produciría el cambio pero sí una prueba; el escalofrío la dio. Recorrió su cuerpo desde el arranque del cuello hasta la cintura, sacudió sus hombros y duró lo bastante como para que comprendiera, a

medida que descendía por su espina dorsal hasta extinguirse en su vientre, que su devenir se abría en dos, que la masa de tiempo que su cuerpo había acumulado era hendida por la hoja metálica de aquel suceso de intrascendente apariencia, para alumbrar en un visto y no visto el núcleo de inerte sílice sobre el que descansa todo espíritu; cómo separados por el mismo tajo y formados de la misma carne se enfrentan en su asombro el fue y el no-será que antes habían constituido un único cuerpo y cómo, tras la herida abierta a la suspensión de días y estaciones y cómputos y generaciones que forma la eternidad, volverán a soldarse en la cicatriz estigmática de aquel instante de reposo, de la renuncia a cumplir su cometido de una conciencia que nacida en la fisura ha de encontrar a todo trance su repatriación —fuera del sueño— al reino de la materia, el perdón a su pecado de existencia en el eterno sin días ni pensamiento y una vez olvidado el acto de culpable concupiscencia que se prolonga en la soberbia. Sólo en apariencia las cosas quedarían como antes pues, en verdad, el escalofrío lo había transmutado todo: por fin gozaría —aunque por poco tiempo (estaba segura), ni siquiera el preciso para paladear sus efectos— de unos nervios apaciguados, de la serenidad del cuerpo y de una conciencia restaurada por aquella balsámica reacción, como si todos sus plexos y centros más remotos hubieran acudido a la llamada final para disipar la tensión que habían venido acumulando a lo largo de una vida inconforme con su mismo engendramiento y agotarla en aquel único y postrer relámpago a partir del cual no restaría en ellos ni otro poder que el de propiciar la agonía ni otra voluntad que la de acelerar su fusión con el todo para dar por finiquitada la pecaminosa emanación de una existencia dolorida de antemano. De repente también se disipó el invierno y se entreabrieron las puertas y ventanas, se recogieron las cortinas y giraron los postigos y toda la casa quedó inmersa en

la luz de la calma, esa claridad inexhaustible y ubicua, tan sólo acompañada de ligeras sombras, en la que ni siquiera la rata encontrará excusa para ocultarse. «Sabes muy bien que al anidar en toda alma el ansia de ver por un instante el espectáculo de la naturaleza anterior a la llegada del hombre no puede satisfacer (pues se trata de una aspiración conceptual) la visión del paisaje virgen que no ha sido hollado por sus plantas. No en vano el presentimiento de su lejano influjo lo altera todo y su aparición en un remoto y fértil rincón mancilló todo el campo y sobrecogió la faz de la tierra, de norte a sur, de este a oeste; y a partir del momento en que la criatura más inocente, con su clara disposición a comprender el espectáculo, dijo para sí: "Yo soy el hombre y tengo que entender esto", hasta los árboles se estremecieron al sentir la presencia de aquel intruso que se arrogaba el derecho a dominarlos y en lo sucesivo ya no crecieron a su completo antojo; también las bestias se replegaron sobre sí mismas y se hicieron más recelosas, transmitiendo unas a otras, hasta las especies más hiperbóreas y abisales, la noticia de aquella infausta llegada y advirtiendo, incluso a los enemigos biológicos, que en adelante ya no podrían vivir con tanta despreocupación.» Lo que para toda persona no pasa de ser un objeto de curiosidad para ella constituía el fundamento de una falta, mal purgada, que daba razón de ser a su permanente vigilia y que sólo lograría sobrellevar —no mitigar— bajando para siempre los párpados. Y de ahí al «disimulo de inocencia» que tanto había pregonado, sólo había un paso. «Tú sabes demasiado bien que hay muchas clases, muchas gradaciones en las sombras; que unas se superponen a otras y que la tiniebla sólo se puede alcanzar rodeándose cada vez más de multitud de ellas.» Así lo había entendido y por eso buscó refugio en su más profundo e inviolable seno, acaso para ver más allá que todos los suyos. Vivía de noche y conocía los naipes gracias a fatuas

emanaciones del cerúleo cartón o a privadas y personales prestaciones de luz con que el eterno la distinguía y financiaba, quién sabe si para sufragar sus estudios o para ocupar su mente con una farragosa acumulación de inútiles sospechas e inoperantes datos y a fin de desviar su alma —su poderosa alma— de la investigación del enigma cuya solución le haría trizas, reducido a esos pedazos y migajas de tiempo que miden los relojes y atraviesan las aves con su vuelo. Pero el escalofrío sin duda selló su visión para siempre y en torno suyo, en obediencia al mandato; la luz se hizo de nuevo, la primera luz colada del invierno. En su caída (o en su tránsito) debió ver su vuelta, entre idénticas luces, en la yuxtaposición del deseo a un acontecimiento fortuito, en una futura primavera de nombres propios que brotarían de los quemados botones de una generación de nombres propios sacrificados sin descendencia. Idéntico a él pero sin destino ni casi nombre, en el inquieto e intolerable silencio del futuro, saliendo del umbral del misterio en el vano intento de zafarse de la estulticia de las sombras para acercarse por última vez, antes de su definitiva sepultura, al aire de los sonidos. No tenía facciones y por tanto bien podía corresponderse a las suyas pero en cambio los rasgos eran los mismos, el porte, la manera de andar, un poco ladeada a la izquierda, exagerada por los años del exilio. Vaciló un momento y se dirigió luego a la puerta metálica del jardín, soldada a su marco por la herrumbre y tapizada por la vegetación. También crujieron los muebles, sacudidos por la misma convulsión de su señora y alimentados de su misma esperanza mortuoria a lo largo de su extensa expectativa en el infinitésimo que separa lo sucedido del acaso pero liberados del asedio, abiertos y sobrecogidos ante la inminente invasión (como todas las poternas desde Studion a Hieras quedaron desiertas y abiertas en cuanto se supo que el emperador había sido visto por última vez entre la hueste del enemigo, envuelto

en el estandarte de la estrella) que no se produjo. Nadie se detuvo ante la casa y aquel odiado y reverenciado baluarte, capaz en su día de desatar una revuelta, tendría que sufrir el último ultraje de la indiferencia no sólo de la tropa victoriosa sino también del clima porque tampoco fue a la primavera a quien se rindió el invierno; ni un asomo del aroma seminal, de las promesas de un tardío y olvidadizo abril dispuesto a renovar el crédito a un apetito de renovación detenido por la mala voluntad del habilitado de turno; ni esa procaz hinchazón de yemas y retoños protegidos todavía del barniz de su sueño hiemal; ni el incipiente revolotear de los vencejos que recelan de un cielo todavía no propicio a sus evoluciones; ni ese extraño efecto palingenésico, rasgo hereditario que se remonta a una genealogía vegetal, que incluso alcanza al funcionario de aduanas para despertar en él una acallada vocación de vagabundo; ni el eco del espíritu que sobrevuela las aguas —que el hielo y las nieblas silencian durante un trimestre— que retorna convertido en rumores de corriente ansiosa de llegar a la cita de la resurrección; ni la más quimérica de las bienaventuranzas con que un cielo que comienza a broncearse pretende hacer olvidar las injurias y desatinos de la guerra aérea y restaurar el gobierno de un instinto pacífico, apenas asistido por la razón, que traicionado por la escasez y usurpado su poder por el ingenio, ha sido repuesto en su solio por el clima. Fue a una estación neutra y azoica, el último de los estados atmosféricos, cuando las hojas comprendieron que reverdecían por última vez y botones y renuevos brotaron a sabiendas de que toda la tensión que les animaba no tenía otro sentido que celebrar con fastos su clausura, dictada por la instancia suprema; porque de la misma manera que una nueva ley que cancela otra precisa de un plazo para ser puesta en vigor durante el cual sigue rigiendo la que prescribe, así la naturaleza tras la guerra tenía sus días contados, disipada su

armoniosa discordia en la fútil, estéril y carente de futuro convivencia de sus elementos, en la ridícula decadencia de sus agonizantes juegos. Y el escalofrío vino también a susurrarle que la casa, tal como había quedado indefensa y abierta a merced de cualquiera, no sería ocupada jamás. Que quizá volviera su último defensor pero ¿para qué? Ni un solo curioso asomaría a sus tapias y ventanas, a diferencia de aquella encrucijada de caminos y culturas, el avanzado bastión de la fe que asediado y codiciado durante siglos, en un día pasaría a ser la perla cautiva más mimada y enjoyada de la civilización aborrecida. Por el contrario, el fin de la casa se abriría a la indiferencia y acaso el desvarío de un nieto (pegado a la ventana, se ocultó tras el librillo al ver desfilar a Donato, con doble correaje y una pistola al cinto) que buscaría su refugio en la tercera planta sería su última razón de ser tras la descarga que abatió al alcalde en bata. No había ni hubo tal asedio. Nadie llamó y ni una sola cabeza asomó tras sus tapias hasta que veinte años después un chiquillo que en la panadería se zafó del brazo de su madre, se encaramó a la puerta metálica. Su muerte no fue común; se diría que —conocedora del fin de su paso por la tierra— se apresuró a reunirse en la calma incorruptible del desaire al novio que desde niña le dio la espalda, ansiosa de abrazarse a él en el lecho nupcial de su fracaso. Por eso permanecería viva pues los que la creen muerta son los verdaderos muertos. Ya no hablará más aun cuando no lo había dicho todo. Justamente por callarse antes de tiempo, por haber adoptado el silencio antes de su última sentencia, seguirá hablando para siempre para aquellos que, no habiendo sabido escucharla en su día, comprendieran que ahora era preciso esforzarse por saber lo que nunca dijera.

Segunda parte

III

«De nuevo a escena, sobre las tablas de siempre, ante el mismo y devoto público de todos los días, que conoce de memoria todos mis parlamentos. Incapaz de cambiar una coma o de introducir la más ligera variante, me digo si en esta constante repetición no habré encontrado la salida hacia una perennidad que rehúye toda alteración; y la muerte, bien enseñada, no hará sino insistir en ese centenar de frases que constituye mi repertorio, pues ¿de dónde va a sacar fuerzas para dar con una nueva fórmula? De esa suerte no sé ya si estoy en parte alguna, qué lugar ocupo, cuáles serán mis límites, los de hoy, los de mañana. Nunca entendí cabalmente el ayer y me ofende cuanto echa un cierto tufo a futuro. Prefiero seguir cavilando en torno a lo que pasó; porque no sé lo que pasó y —es más— me niego a saberlo. Si lo llegara a saber tendría que callarme y ¿entonces? Me niego a ello cada vez más resueltamente y ésa será la única resolución que he tomado en mi vida y donde acaso reside toda mi dignidad. ¿Dignidad? ¿Cuando sólo hay que dar cuentas ante uno mismo? Precisamente, por eso mismo; no habiendo otro tribunal que se interese en el caso y decidido a no violar el silencio que me he impuesto, día a día y hora tras hora me veo en la obligación de dar cuenta de los actos que no cometo y de justificar mi silencio con las mismas palabras de siempre, que de manera insistente y recurrente a mí mismo me dirijo no en el intento de apelación a un veredicto que jamás recaerá sobre mí sino con el propósito de constituir en mi yo esa corte suprema que sólo debe pronunciar una única sentencia, en virtud de la cual seré exilado a esa

tierra donde lo peor (¿fue lo peor?, ¿acaso no sabía entonces que estaba dispuesto a sacrificarlo todo a cambio de mi supervivencia?) de la muerte habrá pasado. No comprendo cómo puede haber quien crea que este mundo se rige por una razón; no comprendo cómo puede prevalecer tan iluminada ceguera; cuando hay en pugna tantas razones como hombres (pues toda unanimidad se disipa en lo que llaman progreso) la única resultante que puedo concebir es el desvarío de una especie esclavizada por la individualidad; y nada sería más irracional que una paz racional: lo único racional es la lucha. Hay para cualquiera una edad que se vive por encima de los días, en el primer y fulgurante disparo de un entusiasmo infantil y a la que ¿quién no quisiera volver? Pero ¿volverá ese transcurso sin minutos ni horas y acaso sin noches ni estaciones, cuando todo el impulso de la sangre del niño (que no tiene necesidad de preguntar nada) le lanza a un tiempo sin medida ni espacio, en las impacientes vísperas de un viaje?, ¿se reproducirá de nuevo el espacio absoluto y hermético (el punto terminal de aquel viaje imaginario que la realidad abortó en apariencia y que sin embargo resurge para concluir veinte años después en un apeadero no soñado que el niño inexperto era incapaz de adivinar) que dentro de un instantáneo orden universal crea el amor haciendo uso de los más ordinarios materiales?, ¿no sería más sencillo revivir, como los animales, adivinanzas?, ¿moverse, orientarse y obedecer a un lejano polo que tras su incubato con una criatura inferior inseminó en ella una orden de sumisión tan dura y firme como para no poder desacatarla y tan secreta como para no lograr nunca conocerla?, ¿volverá esa edad de un único apetito ascendente, cuando los dos amantes a la cuarta mirada o la décima frase entre tímidos gestos y sonrisas —primeras manifestaciones de una energía en ciernes que en poco tiempo adquirirá un poder sin vasallaje, usurpador de cualquier otro— se lanzan sin

comprenderlo al flujo que por un instante les convertirá en eternizado vidrio (y cuanto les rodea transformado en regalo de bodas para unas nupcias satanizadas), lejos de la torva degradación del alma al contacto diario con las horas?, ¿volverá esa balbuceante juventud que utiliza las palabras sin pensarlas porque no tiene tiempo para ello? ¡O más bien volverán sólo las palabras, gravadas de duras significaciones que la experiencia devuelve al verbo a cambio del expolio y depauperación del ánimo! ¿Volverán para ocupar su legítima y postbélica jerarquía en la procesión del espíritu, animadas del afán de revancha de quien creció a deshoras, quien en momentos cruciales no supo ocupar su puesto y quien decidió mantenerse al margen del combate? Así será o así es ya, en esa retroactiva y purgatoria eternidad nacida al conjuro de las palabras que el yo repite una y otra vez, una y otra vez, cuando no tiene nadie que le diga no, resueltamente no; porque él no lo hará nunca ya que en esencia sólo sabrá afirmarse en sí mismo a partir del momento en que tuvo que acogerse al desdoblamiento que ya no le dejará el más estrecho resquicio para evadirse de él. ¿Hacia dónde si no hay otro dónde que el ego? ¿Consiguen algo quienes lo pretenden? Convencen, sí, no saben sino convencer y la sociedad parece satisfecha con ello, como si esa clase de dominación y explotación de los recursos del alma por un poder extraño —pues pese a nacer en un yo el espíritu en tanto que trata de alcanzar el alma es siempre distinto a ella— fuera una compensación suficiente a la pérdida de aquella ingenuidad no verbal que incluso en sus actos más perversos es más noble y sincera que esta condición sometida al sombrío dominio de las justificaciones, los deberes y los juicios, como si el conocimiento y el deber fueran comparables a la satisfacción de un capricho. O la embriaguez de aquel que rompe la formación del devenir. Pues siempre habrá alguno que diga: he aquí una ley, he aquí una meta, con el orgullo de

quien señala lo que ha de ser porque sabe lo que es. El que calla no ve sino enigmas y presunción, tras renunciar a toda acción y recluido en un escenario sin cambios ante todas las supercherías de los que hablan buscará ese último estadio de la indiferencia que no está legitimada con las palabras ni las razones (¿razones?, ¿no serán más bien impulsos?, ¿no fue una fotografía de un manual de historia escolar o una escena de lujuria campestre al paso de un cortejo de segadores lo que había de crear una insalvable escisión entre dos hermanos iguales en un principio?, ¿no fue el encono con que uno observa el culto a una doctrina mojigata o la repugnancia a verse duplicado, a constituirse en segundón, a ser la enésima boca que repite en la casa las mismas filistinas máximas?) ni los medios que utilizan esas razones para persuadir pues en el principio fue el rechazo. Y la repulsión, pero un día —de la misma manera que el desterrado renuncia al fin a su postura intransigente y vuelve a su país regido por un usurpador, ganado por la nostalgia de todas esas cosas que el tirano predica como atributos y conquistas de su mal nacido gobierno — tiene que avenirse a razones, aunque sólo sea para destilar todo el encono que ha venido almacenando, porque en la soledad hasta la rabia se sustancia en palabras y aun a sabiendas de que lo que menos importa son sus razones. Lo daría todo por hablar y exponer su descontento, pero no de una manera razonable. Se ha visto demasiado ultrajado por las palabras para volver a confiarles el menor de sus secretos y ante su infranqueable asedio ¿quién podrá censurar esa progresiva retirada hacia el embrutecimiento? ¿Aquel que se siente capaz de desentrañar el ovillo que han formado? ¿Es que queda alguien con suficientes arrestos como para presumir que comprende el ámbito en que vive? Y si en un principio —en aquella edad sin horas— no se utilizaban las palabras para dirigirse a uno mismo, todo monólogo será indicio de que el yo

se ha roto. Pero si uno de los fragmentos no responde aun cuando se mantenga presente (pues si no ¿a quién se dirige el monólogo?, ¿a otro yo igual, tan preparado como el que busca el diálogo en el monólogo, equipado con la misma retórica y el mismo juicio, que con sus respuestas sólo demostraría la futilidad de unas preguntas que un saber archisabido se hace a sí mismo para demostrar su forma, como un atleta ante el espejo?) ¿será que ha perdido la partida —y eso basta— o habrá sido injustamente desterrado de una comarca donde no se toleran ni su ingenuidad ni su torpe deseo de permanecer en la ignorancia, sea innato o adquirido tras un breve paseo por el conocimiento? ¿Y quién se detiene a pensar que hacia esas facciones de un yo roto y desconcertado, pero que saben hablar, también se dirige el desvarío y el gobierno general de la locura? ¿Y quién sino el yo aparente y razonable que ocupa un cuerpo quebrantado —y de la misma manera que el tirano, presume de ser la esencia de la patria que domina, concediendo su nombre y otorgando su apellido a la polvorienta paz de los conceptos— se alzará con el poder de la palabra para convertirse en azote de las partes vencidas y silenciadas? Ese yo que habla y día a día repite incansable los artículos de su propaganda ¿es algo más que un tiranuelo de circunstancias, un generalito, el más incompetente capitán de la compañía de guardias, encumbrado al más decadente trono como consorte de la más insulsa de las reinas? Y el clandestino ¿sabe lo que hace? A veces, sí, y en silencio. Uno de los más agudos príncipes del entendimiento vino a afirmar que por mucho que difieran entre sí las ideas de los objetos todas tienen en común el ser de una misma clase y afectar de una misma manera a una única energía de vida que se manifiesta en el apetito, desde cuyo punto de vista sólo difieren en el grado; y que si se investiga en los fundamentos determinantes de la apetencia, cifrada en algo que se espera obtener, no interesa en lo más

mínimo de dónde provenga la idea del objeto grato sino simplemente la cantidad de satisfacción que pueda producir. Y así como a quien necesita dinero para gastarlo le tiene sin cuidado la materia de la que está hecho con tal que se cotice con un mismo valor, nadie que se preocupe de las satisfacciones se preocupará por si son intelectivas o sensitivas sino pura y simplemente de la cantidad y duración de placer que proporcionan. Y con sillares de este calibre se decidirá a montar el arco de la moral universal. Pero ¿para qué discutir? ¿Vale la pena tomar sus mismas armas para contender con un hombre cuyas pruebas de convicción son los resultados finales?, ¿que del juego sólo le interesa el tanteo? ¿Habrá sabido alguna vez lo que es la satisfacción si no ha paladeado, degustado y repugnado todos los contradictorios instantes y cambios de fortuna y mercuriales variaciones de un proceso que no tiene otro correlato que el parangón consigo mismo o con otro semejante? Sólo unos pocos procesos —y todos fisiológicos— de la apetencia apuntan hacia el hartazgo y aun así bien poca cosa se puede decir de una satisfacción que no es más ni menos que un punto singular donde a lo sumo concluye una fase para que comience una nueva, todas ellas enhebradas por la apetencia cuyo culmen rara vez coincide con la consecución de las aspiraciones. La experiencia es un continuo entre dos palabras —que la hitan de manera articular y preformal —y tanto más se atiende a la importancia de éstas tanto más se adormece la sensibilidad no verbal hacia aquélla de suerte que aquel que cifra el fundamento de la volición en un momento verbal de su trayecto —sea la satisfacción o cualquier otro— se deja arrastrar por la cinética, por así decirlo, tan sólo para llegar a un nuevo punto de reposo e indiferente por completo tanto al movimiento como a los infinitesimales cambios de decorado —cada uno de los cuales puede ser una fuente de satisfacciones— que le proporciona el

recorrido. Así, la experiencia que dibujan esos pensadores se asemeja a esa sucesión de siluetas inmóviles —constituidas por las definiciones verbales— y ligeramente diferenciadas que, precursoras del cinematógrafo, al ser pasadas a una cierta velocidad sobre un mismo punto de proyección insinúan una apariencia de animación que por su monocromía como por su estatismo están doblemente lejos de gozar. Y no es raro, por consiguiente, que un ingenio tan agudo en su disciplina como romo en sus pretensiones de elevarla a fundamento de todo código moral, tenga que recurrir a esa brutal imagen del dinero (una bolsa de táleros) para hacer pública su indiferencia hacia la materia que lo constituye, esto es, para denunciar su ignorancia hacia ese caleidoscópico microcosmos que cobra animación (en el brillo de un vidrio, en la opacidad de la leche, en el súbito giro de un torso en la penumbra que al despertar de su somnolencia un agotado apetito y activarlo de nuevo, obligándole a extraer nuevos recursos para una cópula desentendida de su misión generativa, viene a demostrar la emergencia de un deseo que corre parejas con el sexual pero nunca se confunde con él, la avidez de asociación a un cuerpo que en tanto engendra una satisfacción carnal crea otra atracción que no se detendrá en él, en busca de un inalcanzable polo que se aleja más y más con cada nuevo intento; o en el múltiple, simultáneo y cenestésico ensueño de todos los sentidos en torno a un mismo objeto que los funde en un haz sensorial sin representaciones (pues ni la vista ni el oído suministran percepciones a un alma que ve y oye), sin otro valor que la propia delectación del acto —independizado de aquello que se esperaba obtener— y refractario a toda cotización) en cuanto surge ese más allá de lo deseado que trasciende la marcha de todo deseo y conjura su plena satisfacción, de la índole que sea. En silencio y a oscuras, un yo secuestrado por la palabra va rellenando de experiencia el

vacío que éstas dejan entre sí. Aparte de su desprecio hacia las ideas, de su horror a aparecer en público y de su secreto resguardo de una anacrónica legitimidad desbancada por la razón, ¿cumple algún papel?, ¿podrá resurgir un día?, ¿es que se aviene a callar en espera de un cambio que le devuelva su poder sobre el alma? ¿Se atreve a asomar en los momentos de soledad, al igual que un ejército clandestino abandona los sótanos para agitar la calle cuando el concierto mundial retira su reconocimiento al tirano?, ¿pero será lo mismo de antes?, ¿de qué antes?, ¿de qué sirve atesorar unos títulos que ya no tendrán valor el día que se puedan sacar a luz?, ¿a quién convencerá un yo abismado? Liberado ¿no habrá perdido toda su fuerza?, ¿hacia dónde podrá volver su resentimiento en la legalidad?, ¿a un pacífico, acre y también nimbado por el silencio retiro, una vez rehabilitado pero impedido por su amor propio de hacer uso de las palabras, carente además de interlocutor? ¿O se verá obligado a buscar un consuelo en la fidelidad a la causa perdida, y endulzar sus horas con un místico desánimo, también dirigido a sí mismo, de distinto cariz pero idéntico uso que aquel que sobrellevaba en la clandestinidad? Un pacto de silencio puede llegar a tener carácter definitivo y si un día se rompe o cancela no será para sacar a la luz pública una documentación secreta que fue acumulándose durante el período de vigencia. No. Un pacto de silencio reduce las horas al silencio, obliga a la renuncia plena de la palabra y acepta la existencia en un medio sordomudo, sin calificativos, porque es más tolerable soportar así el paso de miles de instantes idénticos incubados en el letargo que mantener en secreto un diálogo con las fuerzas ausentes o denunciar en cada momento los minúsculos cambios que se producen en un estado de permanente carencia. A tenor de esa disciplina, los sentimientos se aflojan y ceden en intensidad; poco a poco dejarán de producirse las erupciones de la

ansiedad y los deseos de romper el voto y abandonar el enclaustramiento, para salir en busca de lo esperado que no se decide a venir, a fuerza de ser reprimidos pierden virulencia para quedar —tras un período de prueba— reducidos al recuerdo átono de una posibilidad que fue rechazada con pleno conocimiento de causa e incluso con la un tanto artificiosa euforia que induce el convencimiento de haber elegido la conducta más acertada y coherente. Pero ese cometido, sin embargo, es del otro, del que sin haber comprendido el alcance del pacto continúa razonando para afianzar su fe, reforzar y robustecer la confianza en su postura, como si aún quedara tras el sacrificio un algo en que creer o una amenaza que temer y que vuelva a exteriorizarlo, en espera de las quiméricas consecuencias de una decisión que incluso renuncia a su reconocimiento. Ah, ahora veo la ciudad de mis primeros estudios, Ávila, bajo el mar; y también su cuerpo incorrupto descansa en el fondo de un mar de amnesia, un somero lago a cuyas profundidades sólo llegan irisaciones de algas y destellos de topacio; una fauna insomne pasea de vez en cuando por encima de su desnudez, sin prestar atención a una carne intocable, y el aleteo de un poderoso y distante animal provoca una corriente apenas perceptible que mece suavemente sus cabellos entre los cuales y entre las axilas han hecho guardia unas malignas y enroscadas morenas que espían inmóviles la llegada de su víctima, no una raya que sin tocarla al sobrenadar su vientre y descorrer los fugaces pliegues de su vuelo desnuda el desnudo que yace boca arriba, hasta que escapa hacia la entrada de la gruta que se abre bajo la corva de su rodilla alzada. Ha ido a elegir, como los bienaventurados, una sepultura animada, un ámbito no contaminado por la reflexión ni por el recuerdo de ella, donde el primer y único impulso de vida se manifiesta sin pudor cuando una estrella se encarama por su sexo sin reparar en la cabellera de su pubis,

acostumbrada a la caricia de esas ondulantes y enanas ovas que bailan en busca del oxígeno y saludan el paso de un escuadrón de gobios en perfecta formación, sus rasgos y caracteres reducidos a una misma expresión a causa de sus uniformes, sus arreos y su disciplina. Y de entre sus cabellos o de la comisura de sus labios surgirá muy de tarde en tarde una burbuja que ascenderá hacia la aérea memoria que la contempló y amó en vida, un empecinado y abotargado espíritu que aún sobrevuela las aguas pero que abrumado por la inundación no reparará en la llamada procedente de ese fondo donde descansan todas las almas sorprendidas por lo imprevisto, sus cuerpos esmaltados en el nácar de una muerte temprana. Tal vez también una lata de conservas vacía vendrá a caer dulcemente sobre su pecho para deslizarse entre su axila y ofrecer su borde mellado y cortante a unos labios que seguían esperando un beso cuando ya se habían retirado la vida y sus sentidos. Se trata, no hay duda, de una visión ingenua y hasta pasada de moda pero una de las pocas ventajas de la soledad es no temer el ridículo... a condición, naturalmente, de dejar claramente establecidos los límites del coraje y el ámbito crepuscular de la cobardía. En ese orden de cosas, nada tengo que decirme acerca de la vanidad ni el egoísmo porque recuerdo lo difícil que resulta hacerse entender cuando hay sobreentendidos; y porque, en contra de lo que se diga, a través de los demás resulta inútil saber algo acerca de uno mismo, algo que no esté inscrito de antemano en el desdoblamiento del yo en sus caracteres. Y si no se sabe nada acerca del olvido ¿para qué hablar de estados diferentes de la conciencia? La índole de la escisión es tal que el resultado no puede ser sino un desdoblamiento desigual, en virtud del cual el paciente —tras haber consumado su sacrificio— segrega una suerte de grotesco y parlanchín gemelo que, despreocupado respecto a la verdadera naturaleza del compromiso contraído y sólo atento a los protocolos públicos, se permite pregonar sus

aciertos tan sólo para que la parte muda que conoce el fondo del asunto tenga que sufrir a todas horas la intervención que le impide sumirse en aquel delirio amniótico —en verdad lo único que ansiaba— para desentenderse de toda obligación y degradarse en un letargo que con semejante compañero nunca podrá ser completo. El pacto se suscribe cada día, cada mañana y cada tarde, en términos cada vez más absolutos; más cerrado, más definitivo porque la mácula de la duda matinal —como ese menisco irisado que en la más seca estación madruga entre los faldones de la hoja no para anunciar la promesa de la lluvia sino, por el contrario, como reliquia hiperdestilada de una postrera humedad que emigra a las alturas, tras haber reunido en la semiesfera sus últimos residuos para emprender el viaje juntos y abandonar una tierra que ha abrazado la sequía— que surge de los más ignorados filamentos del alma es disipada por un convencimiento que en la más tímida esperanza ve su peor enemiga. Lo femenino es la queja, le dije un día, y en la queja descansa, con los labios pegados al borde de la lata vacía. ¡Qué fácil resulta hacer del yo un ser escindido en dos, uno de los cuales al arrastrar con su silencio el peso de la prueba reclama el reconocimiento de su sacrificio mientras el otro, a juzgar por las palabras que constantemente se dirige, parece congratularse de su estado! Pero haciendo abstracción de sus dramáticos papeles y de los disfraces en que se han embutido para emocionarse con su propia representación ¿no serán nunca el mismo?, ¿no buscarán nunca lo mismo?, ¿no aspira el que calla a lo mismo que el que habla?, ¿no usa uno el silencio con la misma ligereza con la que el otro utiliza las palabras? Quizá sólo el deseo es capaz de soldarlos y por eso ella, a pesar de su apariencia enigmática, era tan transparente; y se diría que no aspiran sino a ese momento en que los grandes deseos se oscurecen o fragmentan, dispersos en cien objetos de una codicia menor, para surgir de nuevo enfrentados y hostiles, en

una tienda de campaña. ¿Así que no es uno sólo, que ha adoptado la comedia de los dos caracteres diferentes para pasar de uno a otro a su antojo, en busca tanto de una ambigua bivalencia cuanto de ese espúreo diálogo que ahuyentará el espectro de la soledad? Pero ¿no es más demostrativo de la soledad que el simple mutismo?, ¿acaso es capaz de remontarla y distraerla con esa añagaza? No volverá con eso el tiempo de un estado instantáneo, saturado de hechos (de actividad, espasmo, temblor y suavidad) y no necesitado de reflexión, que se devora a sí mismo sin prestar atención a las horas y el mañana en su permanente transposición a un limbo acrónico de donde descenderá a causa de un ataque de tos o una caída en un patio (recuerdo también la impresión de un tiempo borrado que nos dejó la loba aislada por la corriente) para ser devuelto a estotro, desmaterialización de sonidos y degradación de instintos, alimentado tan sólo de ideas almacenadas en cierto hambriento resentimiento —de la misma manera que en un hormiguero al término del verano se acumula un montón de semillas esterilizadas por el aguijón del insecto, reserva neutra de un alimento desviado de su fin— y desprovistas de todo poder de conmoción. Eso sí, si has de volver será para incorporarte al maduro orden de la supervivencia, para legitimar con tu sello (y un gesto de desenfado, en obediencia a las leyes de tu carácter) el impuesto que se llevó todos mis ahorros; he pagado con puntualidad, sin una queja. Con la escrupulosidad de esos personajes mediocres, sin un ápice de desvergüenza, a los que las deudas aterrorizan; que prefieren quedarse sin un céntimo a vivir aplastados por la inminencia de una fecha. No es tanto honradez —te diré— cuanto debilidad, casi una cuestión de envergadura de hombros, de resistencia a la pesadumbre de la obsesión. Estaba seguro de que acabaría pagando, de la misma manera que tú sabías qué clase de administrador escrupuloso dejabas a cargo de esos bienes; que

mi obligación no prescribiría jamás, que —por adelantado— me hacías entrega de un saldo que habría de durar exactamente el tiempo que durase la herida de tu ausencia, milagroso cálculo que, sin poner de manifiesto tu voluntad ni tomar en consideración los deseos y necesidades de los demás, colocaba tu previsión tan por encima de la mía. Así sois, los de tu estirpe; estoy por decir que ni siquiera os importa conoceros, tal es la confianza que os rebosa; y hasta os permitís algunos sarcasmos hacia aquellos de nosotros que no sabemos hacer otra cosa que sondearnos, sin sacar nunca nada en limpio. Entonces le dije: «Mira: esto es lo que tengo», a conciencia de que me arriesgaba a la más dolorosa humillación, la que no tiene réplica posible. Concedido: una visión ingenua para una situación de comedia de entretiempo. Podía replicar bajando la mirada, extendiendo la mano, reprimiendo las lágrimas para decir: «Cómo te lo agradezco», esa inflexión de voz y ese talante persuasivo para significar que siempre seríamos amigos, una educada y convencional manera de decir que bien podía durar una amistad que no le ofrecía lo que le habías ofrecido tú: no necesito adivinarlo pero cualquier cosa que tuviera como fondo el peligro y la ruptura, un quantum indefinible a cambio de un desenlace violento. Un breve lapso superior en todo a sus aspiraciones a cambio de un futuro inferior a sus posibilidades. Pero el cálculo lo hizo una vez consumado el negocio y por eso, para mi sorpresa, replicó: «¿Por tercera vez?» o algo así. No sé si fue un engaño, no lo sé ni lo sabré nunca pues en el intento de dictamen se mezclan tantos intereses contrarios que no hay un solo hecho probado. Me inclino a creer, cada día con más consistencia, que también fui engañado en aquella ocasión pero hay que tener en cuenta que la soledad, para cerrarse más e incrementar su estabilidad, fomenta los vejámenes y transforma en dolosos los actos más desprovistos de toda intención. Nada tiene de extraño que ahora duerma bajo el agua, con los labios

pegados a una lata de conservas; cuando se esfuma el afecto, qué cantidad de cosas se ven, cómo cobran importancia —para configurar una naturaleza muy distinta de la querida— mil detalles que aquél interesadamente pasó por alto para encararse con un aspecto en todo amable. Ahora la veo en su hermética integridad, calculando con precisión los pasos necesarios para su supervivencia, manteniendo en reserva unos recursos que no compartiría con nadie. También te diré (no te lo diré, no) que sin duda desde niño te acostumbraron de tal manera a calibrar el efecto que producías que en pocas ocasiones te tomaste el cuidado de medir tu conducta; fuiste la adoración de una madre, y de un aya, el ojo derecho de una abuela, la disimulada envidia de un hermano y de un padre también; incapaz de reprimir su enojo y obligado a poner un freno a todos los excesos femeninos que amenazaban el rectilíneo crecimiento de una criatura tan mimada. Es posible que me equivoque: es posible que una gran parte de tu fuerza de persuasión proceda de un precoz conocimiento de la devastación, en el mismo borde de la cuna; una visión de tal índole que, sin necesidad de alcanzar la razón grava toda experiencia posterior con una tensión permanente y parásita, una suerte de fatídica presciencia del puesto que ocupa cada persona y de los límites y sinsabores de todo errabundo devenir, un impuesto que el destino carga a todos sus elegidos y que, en compensación a la privación de su plena soberanía, les concede una cualidad extratemporal, una inoxidable juventud y una metálica parénquima con la que sobrellevar la pignoración de su albedrío; y con la que soportar su tendencia al contagio. En tu casa todo cambió el día de tu nacimiento, de manera bastante incomprensible; me temo que al comprender tu madre que había dado cuanto la reproducción esperaba de ella —e incluso había rebasado el repertorio de las más desmedidas expectativas— decidió morirse (no invadida del

orgullo común a toda madre, segura de haber echado al mundo una joya, sino poseedora de una convicción (una comunicación que circula entre el vientre y el más allá, una espontánea disciplina merced a la cual músculos, nervios, células, alimentos, cordones y placentas se subordinan a un proyecto que goza de toda prioridad, elaborado en un centro ultrasecreto que nunca lo dará a conocer hasta que vea la luz, encomendando aquí y allá sus diferentes elementos que sólo él sabrá ensamblar) anterior al parto y que al quedar confirmada por él trasciende la fisiología materna para despojarla de su fruto) a conciencia de que ya no era necesaria; más aún, que podía llegar a ser un estorbo en el desarrollo de un niño que con su primera mirada, antes de llevar su mano a la teta, revelaría el crisol de todas las incógnitas del deseo, la diáfana y sencilla resolución del más negro y viciado enigma de la generación; sin duda, un poder errante y nocturno había recurrido a la trapacería y el disfraz para ocupar el lugar del esposo legítimo y descargar en su vientre la semilla que a sí mismo se había prohibido hacer germinar pero que era incapaz de retener, ciertas noches de furor; y bien, para las personas razonables no hay mayor pecado que la imprevisión y no hay duda de que debe ser la mayor tentación de los dioses; un bastardo; tu padre, por consiguiente, quedó fuera del asunto, tu padre y todos los suyos, tu hermano también; pero no así tu abuela que lo supo muy pronto y que tal vez lo urdió, a juzgar por su familiaridad con el señor de los vaticinios y a quien ve a saber si sirvió de celestina a cambio de los muchos servicios recibidos; no vivió, de cualquier manera, sino para corroborarlo, horrorizada de su papel de Lea, la madre de la criatura que salió de sus entrañas pero no de su espíritu, o peor aún, de la sierva que juntó a ella sus rodillas para atribuirse el falsario Dan y aceptar la falsedad antes que la participación en el odio; qué poco tenía que hacer sino confesarse a sí misma la

degradación en que había caído y de la que ni siquiera tú la podrías librar con la engañosa y frágil soldadura con que quisiste reparar su corroído matrimonio. Cómo no voy a recordar, innumerables veces a partir de ahora, el momento en que te encontré en el camino de tu casa, a la vuelta del paseo vespertino, a los pocos meses de morir tu madre. Te diré que ese encuentro estuvo siempre presente en mi memoria pero conservado dentro de una envoltura tipológica que por lo mismo que asegura «sí, lo recuerdo muy bien», al tiempo que suministra la clave y etiqueta con que fue registrada, sin hacer entrega de la pieza impide reparar en sus detalles y vivificar la impresión. Es de razón que la economía de espacio de la memoria exija las abreviaturas pero cuántas veces una cosa recordada en su generalidad sólo puede ser representada de nuevo cuando después de infructuosas búsquedas en un atiborrado rincón que se resiste a ser removido, al fin surge —esperado e insólito a la vez, reconocible de inmediato y sorprendente— ese detalle original e incorrupto a partir del cual irá apareciendo —ya por extensión del proceso, ya por las leyes de la inercia de la secuencia— una buena parte de la escena que en ocasiones no corresponde al título con que la tenía catalogada la anímica continuidad del inventario. Cómo no voy a recordarlo, a partir de ahora, pues sin duda allí se produce —en el salto del niño— una de las primeras yuxtaposiciones del deseo al acontecimiento fortuito: los chopos retuvieron su aliento, un mirlo rezagado desapareció tras una cornisa y un niño echó a correr lanzando un grito cuya nota perdería un semitono en la carrera. Había un corpulento olmo con una desvanecida capa de cal que rodeaba su cintura, situado entre la tapia de dos colores —del color de los nubarrones la faja inferior, de color pimentón la superior, con grandes calveros blancos que denunciaban la antigüedad y descomposición de su enlucido— y el borde del camino, cuyas

raíces obstruían la cuneta —en tierra negra, tapizada todo el año de una hierba grande, fresca y malsana cuyas hojas llegaban a acariciar las sedientas piedras y arenas del macadam, sólo superadas en altura por los violentos matojos y ortigas del borde de la tapia donde durante el día se ocultaba aquel fiel sapo que las noches de verano acudía a la casa a escuchar la radio, erguido, con las patas delanteras apoyadas en el zócalo y una firmeza particularmente respetuosa hacia los acordes del himno del general Capaz— como para dar a entender que el fin de aquélla no era tanto guiar las aguas entre el camino y la finca cuanto venir a limpiar, refrescar y poner al descubierto el poderoso y nubio músculo subterráneo —mejor exponente de su aún juvenil vigor que el amplio pecho del tronco, surcado de profundas grietas donde se cobijaba un liquen amarillento, entre motas y manchas cenicientas, rota su corteza como una minúscula reproducción de aquella desolada meseta donde había venido a nacer, para prolongar con la más solitaria energía la extinción de su especie— expuesto ante una muchedumbre de chiquillos —que lo aprovecharon para todo, para depositar mensajes en una oquedad de su primera horquilla, para magnificar bajo su sombra el despecho de una tarde de castigo o mitigar los efectos de una precoz autovacuna amorosa— como único ejemplar capturado de una invicta raza, que en su lugar de cautiverio adormece su espíritu evocando el orgullo de sus hermanos, ocultos en su reino nibelungo, y cuyo ramaje por un lado abría un amplio, brioso y delicado baldaquino sobre la tapia (al otro lado de la cual un sempiterno asno (allí olvidado por Jacob en uno de sus seculares sueños) se acogía a su sombra (emblema de una eternidad que sabía correr por encima de todas las estaciones para desembocar en un día de septiembre en que se cerraba la casa, un día tan familiar y carente de especial importancia como será el del fin del mundo) para rumiar su forraje) y por el otro —pues el

camino corría en paralelo a la tapia hasta el quiebro de ésta y a partir de allí una amplia curva (engañosa curva que con más autoridad que el sol inauguraba y clausuraba nuestras estaciones, que engendró y disipó tantos equívocos y abrió nuestra niñez al misterio y la espera, que nos enseñó la doblez de la distancia y nos forjó en el auto de las desapariciones, que detenía a su antojo al visitante y sobre la que se arrojarían las primeras sombras de un crepúsculo de septiembre huidizo y fatídico, que fijó centenares de miradas ansiosas —del regreso de los niños o la berlina pintada de caqui, de la vuelta del que siempre prometía o amenazaba volver— y sólo recibió inquietud) se resolvía en un cambio de rasante para enlazar con la recta que atravesaba la chopera y el río, por el puente de sillería, para remontar a continuación las colinas de la otra ribera con una cuesta, único punto de la carretera que se divisaba desde la casa tras el hiato provocado por la curva (que tantas veces utilizamos para quedarnos atrás, que sin duda provocó el primer —y, ay, profético generador de toda una raza de idénticos homúnculos, penates de las esperas y amorini de la nostalgia, señalados para siempre como los Enoc y los Irad y los Lamec por la maldición del primero grabada al fuego en el sobrecejo de la ansiedad— error de parecido, que nos hizo retroceder cuando asomó la manifestación, por donde avanzó el alcalde en batín, flanqueado por unos cuantos hombres armados que lo sujetaban por muñecas y codos, que brillaba a la luz de la luna antes de que la luna asomara por encima de la chopera, que ascendió hacia las nubes un día de delirio y mucha lluvia, causante de la primera caída de bicicleta y cómplice de una decepción (de orden dimensional, pronto había de contagiar e invadir el orden emocional) tras una ausencia de cinco años de instantáneo crecimiento que al estirar los huesos magnificó los residuos de una edad recortada a lo largo del perfil de la niñez, las sombras interiores de una

casa con olor propio, el frescor de la cuadra y su poder de atracción) que parecía desembocar en el vacío a causa de su escaso radio y la elevación del campo de trigo más allá de los olmos— con la curvatura de sus ramas, con las profundas estrías de su tronco y con la colaboración perspectiva de aquellos otros hermanos o hijos o nietos —ninguno de los cuales respetó la guerra civil, demasiado cruel para dejarle el consuelo de sus vástagos y demasiado ruin como para acabar con él— que en número de tres o cuatro (o serían seis u ocho o veinte, incertidumbre que demuestra hasta qué punto la memoria es celosa archivadora de los datos de los sentidos que han merecido su resguardo y de qué manera confunde, engaña y defrauda, pierde y hasta chantajea con los números y las abstracciones) flanqueaban la tapia hasta el quiebro donde se separaba del camino para deslindar la finca del campo de trigo vecino, formaba una nave columnaria y ojival, cubierta con el más delicado alfarje donde destacaba intacto el fugitivo y celeste azul del islam, cerrada al fondo por el vitral medieval de la chopera, abierta en dos por el tajo de la carretera (insidiosa, intencionada y caleidoscópica curva que contagió de curvatura al tiempo, depositaria de tantos enigmas que para la razón de representación y contenido de tal manera carecen que niega la posibilidad de existencia a la trama que los urde, tan sólo sensible para una aprensión sin voz incapaz de emparentar los numerosos trastornos y señales que le llegaron a través de un éter sin lógica, actuario de un poder sin carne ni casi fuerza, que tantas veces medí a pasos, que en tantas ocasiones me hizo perder la delantera y que de tal manera llevo encima que bien puedo decir que aquella curva es mía y sólo mía (o bien yo soy aquella curva)) por donde entraron en escena todos los caracteres de la comedia —desde tus padres y allegados hasta las tropas que vencieron al ejército republicano— y donde tuvieron lugar las innumerables y siempre definitivas

despedidas que constituyen la sustancia de este sencillo argumento, a cuya sombra me detuve cuando al poco de llegar a la casa para la temporada de vacaciones salí de nuevo de ella tan pronto como me dijeron que los dos hermanos estabais con el ama jugando en la chopera, a la orilla del río. Tu hermano venía detrás, hurgando con un alambre una cerbatana de caña fabricada por un mozo que había vivido en Argentina. El ama te llevaba de la mano, vestido de blanco, tocado con un capuchón de amplia visera que se anudaba a la barbilla con dos cintas blancas, cuyos extremos sueltos estaban manchados de barro. Cuando al rebasar el centro de la curva me divisaste bajo la sombra del olmo, te desprendiste de un tirón de la mano que te sujetaba y lanzando un grito echaste a correr con tal ímpetu que la capucha cayó al camino de donde la recogió el ama, ignorante todavía de la razón de tu carrera. No hubo una voz; corriste hacia mí con los brazos abiertos, carente de todo salvo del impulso que lanzó tu cuerpo hacia un abstracto y sideral vacío, y cuando yo adelanté apenas dos pasos y extendí los míos fue para recogerte en el aire pues la velocidad y el ímpetu ya te habían despegado del suelo para a ciegas confiarte al medio de los ensueños infantiles, el aire que había de despejar tu frente de caricias y consuelos de cuatro meses y que —desde aquel instante tal vez o desde otro semejante y para siempre— te conduciría al remoto atrio de la desesperanza. Querías dejarla atrás de una vez, buscar de forma precoz la manera segura de olvidar una piedad de la que no querías ser acreedor. Tu hermano no te había servido pero yo entonces no podía comprender aquella furia. Hay algunos que a esa edad —a los cuatro o cinco años, a los siete es demasiado tarde— ven pasar de lejos la figura de su destino, todo lo borrosa que sea; ven una imagen que se refiere a ellos y solamente a ellos y oyen, pero no aciertan a entender, palabras a ellos dirigidas y que nadie ha pronunciado; más allá de una corriente de simpatía,

vislumbran un nexo con otra persona en virtud del cual se establece un futuro común y empiezan a tantear un camino que les aproximará a unos y les separará de otros; y el carácter, en su forma larvada, va seleccionando por adivinación el medio más adecuado para alcanzar su forma adulta. Yo no lo sabía. Aparte de ser el primo pobre, acogido a la generosidad de tu casa por un precepto casi pascual, y poco menos que para mantener un vestigio de escolaridad durante las vacaciones, de tener una afinidad sería con tu hermano, mucho más próximo a mí en esa edad en que unos pocos años representan una distancia diferencial que el niño no acierta a ver borrada nunca, ignorante de las aproximaciones que procura el crecimiento y sujeto a una imaginería estática que mantiene las separaciones, arrastrado sin alterar su porte por la intangible corriente del tiempo; afecto que además se veía tan matizado por las especiales circunstancias que concurrían en mi relación con vosotros que difícilmente se podría hablar de una natural y espontánea corriente de simpatía que surgió entre los primos, sino más bien el pago en forma de cariño tributario hacia vosotros que me venía impuesto por las atenciones que recibía de vuestros padres y que tan bien se cuidaban de airear, como lo ponían de manifiesto las numerosas indiscreciones que tantas horas amargas me hicieron pasar. La mala opinión que cundía en aquella casa acerca de mi padre (a mi madre tan sólo la compadecían por haber elegido un marido tan inapropiado, una reacción tópica de los que en cualquier circunstancia están dispuestos a justificar a los de su sangre) me obligaba a rehuir las discusiones, los disgustos e injurias a que mi presencia daba lugar y que tantas veces —cuando erais pequeños— se resolvieron con mi salida de la casa de manera abrupta, tras la llegada de mi madre a consecuencia de una carta mía rayana en la desesperación. Aquella llegada volvía a poner sobre el tapete las diferencias que separaban a todos los miembros de la

familia de mi madre y durante los tres o cuatro días que duraba su estancia —oficial y públicamente para tomarse un descanso — se respiraba un ambiente tenso que con frecuencia desembocaba en la beligerancia, en escenas de gritos en habitaciones a las que yo no tenía acceso, en lágrimas y noches de insomnio, en mañanas desérticas, figuras tiesas y silenciosas y puertas cerradas tras presuntas jaquecas. Cuánto tuve que aguantar —a medida que iba creciendo y convenciéndome del empeoramiento de aquel divorcio— para no caer en la tentación de la llamada de socorro y evitar a mi madre, apenas asistida por mi padre —que jamás declinó un distante y un tanto cobarde menosprecio hacia su familia política— en semejantes trances, unas sacudidas tan penosas que pronto hicieron de ella —en combinación con una enfermedad vergonzosa y mal curada que le contagió su marido— una persona prematuramente envejecida y carente de juicio. Así que vuestro crecimiento fue para mí —durante las obligadas temporadas de vacaciones— como la llegada de un ejército de liberación del que lo que más se agradece, recuerda y regocija es ese primer contacto con las avanzadillas que rompen el cerco enemigo. Y qué amargas sorpresas me tenía reservadas tu hermano cuando llegó a la edad de hablar conmigo y no de tú a tú, ni de primo a primo, ni de niño a chico, sino de superior a inferior, de rico a pobre, de hijo a orfelino y de dueño a inquilino menesteroso; cuando me vino a demostrar que a su herencia de orgullo, arrogancia y fatuidad, sumaba la crueldad y el desparpajo de sus pocos años para echarme a la cara todo lo que oía en su ámbito. Cuando llegaste tú ya estaba preparado no para la segunda liberación sino para la tercera invasión; pero adelanté los brazos, un poco extrañado de tu carrera, para tomarte en el aire cuando ya el ama te llamaba a voces y tu hermano, igualmente sorprendido de tu rapto, se detenía tras ella no por timidez ni por hacerse el remolón sino

para dejar pasar el momento y venir a mi encuentro en circunstancias normales, esto es, una vez que te hubiera depositado en el suelo. Apenas tuve que agarrarte porque, con la fuerza de un molusco, te adheriste a mi cuello y hundiste la cabeza en mi hombro pero ¿de dónde procedía aquel impulso?, ¿qué innata y al mismo tiempo espontánea energía se había despertado en ti para correr a abrazar a aquel primo casi desconocido y reconocer en su pecho la meta que en un instante despierta todos los instintos y los polariza en su persecución, al tiempo que reconstruye y recapitula un ciego, andrógino y vindicativo espíritu para elevarlo por encima de todos los espúreos y amnésicos momentos de sumisión infantil y averiguar el camino de su autonomía? ¿Quién te prestó aquella fuerza, aquella convicción? ¿Qué oculto poder en aquel instante te convirtió en su agente, no vacilando en confiarte parte de sus designios en el momento en que levantaba tus pies del suelo y te obligaba a aceptar los primeros términos de un pacto mediante el cual, a cambio de resguardarte del temor y la seguridad doméstica, te exigiría para el futuro cuidarte de compartir con tus semejantes el cumplimiento de tu misión? ¿Qué clase de precoz pecado de desobediencia se perpetró entonces? ¿Qué clase de celibato vislumbraste y te atrajo? ¿Qué voto fue aquél? ¿Se inició allí el desdoblamiento, la apostasía? ¿Fue entonces, in your earliest time, cuando adquiriste the sense of being kept for something rare and strange, that was sooner or later to happen to you, that you had in your bones the foreboding and the conviction of, and that would perhaps overwhelm you? Convertido en una masa de poco más que carne, habiendo apartado la levadura de la duda, volaste hasta mi pecho sin un susurro ni un latido (se había apagado el grito), guardando para ti el secreto de tu animación —como el parásito que unido al medio por un único cordón alimenticio replica con una total indiferencia a la economía de aquél— y

convertido en protoplasma permaneciste adherido a él —robándome quién sabe qué savia— en tanto aquella fatídica presciencia, una vez pasado el espejismo del momento (tu equívoca alma en traje de guerra, oculta la cara por la visera de la gorra, pidiendo tu venganza de pie en la plataforma), tomaba plena posesión de tu espíritu mientras me clavabas en los riñones las suelas de tus sandalias. Ya sé que no volverás y que ahí precisamente culmina tu lección. De otra suerte habría sido demasiado fácil, demasiado conocida, demasiado parecida a la de tus antecesores. «Vuelvo y ya está» como quien dice «Vivo y eso es todo» o «Dentro de poco moriré y ya está». No puede ser. Si yo he tenido que renunciar a tantas cosas a fin de comprenderla, ¿cómo no ibas a renunciar tú a la vuelta si era el único procedimiento de comprenderte? ¿Y lo podías haber confiado a alguien que no fuera yo? ¿Acaso no era yo el máximo responsable del resguardo, el encargado de adivinar tus pasos desde el momento en que echaste a correr para colgarte de mi cuello a la sombra del olmo? En todo momento estoy entreviendo infinitas posibilidades pero el pensamiento, como un paseante rutinario, termina por elegir siempre el mismo camino para desembocar en el mismo lugar, no demasiado alejado del punto de partida. Si fue entonces cuando te sobrevino la idea de que algo muy especial te tenía deparado el destino, que hicieras lo que hicieras habría de ocurrirte, y que por consiguiente nunca tendrías la necesidad de apretar el paso ni apurar tus posibilidades para alcanzar algo, ni empeñar tu energía por conseguir un objetivo elegido por ti, en la seguridad de que todo ello sería barrido por un acontecimiento irrefragable, no lo sé pero quiero creer que por aquella fecha en tu espíritu quedó sembrado el primer germen de esa creencia que sin ocupar plenamente tus días no hizo sino crecer. No la confiarías a nadie ni se traduciría en una especial manera de ser e incluso no te acordarías de ella a lo largo de dilatados

períodos de tu formación, pero allí estaba; podía aflorar en el momento más inesperado, cuando te devanabas los sesos tratando de resolver un sencillo sistema de ecuaciones, bajo la librea de una tentación de abandonar aquel engorroso ejercicio que no iba a servir a la postre para nada ante la misión que un día te sería encomendada y a la que no te rendirías tanto por pudor y miedo a traducir tu secreto con una cierta indolencia cuanto por un cierto respeto a una fe que sólo podía considerar tales añagazas como pruebas de su fuerza; y algo te hubo de servir para formar un carácter al mismo tiempo despreocupado y tenaz, zumbón y sarcástico hacia sus compromisos y deberes a la vez que cumplidor, animoso y alegre pero en el fondo profundamente pesimista; carente de madre y siempre alejado de tu padre, se diría que nunca echabas a nadie en falta, ligero y en apariencia tímido, en verdad te animaba un endiosamiento fuera de lo común. Ahora (de manera discreta) puedo asegurar que todo tu comportamiento hacia mí revistió el mismo sello y rubro de aquella primera elección y que a mí —sólo a mí— dirigiste los escasos, enigmáticos y tarquinios gestos con que diste a entender que en el fondo encharcado de tu conducta un minúsculo reverbero denunciaría por vía refleja el brillo de una intención limpia, remota e incodificable. La cogiste del brazo, la obligaste a levantarse del banco y a retiraros a un rincón recoleto del jardín, fuera del alcance de mi vista. ¡Ni que yo me hubiera comportado como un intruso! Ni que yo representara para vosotros lo mismo que ese inoportuno guarda que hace ostensible su presencia, dando vueltas a su bastón, ante la pareja que ha elegido por su retiro un rincón del parque, a resguardo de cualquier indiscreción. Sin duda habrías previsto que mi primera reacción de enojo —que a nadie podría participar— daría paso tarde o temprano a la comprensión en todo su alcance de tu gesto y, por consiguiente, a mi complicidad en un secreto que en adelante

nos uniría a los tres, que nunca sería fiado a las palabras, que con sencillo disimulo nos ocuparíamos de ocultar al resto de la casa —incluso a tu abuela, que sabía lo que ocurría entre sus paredes y aún más allá sin necesidad de moverse de su butacón ni de apartar la mirada de los naipes, pero quien por conocerlo todo jamás haría gala ni uso de su sabiduría ni ante cualquier pregunta respondería sino con aquellas ambiguas y —por así decirlo— diofánticas sentencias propias de los oráculos, que el interesado interpretará a tenor de sus deseos o de los resultados del acontecimiento sin más que dar un valor preciso a cualquiera de las partes de la oración multivalentes— y que a mí me daría la clave de lo que pocos días o semanas después, estando toda la familia y los huéspedes reunidos en el jardín en una tarde de primavera, rodeados del primer escenario anual de beligerantes lentejuelas y sardónicos capullos —una bulliciosa fiesta de tarados en los desposorios de la luz con el calor, ante una mesa enmantelada provista tan sólo de una fuente de almortas y una botella de sidra (más propia para excitar la retina de un retrógrado maestro de la paleta que para reunir en su derredor los últimos vestigios ceremoniales de una familia que sólo soñaba con la fuga)— negociaste con aquellos dos desconocidos, ante cuya inesperada visita todos pensamos que había llegado nuestro fin. Sabías de sobra que yo no me quedaría al margen y que recapacitaría sobre todo el asunto; que estaba en mi naturaleza seguir tus pasos, que no replicaría con el desinterés a tu desdén y que daría mil vueltas al caso antes de conformarme con la explicación que todos aceptaban. Ya no se trataba sólo de la vida de tu hermano —o de la seguridad de todos nosotros, que a nadie importábamos pasada la hora del terror y la revancha— sino de algo más. Me bastaba mirarte a la cara y seguir de lejos tus gestos para saber que, hasta en aquella situación de constante peligro, reincidencia en las acusaciones y prescripción de las garantías, la habías

salvaguardado de una vez para siempre y que las nuevas alarmas que surgían por doquier (como la que provocó la visita de los dos desconocidos, y tantos otros que entraron apartando a tu padre con la mano libre) te venían al pelo para mantenerte en tu papel y acallar con ese subterfugio la desconfianza y la hostilidad que te granjeaba tu connivencia con el enemigo. Hasta aquí nada tenía de extraño para mí que, yendo más allá que todos los demás (en tu casa no abundaba la lucidez y la exaltación de los ánimos transgredía los límites de la cordura), había venido a suponer que sólo podrías lograr la salvación de tu hermano si te identificabas con sus enemigos o con su causa, incluso de puertas adentro de tu casa. Allí no estaban preparados para eso —pues la tradición a veces actúa de verdad— sino para todo lo contrario, embriagados por sus propios lemas y dispuestos a tener un hijo muerto antes que rojo. Y cuando te hiciste cargo del asunto sabías de sobra que no pudiendo contar ni con su discreción ni con su desapasionamiento para tratarlo como un negocio cuyo beneficio era la vida de tu hermano, a la que había que subordinar todos los preceptos, tendrías que volver la cara del engaño hacia los que te habían empujado al fraude; en otras palabras, que así como aceptabas la suerte que te deparaba disfrazarte en tu casa de republicano, era imposible (para ti y para nadie) calcular las consecuencias del desastre si eras desenmascarado por el más inepto de los milicianos; y que ante eso no vacilaste en elegir la hostilidad y el descalabro momentáneo de toda tu familia, incluso la derrota y el exilio, y la renuncia de todos tus derechos en favor de tu hermano. Ahí había llegado yo, a comprender el doble fondo de tu carrera, a aplaudir en mi secreto fuero tus ascensos en el ejército —una caracterización cada día más perfecta— y tu relevante posición en el Comité de Defensa, mientras en tu casa hasta los goznes rechinaban de enojo. No sé si alguna vez te hiciste cargo de las

tempestades que levantabas porque en tu presencia sólo tu padre se permitía hablar del ultraje, la vergüenza, la herida de muerte al honor familiar, todas esas cosas tan sagradas y altisonantes que no se pueden tomar en serio y en toda querella producen un efecto balsámico. Pero en cuanto tú abandonabas la escena, brotaban los verdaderos y rabiosos sentimientos, azuzados por tu herejía, y las bocas se disparaban; yo estaba, gracias a mi niñez en la casa, más que acostumbrado a ese coro de injurias y murmuraciones dirigidas en su día a mi padre y ahora a ti y no puedo negar qué satisfacción destilaba de la repetición del proceso y su involución en el propio cuerpo fiscal y, como ese espectador que conoce de antemano el argumento de una comedia de equivocaciones, más me divertía en observar las reacciones del público y escuchar los comentarios de butaca en cada inesperada situación, que en seguir el hilo de lo que pasaba en escena y cuyos desenlaces en ningún momento habrían de sorprenderme. Así estaban las cosas cuando la cogiste del brazo para llevártela a otro extremo del jardín; hasta entonces yo no había presumido —ni tenía por qué— que ella jugara un papel de primera, sobreañadido al de su especial situación, ya de por sí muy delicada y engorrosa si eran ciertas sus desavenencias con tu hermano —nacidas antes de la guerra— y su propósito de ocultarlas a su familia política en tanto durase el conflicto y su vida siguiese en peligro. En esto, como en otras cosas, yo me creía por delante del sentir general y de la, por así decirlo, explicación oficial de su llegada a la casa (a los pocos días de la detención de su marido, renunciando a la seguridad que le ofrecía su propia familia) como esposa abnegada, dispuesta a luchar con las uñas por su vida o a sufrir su suerte en el mismo altar del martirio; para mí que había venido, a regañadientes, en respuesta a una llamada del deber y la elegancia de conducta, persuadida de que no podía desentenderse del destino del hombre (cuando es de

presumir que estaría en trámite de divorcio de no haber surgido el conflicto civil) en aquellas circunstancias adversas y quién sabe si para ganar méritos con vistas a un arreglo pacífico en unas futuras condiciones eclesiásticas mucho más intransigentes, pero todo ello sólo constituía a mis ojos un enredo de menor cuantía en el curso del drama, un breve argumento independiente insertado en aquél para introducir el aleteo del amor en el monótono escenario de la guerra. Para entonces —repito— lo que más me preocupaba era tu capacidad para conducirte con aplomo al otro lado del abismo, donde no llegaban nuestras miradas, y me preguntaba qué estaría pasando en el fondo de tu alma a consecuencia de tu juego; si de verdad —y pese a no suministrar el menor indicio de ello— seguías siendo el mismo hombre de antes con un disfraz intachable o si la fuerza de éste te había transformado para calarte hasta la médula y convertirte en un rayo de la guerra; si, siendo así, te cuidarías de amillarar tu comportamiento con señales indelebles que permitieran reconstruirlo y salvar tu pellejo en el caso de que tus armas fueran derrotadas o si, a sabiendas del peligro que encerraba tal precaución, habías optado por soldar tu causa a la de la república y aceptar la justicia del victorioso, sin apelación posible; o si, por último (y vértigo daba pensarlo), con tanto juego tu alma había perdido todo fondo, y diluidas todas las convicciones ya no eras ni una cosa ni otra y todo te daba igual. Entonces la cogiste del brazo para llevarla a otro extremo del jardín; para elegir aquel momento, la manera de levantarte del banco cuando yo me aproximaba y tomarla del brazo para alejaros de mí, y fuera del alcance de mi vista, no hay duda de que te guio la intención de hacer depositario del gesto al único que tendría que volver a rumiar sus cábalas, pues de haber querido mantener el secreto frente a mí no habríais tenido sino que permanecer sentados, como si tal cosa; y aún te cuidaste de

subrayarlo con el brindis de tu última mirada de gitano, llena de malicia, como para decirme «¿comprendes ahora?, ¿no?, ¡ah, qué corto te has quedado!» y hacerme entrega de la clave a la que nadie más tendría acceso. Entonces tan sólo comprendí que con la retirada me venías a decir lo que no habías dicho ni dirías a nadie, tal vez ni siquiera a ella, a saber: que también ella formaba parte —y parte importante— del juego; que se había incorporado un jugador más, que podía cambiarlo todo; que había que volver a considerar las premisas de partida y que todo lo que hasta entonces yo había supuesto no sería suficiente de allí en adelante para suplicar de los hechos una explicación de tus motivaciones, añadiendo a guisa de colofón (volviendo hacia mí tu mirada por encima de su hombro y girando hacia ella la cabeza al tiempo que os retirabais al otro extremo de la huerta) algo que cualquiera que fuera tu intimidad con ella siempre dirías a sus espaldas (y presumo que en el amor, sobre todo en el amor, tu completa personalidad no quedaría nunca al descubierto, porque solamente alguien situado en el remoto y desapasionado puesto de observación de la astrología o la termodinámica podría llegar a dar cuenta cabal de tus actos y trazar un preciso corte de tu naturaleza, demasiado abocada al destino para verse alterada por las efemérides), aunque sólo fuera por buena educación: «Dentro de lo que se puede esperar de mis pasiones», y de la misma manera y con la misma clase de esotérica y sibarítica reserva con que recibiste a aquellos dos visitantes (un matón y algo así como un profesor de francés, con el cuello de la camisa vuelto sobre la chaqueta) o a aquella dirigente sindical, miembro de la Junta de Defensa, que tuvo la idea de presentarse en casa: «Ésta es mi causa... (dentro de lo que se puede llamar una causa mía)». Pues creo que de no haber salido de ti aquel gesto, habría optado por el despecho y hoy no estaría aquí; el segundo me dio la clave con que interpretar una conducta muy

distinta a la que ocultaba, a la vez que denunciaba, tu disimulo; el tercero vino a confirmar mis sospechas anteriores y a introducir otras nuevas con las que borrar la inquietud provocada por tu aparente alejamiento. Si ante todos los demás os cuidasteis de ocultar vuestras relaciones, de suerte que rara vez se os veía juntos, en correspondencia con el papel que se os había asignado en la comedia, ante mí y sin previo aviso —tal era la clase de confianza que yo te merecía— optaste por descararte para declarar sin ambages que mantenías con tu cuñada unas relaciones clandestinas (de la naturaleza que fueran) y a conciencia de que una revelación semejante involucraría en mi ánimo toda una serie de reconsideraciones acerca de tu comportamiento desde el día en que acudiste a esta casa en respuesta al telegrama que te envió tu padre. A veces me digo si te movió a ello tan sólo el prurito (o la vanidad) de contar con un testigo que dejara buena cuenta de tu paso por aquí y, teniendo en cuenta todos los aspectos inconfesables de la historia —que te impedían ser su protagonista al mismo tiempo que su verídico relator—, dejarla encomendada a un tercero que bien podía pasarlos por alto o, mejor aún, endulzarlos con esa clase de piadosa crónica que siempre parecéis reclamar los que, seguros de vosotros mismos, no habéis sentido nunca la necesidad de dar cuenta cabal de vuestro proceder. Y existe, por otro lado, la elección del narrador, es decir, sólo tenías uno y por tanto no había elección; pero ese uno te convenía por todo, por su indulgencia, por su estilo, por su abnegada modestia y, sobre todo, por el esfuerzo que tendría que desarrollar para hacer tragadero tu crimen y no tanto echándose en brazos de una lata destinación capaz de abrigarlo bajo el amplio manto que cubrirá todos los horrores de la guerra civil sino obligándose a sí mismo a llevar a cabo esa específica traslación (un hombre miope y vapuleado, reconocido por todos por su timidez y

pusilanimidad, que se tiene que poner en la piel del rayo de la guerra, del traidor y verdugo de los suyos, del seductor de su hermana y fratricida) imprescindible para una satisfactoria comprensión de su héroe. Yo he creído siempre que hay fronteras insalvables para esa comprensión, pese a cuanto digan los predicadores y apóstoles de la unidad y hermandad de los hombres, pues si en potencia puede abordar un mismo universo, sus objetos e ignorados procesos, a la fuerza ha de detenerse ante el individuo, aislado por el principio de semejanza. Hay casos en que no hay traslación posible ni el menor fundamento para afirmar «Yo en su caso habría hecho lo mismo» porque ese «lo» que conciencia, vísceras, educación, sensibilidad y repulsión se niegan a admitir abre un abismo insondable donde se pierde el yo del otro, al que en vano tratará de perseguir, y ante cuya orilla se detendrá horrorizado porque un paso más supone su propia caída. Sin ese peligro no existe comprensión digna de ese nombre, tan sólo poco más que un ejercicio preparatorio para los aprendices y aficionados a la psicología o la biografía, o los intérpretes de sueños; sin una pérdida de algo propio no es verdadero el acercamiento al otro y una comprensión verbalmente magnánima suele ocultar con frecuencia un secreto a priori que pondrá a buen recaudo y con avaricia sus sentimientos, en la íntima resolución a no abandonar ninguna de las convicciones axiales. Cuanto más hermético y penetrante es el individuo, con mayor pasividad actúa hasta exigir del prójimo que fundamente sus relaciones con él antes en su propia adivinación que en unos actos explícitos que tenderá a ahorrar; cuanto más calla, más confianza demanda y cuando se le piden cuentas acostumbra a responder con una mirada extraviada y suspensa, al advertir perplejo que se adopta hacia él una óptica distinta de la suya. No se trata solamente de una diferencia entre objetos y punto de vista sino también de luz y procedimiento: en tanto el otro

se observa como quien empujado por la curiosidad reconoce y examina a pleno día una habitación ajena, deduciendo un carácter peculiar en todos los objetos de uso corriente y sólo deteniendo su atención en algo con lo que no está familiarizado, en contraste sólo se estudia uno mismo por un insólito accidente, con esa precautoria y medrosa actitud de quien en su propio cuarto de repente se encuentra totalmente a oscuras, sin conocer su posición exacta que tendrá que averiguar tanteando a ciegas un mobiliario que sirviéndole de asiento utiliza como guía en la ceguera, en el que han transcurrido vagamente la mayoría de sus horas. Cuántas maniobras de pasillo se necesitan para introducir en el propio espíritu un concepto nuevo, que acomode mejor nuestros gustos al orden siempre cambiante, que vuelva a vincular el yo a un mundo que en todo momento tiende a huir; ilusorias imágenes destinadas tan sólo a extinguirse, equivocadas ramificaciones de la adolescente naturaleza humana buscando a ciegas su forma estable y definitiva, distinta de la anterior; nuevas especies engendradas tan sólo como tímidos ensayos dentro de una evolución que, pese a todas sus potencias y posibilidades, alberga tanto vicio oculto que su supervivencia resulta imposible; cuánta espera para dar salida a un sentimiento y qué de veces un transeúnte se lleva, con su paso fugaz entre dos esquinas, todo el espíritu del futuro, acumulado penosamente y disipado en un quiebro, reconstruido a la manera vegetal a lo largo de infinitas duermevelas. Unos días después bajamos al río a ver la inundación: el agua había invadido parte de la chopera cuyo fondo no era el cielo sino un poderoso bramido, como si hubiera abandonado su compañero de toda la vida para correr una aventura con un muchacho más animado; el río se había salido de madre y empujaba de tal manera los tajamares que el puente parecía avanzar; alguien dijo que aguas abajo, antes del estrecho de Retuerta, la crecida

había inundado las vegas y en un llerón aislado en el medio del cauce desbordado había quedado rodeada por las aguas una manada de lobos. Aprovechando un claro en el cielo, pero sin el permiso de nuestros mayores, alguien se ofreció a llevarnos a verlo y llegados al lugar, encaramados a la tribuna de un altillo de la nueva orilla, aquella masa de color cacao desfiló a nuestros pies el triunfo de su devastación: troncos y broza, alguna res panza arriba y toda una cubierta y heteróclitos despojos de viviendas; en efecto, muy cerca de nuestro puesto había quedado un islote cubierto de escasa vegetación, flanqueado por las arqueadas copas de algunos salgueros, sólo uno de los cuales mantenía su tronco fuera de la corriente; y en torno a él, una loba (nunca supe cómo se logró descubrir su sexo pero nunca dudé de que se trataba de una hembra) trotando en una misma dirección y a una velocidad uniforme (como un caballito de carrusel) recorría sin descanso el decreciente perímetro del islote, deteniéndose a intervalos regulares para lanzar el angustioso aullido con que anunciaba al escaso y sobrecogido público de aquella verbena el fin de cada carrera y el comienzo de la próxima. Nos dio la noche sin poder apartar la vista de aquella imborrable escena y aún estábamos magnetizados por su aullido —que en ningún momento perdió ritmo, el telón nocturno parecía aproximarlo — cuando las primeras gotas del chaparrón —el efecto que el Tramoyista había preparado para anunciar el fin de la fiesta— obligaron a retirarnos a la tartana y volver a casa. Toda la noche la estuvimos oyendo, como el descubridor a los pájaros del nuevo continente, y a la mañana siguiente con cielo despejado volvimos al lugar: la riada durante la noche no había crecido mucho, sólo lo suficiente para inundar el llerón cuyo emplazamiento ni siquiera pudimos localizar, desaparecido el sauce. Ciertamente no era la primera vez que veíamos un lobo a tan corta distancia pero aquel caso nos impresionó más —

sobre todo a ti, que sólo dejaste en los días siguientes de hablar de ello para rumiar en silencio el destino de la loba— que las lapidaciones de Ferrellán. A la salida del pueblo y al borde de un camino que llevaba al caserío de Lupera —y creo que el nombre tendría alguna relación con la costumbre— existía un pozo seco, excavado en una marga impermeable, de unos seis o siete metros de profundidad, y unos tres de diámetro, revestido de bolos y guijarros colocados a hueso. Cuando en cualquier punto de la comarca un cazador cobraba un lobo en vida era obligado traerlo a aquel punto, colgado por sus patas de una larga asta que depositaban en el brocal para a continuación dejar caer el animal en el fondo del pozo, cortando sus ligaduras, primero las delanteras; y si la alimaña estaba herida le arrojaban puñados de sal, y cubos de agua y hasta algunos desperdicios de comida para su recuperación; unos días después, en domingo, a la salida de una misa anunciada a todo el valle con un toque de campana especial subían las gentes al pozo a lapidar al lobo; lo vimos en dos o tres ocasiones; la bestia nunca estaba quieta; trotaba pegada a la pared hasta el punto que una piel siempre húmeda acusaba el despellejamiento de su continuo roce y daba enormes brincos, hasta la mitad de la profundidad, cuando empezaba la lluvia de piedras —de un montón dispuesto al efecto— coreada por toda clase de gritos y blasfemias que el cura, capitán de la fiesta, toleraba para aquella ocasión; hasta que abatido, cubierto de guijarros, levantaba la cabeza para elevar su primera y última mirada de plata, desde el infierno de la sinrazón hacia la incomprensible y burda transformación de la fuerza en justicia. Uno del pueblo, por lo general un viejo pequeño y encorvado que transmitiría a sus hijos ese privilegio, gozaba de una especie de contrata municipal; a cambio de limpiar el pozo, tras una lapidación, y devolver las piedras al montón, cobraba la piel y los colmillos del animal, lo único de valor. También de

las ramas de una hermosa, solitaria y más que centenaria encina (a cuya sombra podía cobijarse con holgura un rebaño de más de cien cabezas) de una dehesa del término de Bocentellas, los pastores solían colgar los cuerpos de las serpientes que mataban y al final del verano, aquel árbol semisagrado —ornado de manera tan barroca y funeral— parecía retener aún entre sus hojas las apagadas notas de la charanga, tras una noche de carnaval. Asimismo, los quintos de no recuerdo qué pueblo acostumbraban a quemar, la noche del sorteo, un tronco de carrasca cortado un año antes por la reserva anterior y a la fiesta de la fratría estaba invitado todo aquel que quisiera asistir; aparte del mucho vino —y alguna esporádica fornicación— lo más señalado de la fiesta consistía en el banquete de erizos capturados y reservados para tal ocasión; los pobres bichos llenaban unos cuantos cestos en torno a unas planchas calentadas sobre el tronco y unos expertos matarifes, provistos de unos cuchillos especiales, muy largos y nada flexibles, de hoja gruesa y estrecha y afilada como la de un bisturí, practicaban a todo lo largo del lomo una incisión profunda y tan dolorosa que toda la carne, contraída, se desprendía de su piel y saltaba como una salchicha fresca sobre la plancha donde era asada, en medio de un bullicio incrementado por las apuestas y envites; el resto calcinado de aquel leño era poco menos que intocable (hasta que una abuela lo troceaba para llevárselo a casa) y se decía que con su carbón, mezclado con arcilla y endurecido, los quintos (y sólo los quintos del año gozaban de ese derecho) fabricaban un falo que reservaban con el mayor celo para su noche de bodas. En todos los lugares del valle, cuando un hijo del pueblo cantaba su primera misa se plantaba en la plaza una cucaña, un chopo de la mayor altura y con las ramas cortadas, con excepción de unas pocas de la punta a la que se ataba un pedazo de queso seco, y cuyo tronco antes de ser erigido era pulido y frotado

con sebo. También a la salida de misa se congregaba el pueblo en torno a la cucaña para soltar una rata que azuzada por todos no tenía otra salida que trepar por el tronco; y se decía que si la rata lograba llegar al queso —por lo general caía antes al suelo por las sacudidas que eran permitidas cuando superaba una muesca a un tercio de la altura— el nuevo misacantano llegaría a obispo. En nuestro mismo pueblo un muchacho cobró una vez una cría de quebrantahuesos y tras alimentarla y cuidarla durante unos pocos días la volvió a soltar no sin atarle al cuello una pequeña esquila de oveja. Durante años se oyó por los aires, incluso a medias luces y de noche, aquel solemne y pacífico sonido de los campos, retracción a una edad remota de misterios celestiales, de prodigios que señalaban el fin de toda una era, atisbo primero —y tan esperado— de un principio teleológico que al fin se dignaba hacer entrega de una prueba de la inversión hacia el absurdo que tenía reservado a la presunta finalidad del orden natural. Y sobre todo, por las noches. No voy a decir que recurriste a mí porque no tenías otra opción; no era tan sólo una deliberada prolongación de tu silencio sino algo más; en cierto modo, ya habías hecho ese mismo uso de mi presencia durante tu infancia y que te permitía actuar con la garantía de que yo, sin tomarme ninguna atribución, respaldaba tus desafueros. Tu astucia pertenecía a ese género que huye de toda publicidad y sólo se manifiesta en confidencias que fuera de determinado marco no pueden o no deben tomarse en serio. A un hombre le puede ser suficiente su compenetración con otro y su equilibrio puede verse firmemente asentado con un único apoyo, aun rodeado de un ambiente de oposición. En cuanto a ti, nacido y criado en un clima de intolerancia, que sabías aprovechar por sus privilegios y burlar con tus desacatos, estimo que una comprensión latitudinaria te habría esclavizado más, bien obligándote a adoptar unas posturas afines a las de tus

mayores, bien empujándote a otras radicalmente opuestas que tanta pereza y pudor te inducían. Existe una repulsión, más sagrada y restringida que cualquier clase de piedad, que sólo puede contar con unos pocos oídos sobre los que verterse; es un sentimiento o una familia de sentimientos —una vez te lo oí— tan radicalmente pasivos que en principio sólo sirven para soportar pero rara vez para mover; bajo su influjo la acción sólo comienza al término de la tolerancia, cuando por agotamiento se rompen los soportes de la resistencia —casi siempre infinita— y cobra una mayor fluidez el inacabado movimiento de preferencias implícito en todo ser vivo. Y es frecuente que el nudo dramático se origine por una de esas complicadas jugarretas de las que nadie ni nada en particular es responsable; pues el misterio ahora es algo más que la resolución de la tirantez entre una causalidad histórica y una finalidad futura, ambas perdidas en sus inescrutables laberintos donde se ramifican y combinan con elementos hipotéticos situados más allá de nuestra experiencia, como ese río nunca visto en su totalidad salvo en un mapa y cuya primera visión estará dominada sin embargo con un nombre que la subroga con un falso, sobrepuesto, intuitivo y sintético predicado, «El Torce», que parece un requisito indispensable no sólo para contemplar su curso o gozar del frescor de sus aguas sino también para dar por satisfecho ese apetito de plena posesión que despierta el ente inabarcable, y que sólo colma la palabra. ¿Quién era el responsable de la mediocridad de tu padre? ¿Quién de la ferocidad de tu hermano? ¿Quién de la guerra civil? ¿Quién de la presencia de tu cuñada en la casa, en el momento más inoportuno, concitando una situación sin salida? La imprudente canción de un ama es bastante para inseminar en la mente una turbia piedad y una escena de siega conforma una interpretación sui géneris del propio papel en la historia local, y todas las alternativas del carácter se hallan a merced de

una impresión. Llegó un momento en que sólo podías hacer una cosa, a raíz del telegrama de tu padre, y un paso en falso podía llevar a toda la familia ante el paredón. No lo diste pero a la postre todos fueron derribados, salvo un superviviente encerrado de por vida en el andrógino sarcófago de sus sueños fetales, quimérica reproducción en blando alabastro de las nubes, las nalgas y las mejillas con que un día creyó rodearse para ser transportado al punto elíseo de un instante consumido en el hallazgo fortuito del placer, sin prolongación en la memoria ni vinculación alguna con su sangre. Bien puedo hablar de su poder porque bien que lo gocé y padecí durante dos, tres o cuatro noches del último mes de su estancia aquí, por un capricho semejante al de mi nacimiento y en cierto modo su repetición. Tú estabas ausente y cuando volviste ella lo estaba a su vez, de manera definitiva. Había quedado disuelta la trinidad y el drama tocaba a su desenlace para lo cual ya sólo era menester tu desaparición; «tu causa» estaba perdida, en la forma pronosticada y sin duda deseada por ti, y en el horizonte había surgido la polvareda del triunfal coloso que antes de adquirir su forma corpórea levantaba la mano del presagio para acelerar y ensangrentar el éxodo. No sé si de aquel capricho llegaste a tener noticia pero me consta que, si no lo planeaste, al menos lo presentiste al tiempo que otorgabas ese tácito plácet sin el cual yo no me habría atrevido a dar un paso. Di muy pocos, quizá ninguno porque la iniciativa, como siempre, partió de ella. En lo que a mí se refiere, nada te convenía tanto como que tu biógrafo pasara por la prueba a fin de adquirir los conocimientos necesarios para dar cuenta cabal del caso; como si hubieras dicho «Lee eso que te conviene» o bien: «Es difícil que lo comprendas si no la conoces», sin pararte a pensar en las consecuencias que podía tener para mí semejante experiencia, aparte de mi mejor preparación para servir a tu exégesis. A veces prefiero pensar

en ti como un desalmado y no como un previsor de largos alcances, capaz de saber lo mejor que conviene a cuantos te rodean e importan; y resulta preferible atribuirte una conducta atenta en exclusiva a tu propio provecho, incapaz de tener en cuenta las conveniencias de los demás, que investirte de un poder teleológico tan abusivo como para determinar la necesidad de la muerte de tu hermano. Pero ¿es que juegan las preferencias? Si te hubieras comportado de otra manera, si a esto o aquello te hubiera movido una u otra razón ¿no habría venido todo a parar en lo mismo? Tan lejos como me hallo de indagar sobre la gobernación de aquellos hechos, me hallo de creer que un día podremos conocer el texto completo de sus causas que, si es que existen, se sitúan más lejos del último horizonte que aparecerá cuando alcancemos el último horizonte del conocimiento, compuesto —a la manera de un patchwork— de esas fórmulas puramente verbales con que los especialistas pretenden cubrir la casi totalidad del alma: «era introvertido y rencoroso», «odiaba a su hermano», «mira cómo ahí se destaca la carencia de madre», «oculta empero sus tendencias incestuosas», «por ahí corre su apetito de revancha», «el otro yo», «un tabú», todos esos retazos, antiguos y modernos, con que los aprovechadores de saldos componen sus pretenciosos tapices. Por eso te pregunto: ¿existía una causa más provocativa e inquietante que la triple sombra sobre su entrecejo?, ¿y aquella luz de la pantalla cuando se sentaba en el sofá del cuarto de la abuela? Ya lo creo que pasé por esa prueba, y aún me sobresalto al recordarla; no reconozco en todo mi tiempo un ensayo más lacerante y solamente para que recapacites sobre la magnitud de aquel poder que sin duda tentaste y conociste (mucho mejor que yo así que no puedes tomar mi pretensión como una osadía; un conocimiento tan imperfecto como el mío goza de mejor disposición para conocer su peligro que el tuyo que, por ser tan íntimo, te permitió

devorarlo, casi a ciegas) te diré que ni todavía me siento del todo recuperado ni creo que me sentiré nunca el mismo de antes, mutilado de una vez para siempre. Me volví hacia ti (el objeto de estudio que termina por apasionar al diletante, distraído en un principio con un pasatiempo con el que ausentar de su mente un horrible descalabro) cuando comprendí que mi insistencia a la fuerza conduciría a una necia obsesión. Ni un profeta tenía tanto misterio en la cruz del entrecejo, y precisamente ese misterio de dos caras, una clara y otra oscura, sonriente y cercana la primera, pesarosa, intangible y etérea la segunda; desprendida en un momento y ultriz de sus dádivas en el siguiente, encierra una ambigua promesa pero no declara la manera de merecerla y en cada instante se retrae de sus palabras, lamentando haber despertado la curiosidad y el afán y congratulándose con cada decepción; el tacto alcanza donde no ve y en las sombras la vista palpa el cuerpo que la luz aleja. Sus pechos eran pequeños, es decir, no eran muy pequeños; separados, sólo entraban en contacto cuando encogida por el frío juntaba sus manos entre las rodillas, y aunque era ancha de hombros, su espalda era tan flexible que formaba un peraltado óvalo cuando se echaba hacia adelante. Tres halos formaban la aureola del pezón y a cada uno correspondía una distinta complexión; el central, de una tonalidad de terciopelo damasceno oscuro y color de seta, cubría la prominencia terminal —semejante al currusco del pan de Viena— cilíndrica y tiesa, surcada en su base de diminutas arrugas radiales (como las pálidas y rosáceas torrenteras de un cerro testigo que cubierto de monte bajo contrasta con la castigada pana de los campos de cereal) que se introducían en un cinturón más tenue, de un color de hueso más rebajado que el del resto de su piel (como la huella de una mancha en un tejido absorbente, imperfectamente lavada, crea una zona central descolorida) pero dotado de un brillo

marfileño que resaltaba la cúspide de sus senos, rodeado a su vez del tercer halo, una aurora boreal cuyo perímetro exterior, definido por una circunferencia perfecta, volvía sus irisaciones hacia el centro en desvanecidas ráfagas que parecían reflejar, a través de una bóveda de mica, el resplandor subcutáneo de una hoguera blanca y fría alojada en el centro de la glándula y que destinada a fundir la lava nutricia para su erupción el día que el niño arrimara sus labios al cráter, hubiera olvidado aquella finalidad para reservar y consumir celosamente toda su energía en la conservación del santuario. No parecía un cuerpo preparado para la maternidad, ni mucho menos (y no en balde de su espíritu estaba tan lejos ese anhelo), como uno de esos ejemplares de serie que a causa de un imperceptible fallo en su fabricación no sirven para otro mercado que el de las curiosidades, donde alcanzan un valor fuera de toda medida. No eran iguales y miraban hacia puntos opuestos, como dos gemelos enfadados, empeñados en demostrar la diferencia de sus caracteres y recíprocamente celosos de las atenciones para con el otro, y pendientes de esa especial inquietud que anima el contacto carnal y antes de rendirse al orgasmo necesita husmear todos los rincones del cuerpo amado para no detenerse en ninguno, en busca de quién sabe qué perdido órgano erótico anterior al atractivo sexual, en obediencia al instinto despierto de la naturaleza ocluida —ni animal ni espiritual— del amante, y extinguida tras una catástrofe, incapaz de recordar quién estaba en lugar de la mujer (¿él mismo en una era andrógina?), el mismo —según se dice— que empuja a una especie de albatros americanos a migrar de forma suicida hacia el centro del océano y merodear hasta caer agotados al agua en el punto donde su memoria trascendente sitúa la inmersa Atlántida, donde debían invernar. En la más íntima —y fugaz— conmoción del placer, en el momento en que la entrega amorosa cierra los párpados del espíritu por la

prioridad de su satisfacción que la carne reclama, surge la sospecha —tan rápida e inmemorial como el orgasmo— de una sustitución y una superchería; y cuando el espíritu despierta y pregunta qué hace allí, al menos sabe que no puede pedir cuentas, sometido su principio de individuación a una semilla cualquiera, indiferente a él; así que del amor será mejor no hablar porque sólo tendría derecho a hacerlo aquel que su semilla sólo fructificase en la amada. La pechina se iniciaba en la axila, en una ligera protuberancia donde apoyaba la cúpula. La parte superior era cóncava pero en la línea de la aureola presentaba una inflexión, como para mantener el pezón erguido y apuntado hacia un lado, a partir de la cual la silueta del seno cobraba una creciente convexidad hasta entrar de nuevo en contacto con el pecho en un pliegue oculto, marcado por una mancha rojiza, un tanto discontinua, que venía a diluirse en la tonalidad algo más sombría de la depresión del esternón donde, como esa imagen de una virgen de montaña, levitando blanca entre las fauces de la gruta, sonreía beatífico e inalterable el camafeo de marfil procedente de una antepasada, del que ni siquiera a la hora del amor se despojaba. (Hasta que un día —vete a saber en qué circunstancias— tuvo que desprenderse de él, arrebatado a punta de pistola o entregado con artera generosidad, para que el camafeo se cobrara su víctima al término de la guerra.) Mi trato con las mujeres ha sido escaso, por no decir otra cosa. Los últimos días del verano eran los más acelerados, por la proximidad de la separación y por las fiestas de la siega, la parva y la vendimia. Te ofendía que tu hermano y Donato trataran todas las tardes de zafarse de ti, demasiado pequeño para compartir sus correrías con los chicos del pueblo, y si te refugiabas en mi compañía no era precisamente en busca de un sucedáneo de gusto semejante. De ahí en parte procede mi primera fama de joven retraído y aburrido, aficionado a cosas impropias de su edad, pero sólo

con horror podía observar las diversiones de Donato y tu hermano, que nunca compartí. Por tu insistencia les seguimos un día de finales de agosto, cuando las cuadrillas de segadores salmantinos vivaqueaban todavía por nuestros campos; gente sencilla, que compartía su vino, a cuya tarea nos gustaba unirnos por unas horas, para escuchar un lenguaje diferente y respirar un clima apasionante y, en particular, para abrirnos al trato de las mujeres, que entre ellos no era anormal. Y cuando desde nuestro escondrijo en lo alto del sobrado vimos lo que tu hermano y Donato hacían con aquella criatura, pequeña y dotada de unos pechos inmensos, que sólo aceptaban ocultarse bajo las prendas a cambio de una reducción general de toda su persona, en nuestro fuero interno fue aceptada la penitencia por aquel brutal atentado y la decisión de apartarnos para siempre de actos parecidos. Creo que te impresionó aún más que la desaparición de la loba, porque aún no se había despertado tu instinto para comprender un acto parecido, y en tu juventud todavía no te había librado del escalofrío que provocaba su memoria, el mismo con que te sacudía el aroma del café puro en recuerdo a la mezcla con aceite de ricino que nos endilgaban cuando padecíamos trastornos gástricos. Una vez idos, la chica permaneció acostada contra unas tablas; sin un titubeo —y sin ninguna emoción— había recibido una moneda de manos de tu hermano; pero permaneció sentada —sin poderse levantar— con los pechos fuera; con los brazos se apretaba el vientre, su cara desencajada, y hundía sus codos en punta sobre su sexo para aplastar el dolor mientras dos lágrimas opulentas, como las de las dolorosas de la imaginería, se habían detenido a la altura de sus labios, en espera de las próximas, interrumpidas por el miedo a las consecuencias. Aquella noche llegamos tarde y sufrimos un rapapolvo; tu hermano en cambio se fue derecho a la cama, pretextando una jaqueca. Sí, ha sido escaso ese trato y si antes de conocerla

estuvo dominado por el horror a una escena y el temor al ridículo y el miedo a la ventura y el recelo hacia lo no probado y el respeto a (¿cómo lo llamaré?, ¿ese reino distinto y propio?, ¿esa raza igual y extraña?, ¿esa conversation piece insuflada de carne y olores, de acicate a la sangre y repulsión a la razón, de simétricos y antagonistas apetitos de sublimación y abyección, de incitante claroscuro y rebajada penumbra, de corrompida belleza y corruptible fealdad?, ¿ese irrompible vínculo uxoromatersoropueral que tira del hombre que no desea ser marido ni hubiera querido ser hijo, ni necesita de la compañía de una hermana ni mucho menos sueña con la asistencia de una hija?) una cosa que incluso menospreciándola me atraía y subyugaba, después de conocerte a ti, a ella —quiero decir—, solamente me seguiría atormentando en la medida en que ya nunca podría colmar un deseo de aprovecharla para mi vida; pero en ningún momento ha pasado por mi imaginación una idea de esa vida, de haber contado con ella, radicalmente distinta de lo que ha sido. A mi edad, la propia melancolía acostumbra a cerrar y colmatar los huecos de la juventud con un cemento tan bueno o mejor que el de una experiencia satisfecha; y nada es más corriente que la resolución de una juventud satisfecha y tumultuosa en una madurez agria y descontenta. Pero sí es cierto que marcó el cambio de una pendiente, un cambio bastante brusco, ciertamente, a partir del cual —y en poco más de dos lunas pero en menos que muda una estación— si bien tras una marcha en que con muchos tropezones y altos en busca de aliento, ascendía lentamente hacia la cumbre de una imaginaria plenitud, me vi rodando por la ladera abajo a causa de un resbalón y sin haber puesto el pie en la engañosa y resbaladiza peña que la coronaba, seguí caminando por el terreno poco accidentado que he ido a elegir para mi existencia. Tan rápida fue la caída que pronto me vi lejos de aquel promontorio. A partir de entonces, habiendo con

la distancia aislado el suceso, no me ha sido difícil negarme a firmar cualquier clase de pacto con el otro sexo, que tarde o temprano me arrastraría a una imbécil servidumbre a pequeñas cosas que para mí no significan ni significaron nunca nada, e inducido sobre todo por ese miedo a la soledad que ha brotado del momento del contacto con la ausente carne femenina. Me dije: «No temas a la soledad: han pasado demasiadas cosas» y aprendí (no tuve necesidad de metérmelo en la cabeza, ya lo tenía dentro sin saberlo) que lo peor de la soledad ya había pasado, una hora antes; que el miedo a ella era la hora siguiente pero que en nadie ni nada tomaría cuerpo; o sea, que la propia soledad desterraba el miedo y que ni siquiera acudiría el aburrimiento, en tanto persistiese la amenaza de tu vuelta y pudiera decirme tantas cosas que no sabía. No, no pacté, no habría claudicación. Tampoco lamentaría su falta mientras sólo fuera (y no dejaría de serlo) un producto rebajado de ti o de mí. De suerte que tuve la fortuna de lamentar tan sólo la ausencia de su cuerpo y la caricia de sus pechos. No echaría de menos otra cosa y por consiguiente necesitaré echarlos en falta, quiero decir que no necesito más que su ausencia y no deseo insistir sobre ello. A veces vi en ellos el doble centro de tu alma dióscura, allí vi encerrada la taciturna dulzura que te atribuí para un mañana pero que tu cara nunca confirmó, y allí sepultado por partida doble el eterno femenino sin forma que cobró su magma de la carne en aquellos dos apagados volcanes. Sólo apretándolos entraba uno en contacto con el otro en una breve tangencia bajo la cual se escurría la cadena de plata que sostenía el camafeo, un espolvoreado querubín trompetero que descendería de las turgentes nubes para anunciar el ansiado momento, pero su inercia muscular tendía a separarlos y seguir cada cual su mirada hacia un irreconciliable divorcio, caricatura carnal de la duplicidad que en todo momento fluye del cuerpo amado, escindido siempre en dos. Lo terrible es que

sean dos. Dos; el mal frontal; negación de una aurora por la astucia. Dos. Y el que ama se siente más uno y aunque intenta el contagio de ese sentimiento, nunca acierta a saber a cuántos está amando, en un amor simultáneo que corporiza el fantasma de las noches monógamas. Otra cifra importa menos, lo terrible es que sean dos. Sus pechos, qué bien representaban la comedia. Una mirada atenta y una perdida, solícito el uno y lejano el otro, retraído y despechado, bien manifiesta su añoranza por un participante ausente, único digno de sacarle de su ataraxia, y jactándose de esa cuasicondición de que gozan ciertos órganos que, destacados del cuerpo, presumen de un grado de autonomía que les permite discrepar y aun desoír las órdenes centrales. Se aprovechan de que se ama y —por emplear ese término insolente e inadecuado— posee más por las partes que por el todo; que la idea total de una persona es patrimonio exclusivo de la soledad que, cobijándola en su urna a resguardo de cualquier mutilación, con frecuencia no hace sino preservar un estado intermedio en evitación de su fuga y metamorfosis. La mano, no hay duda, siempre fue una adelantada de todo el cuerpo y algo conserva de sus antiguos privilegios; sigue tirando de todo él y por lo mismo que un gesto suyo (a espaldas de un camarero, en un restaurante de barrio, preludiando entre las migas un devenir insospechado) puede suponer su mejor accésit, también a ella le cabe ser la primera que acusará el distanciamiento; la que borrará la imprecisa silueta insinuada en el vaho de un espejo oscuro, la que entre sus dedos reducirá a polvo dorado (nacida del polen, al polen vuelve) la mariposa apenas identificable, por el desarrollo de unos apéndices que le permiten ascender a otro medio, con el gusano de carne verde del que partió; qué extraños resultados depara a veces un culto rutinario, inseparable de los objetos sagrados, las plegarias y las invocaciones, cuando se ve arrebatado a espurios y lúgubres

éxtasis por la intromisión incausada de un emisario del ente divino (una suerte de lignum crucis que hace revivir y presenciar la pasión, el aroma encerrado en un pañuelo o un armario o la palabra que vuelve tras un exilio de varias décadas, el sobrecogedor contacto de una mano en el sopor de un despertar invernal o ese sueño epiceno que concluye con una súbita aparición tan enérgica que haciendo añicos su visión rondará después del despertar durante todo el tiempo que necesitará la resignación para devolverla a la ultratumba) que se servirá de cualquiera de sus atributos para mantener su vigilia. En esto, como en tantas otras cosas, siempre he creído que las partes preceden al todo. Yo sólo vi y acaricié sus pechos media docena de veces, a media luz; pero una docena de centenares de veces han llegado hasta mí, procedentes de las alturas y el claroscuro, para decirme que no hay remedio; al punto se apagaban, dos focos de luz que pugnaban por romper la oscuridad, para volver a aparecer con más fuerza... para extinguirse y ocultarse de nuevo; y no tenían otra intención que despertarme y devolverme a un estado de inquietud, as wanton gods, que había logrado domeñar. Dos pechos errantes e imprevisibles, como las estrellas fugaces de diciembre, ignorantes de las íntimas peticiones que levantan a su paso; saliendo de las sombras donde quedaste tú, por no saber vivir en el claroscuro, por haber sido mujer, por haber sabido elegir o, ni siquiera eso, por no haber sabido aceptar otra situación que la de tener que elegir; por no haber comprendido que cualquier cosa ocurriría solamente una vez, a partir de la cual dos dados estarían echados para siempre y sería vano tratar de eludir con dudas, rectificaciones y nuevas elecciones la cifra que nos había tocado. Como de nada de eso son culpables, acuden a mí de vez en cuando, en busca de ese perdón a la falta implícita en toda elevación que sólo el que ha quedado abajo puede otorgar, envueltos en seda, con la mirada

estrábica, del color de las uñas; criaturas de la elefantina hipnosis de la carne que emergen en pos de una vigilia sin plazo ni palabras —un horizonte confinado por la arruga de una sábana o el resplandor de un cirio— hasta esa demarcación que anuncia la mezcla, la ruptura y efusión del poder combinatorio encerrado en cada molécula del yo y la aparición en la primera aureola de esa guermantiana tonalidad malva precursora de todo proceso infinitamente decreciente; hastiados de su subcondición animal y replegados en sí mismos, con fisonomía propia (una ecuación bien resuelta en el maremágnum del cuerpo) y sin albedrío, en todo momento dispuestos a abandonar su incómoda sumisión al alma para echarse al mundo animal; seguros de su poder y sin embargo sumisos, como esos dos caballos atados al coche que ni siquiera se observan (acaso para eludir la vergüenza gemela) y vuelven su huera mirada (la doble mirada del monstruo estrábico) a ambos bordes del camino para descargar allí toda la congoja provocada por las suaves y sueltas riendas que los encinchan; pues toda tu desnudez dependía de ellos y, con ella, el punto menos que extinguido anhelo de volver a ser por un día absoluta soberana de ti misma. Ya ves qué pocas cosas tengo que contar; cuando un ánimo se libera de casi todos los reproches que podría dirigir a aquellos que más han influido en su suerte, hasta los sucesos que un día parecieran más decisivos pierden buena parte de su relieve, para quedar reducidos a anécdotas de poca trascendencia que por un prurito de economía resulta necesario omitir. Nada como un mar en calma para estudiar sus corrientes y nada como la devastación de la escena, la sordera y la desaparición de todos los caracteres para cerciorarme de la índole de la tragedia. En cierto modo, las habitaciones vacías me han devuelto, despojando toda futurición, la paz y el sopor y ya sólo me resta cortar con cuatro hilos de la memoria, siempre los mismos —

tenaces como el esparto—, para recuperar esa eternidad de que gozan los perros. Salvo yo —y probablemente por no ser uno de los protagonistas— ninguno de los personajes de la tragedia tendrá derecho a respirar, así que no me puedo quejar. Porque ¿de qué guisa aparecerían de nuevo en público, quiero decir, ante mí?, ¿cómo se atreverían?, ¿qué les da derecho a sobrevivir?, ¿dónde estarán los huesos de tu hermano?, ¿en qué clase de acomodado hogar habrá terminado su mujer, siempre dispuesta a ganar?, ¿en qué desierta capital de distrito habrás encontrado tu refugio, en un instituto o en un laboratorio de arrabal, en compañía de una mujer que no habla tu idioma? Lo decía tu abuela:[1] «La paz llegará con un amo. Prolonga la serie seguida de tus desgracias y alarga por algún tiempo el desastre; pues sólo en medio de la guerra civil eres libre». Ahora ya no me importa pero ¿en qué enconado momento de la lucha entre el hastío y la consumación levanté la creencia en tu vuelta?, ¿fue el miedo al cataclismo lo que me hizo concebir semejante disparate? Una idea así desborda en un momento todo lo razonable y en la imaginación se suspende toda imposibilidad para que el milagro cobre su perfil más preciso; la imaginación cree que su fuerza está en la distracción pero ignora que es al imaginado a quien distrae; así, cuando más imposible tu vuelta más acuciante era y los días pasaban deprisa, enlazados por su continuidad al anuncio de tu inminente llegada en el encharcado peristilo de los rumores, envuelto en el zumbido de los himenópteros atraídos por un nombre transformado de carroña en silbido. Había pasado el momento en que te buscara y aunque en apariencia buscara a tu cuñada, en cuanto responsable del prolongado eclipse que arrojaría de la mañana a la mañana un mismo inmóvil y anastomizado crepúsculo, creo que en verdad recurría a su ausencia para que ella tirase de ti; me repetía una y mil veces el estado en que me había dejado, a todo trance trataba de dar

importancia al mal que me había hecho a fin de no recapacitar sobre el daño que me habías causado tú y que tanto me costó reconocer; los verdaderos causantes tenéis con frecuencia en la vergüenza vuestro mejor cómplice; pero ya se habían confirmado las faltas y bajas a las que hasta entonces no me había (ni tenía por qué hacerlo) acostumbrado, buscando aquí y allá ese milagro que todo expectante espera de los rincones y las horas muertas, como la lengua que infatigable busca la pieza extraída de la dentadura y, contra todas las indicaciones, recorre y palpa el hueco al que no se ha hecho, inquilina y soberana en su propia casa como para obedecer unas instrucciones higiénicas que no tienen en cuenta ni pueden comprender la sensibilidad de su tacto ni la magnitud del cataclismo que se ha producido en su pequeña gruta malampia; tampoco me había hecho yo a vuestra ausencia pero había vuelto a la razón y a la crasa aceptación de aquel epílogo de media docena de párrafos al que, como a las grandes novelas históricas, aún le sobraban cuatro para dar cuenta de la existencia residual de los pocos supervivientes a los que el destino, por su participación en los hechos tan sólo como cómplices, comparsas y encubridores, condenaría a una larga penitencia tras las rejas del olvido. Un milagro, sí, un milagro; no pedía menos y no era para menos y, si he de ser consecuente y fiel a mis convicciones, te diré que es lo que sigue esperando quien para explicárselo todo no ha tenido más remedio que abrigarse con la capa de la incredulidad; y permanecer oculto tras esos ajados visillos y estores, que han recogido todo el polvo de su desconfianza, para observar con sobresalto las pocas figuras que han pasado ante sus ojos en un cuarto de siglo, para mantenerlos en la imprecisión del equívoco y no verse obligado a identificarlos, confundido cada vez que alguien se acerca decididamente a la puerta del jardín con intención de fisgonear o entrar en la casa... Un milagro, el

único lenguaje que me podrá sacar del enclaustramiento en el silencio para aborrecer a mis anchas las palabras de rigor y las llamadas a la razón, para eludir todo trato con los asuntos cotidianos y reservar la poca vitalidad que aún destilan mis entrañas para el imposible y espasmódico retroceso hacia el punto donde se inició la deriva, donde la muerte podrá al fin reír y vengar las fúnebres alegorías que han exagerado y ridiculizado su venida, para volver a encontrar al joven inexperto y torpe, tan imperfectamente acabado como inmune al tiempo y la descomposición, y tal vez por eso; un angelote, tocado tan sólo con un dorado cendal que cuelga de su hombro —único atributo de una eternidad irreconciliable con unas piernas musculosas y unas mejillas anaranjadas—, alza los pies hacia las nubes en la apoteosis del trayecto e ignora cuanto hay detrás de la palabra (el grano de mostaza, único y plural señor del espíritu, el reino no interpuesto entre el hombre y la naturaleza sino anterior a ellos, constituido de mil partículas lanzadas al porvenir que en el hoy (el hoy del hágase la luz y sepárense las tierras y los mares, anterior a la luz, la tierra y los mares) no son sino vacías matrices que la constante fecundación y propagación de la experiencia se ocupará de rellenar (como el dato en blanco de un impreso) desde el momento en que se ha aceptado, registrado y codificado la palabra «miedo» o la palabra «pezón» o la palabra «juicio» hasta aquel otro en que no será posible un repetido beso sobre un botón de carne tostada si no sabe llamarlo por su nombre) «muerte» que viene a anunciar a una tribu de pastores. Los milagros sólo pueden existir para quien crea en ellos y los que tienen el don de hacerlos a veces ni siquiera son conscientes de ello; pero es lo único que de verdad enseña pues lo demás se aprende solo, bien te lo puedo decir yo, casi exclusivamente formado en la sucia y destartalada escuela de la vulgaridad, y el dolor —que no tiene nada peculiar— sirve para aquellos que

sólo aprenden a resignarse; pero no así para quienes un dedo involuntario ha señalado la línea del horizonte y del enemigo. Un par de veces a la semana, en aquellos días de escasez de todo, aparecía por la mañana con el pelo recogido en la nuca con un tosco y tirante moño del que colgaban unas pocas guedejas que apenas acariciaban el arranque de su cuello; y por lo general —o al menos así lo recuerdo yo, en la asociación de los dos caracteres que apuntaban hacia lo mismo— en aquellas ocasiones a la salida del baño se vestía de luto o simplemente de negro, con un jersey de lana holgado y deformado, como para señalar con el austero y fúnebre porte el castigo con que era domeñado su esplendor de cuatro días. No sé si era una penitencia, el precio que un espíritu usurero y amedrentado cobraba por el misterio de la carne, celebrado cuatro días a la semana; era una advertencia también y un acto de recogimiento y atrición por haber pecado de ligereza al dejarse llevar durante cuatro días a la despreocupación, la suspensión del aún no y de la búsqueda de un más adelante —un yo más alto (y regocijado) que sólo se adquiere con el esfuerzo de la insatisfacción— que no deparará sorpresas ni milagros, tan sólo enseñanza; la carne reducida a una incómoda pantomima, para ventilar su menosprecio por los pecados de pensamiento; la verdadera efigie de lo temporal y la social aceptación de la condición subcutánea en contraste con el deseo de fuga más allá de la piel; la reducción al hastío y la vertebración de la fantasía en una articulada espina de modestos y penosos movimientos; la Uta de Naumburg, de tal manera habituada desde su niñez a la nobleza que ciñe la corona como quien lleva una boina y por encima del cuello alzado de su gabán —como por encima de toda la historia que le sucederá— lanza su mirada siempre grave, pasada ya de la melancolía, para subrayar la futilidad de todo movimiento innecesario, haciendo gala del sereno reposo de la piedra que en silencio espera y

acecha a la carne, y advertir a quienes la miren que el interés, deseo y curiosidad que suscita nunca tendrán formulación ni satisfacción, convertida con un solo gesto en la férrea regidora de un hogar de déspotas, traidores y homicidas; todo su desprecio parecía reservarlo a quien no supiera aceptar la estrechez y ruindad de nuestros días; observad, venía a decir, cómo un sencillo apresto (ni siquiera se trata de un peinado) basta para transformar una heroína en un ama de casa y las sugerencias de la belleza en llamadas al orden, las incitaciones de la carne en manifiestos de la rutina; el vigor decae pero nos refinamos hacia la repulsión. Tal es el orden que es forzoso admitir y no el de los romances (... hasta mañana que olfatearás de nuevo entre mi cabellera (llena de rumores de parque nocturno, asordinando el eco callejero que la circunda) el aroma de mil años de amor oreados en el más allá que retrocede en minúsculas mutaciones para condensarse en mi piel, a las efervescentes burbujas de un ilusorio nacimiento común, y entre mis piernas el acre y almidonado olor de la gelatina que envuelve el misterio cuyo sabor acibarado apenas alcanzarán tus labios para traerlo a los míos). Está bien la guerra pero ya volverá el orden femenino a restaurar la sorda beligerancia de la paz; mañana hablaremos; ya vendrá el día en que se volverá a hablar de negocios; de matrimonios; de fincas; de despojos; de la señorial violencia de la prosperidad; del interés; de vicios; de viviendas y menstruaciones; no sé si tardará pero al final vendrá y, por supuesto, por más tiempo y con carácter mucho más perdurable que esta vocinglera, zafia y sangrienta barahúnda que os permite creer que vivís para fines más altos y con vistas a objetivos que no podemos percibir nosotros, la clase del orden; la paz llegará con un amo que os meterá en cintura, sea quien sea; sabed que seremos nosotros, los del orden (sobre todo las mujeres), quienes aprovecharemos el resultado y lo haremos nuestro, sea cual sea el final de

vuestra lucha; sería mucho pedir que lo aprendierais de una vez para siempre pero sabedlo por esta vez... y ahí está el moño. Por ti supe que no se aman las cosas antes de ser bautizadas y que del amor aprende el arte a desdeñar sus propias reglas. No hay manera de saber qué es lo que se ama y a la postre un nombre resume un haz de sentimientos no combinables cada uno de los cuales tiene su momento. No, no se ama la virtud y es posible que ni siquiera el amor pueda superar el innato horror a la virtud ajena, pues en verdad sólo se amará aquello que subyuga y por consiguiente estará siempre separado de un abismo, con medio cuerpo inmerso en una zona oscura. Y no puede ser sino pecaminoso; las armas reblandecidas en una lucha húmeda, el cuerpo a cuerpo sin fisonomía, en una luz indecisa. Pero para eso es preciso montar una comedia presentable al público: belleza, honradez y buenas intenciones. Un día de sol, de una primera primavera en guerra que no había querido amedrentarse ante la belicosa agitación que todo lo invadía tras el letargo invernal, y aún pugnaba con éxito por brindar los frutos de la paz de los campos y de los aires seminales, se vienen abajo todas las normas. La moral es un castillo de naipes, la caída de una pieza resulta decisiva. Cuando se elige el pecado y la pecadora —y precisamente por ser pecadora— y queda recusada toda clase de redención (cualquiera que sea el resultado de esta guerra) y se acepta formar parte de los Enoc o los Irad y se dejan atrás los padres y la casa y la mayor parte del prójimo, la hombría de bien, el provecho y el respeto a los demás, se diría que se sale al aire fresco de la mañana tras una interminable noche en un sótano; en aquel instante comienza el curso del tiempo, tras haber cercenado la historia de un tajo; pero esa mañana dura poco, el aire libre agota y la memoria (o será el metabolismo, ese inencontrable principio de individuación que a cualquiera autoriza a seguir siendo el mismo aun cuando sólo sea una

combinación sui géneris de los seres y sales que le rodean) exige estar a cubierto. La rebelión, a la larga, sólo produce melancolía y en este mundo dominado por el rozamiento, la quietud termina por imponerse en cada elemento individual que nació, creció y se desarrolló gracias al movimiento. Te estoy hablando desde una posición privilegiada que tú me procuraste, con tu marcha; no sería así si hubieras tenido la atención de volver, no para atar los cabos que dejaste sueltos sino para explicarme —sólo a mí, a nadie más que a mí— la razón que te movía a dejarlos así; pues a pesar de justificarlo una y otra vez como una sutil maniobra pensada para el provecho de los supervivientes todas las mañanas despierto con los labios cortados por los reproches a tu falta de atención y aun cuando todo el día no haré sino repetirme que «la deuda está pagada, y hasta con intereses» ninguna noche cerraré los ojos sin decirme «pero no en persona». Sólo los paralogismos del principio de contradicción han llevado a los fundamentos de nuestras creencias la convicción de que hay verdad puesto que hay errores. Es cierto, hay errores pero no verdad. Hay algunas cosas ciertas que sirven de bien poco pero no existe esa abstracta e inexpugnable propiedad de convertir en piedra nuestras gaseosas conjeturas. ¿Quién conoce todos los órdenes de una frase? ¿Y qué frase puede alcanzar el estado absoluto? ¿Y quién nos engañó con su empeño en buscar lo cierto? ¿Cuál es la virtud que incandesce los filamentos de nuestro tiempo? Durante uno o dos días toda la casa parecía marchar más deprisa como si el moño izado a su nuca fuera la enseña del peligro que obligaba a apretar las clavijas de la disciplina. Se levantaban más temprano y rezaban más y andaban más deprisa; avergonzados de aquel clima de vacaciones, aparentaban tener muchas cosas que hacer y para disimular sus ocios se recluían en sus habitaciones mientras su moño vigilaba la retirada; se cruzaban por los corredores y apenas cambiaban

palabra, rehuyéndose unos a otros, sabiéndose sometidos a un acecho más riguroso que el de costumbre. Incluso la abuela parecía echar los naipes a hurtadillas, sin levantar la cabeza y con la espalda algo girada para ocultar las filas y columnas de un juego que si en días normales sería considerado como uno de los ritos de más trascendencia del apellido, en aquellos otros volvía a cobrar su carácter de pueril y solitario entretenimiento, impropio de quien a pesar de sus muchos años no podía sentirse ajena a los graves acontecimientos que se avecinaban. Porque cuando se vestía de negro y arreglaba el pelo con el moño, se mascaba la tragedia; y en aquellas ocasiones solías llegar tú, del frente o de donde fuera, para agravar las cosas, para tomarte un descanso de dos días o para comprobar por ti mismo que todo seguía en orden. El orden, el orden. Tal vez para desbaratarlo. Sabías de sobra que todo estaba trastocado y que detrás de cada postura, de las palabras habituales y los gestos rutinarios, encubierto por el papel que a cada uno correspondía para representar la comedia de las apariencias —es decir, aquella norma que dentro de las circunstancias obligaría a todos y cada uno a conducirse de la manera menos ruidosa—, bullía un cúmulo de sentimientos de hostilidad y que cada cual por su lado y para sus adentros daba rienda suelta a su resentimiento. Tal vez la verdadera guerra sea eso: el aprovechamiento del conflicto nacional para la solución o el mejor disimulo del propio. Pero no; la guerra —el hambre aparte— era un pretexto con frecuencia, la coartada de la impotencia. En pocas ocasiones la vivimos de cerca y si su estado suscita una mayor cohesión de un pueblo frente a un enemigo común, bien puede decirse que la nuestra fue un híbrido de guerra y revuelta: todos eran enemigos, tanto los de fuera como los de dentro y, aparte de remediar el hambre, ¿qué clase de salvación podíamos esperar de los que se decían nuestros liberadores? El mejor disimulo exige que cada cual

ponga las cosas claras ante sí mismo para procurar que sea el destino común quien cumpla los designios de una voluntad inconfesable. Y eso, en una guerra noble y sin cuartel, es casi imposible; en cambio, en una lucha de ideas caben todas las marrullerías. Antes de que se cumpliera un año de hostilidades ya empezabas a ser mirado en la casa con recelo y con temor; solamente de uno para otro y a puerta cerrada —eludiendo siempre la ocasión de contar con dos testigos de la misma versión— se decía que cumplías tu misión con excesivo celo, que en absoluto te repugnaba el papel que te había sido encomendado y que habías aprovechado la desesperada demanda de tu padre para justificar tu imperdonable unión con los enemigos de tu casta; salieron a relucir muchas cosas, la ancestral envidia a tu hermano, tu oscuro nacimiento, los malos pasos en la capital durante la época de estudiante —emancipado de la férula paterna—, las amistades sospechosas, alguna que otra mujer de mala catadura; la prontitud con que aceptaste el encargo de tu padre, que sólo se atrevió a pedirlo tras angustiosas vacilaciones, a tenor del sacrificio que exigía de ti y de los muchos peligros que se cernían sobre tu vida, con un pie en la apostasía, y, por encima de todo, se comentaba que tu misión tenía que haberse limitado a ganar la confianza de los asesinos de tu hermano pero nunca a llevarla más allá, hasta convertirte en uno de sus cabecillas. A pesar de sus escasas luces, a pesar de la rabia contenida que había agarrotado su garganta en el primer verano de guerra, tu padre no fue el último en comprender la clase de trampa que se había preparado él mismo al confiar su engaño a la buena voluntad de un hijo que no se había molestado en conocer, ni tal vez querer. Más allá de las normas, los deberes y las etiquetas, tu padre ya no alcanzaba a ver nada y el más imprevisto y súbito aljófar que los empañara le sumía en esa clase de confusión que con frecuencia embarga a los que se mueven en un plano. Tu

padre empezó temiendo por la vida de tu hermano y acabó sus días teniendo miedo al lechero. El personaje más idóneo para encarnar la nada desdeñable dosis de necedad que hay en toda tragedia. Y sobre todas las cosas, te temía a ti, por tenerte tan cerca y por resultarle tan indescifrable; y tan inasequible, a partir del momento en que con su petición te hizo entrega de un poder que, otorgado en un momento de debilidad y confusión, tú administrarías a tu antojo y sin tener que darle cuenta de tus inversiones. Llegaría el momento en que nada —ni tu apostasía, ni la perdición de tu hermano, ni el hundimiento del edificio familiar en todas las abominaciones— le importaría a cambio de librarse de ti pero ni siquiera en las horas más sombrías de su descalabro pasó por su imaginación la sospecha de que inmolarías a tu hermano para solventar la incodificable deuda que tenías contraída con tus extrañas divinidades. Como toda persona sin mucha penetración metida en semejante barullo, tu padre se creía el centro de todas las intrigas y la meta de todas las ambiciones; y ni siquiera habría perdonado a tu hermano su martirio, de haber sabido que se trataba de una venganza (o un ajuste de cuentas, una liquidación de la sociedad familiar) que hubiera querido centrar sobre sí. Cuando abrió la puerta del oratorio —acababas de dejar la pelliza sobre el arcón— para enfrentarse a ti con aquellas palabras: «Rezamos por el triunfo de nuestras armas», mientras la susurrante y cerúlea concurrencia detenía el rosario y volvía la unánime suspensa mirada sobre el recién llegado, tan sólo pretendía desafiarte y arrinconarte contra la pared para que confesaras tu doblez. ¿Desafiarte? ¿A ti? Los cielos son infantiles y su cólera se dirige y aplica a ellos mismos. Los dioses, como en el fondo no han de temer las consecuencias, son más impulsivos que los humanos, y más insensatos. Tu padre a fuerza de temerte empezaba a odiarte pero en eso también tú le llevabas una apreciable ventaja, una

ventaja de varios años en el procedimiento. Tu padre, tan poca cosa, había acumulado sobre sí todas las inconsistencias de su casta y que a causa de su valor negativo cuanto más se suman más entidad quitan a la persona que las incorpora. De tal manera era tu padre una queja permanente que casi se había afeminado. Parecía que tu padre no podía esperar, ni tú tampoco, pero tu padre esperaba algo y tú nada. Tu padre habría tenido que callar, y tú también, pero tu padre un día u otro no podría contenerse y se echaría a hablar mientras que tú replicarías con tu silencio —una de tus grandes bazas— y te retirarías llevándote tus ocultas razones. Tu padre, en fin, había comprendido que le estaba siendo arrebatado todo el terreno que había intentado defender —o lo que es lo mismo, invadido por el miedo ya no tenía ningún dominio sobre él— y te estaba pidiendo que se lo devolvieras, bien el propio objeto o bien la confianza en su posesión, para poder sobrevivir a su manera. Temía su vejez, sin hijos ni patrimonio; se habían cambiado las tornas, a fuerza de un año de guardia y ahora era el velludo quien ostentaba a pleno derecho la primogenitura. Al decir «nuestras» te estaba con toda evidencia invitando a que te pronunciaras, a que renunciaras a una misión poco menos que concluida y volvieras al redil y aunque de sobra sabía que en ningún caso le acompañarías en sus oraciones —sin que nadie osara afeártelo o reprocharte tu dejadez— había en su gesto al levantarse del banco y entreabrir la puerta de la capilla —que tú abriste de par en par, no sé por qué— un vivo deseo de enfrentamiento muy propio de quien durante algunos días en ausencia de su antagonista ha estado rumiando su rivalidad y prepara para el momento de la confrontación buena copia de razones y frases con las que propinar el primer y casi decisivo golpe pero que, cuando el momento le coge de improviso, se desvanecen de su mente para dar paso a palabras alborotadas que por su propia presión surgen de un fondo más profundo

que el de cualquier racionalización. En uno de los silencios del rosario se oyó el ruido de la puerta y no pudo contenerse, seguro de que se trataba de ti, y salió corriendo y gritando vulnerando sus propias normas, tan largamente elaboradas, como ese grupo de colegiales —a quienes el monitor ha explicado las reglas de un nuevo deporte— que corre desenfrenadamente tras el balón en cuanto se pone en juego, haciendo caso omiso a los furiosos silbidos con que aquél intenta detenerlo para reanudarlo con estricta observancia a las reglas. Así surgieron «nuestras armas», «la peste del niño», «en mala hora», «la bicicleta», «y un jamón», lanzadas a borbotones a una pequeña concurrencia demasiado absorta para salir de la sorpresa, en busca del quimérico enemigo y general adversario, única potestad capaz de dar consistencia y fundamento a su peregrino credo. Y tú contestaste algo así como «¿Y el pan?», volviéndote hacia quien bajaba la escalera en aquel momento, porque en aquella casa siempre había alguien bajando la escalera. Como Uta, lanzaba su mirada por encima del embozo alzado de un amplio chaquetón echado sobre sus hombros, con las manos en los bolsillos del traje, pues ya empezaba el frío y el carbón era escaso, dueña de una convicción propia, serena e inescrutable, que no tenía la menor intención de transmitir. Llevaba en aquella ocasión el pelo recogido en un moño y todos los orantes, acostumbrados al juego escénico, volvieron hacia ella su mirada mientras tu padre, desconcertado porque no sabía si había oído pan o cualquier otro monosílabo con una *a* (o con una *o*), buscaba en el aire ocupado por su querella el vocablo que mejor ocupara el hueco de tu frase —como el cantero que pasea su mirada por el montón de mampuestos en busca del ripio que mejor y más económicamente convenga al agujero que le queda por cerrar, pero sin la exactitud y fortaleza de visión de ese experto capaz, de un golpe de vista, de encontrar la complementariedad y ajuste de dos formas

semejantes y opuestas (vacía una y otra sólida, interna e incolora la primera, externa e indivisa la segunda) con la decisión de quien más que en su cincel descansa en el poder morfogenético de su ojo, el hijo de la alcahueta y el mamporrero educado en el ayuntamiento y acoplamiento de dos— a fin de poder completarla para concederle el poder polémico necesario para recibir, aguantar y replicar a su arenga. Te saludó de manera suave y cariñosa, nada más te debió decir «hola» bajando las escaleras, en los últimos peldaños. Tu padre se llevó las manos a la cabeza, para exclamar «Mon Dieu de la France!» y durante un rato —más rato que el que demanda un beso prolongado, del fondo del oratorio salió una voz, una voz femenina y entrada en años, sin duda la tía Sunta, que respondió (como era obligado en la casa) «Et de l'Italie»— quedó convulso, sometido a algunos temblores de cabeza que en cualquier momento podían romper en sollozos mientras tú, arrimándote al arranque, la recibías con un beso en la mejilla, de pie sobre el último peldaño. No, no fue en la mejilla; para qué te voy a hablar de ese beso que tan bien tienes que recordar, aunque no lo recuerdes o no quieras hacerlo. Otra voz preguntó «¿Cómo de l'Italie?» (sin duda alguien no acostumbrado a las locuciones familiares) y alguien se decidió a cortar aquellas extrañas intervenciones con un «Tercer misterio» cuando tu padre bajó los brazos, enfiló la puerta del oratorio y con pasos vacilantes quedó hipnotizado, mientras tú la besabas prolongadamente en la mejilla, bajo su marco ante la expectación de la concurrencia que no apartó la mirada de vosotros desde el momento de vuestro encuentro. Entonces compruebo cómo con sólo levantar un poco la barbilla la mujer se convierte en esfinge. Entonces entonces entonces entonces entonces. Sobre una mesilla donde se depositaba la correspondencia —y a media tarde aparecía el periódico, cuando ya había pasado por todas las manos— había

—lo recordarás— unas pocas fotografías de familia presididas por una, con un marco de plata rocalla y de color sepia, de no sé qué Papa, que numerosas veces había sido retirada y de nuevo entronizada a tenor del ambiente político y los acontecimientos callejeros. Tu padre se quedó mirándola, de manera bastante incomprensible, como si no la hubiera visto nunca, con una atención delatada por la punta de la lengua en contacto con el centro del labio superior y que sin duda le transportó a un remoto escenario interesante a la vez que apacible donde quedó desvanecida toda su zozobra. Hasta que un breve silbido y un renovado bisbiseo le arrebataron de su éxtasis y furioso volvió la mirada hacia vosotros. «Dios mío», dijo de nuevo al tiempo que alzaba las manos, entre sacudidas de su cabeza y una mirada desenfocada que no acertaba a ver nada. No, no fue en la mejilla. Fue en ese punto entre la mejilla y el lóbulo, donde la piel abandona el maxilar en busca de su transición hacia el cuello y el sofito de la barbilla, donde se esconde y cobija el sentimiento hospitalario que la mujer reserva para contadas ocasiones; ese punto para el uso exclusivo del beso de la unión íntima, cómplice y monógama, que a diferencia de los labios, el pezón o la vulva apenas responde a los estímulos sexuales porque independiente y casi incontaminado del apetito de la carne ha sido consagrado como el tabernáculo que guarda el misterio de la transustanciación del doble propósito común en el más efímero y duradero desposorio; que sólo acogerá con frialdad a los labios intrusos que pretendan con promesas de almohada justificar la rápida e inconsecuente conquista de una noche y actuará como el resorte de un mecanismo de seguridad que cierra todas sus puertas, provoca el despertar del sueño de la fusión y aleja al invasor para retener de él las gotas de su secreción y el mugido de esa bestia incorruptible que sobrevuela irresponsable e ingrávida el lento paso de las décadas y el hosco discurrir de la

historia, a una pulgada del lóbulo. Tu padre entró en el oratorio dando bandazos, como si hubiera visto al Papa en pelotas, dijo algo así como «la mitad de la mitad», arrastrando tras sí la mirada de todos los presentes, hasta caer humillado y de rodillas sobre su reclinatorio y hundir la cara entre sus manos, un pie agitado por espaciadas y súbitas sacudidas, como las de la pata de una araña recién cortada de su cuerpo. ¿Fue entonces cuando yo entreví su doble o múltiple intención? Con envidiable maestría repitió su saludo, con un acento más llano e íntimo y sazonado de una sorprendida ingenuidad, acompañando la lenta escora de su cabeza alrededor del punto —a una pulgada del lóbulo— donde recibió el beso, como la barra de ebonita que inicia su inflexión donde se aplica la llama. Pero de la misma manera que resulta difícil, por no decir imposible, atender a dos conversaciones en el mismo momento, no se puede con un mismo disimulo cumplir con dos observadores diferentes cada uno de los cuales espera una actuación distinta. Gracias a que su suegro había entrado en el oratorio atrayendo con su extravagante comportamiento la atención de la concurrencia, nadie había de reparar en ti no tanto cuando recibiste el beso sino en tu reacción a él. No era de triunfo sino de seguridad en ti misma, tras un laudo favorable: entonces, por fin, viste el camino despejado para llevar adelante tu terrible moción y si, aprovechando el basculamiento de tu cabeza, no le susurraste a su oído —que tan cerca tenías— aquel «Tienes que acabar con él» fue porque, segura de poder verter cualquier sugerencia, no quisiste arriesgar con una jugada precipitada una partida definitivamente ganada. No tenías más que esperar, a sabiendas de que entre dos amantes tarde o temprano surge en cualquiera de ellos la cuestión de cómo eliminar los obstáculos que los separan. No tenías más que esperar el momento de sombra, tras el coito. Un momento de lo más propicio, por otra parte, a

pocos días o meses de una derrota que tu esclavo ya no podrá evitar pero sí aprovechar para un fin muy particular, apenas perceptible en el desastre general. Y tú ¿qué razones tendrías para oponerte? No era el obstáculo que la separaba de ti, puesto que tú ya estabas separado de todo, sino lo que la ataba al héroe, el instigador de una guerra y beneficiario de una victoria para la que no se había manchado las manos. Las mujeres saben adoptar una actitud particularmente conmovedora ante su sacrificio y puesto que por lo general el suyo no sirve de nada se las arreglan para, con un gesto o una lágrima, zafarse de él. Poco te debió costar soltarte el moño, en el último peldaño de la escalera, para hacerte acreedora de las pérdidas y obligaciones más onerosas que había de traer el final de la guerra: él en primer lugar y, por si fuera poco, una odiosa dependencia para el resto de sus días; con el tirón de un cordel, o con una horquilla menos, surge la Ifigenia que la mujer sabe representar mejor, no sé por qué, si su pecho es reducido. En el arranque de la escalera. Tu padre, al fin, salió de su torpe ensimismamiento para lanzar su mirada (había en su cara ese furor al blanco que sucede a la vergüenza o la cólera en rojo) hacia el techo y, tras un hondo suspiro, vino a exclamar «Tiembla el misterio», lo que fue recogido por una de sus hermanas (o tal vez la tía Sunta, con la sagacidad y falta de escrúpulos de ese político que sabe olfatear y agarrar el poder cuando sale a la calle) para clausurar el estupor y reanudar el rezo, con el anuncio quincallero del «Tercero de los gozosos», tras el paso del ángel o del demonio. Cuando venciste la escora de la cabeza recobraste la mirada horizontal por encima de ella y del embozo —el mismo que había sido apartado para el beso, vuelta la lana a su normal ondulación— para lanzarla por delante de la visión: como si por las venas del escultor que te fijó a la piedra corriera el impulso fosilizador y vindicativo del limo —enterrador de tantas especies condenadas a la extinción

— cubriendo con polvo formáceo y cementable, en una matriz inerte, la herida que toda carne abre en la cara serena del pacífico reino mineral; para advertir a generaciones venideras que la misma piedra ha cubierto a la profética Uta que a Timón, el que guarda con rencor la afrenta y se la cobra años después asesinando a traición, que al asmático y fiero Dietrich, que al dulce e inspirado Guillaume; porque una fue la carne y una la sangre que aspiraban a la paz y se agitaron con el apetito de venganza; y la misma mano escogió su propio sacrificio y el asesinato a traición. Una expresión de extrañeza surge del entrecejo del comes occisus que utilizando tu embozo a falta del borde de su broquel ha comprendido en todo su alcance el juicio que viene sobre sí; ha visto las dos medallas en el fondo del agua; ha comprendido que antes de ser condenado tiene que refutar el silencio, buscar asilo entre las cuatro paredes de su extraterritorialidad, aceptando su reclusión de manera voluntaria, antes que la impongan sus perseguidores; frunciste el entrecejo, en cuanto tus labios se despegaron de su mejilla, porque viste venir el golpe, lejano pero qué certero; comprendiste tu propia pérdida, y todas las que tenía que arrastrar. Pero no viste en cambio lo que estaba junto a ti: la orden sibilina, la barbilla que se levanta, una ceja enarcada; la mano que te atrajo a espaldas del camarero volvió a pasear sus dedos por tu palma, para sellar el pacto con tal rúbrica; los fantasmales peones pardos, ocultos tras los visillos, esperando el paso ¿en falso?, ¿la emboscada?, ¿el gambito?, el lento movimiento hacia otra posición de reposo —tras el bostezo— de una perezosa y hastiada bestia violentada por un minúsculo escozor. Tu padre tampoco lo vio, y si lo vio fue en aquel momento de deliquio, entre palabras incoherentes. Ni nadie. Tu padre había tropezado con una palabra, un grano de mostaza, y empeñado en buscarla olvidó la visión conjurada por el bisbiseo del rosario, demasiado íntima y fugaz como para

distinguir sus objetos. Pero en el maremágnum donde se debatía tu padre había algo más, mucho más, que una confusión de palabras o un sentido que se le escapaba; sin darse cuenta, la breve tormenta le había arrastrado muy lejos de sus rutas habituales pero aun desconociendo dónde se hallaba y desconfiando de las personas que tenía más cerca, su meta no podía ser distinta de la que había sido siempre. Me temo que tu padre había visto el fogonazo de la descarga sobre tu hermano y a ciegas pedía protección; ni perdón, ni venganza ni justicia, sólo protección. Tu padre no cambiaba ni cambiaría nunca y pasaría por este mundo ignorando qué cosa es una crisis o una pérdida de convicciones, dueño de esa mentalidad simplista capaz de reducir todo suceso a un balance de pérdidas y ganancias. Tu padre no entendería nunca que toda cosa creada se convierte en un problema porque no tiene finalidad. No era tu caso, aparentemente indemne después de la misma tormenta, y sin embargo transportada más allá de esa visión futura por encima del embozo. Ciertamente sabías cuando llegaste a la casa (y nadie más lo sabía, a no ser la abuela, pues hasta tu marido estaba bien dispuesto a sobrellevar las desavenencias con la libertad de movimientos que le permitían su posición y tu fortuna) que tu matrimonio estaba arruinado pero contabas con esa clase de ciencia femenina —irreductible a principios— merced a la cual la mujer madura, que ha llegado a lo que ha querido sin pasar por grandes pruebas, sabe mantenerse a flote en cualquier situación con tal de seguir siendo lo que siempre ha sido, con tal de sentirse segura de poderse ofrecer lo que ella elija y a quien ella elija. En aquel trance, en apariencia no perdía nada; el nombre le traía sin cuidado y podía sobrevolar cualquier género de desaires. Te había elegido a ti y no sería su figura la que saliera deteriorada, dueña del mismo dominio que el día en que, a espaldas del camarero, te lanzó la primera insinuación.

Tan sólo temía un arrebato de tu parte: la propuesta de escapar juntos de la derrota. Probablemente le quedaban tan sólo unas pocas noches de amor, tres o cuatro, en las que concluir el pacto de un lado y por otro embriagarte con tu decisión de huir solo, de forma que con tanto trabajo y tan diferente hubo de hacer uso de todos sus recursos. Recurrió hasta a mí. Y a la menstruación, creo yo. Y tú mordiste el anzuelo, porque para ti lo primero era hacerse el hombrecito... y cumplir tu turbio cometido. No quiere escapar y si observa los días del porvenir es para comprobar que no esconden nada que no haya elegido y probado. Te había elegido y, en secreto, con los dedos paseando tu palma, te estaba despachando; también mira hacia adentro y el labio inferior con una ligera protuberancia delata ese reprimido acceso de furor por haberse permitido salir de sí con la fantasía para atribuirse precozmente un premio digno de quien puede sobrevolar el tiempo: «Estúpida», dice, «¿qué miras?», y ya está lejos, fuera de tu alcance, «no hay nada que ver», sus ojos muy atentos, las pupilas reducidas. Luego será la misma de siempre, con una leve cicatriz bajo el lóbulo, cuidadosamente cubierta con el embozo de un gabán; ni siquiera conocerá la nostalgia sino a lo más esa estupefacta comprobación de una longeva estupidez, hermanada a una memoria que recuerda un callejón sin salida y acepta el sueño por mil calles solitarias y salvajes, sin paz ni viento ni dirección ni fin, y deambula bajo la claroscura, inmarchitada e irrompible bóveda de la concupiscencia, quién sabe hacia qué clase de paz y generosidad. Supongo que algo se detuvo en tu maquinaria. No ignorabas que unas pocas semanas después se produciría su traslado, canjeada al otro lado del sueño y separada por una tan delicada membrana que ni siquiera el inmediato recuerdo permite atravesarla, rota la inercia y fluencia de la duración, sus palabras de duermevela y su figura de trazos desaparecidas en el encapotado cielo de la memoria

para ascender hacia la poniente apoteosis no del olvido sino de la conciencia abortada no recordable. Quizá fue otro beso en el mismo punto, esta vez de despedida, que te dejó en esa vertiente del limbo que mira hacia la devastación y la sordera, ese país sin entusiasmo tan sólo amenizado por la dudosa voz del yo, día a día más remiso a hablar y a abandonar su reposo en el ha sido y a cuyo asilo, al fin y al cabo, me acojo todas las noches para librar al alma del intolerable recuerdo del seré. No hay duda de que alguien te debió aconsejar bien; alguien que en el penúltimo instante te dijo «vete» y «no vuelvas», el último destello rebelde de una inteligencia defensiva antes de quedar aplastada por el ansia de acompañarte; el desesperado esfuerzo del avaro y pagano instinto femenino, ingenuo atesorador del principio del bien, dispuesto a pagar cualquier precio —e incluso a convertirse en piedra, ortogenética mutación que anuda el hilo de la especie, haciendo caso omiso de la cólera masculina— con tal de ser algo y seguir siempre siendo ese algo, hasta en el ceniciento reino de los cielos.»

* * *

«Cuántas veces me he dicho: qué cobarde has sido, qué poca cosa eres. Para a continuación añadir que puesto que me lo decía a mí mismo, sin falsa modestia ni espíritu de arrepentimiento ni el menor propósito de enmendarme, esa acusación constituye la mejor prueba de mi honradez. No he podido ser otra cosa ni podré jamás superar esa debilidad. No me avergüenzo de ello aunque tiempo atrás me obligara a adoptar —sobre todo frente a ti— una manera de conducirme muy distinta a la que hubiera deseado de haberme sido concedida una mayor libertad de movimientos. Había en mi pusilanimidad mucho respeto hacia las personas que quería y me atrevo a afirmar que el deseo de no vulnerarlas prevaleció

siempre sobre mi propia seguridad y provecho. Puede que ese carácter sea más el resultado de un cálculo que el reflejo de una naturaleza pues cada mañana me levantaba con el balance a punto en virtud del cual podía concluir: no te arriesgues, piensa en el peligro en que pones a los tuyos; ya existen bastantes insensateces para venir a añadir la tuya; ea, que al menos haya alguien que no se mete con nadie. Y aun así, también me vi obligado a jugar mi papel, no sé en provecho de quién. Asimismo te diré que para adoptar ciertas actitudes reputadas como cobardes e impropias de un hombre, se necesita a veces un gran coraje y un nada desdeñable desinterés. Pero sin duda me convertí en otra persona distinta de la que me proponía ser a la llegada de la noche, cada día un poco más arrinconado en mis propias sombras a causa de esa timidez que renuncia a avanzar hacia el centro de la escena y recabar la atención de los presentes. En una casa y en unas circunstancias en que todos y cada uno constituían un problema acuciante ¿qué lugar había para los menudos y vagos sinsabores de un joven retraído? La ventaja psicológica de la guerra es el buen número de cuestiones de orden doméstico que pasan a segundo plano y cómo muchas deben cobrar cierta envergadura para recibir el tratamiento adecuado; pues de no ser así, no se trata de ellas y ya está. Pero quizá cuando sólo los temas de gran alcance tienen audiencia, pueden los pequeños resolverse de una manera más secreta y desenfadada. Si poco a poco me fui desdoblando es porque no podía hablar claro, sobre todo contigo, no teniendo otro confidente que ese yo retirado y aquiescente, que ni siquiera confía en el día en que se harán públicas sus razones y que a partir de un momento apenas sabe hacer otra cosa que aportar pruebas concluyentes pero inútiles y con las que promover el veredicto de inocencia en un juicio que no se celebrará jamás. De suerte que me empujaste a una conducta que yo no quería para mí y de cuya

penúltima justificación quedarías para siempre ignorante; yo permanecí, por así decirlo, detrás de mí y no como el actor que de su personalidad en escena ha de abstraer su talante crítico para situarlo entre el público a fin de acertar con la representación que más aplauso reciba, sino más bien como la madre que habiendo adoctrinado a su niño en todos los pormenores de la recepción, observa consternada cómo la presencia de los invitados le lleva a conducirse de la manera más opuesta a la prevista por ella. Cuando a ese yo pensado de antemano no le queda un solo resquicio por el que asomar y coincidir con el espontáneo, cuando en ningún momento le es permitido actuar según un comportamiento eternamente pospuesto, no es de extrañar que se vuelva más huraño y sibilino, por no decir maligno, encerrado en una taciturna cápsula para la que llegan a ser atinados los reproches más injustos. La razón es siempre algo compartido y la adecuación a la norma puede llegar a ser viciosa y aun dolosa si no viene acompañada. La norma puede ser menos que nada y por ningún lado se ve, desgraciadamente, una justicia lúgubre. Todo vicio es solitario. Una sola palabra basta para romper una presunta y no compartida rectitud, o bien todo lo contrario, para transformar el aere bruno en la jovial mañana saturada de sinrazón. Pero no; no acudió esa palabra en mi ayuda sin duda porque tú apenas apercibiste que yo la merecía; que la necesitara era otra cosa pues si alguna ventaja hube de conservar siempre frente a vosotros sería el silencio de mis necesidades. En medio de los grandes dramas del momento el mío era de tan poca monta que nadie reparó en él, con razón (y he dicho con razón), ¿en un compromiso de paz entre los grandes artífices para aceptar el triunfo de la mediocridad? Ni mucho menos; reconoceré con el tiempo que ni siquiera me fue concedida la grandeza de la astucia; en el tiempo acelerado de las guerras, las tragedias y los desastres el que se hace el

remolón suele salir ganando, gracias a su cobardía mucho más que a su perspicacia; y el éxito también tiene algo de costumbre. Fue un verano de disgustos que el otoño liquidó con una serie de tormentas que sólo cesaron a las puertas del invierno, un invierno plácido y mortuorio. Por entonces ya sólo hablaba conmigo mismo, tratando de buscar la respuesta a tantas preguntas; no hallé ninguna o las hallé todas pero como quiera que fuera sólo logré convertirme en ese célibe abogado de la sinrazón, un desgraciado incapaz de soportar los conflictos que sólo sabe perseguir sus causas sin encontrar sus remedios. Y bien, yo me decía lo que estaba ocurriendo, dónde estaba el secreto de tu conducta, qué razones te movían a demoler con tanto ahínco un porvenir ya bastante comprometido. Yo sabía que no se trataba del sacrificio por la salvación de los tuyos (pues no era tan grande el odio como el desprecio ni el más sublime descrédito te llevaría a desentenderte de su final) aun cuando con tu silencio quisieras dar a entender que se trataba de eso. Y de ahí que me dedicara a acumular explicaciones y formular normas que nunca servirían de nada. Cuántas veces me dije, «puesto que esto es lo más probable que ocurra, he ahí lo que he de hacer» a fin de no agravar el curso de los acontecimientos y vulnerar lo menos posible los sentimientos de cuantos me rodeaban; para equivocarme siempre. Los axiomas y normas de conducta elaborados en y para la soledad son siempre una traición a un yo que no ha logrado sobrevivir —y que es lo mejor enterrar para no volver a acordarse de él— y que como nadie excita un apetito homicida. Una vez desencadenado el afán de daño ya sólo con daño se puede colmar y desde el mal no hay retroceso posible. El mal, si es que existe, es el que más decorosamente lucha por su subsistencia. Pero en medio de los grandes dramas, repito, el mío era de poca monta. Habría obrado de otra manera de haberme pedido alguien que lo hiciera o de

haber siquiera insinuado qué era lo que se esperaba de mí. Te lo aseguro, a pesar de la repugnancia que me inspiraba una alianza con tu hermano no habría vacilado en aceptarla, y volverme contra ti, a su primer ofrecimiento. De esa forma, me sería posible esperar una reacción de tu parte. Pero tu hermano fue tan descuidado como tú, o quizá más, pues debía saber que le podía haber salvado. Es esa ignorancia o ese desprecio hacia mis posibilidades lo que más me ha paralizado siempre, incapaz de hacer el menor alarde de poder. Tu hermano podía haber tenido un poco más de humildad pero no contento con haber salvado el pellejo a primera hora se permitió suponer que nadie en lo sucesivo osaría tocarle un pelo; y sin embargo, ya nadie le quería y en su propio bando menos que en cualquier otra parte, circunstancia que debía conocer muy bien su mujer, a juzgar por la flema que le inspiraba su evacuación. Si solamente tenía enemigos ¿por qué no se rebajó a pedir auxilio, aunque fuera el más inmediato e ineficaz? ¿Por orgullo, por afición al papel de héroe? No lo creo, ni tú tampoco lo creíste en su momento, si se ha de hacer caso de la impresión que sacaste tras vuestra última entrevista. Entonces podía haber entrado yo en juego, para delatar vuestra maniobra... en el supuesto de que hubiera contado con alguna razón para hacerlo, aparte de ese insípido y desconocido sentimiento de humanidad. Las intenciones que creía adivinar en ti coincidían con los impulsos de mi naturaleza, inquieta por una sospecha que se veía confirmada cada hora que se prolongaba el silencio. En parecidas circunstancias, y a fuerza de haber elaborado una compleja interpretación de la conducta de unos y otros sobre la que se erige la propia —aunque sea de forma provisional—, se origina siempre un pudor (esto es, el miedo vestido de serenidad) que impide declarar el pensamiento propio por temor a que un rotundo y palmario mentís, procedente del único que tiene derecho y poder para

hacerlo, venga a desbaratar el frágil edificio de suposiciones que cobija la conducta del tímido. Por eso y porque un alma retirada en sí misma y rodeada de caracteres insobornables, al tiempo que elabora un secreto argumento que éstos ignoran, se construye un recoleto acomodo en un rincón que le será tanto más difícil abandonar cuanto más artificiosas sean las razones que recolectara para su retiro. La mente no es tortuosa, la equívoca y contradictoria es toda carne obligada a elegir y todo cuerpo dispuesto a aceptar el milagro; y la conducta que obedece a la razón (la razón que formula reglas de conveniencia y principios para alcanzar el mayor confort) se deja arrastrar por sentencias y dictámenes que se suceden por conclusión lógica pero que al llegar a cierto punto se pierden, sin que sea posible volver al lugar del extravío, porque todo lo que sale de una razón baldía y esquilmada tarde o temprano ella misma lo olvida. Tal vez la razón sea demasiado amplia y demasiado complaciente, ahorrativa y ordenada para un cuerpo que en la mayoría de sus difíciles compromisos se mueve entre lo ignorable; y lo que nos da no sea más que la transcripción en el restringido código de las palabras de un argumento que nunca será captado por ellas en toda su minuciosidad, de la misma manera que el «te amo» que pronuncia el amante no constituye la resultante sino la envolvente sin discriminación de la nebulosa de muy distintos impulsos, contradictorios y heterogéneos, con que millones de partículas diferentes responden a la presencia de un cuerpo extraño que nunca conocerán ni asimilarán. Pero no porque el secreto de la carne sea irreductible al conocimiento ha de ser menester conformarse con el resumen verbal que proporciona la razón; de hecho nadie se conforma con él; de hecho y a todo trance todo el mundo, aun buscando el engaño del silencio, trata de zafarse del marchamo con que la conciencia obvia su ignorancia y busca, cada cual con sus medios, esa zona oscura

donde se esconde el primer recurso y último vestigio de su vitalidad. Así pues, tu hermano, llamado a salvar la patria, ¿qué se encontró? Un arrabal de pueblo, los amores de una maritornes y una muerte a deshoras, a manos desganadas, sin la aureola del odio y que al cabo de dos años de guerra a todo el mundo dejó frío. Y en cuanto a ti siempre supuse que tenías que volver porque mientras siguieras ausente (de espaldas a una estufa, en un instituto o en un laboratorio, ocupado en el trabajo de trámite con que una república saldaría el balance de tu exilio, con el pensamiento vuelto hacia las sombrías raíces de la rebelión) acariciarías la idea de volver no tanto para recoger cuanto para comprobar los resultados de tu intervención. Helos aquí: desde luego el apellido había llegado a su extinción y si la casa sigue en pie es porque ya no tiene ningún valor, malvendidas las tierras; ah, quedó resuelto un conflicto entre hermanos ¿y qué? Ya volverá a surgir, en otras latitudes pues ¿desde cuándo el triunfo de una idea —suponiendo que eso exista— ha conjurado la posibilidad de conflictos entre hermanos? Probablemente la viuda paseó su luto durante un trimestre, no mucho más pues tampoco tenía necesidad de las medias negras para llamar la atención. Un par de desmemoriados prolongaron su tertulia de aquende la tumba durante una primavera y el más joven cayó fulminado al primer timbrazo de la postguerra; el alcalde había caído ante la tapia llamándole a gritos que despertaron de su sopor a una anciana tan ida como para interpretar las voces como órdenes del más allá en el sentido de extraer una sota del mazo de naipes. Y echó a llorar, por primera vez en cuarenta años o en toda su vida. Se levantó de su butacón y se metió en la cama para morir, ni siquiera para bien morir. Unos meses antes había reaparecido la tía Sunta, coincidiendo con la ofensiva de Aragón y el renovado interés de todos los supervivientes por las noticias de la radio nacional; en su caso fue el hedor quien hizo

las funciones de la piedad. Tan sólo en la selva, la selva di spiriti apessi, acertó a sobrevivir la que un día fue conocida como Demarcación o cosa parecida, porque sin duda ya no vivía en parte alguna tras haber asumido la guerra civil como una querella entre guardas jurados, o cosa parecida, ansiosos de hallar el paradero de su joven esposo, perdido sin esperanza en plena luna de miel en las primeras cuestas de la prohibida Mantua. Así que excepto ella y yo todos se dispusieron a morir. Estoy por decir todos sin excepción pero prefiero atenerme a lo dicho. Yo no lo hice porque la razón decía «Lo mejor es que no vuelva» por esto, por eso y por lo de más allá; nada como la razón para acomodarse a lo que sea y para convencer a cuanto le rodea —el cuerpo y el alma— de las ventajas de su posición, como ese pariente acomodado que no contento de su situación y temeroso siempre de que la menor queja se traducirá en una demanda, constantemente rechazará como injustas las protestas de sus menesterosos allegados y, exagerando las cargas, los deberes y sinsabores propios, simulará una falsa añoranza por una condición más baja. Y murieron porque ¿qué otra cosa podían hacer? ¿Sobrevivir? Ya. Ni siquiera pasó por la mente de Resolución o Resistencia o solamente Penitencia. Y me pregunto, ¿funcionaba el timbre o entraban y salían a placer, a raíz de la victoria? Y también me pregunto, ¿cabe otra victoria que la de la fuerza? No volví a verla excepto una vez, a través de los postigos, poco menos que incapaz de verla, la mente ocupada con la ecuación de su vuelta que —era de lo único que estaba seguro— no me sería posible resolver en cuanto acudiera a la llamada del timbre. Sabía del caso de Marré, acuciada en apariencia por un síndrome que se había equivocado de paciente. Y de una tal Leo, a quien no conocí, que disimularía sus antojos entre los sucios matorrales de Titelácer. ¿Por qué tuvo la iniciativa que partir de las mujeres? ¿No acertaban a llenar sus vaginas fuera de nuestra tierra? ¿Les

es tan necesaria la paz para sus provocaciones y trastornos? No, no llegará el momento en que jueguen limpio y recurrirán hasta a la muerte con tal de no perder ese carnal tirafondo que completa su anatomía y que con la plenitud les otorga la facultad de achacar su malestar a un ente extraño. Fui una vez más engañado porque no sólo tenía que haber vuelto sino también insistido en su llamada a fin de poder oponerme tercamente a su entrada; pero no hizo más que pasar de largo, dejándome en un desconcierto más duro de soportar que la herida del amor propio; una situación injusta se aguanta cuando la conducta acomodada a cualquier renuncia pone el pensamiento en la satisfacción con que un futuro abonará el sacrificio presente, incluso derivando esos pequeños beneficios con que la llamada fuerza de voluntad demuestra su poder de acallar los impulsos nacidos del ignorado ser encerrado por la espera y congelado por la decisión postergada; pero un imprevisto, sorprendente e insuficiente pago echa por tierra ese balance en vilo porque los resentimientos pierden todo su valor tras una larga temporada en el almacén. Demostró, como yo había supuesto, que guardaba la memoria de su deuda pero ¡de qué cuantía! Mil veces hubiera preferido que no apareciera para al menos mantener la vigilia y la vigencia de aquel quimérico y desorbitado balance, pero no; había sonado el timbre cuando se diría que ya había pasado la época de los timbres, como si ante la desbandada de todos los habitantes (volaron primero las cabelleras y las faldas, luego las barbas, los postizos y los relojes después; a seguido la loza, la porcelana y el metal; la madera se conservó más tiempo) y entes domésticos, el timbre hubiera optado por sucumbir antes de desertar y ofrecerse a sí mismo la posibilidad de ejecutar el último acto de una tragedia inconclusa, para investido como agente de la premonición sonar en el momento en que aquél cediera desde muy lejos al deseo de su tan diferido regreso, o

bien dotar a su mecanismo inanimado del poder de despertar al alma de su racional ensueño para demostrarle con un breve, no repetido e insólito timbrazo perdido en el horizonte insonoro de todos los mediodías desérticos y en el vasto mediodía secular iluminado en ese instante no por el sol sino por su pequeña campana semiesférica devuelta a la noche del metal, que en nada se parecía al modelo que la razón había preparado para ella, y en la calle el código se vino abajo —rota toda resistencia y anacronizada toda oposición— en espera de esa sola sílaba salida de sus labios que había de bastar para dejar de lado todos los preceptos de todas las morales de todas las civilizaciones de todas las edades y, rompiendo el voto que resume la sabiduría, acudir a su llamada pretermoral que saltando por encima de las palabras apela a la única insondable dignidad biológica de la carne. Una vez más estaba a merced de la más nimia petición que no llegó y su desdén me hizo más fuerte de lo que en el fondo deseaba; me decía «Sube un poco el precio y bajo a abrir» y un solo guiño habría bastado. Tenía un acompañante, del todo ajeno a su curiosidad, y si no abrí no fue por miedo al ridículo o al encuentro con un extraño ni por obediencia al voto ni por ninguna otra consideración de orden ¿práctico? En todo caso fue por otra clase de miedo; pero no a perder el sórdido pero estable equilibrio conseguido gracias a la abstinencia ni a verme de nuevo en la vorágine nocturna de una libido monoplaza (ignoraba qué había sido de ella y me decía que solamente (para requerir noticias tuyas, tal vez, un indicio que estaba dispuesto a aprovechar para abatirla) mi presencia podía atraerla de nuevo a la casa en el más augusto mediodía de la devastación, en el más hircano invierno y en la más huérfana de sus fechas) sino por miedo (el mismo del hombre que acumula y dispone durante años los preparativos de la que considera su obra capital que no se decide a abordar atenazado por la sospecha de un mayúsculo fracaso

indefinidamente suspendido por el intento) a poner un falso punto final a mi espera y liquidar de manera precipitada la única posibilidad para tu vuelta. No era ésa la llamada que el timbre esperaba y para la que (como yo) había decidido permanecer en la casa renunciando al éxodo. Estaba escrito que la tragedia concluiría cuando tú lo pulsaras —incluso sin abandonar el aula o el laboratorio de una capital de provincia de una inaccesible república— tan sólo para darme la razón, el último y único gesto de absolución en pos del cual había elegido este retiro. Y pensé que ya había ocurrido sin haberme enterado; el punto de inflexión previsto por el visionario es con frecuencia imperceptible y sólo a distancia es posible reconocerlo como el momento a partir del cual todo cambia y va cobrando forma una maldición que tarda en fraguar; en cambio el cordón de un zapato se rompe siempre una mañana atosigada y un simple lazo, entre dos ojales, con el rabo más largo vendrá a poner la nota del hastío a un cúmulo de diligencias mal iniciadas. Pero tampoco era —no tomes mis palabras por lo que no son— por temor a que al perder el sentido de una decisión, que si tomada a la ligera al menos fue asumida con toda gravedad, la incoherencia se adueñase de tantos años malgastados; si he sido obcecado no ha sido por la lógica ni por la coherencia de mis actos y poco me importaría que un desatino semejante terminase en nada si de mi decisión sacase ese inesperado visitante capaz de abrirme los ojos y revelarme una clave diferente del enigma. Te diré que creo que sólo me moverán los milagros. También la esperaba pero no como a ti. Todo desastre engendra una secuela de remedios que no servirán de nada en el siguiente envite. La esperaba con toda ansia pero para tomarme la revancha; para demostrarle en sus narices mi inmunidad ante su poder; para disimular todo mi encono o replicar de una manera afectada, o hacerme el magnánimo pero indiferente, en cualquier caso; para verla sin

confianza, invadida por el desánimo; para tomarla del brazo y acompañarla hasta la puerta y poner en las palabras de despedida y reconfortación toda la falsedad que admiten; no para recriminarle nada pero sí para persuadirla de manera solapada que nada quería saber de ella. Todo el despecho del que se siente burlado se cifra en otra burla con la que concluir un juego que ya no admita más fintas. Esperaba su vuelta para sacarme esa espina desde el día que abandonó la casa para ser evacuada a la otra zona y si el final de la guerra significó algo para mí —todo estaba consumado, apenas se oía a los viejos, los himnos entraban por las ventanas sin cristales— fue la posibilidad de su vuelta una vez que desaparecieron las zonas. Tenía todo el discurso preparado, es decir, cuatro palabras cortantes. Tardó mucho en volver. Tardó todo ese lapso pensado por el Maquinista para alcanzar el punto de mayor fatiga, tras la enconada lucha diaria entre el desánimo y la memoria del agravio al cabo de la cual ambos se hallan tan exhaustos que en secreto, a espaldas del amor propio, negocian una paz en el olvido y una reconciliación en la indigencia; cuando sólo queda el tiempo, pautado por las palabras de la reiteración pero carente de acentos, timbres y tonos, carente de la violencia biológica que lo devora y trastorna, resuelta su antinómica composición en la cancerosa expansión del instante que se nutre de neutros momentos, hasta el coraje se vuelve atonía y la fantasía rutina. Y la expectativa del desagravio —que se espera como la liquidación de un frente estabilizado del que se podrá retirar las fuerzas necesarias para reanudar con nuevo brío una campaña enmohecida— con frecuencia se convierte en la tumba del denuedo, sin recurrencia posible a un ingenuo coraje consumido en el primer enfrentamiento malogrado. No había deseado otra cosa que abrir esa puerta, para dejarla entrar o para no dejarla entrar pero en cualquier caso para resolver el primer y más liviano conflicto a fin de

poder dedicarme al otro. A continuación podría abandonar la casa y alejarme de allí para siempre. Con eso estaba dicho todo y no dudaba de que a tu lejano edificio de hormigón y cristal llegaría la noticia del acontecimiento. «Así pues...» Apenas era yo mientras contemplaba desde detrás del postigo cómo, en el centro de la calzada, observaba la fachada en busca de un signo de habitación. A lo más dio un par de vueltas. No se molestó en preguntar a una vecina, sentada en una silla de cuerda, haciendo su labor de cara a la pared. Y a su acompañante debió decirle: «Espera un momento. Para. Quiero ver una cosa». Ni siquiera despertó su curiosidad. Como si se tratara de un escaparate mientras el acompañante observa el kiosco de periódicos. No se detuvo más de un cuarto de hora, un único cuarto de hora en casi un decenio y durante el cual no fui yo sino ese azaroso y turbulento preyo, esa mezcla informe de partículas que se bombardean y arqueobacterias capaces de alterar su metabolismo ante un cambio radical del medio y de las que, con un golpe inesperado y gratuito de la naturaleza, puede salir un ser superior de la misma manera y mediante el mismo irrepetible procedimiento que de los cristales del caleidoscopio emerge la faz de Cristo sonriente: y debí sentir lo que no sentí cuando en verdad lo hice, el nacimiento: la convergencia de millones y millones de partículas microscópicas de la memoria dotadas de un poder estamíneo que apuntaban hacia un centro que conjunta, solidaria y simultáneamente cobraba conciencia y libertad —recién salido de la sombría y átona crisálida de su generación— ante el descubrimiento del engaño, dispuesto a proseguir el mismo camino que el yo anterior a la llamada del timbre habría emprendido en obediencia al mandato de la ciega memoria de la especie. Los engaños se suceden sin solución de continuidad y cuando el individuo despeja, con un fallo inapelable, aquel de que ha sido objeto por parte de otros, al punto arbitra otro de

su propia invención a fin de protegerse con él para mantener su movimiento y cometido en un engranaje que precisa esa capa de lubrificante; de esa suerte el último engaño es la creencia en la sinceridad. Si me convencí entonces de que había sido una de las víctimas de su trapacería fue porque a todo trance necesitaba atribuirme un papel, aunque fuera el más humillante, y entonces me vi obligado a comprender que las ideas habían sido lo menos decisivo de nuestra juventud, aunque hubiéramos jurado lo contrario, tan sólo aquello con lo que habíamos rellenado los espacios —tal vez amplios pero de fondo— entre los momentos del instinto y las figuras de carne y hueso. Así había empezado una reclusión en el miedo, el temblor y la vergüenza a causa de ese yo que dominado por una fe secreta que no se atreve a hacer pública se esconde tras un pensamiento que menosprecia y acepta sólo como un mal menor, en un mundo de apariencias; ni el cristal ni el visillo me separarían de mi instintivo destino sino la odiosa dominación por parte del poder de hacer abstracciones y reducir y soslayar los deseos mediante efectos visionarios. Tal vez lo mejor del pensamiento sea su facultad para suavizar el lastimoso estado en que deja al que se confía a él; no le sosiega pero sí le convence y en ningún momento se mostrará tan persuasivo como cuando —a voces y al oído, ante el espejo, el papel y el mármol, en la paz como en la barbarie— le susurra que sólo con él encontrará la armonía. ¿Armonía? ¡Ya! Tal vez la alcance cuando saliendo de este lento amanecer reflexivo, y comprendiendo qué clase de mañana ha saludado, antes del mediodía busque de nuevo las sombras para protegerse de la lumbre de ese cielo de bronce. ¿Ahora? ¿Será armonía esa tiranía de la razón que ha modelado a su capricho —arruinando al refractario y enriqueciendo al servil— un cuerpo cuyos elementos constituyentes no parecen gozar de otro parentesco que su común sumisión? ¿Cómo calificar el reinado

universal de esa necia y engolada criatura que ni siquiera acierta a saber adónde conduce su tiranía? Nil pudet adsuetos sceptris, había dicho tu abuela. ¿Y quién más acostumbrada al cetro? ¿Quién, tras haber perdido toda justificación para su imperio, hace gala de una mayor y más desdeñosa desvergüenza? Fue el miedo, no el precepto que nada tenía que ver con él; el primero sería a tu vuelta y, por consiguiente, a tu sospecha de que aún quedara algún punto no resuelto a causa de la acumulación de problemas y la precipitación de la derrota, mientras que el segundo tan sólo miraría por la salvación de unos pocos supervivientes. ¿Los demás? Una fosa cavada junto a un aprisco, un matrimonio de conveniencia, un puesto en un laboratorio de un arrabal industrial, una casa expoliada y un desván. Desde el principio me dije que yo tenía que ser uno de los culpables porque ni a ti ni a tu hermano os convenía el papel. Tu hermano daría la vida por una causa de la que nunca abjuraría y tú te las arreglarías para dejar buena —aunque callada— prueba de un sacrificio mayor si cabe, y de la formidable generosidad de tu gesto. Peste. Me digo con frecuencia si no será mucho más sensato no preguntarse nada ni sospechar nada, aceptar el veredicto de la historia en todo momento y cualesquiera que sean sus revocaciones, incluso cuando más teñido está de parcialidad, y desistir de esa insensata congruencia con una aprensión que ningún resultado calmará. Y para concluir que si no salía es porque nada tenía que hacer por ahí fuera, y no porque esperara algo como mi propio engaño me hacía creer. Ya no creía en eso pero no sabiendo aceptarlo me arriesgaría a cualquier cosa con tal de sostener el credo. ¿O bien sería ella la única culpable? ¿Me lo estaba preguntando cuando tras el visillo, remitida la tormenta del azoramiento, al verla alejarse de la esquina seguro de que no volvería a poner los pies por aquí volví a recuperar la calma cuando desapareció la mancha de su abrigo de lana —del color

de corteza negruzca— y de un sepulto y plutónico rencor surgió la certidumbre de que no me servía para nada, ni siquiera para un ajuste de cuentas? Por fin solo, un premio mucho más consistente que su expiación de la culpa y más duradero que cualquiera de las posibles humillaciones a que la habría sometido... si hubiera venido por mí. Ni ante la más recóndita contabilidad nos debíamos nada, un fortuito descubrimiento que ella propició con el marcado desinterés de su visita, mientras su acompañante esperaba a que se estirase la media. Entonces y sólo entonces la puse en su sitio, el único que merecía, el único que debía haber ocupado siempre; y me dije, como cualquier pensador de pacotilla, que los desastres sobrevienen cuando las personas no se conforman con su sitio o no saben ocupar el que les toca. ¿Era eso todo? ¿La había estado condenando sin saberlo? ¿Acaso sin quererlo? Nada me impacienta tanto como la fe en esa supuesta conciencia sepultada por la experiencia pero capaz de mover la voluntad sin el permiso ni el enterado del conocimiento y que una vez incorporada a él, por cualquiera de los artificios de la ciencia, restablece la salud de una razón dueña de todas sus premisas; sin duda los que tienen esa fe creen también en el alcance omnímodo de la razón y considerarán como una apostasía de nuestra condición la convicción de que quien mueve el sol y las estrellas no es ni mucho menos el amor sino un poder fatídico, insomne, ignorante, inconsciente y depravado que se mueve y se moverá siempre —siempre— en esa próxima y cambiante oscuridad que se mantiene lejos del alcance de nuestras luces, como un enemigo cobarde. ¿Por qué voy a creer que no bajé a la calle retenido por un motivo olvidado cualquiera si tal hipótesis —una vez enunciada— merece tan poco aprecio como aquella otra —que me repito tantas veces y que constituye, por así decirlo, la interpretación académica acerca de las causas de mi retiro— que atribuye mi decisión al voto de no volver a

abrir esa puerta más que a ti? ¿Qué más da si quería castigarla o redimirla, confesarme o librarme de ella, volver a mí o restaurar en la fantasía la imagen viciada por su presencia? Una vida, como un libro, sólo tiene una lectura y las interpretaciones derivadas de lo no dicho apenas son un infinitésimo con respecto a lo dicho. No sé si volverás pero lo cierto es que aquí estoy y aquí seguiré y no abriré esa puerta más que a ti, tanto si vuelves como si no. No me preguntes por qué lo hago. No lo sé. Lo hago y basta y buscar la razón de ello no es más que un entretenimiento que para serlo cabalmente ha de tener, como todo juego, un final; por eso la causa dice siempre: yo soy el fin. Y posiblemente, dirá otro, estoy aquí para subrogar todas sus funciones y prolongar tu existencia, para restaurarte, sucederte y sustituirte, en suma, como hice o traté de hacerlo siempre, ocupando el hueco que dejaste en tu casa o en la cama de tu cuñada o en una guerra que no habrá terminado en tanto los vencedores no ocupen este bastión que de tan imprudente manera dejaste indefenso. Si eso es así, con qué poco me conformo. Bajo esa luz, la muerte de tu hermano será la que te tenía reservada y que no pudiste ejecutar con tus propias manos por los acontecimientos militares o la avería de un camión; y el doble adulterio ¿responderá al noble intento de librarle de una mujer horrible?, ¿o al revés? Y, por consiguiente, habiendo escapado de la venganza tenía que ser yo quien repudiara a la extraña para lograr la beatificación de un clan, sin mezcla con otra sangre. De nuevo estamos los de casa. Habían sacado un sillón de mimbre y varias sillas donde los más respetables del grupo tomarían asiento; soplaba un aire de cambio y se respiraba el ozono de minúsculas descargas de perplejidad, a pesar de que el acontecimiento no revestía una especial importancia; había mucha actividad pero a escondidas y se produjo un cierto barullo con el movimiento de las sillas y los preparativos de la merienda; hubo numerosas confusiones,

el Doctor quiso mirar a través del objetivo de la cámara, alguien se precipitó sobre él y la cámara vino al suelo; nadie quería ser el primero en ocupar su puesto dentro del grupo y todos remoloneaban por los rincones, en espera del momento indemorable, la voz de mando; hasta que bajó la abuela, apoyada en su futura nieta, y se sentó en el sillón de mimbre; incómoda por tener que someterse a aquella ceremonia no tenía más que alzar la mirada para poner de manifiesto un mal talante que habitualmente dirigido a los naipes parecía encararse al aire libre para preguntarle qué hacía allí, como si fuera un nieto suyo; a su derecha se sentó tu padre que en la fotografía había de aparecer con el labio inferior un poco caído porque le habían dicho que sonriera y yo creo que ya no sabía hacerlo sin poner cara de alelado y a su derecha, a su vez, se sentó su hermana menor con un gesto mucho más natural que el suyo (y por lo general en tales actos las mujeres aciertan a ejecutar su papel mucho mejor que los hombres y aparentan naturalidad con mayor naturalidad que ellos pues lo suyo es estar siempre aparentando naturalidad y aprenden una segunda naturalidad en cualesquiera circunstancias), con la cabeza escorzada para mirar al operador por el rabillo del ojo con una picardía que sólo en contadas ocasiones (sobre todo cuando salía a relucir una relación entre hombre y mujer, una cuestión sobre la que, por desconocerlo todo y no tener, por su denodada soltería, más futuro que el ayuno, podía presumir de experta) se permitía manifestar para desagrado y sonrojo de su hermana mayor que, frontal, adusta y tiesa, con las manos enlazadas y apuntadas hacia el centro de su estirado pecho con un gesto de abadesa, se sentó en el otro extremo a la izquierda del Doctor, en verdad el único risueño y despreocupado de todo el grupo sin duda porque fue el único que se tomó al pie de la letra que aquello era una fiesta, quien lo hizo a la izquierda de la abuela siguiendo las órdenes del artista deseoso

de que al menos en la fila de los sedentes alternasen varones y hembras. Era un grupo compacto y estrictamente familiar pues tanto el Doctor como la tía Sunta eran considerados como de la familia, el primero porque en todas las familias de Región tenía que ser considerado como de la familia y la segunda porque, carente de toda familia, si no era considerada como de la familia no sé cómo podía ser considerada. Tu hermano ocupó el centro de la fila de los en pie, detrás de su abuela, con su prometida cogida del brazo, justo detrás de su padre. Se le veía satisfecho, no sé si de la mujer que había elegido, de la fortuna que pronto iba a disfrutar o porque por primera vez —el día de la presentación de su prometida a la familia— el eje de la casa pasaba por él, no como en tantas otras fiestas de santo y cumpleaños en que solamente había recibido el agasajo de los poderes medios; fue uno de los pocos momentos en que brillaría en toda su magnificencia el poder de la genealogía y aunque sin duda tu padre trató durante toda su vida de sacar el máximo partido de él —exagerado por vuestra temprana orfandad— a lo largo de vuestra minoría de edad y con miras a prolongarlo durante la mayoría, nunca logró —ni sobre vosotros ni sobre la casa— constituirse en un poder absoluto a causa de la longevidad de la abuela y de aquella cesárea eminencia que supo conservar, atenta sólo a los naipes, para todos los asuntos importantes; para mayor abundamiento los intentos de tu padre por independizarse de las rentas y alzarse con una rápida fortuna no pudieron ser más desastrosos y poco tiempo después de emprender sus especulaciones volvió a la casa trasquilado, ante la impasibilidad de la abuela, para recluirse en los pequeños asuntos de la administración que ni siquiera supo hacer con eficacia; por eso —y por otras cosas— en aquella ocasión el sol de la masculinidad, tras un invierno nublado, surgía en la cara de tu hermano sobre un festón de canosos nubarrones que se habían retirado al horizonte

incapaces de ocupar la bóveda de un primer día estival; a lo mejor peco de atrevido si afirmo que ya en aquella ocasión la compañera que tenía a su derecha —y que ni siquiera había estrenado— no suponía el mayor motivo para su satisfacción; tal vez lo fuera lo que ella aparejaba y representaba para él pero ¿ella?, ¿ella misma?, me temo que no; su aplomo, la actitud erguida y jaque, la arrogancia para constituirse en el eje y plexo del momento, como si el grupo se aglutinara en torno a su persona que nada les debía, indicaba hasta qué punto se consideraba una criatura central que no abandonaría nunca sus poderes axiales; hay gente que naciendo así se las arregla para no topar nunca con el mentís, abriéndose paso antes de asomar porque, como se decía entonces, «vienen pegando» (hasta que la muerte los separa de su vanidad); y como si ella lo hubiera advertido (en el espacio de tiempo, no antes, que necesitara el artista para reclamar inmovilidad y concentración de miradas sobre el objetivo, captado por el paso fugaz de una sospecha errante que quedaría materializada en la fotografía) se apartó un poco de su prometido cediéndole el brazo pero hurtando su hombro como para insinuar que nada tenía que ver con la súbita importancia que se atribuía su futuro marido, que no lo había elegido por eso y que en modo alguno su actitud podía confundirse con la de él; y por si fuera poco desvió la mirada del objetivo hacia su derecha, hacia donde nos encontrábamos tú y yo, acaso para poner de manifiesto ya una incipiente simpatía hacia nosotros, ya la desviación de su atención hacia otra parte con la evidente intención de demostrar que nada le traía más sin cuidado que la solemnidad de aquel momento y su perduración en una cartulina; que había que atribuir a su buena educación y a su deseo de no levantar suspicacias su en apariencia desenfadada participación en un acto que sin duda le habría de parecer la mayor ridiculez a que se había prestado desde que tuviera uso de razón; con lo cual logró lo que se

proponía con la mayor concisión, simplicidad y, como siempre, naturalidad: esto es, que en la fotografía, por su gesto y su atuendo, por su talante y sus rasgos, se destacase como la persona más ajena al grupo que la rodeaba (el grupo era su futura familia, elegida en la ignorancia ya que no contra su voluntad) y dentro del cual su singularidad cobraba un carácter y sabor muy especiales no sólo por el contraste con los caracteres circundantes —en cierto modo homogeneizados por el aire de familia y el bruñido de la convivencia y rebajados por la imprudente introducción de su elegancia a la categoría de rudimentarios señores del campo (de la misma manera que el orden en el mal gusto del salón del nuevo rico se refuerza el día que introduce una pieza de verdadera calidad, que para subsistir adquirirá el aspecto de un pastiche)— sino también por la no antagonista yuxtaposición en su misma persona de atributos opuestos —hermosura y rareza, serenidad e inquietud, tradición y novedad, claridad y misterio, anomalía y normalidad— de que parece gozar el insólito objeto del que en un primer trato nadie acierta a decir nada, ni siquiera a poner un solo reparo. Luego vendrían los llantos y las sorpresas pero lo cierto es que en su primera estancia en la casa la abuela no dijo «Demasiado bueno para ser cierto», el latiguillo con que habitualmente remitía al tiempo sus imprecisas sospechas y callaba el veredicto que no se atreviera a declarar. Su carácter estaba modelado de forma que no levantaba opiniones contundentes y su tacto fue tal que nunca, ni cuando a punto estaba de consumarse la tragedia ante su aparente pasividad, provocó vivas reacciones. Eso era lo raro, de una mujer así se habla más, por lo general. En una ocasión —hablando de uno de tantos casos relacionados con el pueblo o la familia— la abuela había dicho de una chica muy guapa —de esas cuya belleza se impone sobre cualquier otra cualidad, incluso si las tiene malas— que no era una mujer conveniente; para añadir

que una excesiva belleza ni siquiera es conveniente para quien la posea, por ser una cualidad no sólo tiránica sino (aunque parezca paradójico, aunque venga a contradecir los lamentos de tantos poetas que han llorado su caducidad y su destino irremediable en el deterioro) inalterable y longeva, al menos lo bastante como para imponer su tosco dictado en toda actividad de la vida emocional. Lo conveniente (iba a decir para amar) es una belleza más discreta, más modificable que la de las esfinges... pero no se trataba de una esfinge, y quizá por eso se calló y no concluyó su sentencia, arrebatada por un tema mucho más serio que aquella cháchara, una sota o un dos. Ya lo creo que no era una esfinge, como bien demostró en numerosas ocasiones, y en cuanto a su belleza... la modificaba a su antojo y, por así decirlo, con elementos aéreos, con la misma facilidad con que el cielo cambia un paisaje. Tampoco había abierto la boca cuando introdujo a su prometida en la cámara —había levantado un siete de bastos con la izquierda y con el índice de la derecha negaba a varios naipes de la mesa su posibilidad de acogerlo— al tiempo que decía: «Abuela, quiero presentarte...» pero había comprendido con una mirada felina y ultravisual —con el brusco movimiento de cabeza de la rapaz dedicada al consumo del tiempo en el acecho del éter, tan interesada en la apenas perceptible denuncia de un movimiento como desinteresada de un cataclismo o una alteración demasiado ostensible— que había materia para temer desgracias; que había carácter, ambición e ímpetu; que no se limitaría a ser la obediente esposa de su nieto; que detrás de la prometida había una persona de mayor amplitud, que la prometida había dejado en la sombra para tal ocasión y donde a ciegas pergeñaba un futuro no detenido en el matrimonio; y que buena parte de su recóndito atractivo residía en la sutil pulsación de sus imperfecciones y de su coraje. Pues bien, en más de un aspecto nunca llegó a formar parte de la familia

manteniéndose siempre como una extraña, dispuesta en todo momento a defender su propia idiosincrasia y a no dejarse absorber por aquel medio y quién sabe si volvió hacia ti —al parecer aquí, para dar el primer paso tiempo después, en un restaurante de la capital— su primera mirada de curiosidad el día que advirtió que te dominaba un impulso que conocía muy bien, un nada intelectual rechazo a tu familia y que para vestirlo con alguna dignidad lo habías disfrazado con los más vistosos géneros que ofrece el mercado pero que a la larga son los de peor resultado, las ideas. Debía haber dicho en apariencia, ya que lo aprendí de ti. Fueron las ideas —no el carácter ni el clima ni el ambiente ni los afectos ni las aficiones — las que al parecer te alejaron de la familia y te convirtieron en un aprendiz de renegado, y las ideas pueden ser tan opresivas y permanentes como la belleza de la mujer, o más. Y pueden formar un envoltorio tan tiránico como la belleza de la mujer, o más. Y pueden exigir tanto cuidado diario como la belleza de la mujer, o más. Y ser como la belleza para la mujer, que empieza por servirse de un utensilio rutilante para terminar esclavizada por la quincalla. Y sobre todas, las ideas que se dicen bellas y que al parecer sobrevuelan. Son las peores, en virtud de su imperecedera lozanía y de la tenacidad con que se agarran al cuerpo que las acoge; y las más perversas, aquellas que nacidas al conjuro de un furor cristalizan en un credo y sirven de fundamento para una futura revancha. ¿No estaré hablando de política, verdad? No lo sé pero me agrada pensar que con frecuencia el origen individual de una doctrina se remonta al simple espectáculo (la fotografía de color sepia de unos reclutas encaramados a la caña del cañón de la batería de costa donde han sido destinados, bonetes, bigotes y alpargatas), tanto más excitante y compulsivo cuanto menos espacio deja para la paz y la concordia (dos números que disfrutan de su ocio a la sombra

del alpendre del cuartelillo, en una de las primeras mañanas ardientes del verano, siguen con el rabillo del ojo el paso de una cuadrilla de segadores salmantinos encabezada por dos carros), que de forma más apremiante apele al anhelo de restauración de la justicia, un sentimiento que residiendo en una no evolutiva a flor de piel parénquima no tiene por qué llevar el visto bueno de la razón para despertar y ponerse en marcha (las rodillas apretadas y los pechos fuera, se oprimía el vientre —la cara desencajada— y hundía la punta de sus codos sobre su sexo para aplastar el dolor, dos lágrimas detenidas en espera de las rezagadas) y no sabiendo refrenar su impaciencia se lanzará solo a la lucha para acogerse al credo y la comunidad de los justos (estuvieron ocultos durante varios días en cuanto supieron que un hermano suyo les esperaba del otro lado del río con una hoz) cuando el miedo, el coraje y la vergüenza den paso al deseo de no volverlos a sufrir (hasta que desapareció subido a un carro donde lo depositaron los compañeros y parientes que lo habían sacado exánime del cuartelillo). Qué duda cabe de que la razón guiará al sentimiento hacia donde más protegido quede y —con suma astucia, replegada sobre sí misma— encomendará a una instancia superior la responsabilidad de una solución congruente con un espíritu que exige ese paso en su multitudinaria y humanitaria marcha. Pero la indeleble impresión en la que se sitúa el cambio de rumbo puede ser interpretada de todas las maneras que permiten las distintas confesiones. El padre se balancea con las piernas colgando de la caña, en el aire matinal de un levante adormilado en el afeminado clima de una paz que se remonta al primer cañón de bronce, y los hijos observan el paso de la cuadrilla salmantina. Lo más atractivo de los desatinos es que resulten inexplicables, que un sumario juicio —elevado según los modos de la razón y los hábitos de la conducta— los cierre siempre de manera

satisfactoria y que muy rara vez el alma se entretenga en su desorden y se atreva a indagar sus yerros; y así el desatino viene a precintar el espacio reservado al error donde la gemela de la razón se mueve a su antojo. En el círculo de tu familia tu vida de estudiante en la capital sólo había levantado aprensiones y sospechas y nada resultaba tan fácil como atribuir tu evidente distanciamiento a esa baraja de influencias nocivas —siempre las mismas— con que la tradición se explica la aceleración de cualquiera de sus vástagos; con excepción de la doctrina rebus sic stantibus esa tradición no atesoraba nada y lo temía todo. ¡El temor! Lo único que debería estar prohibido transmitir y lo primero que se inculca. Tú tampoco tenías demasiadas ideas pero una sola basta para abrir el alma a todas las hermanas de leche y acogerlas con esa buena disposición que según la etiqueta merecen los amigos de los amigos; por alguna razón de ese orden el estudiante de leyes será un muchacho conservador —un ultra cuando se licencia, un militante de la extrema derecha cuando recibe su primer encargo— en tanto que las primeras nociones acerca de los quanta hace del otro un avanzado. Las ideas también son afectivas y se hermanan o distancian más por razones generacionales y de simpatía que por su parentesco en un mismo sistema del juicio. Aparte de eso, la honorabilidad de tu familia era demasiado reciente y crujía de tal manera que no podía mantenerse con aplomo; la generación de tu padre —incapaz de conservar la fortuna y el tono por sus propios esfuerzos y méritos— lo único nuevo que adquirió fue el miedo: el miedo a perder lo que tenían, a cualquier clase de renovación (con excepción de la española), disfrazado con la consagración de sus títulos y la consiguiente transformación en pecado de la más ligera amenaza a sus posesiones y prebendas; por eso fueron ellos los primeros pecadores —ordinal y cronológicamente— pues pecaron contra el segundo

mandamiento mientras sus adversarios y asalariados —para redimir su falta— lo harían a seguido contra el cuarto, el quinto o el que fuera. No parece que hay otra salida que robar, desobedecer, violar y matar para luchar y vengar a la comunidad del arrebato de orgullo de aquel que confunde sus intereses propios con los de ella y busca la salvaguardia de la divinidad para justificar sus desmanes. Pero por una vez seré justo con tu hermano y rendiré un tímido tributo a su fortaleza; era, claro está, mucho más fuerte que su padre, mucho más fuerte; al igual que a ti, pero de distinto modo y alimentado por otras ambiciones, también le repugnaban su miedo y su avaricia. Ambos habíais sufrido su más tenebroso legado al que ambos, de distinta manera, os apresuraríais a renunciar. Tu padre había vivido en el permanente temor al despojo y como todos los que no merecen lo que gozan solamente acertó a educaros más en el miedo a lo que podía amenazarle que en el culto a lo que adoraba, que no sé lo que podía ser aparte del dinero. Cuando considero los cambios de fortuna, de mentalidad y de costumbres que hubo de soportar nuestra generación, cuando pienso en la renuncia a tantas cosas insostenibles y la forzosa (más que involuntaria) amortización de bienes que días antes parecieran incaducables a fin de adquirir unas aspiraciones más acordes con las imposiciones de la época, tengo que llegar a la conclusión de que sólo lo supieron hacer con dignidad y eficacia no tanto los que tenían poco que perder cuanto aquellos que previamente habían recusado el temor a perder lo que tenían, fuera lo que fuera; un triunfo (inútil) de la educación que no transmite sus aprensiones a sus pupilos. Tu hermano que no la recibió se limitó a rechazar la opuesta pero no se detuvo ahí, afín a las ideas de su medio y deseoso de investirlas de fundamentos más fuertes que los que le prestaba la tradición, y volcó su temperamento en una actitud opuesta a la tuya pero mucho

más radical, nada menos que con el propósito de allanar el camino de un credo que en su inconmovible transcurso parecía haber tropezado con un obstáculo que sólo reputarían como infranqueable los que lo abordaran con timidez y mala conciencia. Tenía más de una ventaja sobre ti; en casa no tenía por qué ocultar sus intenciones, la alarma que provocaba era hermana de la admiración y respecto al prójimo podía obrar con tal falta de consideración que lo único que se tenía que exigir era una decisión y todo su coraje. No le faltaba, no le había faltado nunca, incluso cuando su padre lo escondió en un pueblo vecino ante las amenazas de un segador a las que, me consta, quiso hacer frente. Y fue el único, era un adolescente, que salió en busca del recién marido de Sunta, perdido inexplicablemente en el monte. No tenía remilgos; no le importaba que en la cuneta quedara buena parte de los seres queridos. Era lo único que podía esperar quien no supiera seguir su paso. Y como ningún grupo le había llamado a formar parte de sus filas para hacer un frente común ni nadie había insuflado una fe hereditaria bien podía permitirse el lujo de prescindir de consideraciones de orden menor y consagrar todos sus actos, incluso los más ruines, al orden falaz de lo infalible. Así nos fuimos acercando al corazón de la cuestión que el destino te presentó utilizando como mensajero el mismo usurero espíritu de la ambigüedad que había injertado en tu alma unas dudas que después fructificarían en el tiempo de la guerra; el destino de un hombre tiene su propia cara, el propio talante y hasta sus mismas expresiones pero al no asomar nunca, puede presumir de un carácter impersonal y predeterminado y, superior incluso a la voluntad de los dioses que, nacidos de él sin la componente de arcilla, en vano intentan desprenderse de su dependencia —como el agua caída del cielo se regocija al correr por el curso que ella misma se ha tallado y sólo detiene su paso cuando la proximidad del océano

le empuja a presentir su evaporación— molecular que les tiene prohibido un sueño de pasiones y rumores, vela por la preservación de un continuo equilibrio que no será roto por las torpes e individuales materializaciones de los cuerpos que cambian de estado pero no de devenir; el destino será el propio yo o el negativo de ese yo instantáneamente anterior y que en todo momento —obedeciendo una ley ineluctable— se opone a su revelado para no denunciar el sistema de la predestinación; todo acto y todo gesto tiene dos caras, una de las cuales sólo asomará cuando consumida la potencia reactiva del destino se resuelva la determinación con el resultado polarmente opuesto al previsto y deseado por la voluntad: un día el perdón será un castigo y un éxito el fracaso, la caricia un azote y la generosidad usura. Tú no tenías el deber de saberlo (como no lo tiene nadie, pues el primer atisbo de esa ciencia no es otra que el aldabonazo inicial de la muerte) pero al aventurarte tan joven en el juego de las dobles intenciones bien pudiste sospechar y maliciar que las que mantuvieras secretas tarde o temprano se rebelarían contra la obediencia a tus designios. Una vida secreta no tiene mejor justificación que la voluntaria servidumbre al azar, expulsado de la vida cotidiana por las recetas de la moral. Y si alguien arrastra esa clase de vida marginal en la seguridad de tenerla atada de cerca, con frecuencia es porque aquella otra abierta ha escapado a su control. No te eligió el destino para redondear y consumar una tragedia que otro artífice había bosquejado sino que fuiste tú que al refugiarte en su carácter dual (el destino ¿estará sexuado?, ¿tendrá sólo un poder generativo si goza de dos formas complementarias de cuyo ayuntamiento saldrán sus criaturas?, ¿será el dos el principio de toda numeración, la ruptura del cerco a una unidad no generativa ni indegradable?), su doble faz y su ambigua conducta sólo conseguiste revestir tus actos de esa duplicidad, cuadruplicidad

o multiplicidad que son los mejores abonos para el cultivo del azar y la cultura del desastre; ésa es su astucia; qué duda cabe de que el destino (esa dispersión de tu materia en partículas que aparentemente unidas en torno a ti bailan en secreto al compás de un ritmo inaprensible) tras haber cargado todas las participaciones de tu voluntad con su poder no sólo no se deja engatusar por la sencilla añagaza de copiarle su manera de ser sino que es lo que está esperando de ti para hacerse tu dueño; te tomaste demasiado en serio tu confianza en ti mismo y la que despertabas a tu alrededor, tu bien probada superioridad sobre tantos que te rodearon y llegaste a suponer que con todo eso tendrías en tus manos el control de una situación dominada por influencias que, en verdad, no te atreviste a medir ni quisiste saber hasta dónde llegarían. No, al final no se produjo el milagro y la guerra estaba irremediablemente perdida. Sabes muy bien cuál es la regla de todo ganador: hay que aplastar al que pierde y respetar al que gana. Juego y compasión son incompatibles. Perdida para ti y para todos los que se vieron involucrados por tu participación y ganada, como siempre, por el destino que contando con fondos inagotables, y jugando como siempre sobre el presente —no se olvide— (porque lo diabólico no es tanto la lucha como la perseverancia en ella y la fidelidad a una causa vulnerada en un ayer tan remoto que lo ha olvidado todo salvo el desprecio al porvenir y al resultado) sólo puede observar con conmiseración al petimetre que se acerca a su mesa con la secreta confianza de levantarse de ella con las manos llenas. No había solución y en eso reside todo su interés pues ¿vale la pena pararse a pensar en serio en un destino que no sea trágico? Tú y yo siempre habíamos creído en los milagros —lo único que en verdad creíamos— y en las personas que de tarde en tarde acertaban a producir uno («No —dijo el profesor en el primer año de carrera—, no es ése el camino; la matemática sólo es la sombra de la razón») por

ser las únicas capaces de encender el fiero instinto de la llama que ha de extinguirse sobre este opalino ámbito cerrado por el orden, las leyes y la vitalidad. Cuando comprendiste que ya no era posible ningún milagro quisiste dar marcha atrás pero era demasiado tarde. Había pasado la pleamar. Perdida la guerra era tu hermano quien tenía todo el derecho a una supervivencia que echaría por tierra las intenciones y propósitos secundarios que habías alimentado en los días de lucha. Lo de menos era la idea, que una vez más podía esperar, pero no así el renovado e injusto usufructo por el vencedor de todo lo que con su victoria había perdido; y quisiste convencerte de que el telegrama que te había enviado tu padre en los albores de la contienda quería decir todo lo contrario a lo que había escrito y que incluso tu hermano —desde su ensimismamiento en su indolente heroísmo— reclamaba tu intervención para librarse del engolfamiento en el botín. Cuando se acostumbra a leer entre líneas ningún texto puede prevalecer sobre otro y las sentencias más firmes se vuelven manteca. Al final de aquel verano tenías una fe ciega en tu cuñada, ¿no es cierto?, y si en las primeras jornadas de la ofensiva empezó a decaer no sería por los fallos del dispositivo, la avería de un camión o la falta de pertrechos y munición. Sería, me digo, porque habrías vislumbrado algo que no encajaba a la perfección en la composición que te habías formado. En aquel tercer acto el papel de protagonista pasó a tu cuñada, a la que con toda probabilidad te unía, más que todos los lazos de la carne que habíais anudado en el cuarto colorado y en no sé qué venta de la carretera de la sierra cortada por el enemigo —y no lejos del arrabal donde tu hermano había ido a buscar refugio y amparo—, el secreto juramento de arrimar la lucha a vuestros intereses. Cuando esa complicidad adquirió caracteres irrevocables, cuando sin necesidad de hablar de ello cada uno de vosotros empezó a

vislumbrar que la guerra constituía el mejor pretexto para el adulterio y que su final, cualquiera que fuese, antes que otra cosa sería el permiso concedido por el hado a la unión, empezaste a temer que ni siquiera el más imprevisto desenlace te redimiría de la maldición con que el telegrama de tu padre te había hermanado a la casta de los híbridos, de los que ya no pueden aspirar a la simplicidad y la... estabilidad. El engaño marca más que el fuego y el que se ve empujado a él difícilmente podrá volver sin más ni más a la superficie de los hechos que no tienen vuelta de hoja, bien porque —como el hombre que habiendo disfrutado de lo prohibido tiene de tanto en tanto necesidad de volver a él— no se conforme con ellos, bien porque descubra una insoslayable vocación de su personalidad para anidar en un claroscuro donde hasta las confidencias hacia uno mismo resultan indiscretas. Ninguna de las dos causas era la tuya —eso es lo que temías descubrir— pero sí lo era la guerra y cuando comprendiste que su final te dejaría sin terreno donde poner tus plantas, te arrimaste a tu cuñada cuanto ella quiso, con el pensamiento ya puesto en el exilio. En esa asociación había un doble engaño de menor cuantía; esa clase de engaño que derivado de la educación se levanta como una réplica al egoísmo que no se detiene ante las fronteras del prójimo y que es lo único que me atrevo a identificar con el mal. Contra ese mal —recóndito y sombrío— sólo cabe una guerra secreta ya que poco puede oponer una conducta clara que moviéndose en la superficie de lo común y careciendo de sentidos para interpretar lo vago y lo tácito, replique con la limitada potencia de lo expreso. Cuando dos mentirosos de ese porte, como tú y tu cuñada, se encuentran no tardan en llegar a un completo entendimiento que tantas veces se produce sin cambiar muchas palabras, porque los sentidos aguzados en las propias sombras son los primeros en adivinar la existencia de una naturaleza secreta que decidida a no hacer

confidencias sólo espera ser descubierta por alguien tan afín que se reserve para sí mismo el hallazgo. Cuando se produce esa coincidencia, sin necesidad de hacer exhibición de los respectivos secretos, se da origen a una peculiar confianza que tiene tanto de reacción a un histórico recelo contra todo prójimo cuanto de tentativa de recuperación de una transparencia de la conducta que todo el que se ha visto arrastrado al engaño sólo puede añorar. Incluso el inocente, si lo hay, añora la inocencia; el pecado lo debemos llevar en la sangre; la razón que reflexiona ha de tener mucho que ver en eso, desterrada de una Sodoma que no volverá a ver y reproducida en el incesto; el pecado, la culpa o —peor aún— la sed de justicia; pues no hay nadie neutral. Y en esa situación, o bien se produce el milagro o bien el engaño prevalecerá. Te he dicho que tanto tú como yo éramos de los que creen en los milagros (el recuerdo es un perro) y a ese milagro me refería. Y si no se produjo al cabo de dos semanas de intensa efusión, ya no se produciría nunca. Me temo que en circunstancias como aquélla el trato carnal resulta decisivo porque raramente preserva la relación anterior a él; la simplifica, aclara y acorta o la complica, oscurece y prolonga pero nunca la deja como era. Cuando esa relación se superpone además a un abril de mil expectativas a punto de abrir sus concertados brotes ante el severo, autoritario y respetuoso toque de atención de una fecha formal, un imprevisto cambio del tiempo puede dar al traste con toda la eclosión y si en ese campo además se introduce el vector amoroso (que siempre se cree reflexivo aunque sólo piensa en sí mismo, sin detenerse a considerar la conmoción que provoca su fugacidad) el resultado puede ser un imprevisto y polimórfico trastorno. No se produjo el milagro («La verdadera lucha es contra el sentido común», había dicho la tía Sunta, sin darle importancia y sin excesiva convicción) y por consiguiente volvió la razón a sus senderos, la lucha de los

intereses, la búsqueda en privado de la mañana siguiente porque ¿qué cabe esperar de quienes desean reservar para uno solo una lealtad que negarán a los demás? Un día u otro, en una escaramuza de alcoba, de una indiscreción o un brote del hastío rápidamente percibido y anotado por el otro agonista ¿no volverá aunque sea por un instante (pero qué instante de vitriolo) el amado a su condición de otro? y ante el automático disparo del resorte ¿se verá el espíritu invadido de nuevo por la flema del engaño? Lo que tenían en común vuelve a ser separado y, eso es lo curioso, en el hinterland de vacío provocado por la permanencia inanimada de las cosas comunes el presente se anacroniza para conceder —quizá— la contemporaneidad de todo dolor. Volvió la sospecha (el recuerdo es un perro) de que el final de la guerra acarrearía su separación y entonces fuiste a ver a tu hermano en su refugio del arrabal para adivinar qué tenías que hacer con su mujer: creerla y librarla de él o no preocuparte más de su suerte. Ya se aproxima esa media luz que gusta utilizar un sonido como su mensajero —sea el canto del mirlo que en el borde superior de la hoja nueva de cada día estampa su negra y reiterativa firma, facultado para membretear la jornada y conceder su visto bueno al frágil y anónimo eslabón de toda cronología, sea el murmullo de tantos insectos que abandonan su escondrijo para celebrar la caída del sol o sea el pautado y rítmico chirrido de las anillas de las persianas sobre la barra de las galerías con que una mano ancilar —deseosa de apresurar la llegada de la noche y clausurar un día que no le ha deparado nada— toca a retreta en el piso desierto, degollando en cada ventana las tentaciones de un horizonte de borra— con la que despierta el sonámbulo del día, en el zumbido ultrasonoro de un enjambre de sospechas ninguna de las cuales se convertirá en certidumbre. Ya va siendo hora de que me retire; el recuerdo es un perro doméstico que goza del derecho adquirido a un paseo

diario de dos manzanas; y al tiempo que celebro el fin del día del mismo modo que maldije su nacimiento (porque son costumbres de las horas, diferenciadas sólo por la luz) (porque al maldecirlo esperaba de él lo que no me traería y al congratularme de su fin me ratificó en la desconfianza, y así prosigo) tendré que repetir una vez más todas las oraciones de la memoria, dejando para el último momento la esperanza de hallar en la mente ese único elemento diferencial merced al cual hoy no es ayer ni mañana hoy y que en verdad no debo encontrar si no quiero verme obligado a confesar que sólo la imaginaria anticipación del cambio nos permite seguir siendo siempre los mismos y que sólo el engaño de una naturaleza inescrutable —necesitada de una minúscula mutabilidad para su supervivencia— nos ha hecho creer a todos que vivimos una historia a fin de mantenernos bajo su férula. Tu hermano tenía en parte razón; no hay grandes cambios pero para los que los esperan, predican y anticipan aquellos pocos que se producen no son nada en comparación con los que han de acaecer. Alguien fue con el cuento a tu padre de que una vez más peligraba la vida de tu hermano (aun cuando el momento de las vindictas personales ya había pasado) porque conocido su paradero por sus enemigos podía ser paseado en cualquier momento; tu padre, naturalmente, reclamó tu comparecencia para pedirte cuentas, como si al cabo de dos años desconfiara del pagaré que habías firmado al comienzo de la guerra; y tú fuiste con el cuento a su mujer, dudoso del camino a seguir. ¿Y qué mujer no aspira a salir de la clandestinidad? ¿Y cómo no va a buscar la aprobación de los demás si siempre considerará que la suya es la única causa buena y justa? Te diré una cosa: la mujer en esencia sólo hace lo que quiere y no tiene ni conoce otros compromisos que sus deseos; he ahí la clase de vida más difícil, la que más obstáculos encuentra, pero la mujer no ceja porque no sabe no desear y siendo escaso su espíritu de

contemporización antes prefiere que el deseo invada los dedos que empujan la bayeta que abandonar la lucha con las contrariedades. Por eso mismo el eterno femenino será la queja, lo único que la mujer nunca dejará de hacer por mucho que cambie su condición, y llegará a quejarse de no poder quejarse. Y si dice «No me quejo» será quejándose. No había queja en la mirada de tu cuñada, eso fue lo malo. Había ese tácito «no me quejo» que exige mucho más que la satisfacción; algo así como la prioridad del pensamiento puesto en ella. La más persuasiva, por lo mismo que sabe encubrir sus deseos y restar importancia a los más inmediatos a fin de que su satisfacción no anule su tensión volitiva, aceptará del hombre una conducta de aparente desacato siempre y cuando —con un detalle mínimo, con un mensaje de cuando en cuando— siga persuadida de que antes que otra cosa mira por sus intereses. Gracias a ello los amantes más compenetrados pueden negarse en público. Tanto tú como yo —en su día— vinimos a pensar que por tratarse de un acuerdo entre iguales nunca se mezclarían los sentimientos bastardos, nacidos de una diferencia o una necesidad, y el último la piedad. No pidió nada pero le quería ver muerto, me consta. No dijo que permanecería a su lado ni al tuyo; no se pronunció acerca del resultado, si te acompañaría al exilio o aceptaría la viudez o volvería al lado del marido, pero le quería ver muerto. No pidió nada porque en apariencia se bastaba por sí sola y ni siquiera tendría que recurrir a la altanería para poner de manifiesto que perdida en un medio donde todo le era extraño no tenía la menor necesidad de ayuda puesto que en ningún caso se dispondría a compartir las consecuencias de una imprudente aproximación o a sufrir un elíptico soborno, porque quería verle muerto por sí mismo. Se dijo que fue a ver a su marido y que tú le diste la pista; que a sus oídos sopló el mismo cuento que había llegado a oídos de tu padre, para exhortarle a

escapar de aquel escondrijo aun a sabiendas de que para aquellas fechas —cuando los combates en Macerta no dejaban lugar a dudas respecto al próximo colapso republicano— no podía resultar más seguro. Se dijo también que nunca se mostró más desinteresada y que en su súplica apenas tuvieron entrada los celos y el afán de separarle de una muchachita del barrio. Y que solamente al saber tú de su visita te decidiste a hacerla por tu cuenta, para decirle «Quédate» allá donde ella había dicho «Vete». No le resultaría fácil saber a quién tenía que dar menos crédito. También me consta que por un momento decidiste no hacer nada y dejar que pasase lo que pasase, en contra de las exigencias de tu padre, recluido en una estricta neutralidad que aceptaría el resultado de los acontecimientos cualquiera que fuese. He ahí el supremo desdén... que no tardaría en verse traicionado. De su visita —que a nadie confesó, lo que invita a pensar que tenía otros confidentes distintos de ti y de mí, que acertó a encontrar el paradero de su marido sin recabar tu colaboración— llegó exhausta, con síntomas evidentes de haber sufrido una crisis de nervios que bien se cuidó de silenciar y disimular, arrinconada en el extremo del sofá. Tres halos de decrecientes y glaucas sombras ocultaban su mirada, a causa de la pantalla de la lámpara, de la melena que cruzaba oblicuamente su frente y de las profundas cavidades de sus ojos; no era la suya una mirada brillante, ni intensa ni nerviosa, y durante largo rato podía posarse sobre cualquier objeto del que la retiraría antes moviendo la cabeza que haciendo girar sus órbitas; muy rara vez miraba de reojo y cuando lo hacía, con fijeza, era con toda intención y sólo para ahorrar palabras. Su expresión era más inquietante cuanto más serena y aunque lo sabía muy bien no parecía precaverse de la extraña influencia que ejercía en la sala cuando se sentaba a trasmano, envuelta en la conversación que seguiría con el pensamiento puesto en otra parte, en el inaccesible y esotérico dominio de

sus proyectos. Debía tener tantos que ni a sí misma se los formulaba, su mente extasiada en el paso de uno a otro sin tener que llegar a precisar ninguno; lo mismo se podía decir de las personas que le importaban pero la suya era una indiferencia tan innata e involuntaria que era incapaz de percibirla. De una mirada así nadie resulta poseedor, ni siquiera su propio dueño; existe y no existe a la vez pues quien la contempla —y al tiempo ansía recibirla plenamente— no sabe conformarse con ella interpretándola como la manifestación de un escondido foco al que tratará de llegar, sin detenerse en el pensamiento, en busca del reverso mudo del incoherente enigma; el que se empeña en adentrarse en lo que no existe —más allá de lo que perciben sus sentidos y prolonga su razón— no suele obrar con cautela, convencido de que nada se opone al hallazgo que le convertirá en único usuario y propietario espiritual del numen; en cierto modo el amante desprecia la constitución de lo amado que en parte considerará como un producto bruto, negligido incluso por sí mismo, y al que sólo él sabrá conceder su verdadera habla; en esa infructuosa búsqueda cuantas veces se produce el retroceso hacia los datos de partida (como el investigador que una y otra vez ha de volver al planteamiento inicial del problema tras haber agotado una senda que no le conduce a su solución) tantas otras se encenderá la chispa de la comezón pero cada día con menor fuerza; en esa situación nada mortifica tanto como el presunto conocimiento por parte de otros de un carácter que se perfila por los datos obvios, sin requerir para ello una impertinente intromisión en ese hipotético numen, pues con esa clase de aceptación fenomenológica no sólo disfrutan de un condominio del terreno que el amante reclama como propiedad exclusiva sino que le roban el lugar donde plantar su amor y del que, solamente tras haberlo descubierto y reservado para sí, podrá retrotraerse hacia los actos diarios y el trato común; y si

persiste, con un cierto desengaño a sus espaldas, no tendrá más remedio que superar con un conocimiento más afinado lo que es patrimonio de todos, investigando y recreando un alma que sólo puede ser conocida por sus notas palmarias, buscando con un trato muy particular, con un lenguaje y recursos privativos, nuevos registros inéditos que inadvertidos para todos constituyen el conjunto de claves que forman la compenetración. Así como la inalterable plenitud e indiferencia (por así decirlo) de la obra de arte al mismo tiempo que estimula la labor del exégeta incorpora y envuelve todas sus interpretaciones, ninguna de las cuales cancelará el ciclo de atracción que ejerce sobre el instinto investigador de cualquier época, la carne que responde a un interés parecido introduce con su réplica el germen que terminará por consumir la fuerza de atracción, al llevarla por aproximación sucesiva al vacío que conforman las palabras cuando desalojan el misterio que ocupaba el silencio. Sólo lo que no habla es inagotable para la teoría y la esfinge inmutable, tímida y sonriente, cerrada sobre sí misma, presenta su enigmática mudez al pensamiento (y tallada para reírse indefinidamente de él) como pétreo emblema de esa clase de impaciente amor que prefiere subyugarse al hoy a sabiendas de que la concesión de réplica traería consigo la extinción de su poder. No, no hay nada detrás de la esfinge ni detrás de la mirada más inquietante... pero ésta lo demuestra antes a menos que se calle o no acceda al canje de sentimientos. Todo parecía indicar que detrás de las tres sombras se ocultaba algo. ¿Por quién se decidiría? ¿Por cuál de los dos? ¿Por cuál de los tres? ¿O ni siquiera había entrado en su ánimo tener que decidirse? No me refiero a mí que, con toda probabilidad, jugué un papel parecido al de la muchacha del arrabal o tal vez menos que eso pues al menos ella contribuyó directamente al desenlace, con sus amenazas y groserías. Tan es así que a veces he pensado que abandonó su

refugio para alejarse de ella, por miedo a las consecuencias de aquellos amores de desván aunque tu hermano no fuera de los que se amilanan por un embarazo de arrabal, por muy sindicalista que fuera el padre de la interfecta y muy broncos sus hermanos. Pero todo me lleva a creer que fue aquella insignificante criatura la que, con sus escenas y chantajes, le empujó a abandonar su refugio, convertida muy contra su voluntad en agente de vuestros designios; si fue ella la que le arrastró a su trágica fuga, en cambio fuisteis vosotros dos los que preparasteis su muerte, de eso no me cabe la menor duda. Un perro jadeante, con la correa en permanente tensión, que tira de un amo indolente hacia cubos de basura y esquinas desportilladas en un itinerario casi invariable, impuesto por el olfato, así es aquel recuerdo. Cuando vino a esta casa a hacer su escena, ella no quiso verla y salió por la puerta del jardín, en busca de su paradero. Sin duda debía saber cómo encontrarlo pero ¿qué necesidad tenía de advertirle de un peligro que de sobra conocía puesto que se había escabullido, sin comunicar a nadie su decisión? ¿O es que, me pregunto, fue nada más que una estratagema que aprovechó para hacer saber a alguien (ese otro que todos sospechamos que había en su vida y que tú no llegaste nunca a conocer, o al menos así lo aparentaste a fin de dejarla en libertad por ese lado y controlar los actos que ella te ocultaba) que había escapado de la jaula y se disponía a pasar a la otra zona? Y ahora viene a mi memoria una escena que nunca viví pero que como único depositario he conservado con tanto celo y he imaginado con tanto detalle que ya no puedo saber cómo ocurrió y qué es lo que pertenece a mi cosecha; una escena de portal; pero como quiera que sea la escena que se conserva es la que yo guardo y es por tanto lo mismo que ocurrió, con la nube de imaginarios satélites que le acompañan en su carrera. Espera en el rellano del primer piso para no ser visto desde la calle, mientras el enlace aguarda el coche y vigila

el portal desde la próxima esquina. Hay un retraso; sólo desciende unos peldaños para observar agazapado el pavimento de la calle desierta y soleada; es muy escaso; baja unos peldaños y de repente asoma el maquillado rostro del continuo, en el marco del portal. Con más espacio se acorta el plazo de espera: una calle sin alma, universal y barata, cerrada por las letras de un taller mecánico, que sólo sugiere su instantánea desaparición; arrimado a la jamba la observa en dos sentidos y en toda su longitud; entonces el retraso aumenta porque se remite a un punto invisible y la calle se transmuta hacia un escenario irreal, sin corpóreos, olvidado en el desahucio, espiado por miradas ocultas acompañadas de un sol que se acerca para no perderse el suceso; una mota de polvo se apodera de todo el aire, surcado por las ondas de un gong sin sonido que empujan un bulto detenido en un bostezo de la quietud; más allá de las letras negras y de un último esquinazo de ladrillo, se ha aislado un sistema para consumar la fusión de todos sus elementos en el único instante de un caos anaranjado. Salvo la calle todo se ha consumado y de repente el pavimento se empina, como el alza de un puente levadizo, para desentenderse del horizonte. Las primeras sombras empiezan a zumbar, atraídas por el tiro de la escalera; a la sombra de una ¿palmera? dos ancianos prolongan —con gesto más que con palabras— una tardía conversación y un crío harapiento surge corriendo de un zaguán inexistente y con los brazos extendidos en cruz y un grito que cambia de tono remeda el vuelo de un avión hasta que tras un violento giro al cielo asciende una habitación colorada de la que se desprende una majestuosa cama. Un chófer vestido a la antigua, con uniforme gris y relucientes polainas, abre la portezuela trasera y con gesto perentorio le invita a entrar, no se sabe si siguiendo órdenes recibidas de una recóndita jerarquía o, por el contrario, por iniciativa propia. Esa gorra de plato, carente de insignias, que

por la visera sostiene con dos dedos tanto puede corresponder al uniforme de un chófer de una época recién pasada cuanto al capitán del ejército popular y el mismo gesto ¿es la reminiscencia de un saludo hecho a desgana o un alivio a su frente aprovechado para ocultar su cara? Con una mirada hacia el cielo, tras las gafas de sol, resume su hastío. ¿Está requiriendo nuevas instrucciones o se dirige a su público invisible tras rematar su faena? «Ahí abajo» parece ordenar al señalar el suelo del coche, sin una palabra, quién sabe si para atestiguar su autoridad acostumbrada a ser inmediatamente obedecida o para desmentir la imagen de un lacayo, un poco bufo, empedernido charlatán, ávido de aprovechar todas sus sinecuras. Pero le ordena tumbarse en el suelo, entre los transportines y el asiento trasero, con la cabeza boca abajo; no le rodea tanto un aroma ni una temperatura especial cuanto un ambiente de comedia, de risas solapadas que rodean la fuga; una vez en el suelo la presión de una bota —animada de una fuerza no animal— contra el trasero le obliga a comprimirse contra la puerta cerrada y adoptar la postura del feto. En otro mundo, en un paraíso de maldiciones, se escucha el frufrú de unos comentarios sarcásticos. Luego el mismo chófer, sin duda, le propinó en los muslos y en la espalda unas suaves patadas con el tacón, como si tratara de aplastar un saco de carbón. Se cerró la portezuela y el coche se puso en marcha, con un ruido de sirena, hacia una interminable pendiente, hacia una tapia colgada, hacia una volante tienda de campaña envuelta en el silencio y el balido de unas cabras. Y voló hacia un único (por tanto inexistente) momento sin sombras, abierto tras los tres halos que rodeaban su mirada. Fue allí donde desapareció. El primero que ama es aquel que imagina el primer misterio; y buena parte del hechizo se rompe a la primera mención del futuro. Ya había observado el inquietante efecto de las sombras sobre su frente, más o menos cuando sus cejas quedaban a la

altura del borde inferior de la pantalla: Grecia y todo Egipto y la baja latinidad parecían esconderse tras ellas, más allá del claroscuro. Y una ruda Germania y un maligno Oriente que alcanzaba con sus sospechas los hielos hiperbóreos, al alcance de la mano. Sin embargo, la mano es la primera en alejarse hacia aquellas regiones en pos de su hermana —o del calor del cuello debajo del lóbulo— tras abandonar a un dueño que la sujeta a la regla dictada por la timidez. No hay vértigo como el producido por el abismo creado por la prohibición de tocar la carne deseada, sobre todo cuando las restricciones proceden de un yo que se siente a punto de colapsar y dispersarse en un naufragio que dispensará a sus elementos —la mano, el pensamiento, la respiración, el sombrío anhelo de sustraerse a un destino biológico— su salvación individual. Y sólo en ese vértigo, en el instante anterior a ese amor al que no debe sobrevivir, ese yo quimérico acostumbrado a dar órdenes y hacer previsiones comprende lo muy temido y poco querido que es por su cuerpo, lo mal unido que se halla a él y la sorda lucha que le enfrenta a todos sus estamentos. Por eso el deseo se desentiende del orden establecido y contempla sólo el momento de la carne que está clamando por abandonar su escondrijo y dejarse ver, sin esperar a un mañana dibujado por el inicuo recuerdo de una imposible posesión pasada, de un acto que tenía que haberse consumado en el ayer y en virtud de cuyo hiato el hoy es una interrogante. Porque hasta el más precoz, el amor es siempre tardío: tenía que haber ocurrido antes y su sitio es el pasado. El porvenir se reserva al provecho, un instante más probable que el que debió ser ayer. ¿Será el instinto de historia tan fuerte como para imponerse a cualquier deseo, me pregunto yo? ¿Por qué domina lo que no ha ocurrido? ¿Dónde está su poder de sumisión? ¿Qué tiene? ¿Qué reserva? ¿No será como esa arca donde se guarda la ropa vieja? Como ese armario donde ha ido acumulándose la ropa que a

media vida, sin perder totalmente su uso, fue desestimada y sustituida por otra más nueva, y que su propietario abre de tarde en tarde para repasarlo una vez más en busca de una prenda que pueda servirle para una ocasión especial; esa prenda negligentemente desechada en su día que, en virtud de una verdadera resurrección, por una de esas vueltas de la moda o porque la temporada en las sombras la haya regenerado o porque, sencillamente, demuestre que confundida entre trapos tan sólo útiles para aprovechar tiras o parches fue enviada a la provisional sepultura tan pletórica de salud que todavía, tras mucho tiempo consumido en inútil preterición, le es dado esperar sus mejores momentos e introducir en el atuendo una mezcla de exotismo y frescura gracias a su ranciedad; pero que tras un detenido y severo examen —que advertirá un agujero escondido pero irreparable o el inextinguible aroma del alcanfor o esas profundas y permanentes arrugas que adquiridas en la ultratumba ninguna plancha logrará desvanecer— que vendrá a confirmar la justicia del veredicto de ayer, será condenada una vez más a otro período de purgatorio (más extenso, con toda probabilidad, que el inmediato anterior) arrastrando consigo toda una guardarropía que gime cuando se cierran de nuevo las puertas del armario; en tanto estuvieron abiertas (y quién sabe si las ropas, más que cualquier otro artículo del reino inanimado, gracias a su largo e íntimo contacto con el hombre no habrán adquirido por contagio ese ápice de alma que les permitirá (como san Juan) respirar débilmente en su tumba en espera del advenimiento de un redentor) tras el estremecimiento provocado por la irrupción de la luz cada una de esas prendas —guardando fila, desentendiéndose de la camaradería que han mantenido en el interior del armario a fin de, en la más despiadada competencia, ser individualmente seleccionada por la mano del intruso que va apartando las perchas— retiene su minúsculo

hálito hasta que le llega su momento, hasta que desestimadas una vez más respiran de nuevo hondo (de alivio y pena) a fin de recoger todo el aire necesario con que ventilar su débil materia durante el naciente interregno de las sombras, al tiempo que se cierran las puertas y se apagan las luces y se alejan los pasos de un redentor que las condena (como si de la revisión del proceso resultara una mayor pena al reo) a un progresivo envejecimiento agravado con cada nueva visita; pues sólo esa visita y la implícita pero nunca firme promesa de salvación es lo que transforma su muerte en una interminable agonía, exagerando la contradicción entre la esperanza y la imposibilidad de salvación y llenando de temblor los débiles nervios de una materia semiviva, ansiosa (con excepción de unos pocos instantes cada varios años) de entrar para siempre en el reino del sueño y revivir en forma de parches y tiras de lienzo. Pues nada del ayer sirve para aquella parte del hoy que es ahora, ese ahora que ahora ya no es y que sólo cobra su ser en cuanto siente que lo ha perdido, en cuanto pierde su agitación y se incorpora y acoge a la inquieta pero inmóvil masa de tiempo estabilizado, la masa afótica y silenciosa de tiempo que subyace su animada superficie y de tanto en tanto envía una burbuja no tanto como muestra de lo que encierra sino como dato de la presión con que lo retiene. Ah, sí, el mar, sus numerosas rayas, una vela. Un signo... la carrera de un niño que grita y la misma sombra de un olmo bajo la que se detuvo un alcalde conducido al paredón, agarrado por ambos brazos, y que le otorgó su último alivio, que sus verdugos también disfrutaron, bajo la que te cogí en brazos al sacarte de las entrañas del aire para convertirte en un convoy de veinte camiones militares... y cerca de Padua consultó al oráculo de Geryon que le dijo arrojase dados de oro en la fuente de Apona para saber lo que deseaba. Obedeció y sacó el número más alto: todavía se ven hoy esos dados en el fondo del agua. Ya sé qué

me vas a decir: que también ella reposa en el fondo del agua, junto a una lata de sardinas. Pero ¿la imaginas o la ves? ¿Eres capaz de verla con los ojos abiertos y seguirla viendo durante un rato o en tu cobardía te conformas con saber que cualquier día podrás reproducir esa imagen (eso es el presente, la imagen imperfecta que nunca llega a formarse cabalmente en tu retina) al conjuro de la memoria? ¿Mirarás esos dados en el fondo de su cuerpo de agua sagrada donde no te atreviste a sumergir tu brazo? ¿Reconoces que no te atreves ni te atreviste nunca a tocar en el fondo los dos dados que el hombre semisagrado que llevaba el nombre de las aguas echó allí al pasar y que nadie osará intentar recoger? ¿Reconocerás también que nunca tuviste el coraje de arrojar tus propios dados —aunque fueran de hueso— que junto a los otros de oro y la lata de sardinas denunciarían para siempre tu acto? Los dados que te habrían permitido conocer tu deseo, no lo olvides. Toda cobardía es adquirida y nace, sobre todo, de la desconfianza hacia uno mismo, una condición que si no se pone a prueba tiende a crecer, incluso en el sueño. Te habías reservado un segundo papel o, mejor aún, un papel de sobresaliente que nunca llegó a salir al ruedo porque las primeras figuras no lo abandonaron mientras duró la tragedia; y cuando creíste que había llegado tu momento resultó que la fiesta había terminado y hasta el público —el último fue el alcalde, sin duda— había abandonado el local. Solamente en una circunstancia jugaste el papel de comparsa, un papel agradecido para quien gusta quedarse un poco atrás para admirar la actuación de los protagonistas, participando en el drama desde dentro y gozando de esas dobles emociones del elenco a las que están ajenos los meros espectadores. Volvió del frente —en una de aquellas numerosas e intempestivas visitas, en busca de una llave grifa y cualquier cosa capaz de izar cuatro toneladas— en cuanto, gracias a una de esas premoniciones a distancia,

cuando la ausencia de cualquier dato sobre el que empezar a levantar la sospecha invita a construirla de una vez, completa e instantánea, como los palacios que se alzan a un toque de la vara del hada, olfateó que en la casa se estaba tramando algo que no estaba dentro de sus cálculos ni previsiones. Qué darías por poder decir que fue la niebla del estado más sereno (la que pues comes de ti mesmo y no te acabas mayor debes de ser que el mismo infierno) la que le trajo aquí; furioso y ciego y ansioso de restablecer su jerarquía y de paso suministrarte un severo varapalo; arrancado a su habitual flema y clavando sobre ti una mirada de inmitigable desdén; qué darías ahora por haber sabido provocar en su alma semejante incendio, por ser por unos días el objeto de esa ira —contra la que es tan difícil luchar— que se paga con la vida. No, tú no serías el elegido; el que había de arrastrarle en sus peores momentos a las mayores atrocidades y, al mismo tiempo, a su único gesto de abnegación. En efecto, hasta entonces no había hecho sino contemporizar, obedecer, aprovechar y disfrutar el mandato de su padre —enviado por telegrama— para un juego en el que iba a ganarlo todo sin perder nada, aparte de la guerra. La supervivencia de cualquiera de los dos se ventilaría en el frente y cuando por vez primera se puso en camino hacia él, con excelente ánimo, ya había aceptado la posibilidad de perder la suya y garantizar la de su hermano; y cuando volvió de la primera campaña —en una primavera sin nombres ni bullicio, en una floración de pasamontañas— aquella posibilidad se había convertido, a sus ojos, en la mayor de las probabilidades para pasar a la certidumbre cuando partió para la segunda campaña, cuando Eros le recompensó por cuanto le había arrebatado Ares. Pero esta compensación no satisfizo a Némesis, que en su calidad de inspectora de la estricta observación de los juramentos y vengadora de las ofensas, insinuó y obtuvo de Belona la promesa de acabar con los

adúlteros. Apiadada esta última de su favorito pero obligada a cumplir la palabra dada a la celadora del orden doméstico y, por tanto, a resolver el adulterio, decidió suprimir al marido en la primera ocasión que se le presentara y, para completar el cuadro, inoculó en la esposa el decidido y secreto propósito de terminar con él. Pero la misión de Némesis rara vez concluye con el restablecimiento del orden; amparada por su oficio sólo descansa cuando satisface sus pasiones y logra, bajo el pretexto del obligado cumplimiento de los contratos, descargar su secreta cólera sobre aquel que ha venido a odiar. Su mayor ventaja es que no cobra cariño por nadie pero aquellos que acreditan su cólera tienen que sucumbir; y de manera casi infantil, poco menos que empeñados en su amor propio, en carreras y escondites. De repente, completa y de una vez, se levanta la sospecha, una noche en una arruinada garita de guardagujas —de un ferrocarril que sólo en tramos aislados llegó a tener vías— carente de cubierta y ametrallada por sus cuatro costados, donde dejará como testimonio imperecedero grabado (a punta de navaja, 1938) entre obscenas y libertarias expresiones la palabra que resume la sospecha, el juramento y en parte la venganza: Belona, 1938. Echó a correr, en busca de un gato aparentemente, y al llegar a la casa apenas podía contener el jadeo; el jadeo sí pero no la inquietud, incompatible con la indolencia de los dos viejos o la demente vigilia de la tía Sunta, detrás de un reloj de pared. Y seguramente le preguntará «¿Le has visto? ¿Cómo le has encontrado? ¿Se encuentra bien? ¿Te ha preguntado por mí? ¿Le falta algo?», pero ni siquiera podrá decirle «Tía Sunta», lanzado hacia la escalera que subirá de dos en dos peldaños hasta ser otra vez detenido por una raya de luz y una mano que abate un naipe: «Repara en la manera en que pagamos al Iscariote». Fue probablemente en el dormitorio colorado donde le dijo que no lo haría, que no contara con él. «¿Porque se trata

de tu hermano?» «Por lo que sea. No lo haré», y poco menos que ahí se acaba el diálogo. Era todo lo que necesitaba Némesis para organizar el desenlace que ya apenas requiere una palabra. Son dos miradas frente a frente, el uno de pie, la otra sentada sobre la colcha carmesí; el reloj se calla y hasta las filigranas se detienen en su inmovilidad para volver la mirada como transeúntes ante un suceso callejero. No se dicen nada: dos miradas brutales, desapasionadas, que de manera opuesta a aquella que otrora les llevará a fundirlas en un mismo haz de hipodérmica penetración conduce sus corpúsculos al choque y la explosión encadenada de millones de partículas de un conocimiento devastador. No hay diálogo posible y huelga el más tímido ensayo de persuasión porque cuanto más se miran más marmóreos se tornan. Por lo mismo que la mirada del amor trata (y presume) de penetrar bajo la piel, la del aborrecimiento quiere el objeto duro e insensible de una materia inmutable. Así vino a decir «Entonces lo haré yo» al levantarse de la cama y salir de la habitación colorada para abandonar la casa, a sabiendas de que no quedaría ahí la cosa y que —con un ímpetu infantil— le era preciso lanzarse a una carrera para que su rival, incapaz de observarla inmóvil, se sumase a ella y la aventajase tras unos cuantos pasos, a la manera infantil. Nadie podría detenerla y para no correr ese riesgo salió de la casa a pedir ayuda a aquella tercera persona que había en su vida. Tú creíste que esa tercera persona era yo y eso te llevó a perder dos días preciosos. Yo también lo creí, eso es lo malo, y por eso caí en la trampa que con el ciego cuidado de una araña tendió ante los dos. A mí sólo me podías tener aprecio y por consiguiente te era difícil descender hacia unos celos que ambos quisimos desencadenar, yo por un sincero apetito de emulación y ella con ese natural instinto que busca el enredo para encontrar su camino sin necesidad de perfidia. Mientras yo fuera esa tercera persona estabas

tranquilo; yo también porque ya nada me importaba tu hermano y estaba seguro de que habías perdido la guerra. Entiende que por mi parte no se trataba de una cuestión de competencia —los celos que puede provocar un cualquiera resultan tanto más agudos cuanto más despreciables son sus caracteres pero, una vez superados aquéllos, la imprevista preferencia de que han gozado sólo viene a denunciar la ignorancia acerca de una criatura que no merecía el amor tal como había sido definido en su práctica— en el sentido que puede darle a la palabra quien nunca había tenido el menor deseo de rivalizar. Es evidente que desde siempre te había tenido envidia; tan evidente como que en tu naturaleza no había entrado a formar parte esa otra envidia tan española, el miedo del superior a ser alcanzado por el que está debajo. Si así hubieras sido tal vez los acontecimientos habrían tomado otro curso y yo me habría visto obligado a pagar —no sé cómo — por el inesperado beneficio de tu inquina. Nada me habría sido tan fácil como jugar el papel de traidor, o de amigo aprovechado que sabe sacar partido de los numerosos huecos que deja en casa un capitán obligado a marchar al frente todos los meses. Nada habría agradecido tanto como encararme contigo de igual a igual, aunque fuera para ser derribado en el primer encuentro; en secreto, nada habría recibido con mayor contento que esa clase de humillación que de consuno con mi falta me habría obligado a abandonar la casa y renunciar para siempre a la posición del término neutro, alrededor del cual y sólo a causa de su no beligerancia —y no porque él haga nada por ella— se irá negociando la futura concordia. En tales casos nada es más fácil —además— que abandonar el campo con el amor propio herido, dejándolo marcado con esa mancha de injusticia que —como la calumnia— nunca podrá ser borrada del todo por falsa que sea. Pero, quiá, ni siquiera mi aventajada posición encerraba un peligro así que —con excepción de dos

días en que mi cotización subió por encima de mi valor real—allí fui dejado en la seguridad de que hiciera lo que hiciera no habría de cambiar el curso de los acontecimientos. Nada hay tan descorazonador como verse embutido en esa clase de impotencia, como comprobar que te es permitida toda libertad de acción, el uso de cualquier arma, la utilización de los recursos más innobles... pues aun así no lograrás nada. Ésa es otra clase de humillación cuya resultante puede trascender todos los códigos y cuando pienso en los sucesos que comenzaron aquel martes horrible y se consumaron el siguiente viernes no puedo por menos de considerar el potencial criminal de toda inocencia en exceso tomada al pie de la letra. No diré que fui yo, a la postre, el responsable de su muerte por una razón, por una sola razón; porque estaba demasiado acostumbrado a no considerarme el responsable de nada. Las gentes arrinconadas acumulan una energía terrible y, lo que es más grave, en ocasiones la hacen explotar en la pura inocencia porque ninguna revancha es capaz de satisfacer un rencor que ya no tiene designios. ¿Qué más da hablar de los hechos, entre aquel lunes y aquel viernes, que en buena medida ignoro, y que a lo más revelarán el camino que condujo a aquel fin, uno de los muchos que se podía haber seguido? Ella salió de la casa y él tras ella, en la creencia de que había ido a ver a su marido; no fue así y se encontró con su hermano de bruces, poco menos que sin saber qué decirle excepto que no abandonara su escondrijo; que fue lo que él hizo para por culpa de una joven desvergonzada ir a encontrarse en un portal con su mujer que no acudió a la cita porque tú la supiste localizar a tiempo y la retuviste, ocasión que aprovechó un hombre vestido impecablemente de chófer para detener el coche ante el portal, tumbarle de un puntapié en el suelo de atrás y llevárselo al otro mundo. Un hombre que no habló una palabra porque, pobre diablo, tal vez no sabe hablar; es ese demonio que está hastiado

de los hombres desde el mismo comienzo de su historia; que desahuciado por él de la vivienda que ocupaba, sabe que no tiene nada que hacer y sólo de tarde abandona su neutralidad en momentos de indecisión cuando los protagonistas, alelados de la velocidad que va cobrando el drama, se detienen en seco y dejan que en un instante, tras una carrera que nadie acierta a comprender, provoque el desenlace que todos, pese a haberlo buscado con ahínco, observarán atónitos. Le tuvo que bastar una ojeada, menos que eso, una inspección de rutina desde el hueco de la puerta y un encuentro con la mirada —sin más que poner un punto de interrogación en la suya— velada por la complicidad y el secreto de su deslealtad. No la había por mi parte y eso —el intento de simularla y desviar hacia mí la culpa — la traicionó. Ése fue el fraude que a deshoras quise enmendar ya que no con la deslealtad, con la complicidad. Y fui por él. Pero para entonces (aparte de que un chófer se hubiera anticipado) había comprendido que no tenía retirada posible ni solución a un sacrificio que podía cambiar de víctima pero no de acto. Luego entró la muchacha, la chica del barrio o la hija del capataz carente de maneras, orgullosa de una carne que había conseguido el milagro de aquel salto por encima de todos sus prejuicios de clase, su miedo a la venganza y su temor al futuro, de un cuerpo ante cuyo goce quedaban borrados todos los desastres de la guerra y oscurecida la aurora de la paz. Vino aquí a hacer su número, a llenar con sus voces un vestíbulo o un salón incapaces de escucharla, a pasear su cuerpo, a tratar de sacudir con un portazo puertas que hacía mucho se habían negado a cerrar, a violentar un padre que sólo miraba tembloroso la punta de sus zapatillas o enrojecer unas mejillas hambrientas, pobladas de canas puntiagudas, a sacar de una esposa el último monosílabo que le quedaba, a llenar de adeudos y pagarés la caja fuerte de su recién inaugurada sucursal del amor. Yo le habría dicho: no cierres esa puerta,

muchacha, no grites que no hace falta. No has ido a elegir bien tu momento porque hay circunstancias en que ni siquiera caben las causas justas; ojalá la tuya fuera una de ellas y ojalá tuviéramos todavía la fuerza y la arrogancia para poder arrojártela a la cara, para hacer de ti una desgraciada y una degenerada, una nueva víctima de este abyecto poder que —entérate— nos ha abandonado a todos. Ojalá triunfaras sobre nosotros, aunque prevalecieras, y no para (como tú esperas) hacer brillar la justicia de una causa que supo oponerse y humillar al fuerte sino para demostrar que aún queda alguien, salido del arrabal, capaz de imponer su fuero al mismo imperio de la aniquilación. Ojalá pudieras y supieras llevártelo para siempre —pues ya hace tiempo que su vida nos importa poco— pero me temo que no lo lograrás, ni siquiera por un mes. Muchacha, no te obceques: te lo dice alguien que como tú no quiere dejarse arrastrar y que para zafarse de la fuerza de la corriente no conoce otro remedio que el abandono. Muchacha, no te creas lo que te haya dicho ni menos aún lo que te digas tú en tus mejores momentos de saña. Lo más probable, criatura, es que esta guerra la pierdan los tuyos pero aun así, si sabes replegarte sobre ellos y sigues haciendo uso de tu descaro, es muy posible que salgas favorecida de ella; no lo lograrás, en cambio, si persistes en adueñarte del propio demonio de la derrota. Vencerá la desvergüenza así que no nos vengas con reclamaciones, ¿no comprendes que ya ha pasado su hora y que ya no caben las amenazas? Yo también lo pude conseguir o al menos intentar; y ahora que lo pienso quiero reconocer la misma mirada de siempre en aquella última sumaria inspección desde el hueco de la escalera, la misma del niño apresado por el bando contrario y cuya liberación depende de una sola carrera con que el más torpe de sus primos, el único que queda libre, ha de sortear a todos sus adversarios para llegar hasta él y darle la palmada de la libertad. Sabía de siempre que no lo

lograría porque ni su constitución ni sus piernas daban para tanto, así que la partida estaba perdida, irremisiblemente perdida. Pero que al menos lo intentaría, como ordenaba la regla de un juego que no concluiría hasta verlos a todos perdidos. No te lo reprocho, ¿cómo te lo puedo reprochar? parecía decir, para añadir: pero no sabes lo que haces, lo pagarás muy caro. Habría sido un doble milagro y si bien hacia el primero —mi primer y último intento de librarle de sus compromisos— siempre podría ofrecer esa incipiente credulidad que despierta todo lo imposible —y que acaso sea el único vestigio vivo de una edad inocente, fósil y petrificada bajo los depósitos de la experiencia— e incluso ese afán de suspender la incredulidad que alberga todo hombre vapuleado para restituirse por un instante a la ingrávida infancia premoral, para con el segundo, el holocausto femenino en el atónito y torpe raciocinio de la inercia, no el sacrificio sino la amputación tajante del amor y la aceptación de un credo capaz de rivalizar con su locura y por consiguiente de arrebatarla de su sueño para devolverla a la compacta ceniza de la carne sin otro impulso que la subsistencia, no contaría ni con la fe en ella ni con las estimulantes vacilaciones de la sospecha. Ahora sé bien a lo que me refiero: no era tanto la decepción cuanto ese epiceno y sintético estado intermedio que acaso porque no domina el momento de entrega del obsequio prometido por la juventud al coraje —y que no se repetirá— nadie se ha preocupado de darle un nombre. La restitución de todo resultado a una conciencia paleozoica, atalajada a la vida contra su voluntad y preparada para cualquier cosa y la comprobación de que todo lo que no sea ésa es pasar a otra vertiente del engaño. ¿El propio engaño? Puede ser: un deber sólo remite a otro, en el fondo el mismo, el mismo de las carreras infantiles entre la curva y la chopera, bajo los olmos, y el mismo escrito en el telegrama. Yo tenía que haberlo asumido

en parte, de la misma manera que en el juego me correspondía un papel de complemento. Tenía que haber salvado a su hermano o, por el contrario, haberlo liquidado para librarle de su mujer, para dejarle a solas con una guerra que cuanto peor cariz cobraba mayor esfuerzo exigía a los que la conducían. Una pérdida es poca cosa en comparación con una obligación que no remite y me pregunto qué cantidad de cálculos secretos se vio obligado a hacer —sin el menor resultado— para tratar de restituirse una parte, sólo una mínima parte, de la libertad anterior al telegrama de su padre. Sin duda en la vida de un individuo que ha venido a aceptar unos cuantos compromisos se alcanza ese momento en que ya no cuenta para sí mismo en la medida en que cuenta para cumplirlos pero cuando degeneran en un cúmulo de obligaciones que sobrepasan su naturaleza —acaso porque toda idea de sí mismo es superior a todo yo— no queda otra alternativa que simplificar todos los enigmas en su estulta y mortuoria reducción al crimen. Desde entonces he recapacitado en la inutilidad de cualquier sacrificio y, sobre todo, en el engaño propio a que da lugar la aceptación de cualquier deuda cuyo pago exige, entre otras cosas, el silenciamiento de una voluntad deseosa en secreto de declararse insolvente. No podía hacer muchas más cosas y entonces dirá: mejor que me engañe yo y pague a mi pesar. Es preciso ser joven para conducirse así y se necesitan años para aprender que esa penosa amortización, lejos de saldar la deuda no hace sino incrementarla por la acumulación de intereses negativos que toda conducta insincera provoca en la contabilidad de un acreedor que exige el pago como prueba de solvencia y honestidad, sin tomar en consideración las restituciones de la doblez. Un sacrificio es una comedia y quien lo lleva a escena —confiado en su arte— no puede comprender hasta qué punto el papel se apoderará de su naturaleza transmutada en representación, y perderá su conciencia íntima

para devenir un objeto del sacerdocio. La razón sólo se conoce a sí misma; interpreta pero ignora el cuerpo que la sustenta y el hombre que esconde sus sentimientos los almacena con rencor —una suerte de salazón para su conserva— y una y otra vez ha de recurrir a la deslealtad a fin de mantener incontaminada aquella dudosa fracción de verdad en la que a ciegas, como el animal hacia su estirpe, comprometió su fidelidad. Todo sacrificio es vano si a la postre se ha de abrir paso la razón, omnipotente tutora de una inválida criatura a la que en su mudez no le es dado expresar su falta de voluntad de vivir al que fue arrastrada acaso por un yerro inicial y en el que es mantenida —sin asombro y a media luz, entre silbidos y susurros de viejas que cuentan sus menudencias en una cocina levantada sobre el sepulcro de un emperador salvaje— por un código inviolable, posterior a toda memoria. Todavía en aquella visita estaba todo indeciso: indecisa seguía la guerra, a pesar de los numerosos presagios de la derrota contra los que se levantarían unas débiles y traidoras esperanzas alimentadas por los éxitos iniciales de una ofensiva organizada con los últimos recursos republicanos, que lanzada tan sólo para abrir las puertas al milagro llevaba el marchamo del desastre final. Tampoco ella se había decidido a abandonar la casa; cuántas veces esa clase de indecisión es el piadoso tapete que cubre el lapso que necesita la razón para aceptar la ineluctabilidad de un proceso y qué rara es la ocasión en que la muerte coincide con la extinción del espíritu. Difícilmente podía ya leer algo en su cara. Atrás quedaban para siempre la familiaridad y la confianza, como dos anécdotas vergonzosas. La casa se iba quedando vacía, la tía Sunta fundida en el claroscuro detrás de un reloj o un piano espiando los imperceptibles signos de la huida. Y un hombre que buscaba una máquina capaz de izar cinco toneladas, un gato que dividiría su vida en dos o terminaría con una primera parte para en lo sucesivo volver su

cara, como un reloj parado, hacia una segunda separada del tiempo por un diminuto y desobediente resorte. Y una mujer que no abandonaba una butaca, en el cuarto rojo, con las piernas cruzadas. La invité a escapar de allí, a esperar en un nuevo escondrijo la llegada de los suyos y abandonar de una vez la casa y todos sus habitantes a su suerte. No sabía que ésas eran justamente sus intenciones pero que las llevaría a cabo sola. Por el contrario parecía decidida a quedarse allí, poco menos que petrificada por el aborto de una criatura que no había llegado a latir, reír o pensar pero sí a morder y esperar; ya no estaban sus ojos rodeados de sombras acaso porque se había extinguido una lumbre interior, vuelta la mirada (la misma de Hades sobre la otra orilla de la laguna) hacia la manera de cobrar la fianza exigida y cobrada por el universo azoico a cualquiera de sus elementos por gozar un día de cierta animación, reducida a esa estupefacta y supina dualidad que asoma en el ojo del animal, en todo momento refractario al pensamiento pero dispuesto a soportarlo si una orden que nunca llegó le hubiera obligado a obedecerlo, aun a cambio de modificar su puesto en el organon universal. Quién mejor que yo va a saber de qué manera se agranda un cuarto por una estufa fría o un reloj parado y con qué fuerza arrastran todo lo que está a su alrededor hacia una corriente del tiempo paralela y opuesta a la cotidiana, separada de ella por apenas una perceptible cortadura que la situará del otro lado de la laguna, más allá de toda circunstancia; cómo el desuso devuelve al Objeto —sin padres ni descendencia, sin orgullo ni resentimiento ni apego ni fe; terminado un trato que había de proporcionarle un puesto cualquiera en una historia ajena— su desdeñosa personalidad y ese único certificado necesario para su repatriación (tan sólo llevándose consigo una individualidad que en lo sucesivo no le servirá de nada) a la tierra que le vio nacer y donde ni siquiera será reconocido su azaroso y

quimérico pasado. La extinción tiene un brillo de marfil, un último destello frívolo y profano antes de que se cierre el Instante. Un último vaso de leche lo había de recoger pero ahora no sé si era un vaso de leche o un hombro. O ninguna de las dos cosas. La tentación es un camino a desmano que insinúa una dirección que no se concilia con la trayectoria perseguida; nunca hay mucho tiempo para pensarlo (acaso la duda está reñida con ella) y además a los pocos pasos se oculta, no permitiendo abrigar más que sospechas acerca del lugar al que conduce. No promete nada. Por lo poco que se puede saber de él, el camino de la tentación sólo conduce a lo temible. Y si se sigue pronto se comprueba que aquello no es habitable. Así que no tarda en disiparse. No había tal. Pero si no se sigue es peor porque nada hay tan instantáneamente imperativo como el capricho. Quizá la experiencia exige la transmutación endógena de un sinnúmero de expectativas infinitesimales que pueblan el aire insípido del espíritu pero que aportan su alimento a ese monstruo que no se detiene a distinguir los corpúsculos que entran por sus fauces, en su semiciega carrera hacia no sabe qué. Sí, quién podrá hablar con más propiedad de ese vacío que se abre tras la tentación, de esa insufrible terminación del camino que no sigue hacia el lejano punto deseado; de ese vacío que abren la cortina, la mañana y el reloj sobre un lecho desocupado donde se sepulta el día fuera de los límites de la jurisdicción de la noche; atrás queda el único momento libre de las sociales y morales obligaciones de las horas, en el extremo de ese promontorio crepuscular donde —al igual que esa estratégica península que la historia ha convertido en una zona neutra con un estatuto especial donde han ido a acogerse los granujas y delincuentes de todas las partes del mundo— acudirán a solazarse las criaturas sonoras —los mirlos y las ranas, el timbre de una bicicleta y el grito de un niño que corre, la sirena en agónico crescendo de la sierra de disco de un

taller de carpintería— expulsadas de la noche y el día. Y tal vez sea la única hora —la paradójica región donde el pensamiento se siente más libre (fugando con el día que muere hacia un nacarado abismo cishorizontal), más incapaz de sustraerse a sus mortuorios arcanos y más decidido a aprovechar su rencor para formular sentencias imperecederas— en que asoma la frente del fin, ese poco escrupuloso y escurridizo Eros de la temporalidad que siempre de espaldas y escondido en el jardín juega con todas las circunstancias y sólo mira de frente al infortunio. Con frecuencia he querido volver a representar mis dos papeles de impostor; por lo mismo que un hombro o un vaso de leche me convirtieron por espacio de dos días en un hombre atrevido (lo bastante atrevido como para proponerle que escapara conmigo de aquel infierno pero no lo bastante fuerte o firme para convencerla ni para sostener mi oferta cuando con una sola mirada desde el hueco de la escalera (al tiempo que dejaba la pelliza sobre el arcón del vestíbulo) acertó a medir mis recursos (y no tenía más que romper su asombro para cerciorarse de mi impotencia) que de haber querido habrían contribuido a solucionarle más de un dilema) cuantas veces traté de engendrar una cierta doblez no logré sino una nueva prueba de mi involutiva inocencia. No tenía grandes cosas de las que echar mano. Era un jugador de escasos recursos y mis intenciones saltaban a primera vista. A todo trance, pero con timidez, había buscado incorporarme a una gesta que nunca fue la mía y cuando considero cómo bajo la capa del miedo alentaba un deseo —amagado cada mañana— de acompañarle al frente, y que nunca satisfecho reclamaría como suya un alma hipotética, pienso que volví hacia ella un sospechoso apetito por su amor a falta del odio al enemigo que tanto necesitaba. El espíritu nació de la incertidumbre, la contradicción y el descontento y todo acto de la voluntad ha de vencer a su opuesto, por débil que sea; pero como el hombre

encumbrado, nacido en un medio vulgar del que se siente avergonzado y del que quisiera borrar todas las trazas pero al que de tarde en tarde se ve obligado a volver, el espíritu reniega de sus aporías atraído por el reino de lo uno y lo absoluto y al que sólo le puede conducir una verdad y una voluntad; y si el destino es el paulatino proceso de concentración y absorción del poder del individuo por parte de su tendencia dominante —y la eliminación de las minorías que a ella se oponen—, su carácter combativo y despótico se pondrá de manifiesto cuando en su imprevisible carrera hacia el mando único, en el momento en que más cerca cree hallarse de su objetivo, al volver a caer en una disyuntiva se ve en la necesidad de extirpar una opción para restablecer —a cualquier precio— la unidad espiritual a la que aspira. En cualquier circunstancia cabe hablar de la primogenitura de los sentimientos propios y si en algún momento es preciso recurrir a los sacrificios será porque el destino, que dirige los personajes del alma sin aparecer nunca en escena, ha adivinado la utilidad que tienen para su argumento sin que nada le importe prescindir de ellos cuando no se avienen a él. Yo fui vuestro acólito, el tembloroso oficiante penetrado de todo el poder del misterio al que sólo se arrimará con servicios ancilares y tímidos gestos rituales, cuyo simbolismo no quiere comprender ni adivinar en espera de esa revelación que han gozado los elegidos y que en un instante le ofrecerá la victoria, la mujer, el qué y el acá. Me parece que era el último vaso de leche que quedaba en Región. Cuando me senté a su lado, junto a su hombro desnudo, o bien se produjo la revelación o bien el misterio se esfumó para siempre —llevándose la victoria, la mujer y el acá— dejando como residuo esa estulta aspiración a reducir el tiempo nonato a un momento de coincidencia. En el dormitorio en penumbra y entre las sábanas —en el raso nocturno con que el firmamento forra su capa, para acoger en

su embozo a la errante dama del silencio, de las esquinas y de las reglas, quien tras pasear su grávida locura por el heráldico campo de la indiferencia, recita el monólogo de sus culpas y crímenes sin un fallo ni una vacilación— surgió la redondez de su hombro que había de recoger y transformar en opalescente y lunático resplandor la luz del pasillo polarizada por la rendija del quicio y a través del vaso de leche; y allí había de clavar la misma absorta mirada del adolescente que redescubre a Hécate y de un golpe repite todos los heptasílabos de los que se creyeron con derecho a transmitir su emoción y todas las cuartetas de quienes solidificaron la ocasión por una más íntima correspondencia con el verbo, en aquel hombro que bien podía presumir de un hechizo que la misma luna no igualara; tres veces quise apartarme de él y otras tantas vine a sucumbir, a un mayor ímpetu que la primera renuncia, sin comprender siquiera que aun siendo dueño del deseo, el miedo protestaba ante la tentación, ansioso de la misma libertad que gozan sus hermanos de razón. Ya nunca más sería vuestro acólito ni vuestro acompañante ni vuestro cómplice ni vuestro encubridor porque al menos aquel hombro me había devuelto una voluntad —incipiente y fetal, nacida de la cópula entre el desvarío y la renuncia— que nunca hasta entonces había tenido o de la que había prescindido con y por vosotros, entre los oscuros disfraces y las espejeantes transmutaciones de toda personalidad que se mira en los otros. Estaba decidido a hacer lo que ninguno de vosotros os atrevíais a hacer pero me fallaron las piernas, como siempre; y el traspiés lo aprovechó el chófer que no habría acudido de no haber salido yo en su busca. Ése fue mi pago a espaldas vuestras. Ésa fue mi manera de señalar mi paso por aquel hombro, que ninguno de los dos advertisteis. Tras chocar en él toda mi persona había rebotado para volver a entrar en mí, en ese pupilo que un día despierta y se rebela contra su anterior obediencia y se lanza a una tardía

vocación —el deseo hipostasiado en el cerúleo vértice de la funeraria pirámide humana, en el abismo que la luz de la leche abrió en la penumbra separándola en dos e iluminando el fondo de la grieta donde se mira la miseria nómada añorante de una sedentaria y semiconsciente armonía en la que el amor, reducido a un impulso, no tuviera que ser el instrumento de redención de una conciencia condenada a la inquietud y sentenciada a buscar en el objeto amado la paz que perdiera con su despertar y el artificioso sentido con que vestir su falta de destino— que hasta entonces había acallado obcecado por la envidia y el horror que despertaba el cuerpo que tú habías amado; que sin lograr apartarte de la guerra te había llevado a un paso de la deserción y a otro del fratricidio, envuelto en el adulterio; que en cambio, con un brazo desnudo que fue a tomar el vaso de leche, al arrastrarme hacia su nibelungo imperio y con un solo contacto de los labios en el hombro (una silenciosa masa de deseo congelado se pone en movimiento por la fusión de uno de sus extremos al contacto con la luz y, con un imperceptible silbido —tan poco localizable como el jupiterino susurro de la montaña—, abandona el estado sólido para convertirse en una incandescente emulsión que disipa su aterido potencial) (en la cálida quietud que cobijaban las sábanas hubiera dicho que sin dejar de ser mujer había dejado de pertenecer a la raza humana, refugiada en un medio insomne e insonoro tan alejado como la inviolada novia del sosiego, inmersa sin mañana en el entonces sin progenie donde se consuman todos los apetitos femeninos) —y sin adentrarme más en ella, sin atravesar la corriente de su cuerpo para alcanzar la otra margen de la laguna, devuelto de un golpe a la orilla donde sin cultivo ni cuidado crecen las especies voraces de un deseo sin fruto— me apartó para siempre de ti para devolverme a mí mismo, el más exigente de mis dioses. Poco más tarde —había desaparecido la tía Sunta, que antes de que

sonara el último disparo se echó al monte con falda larga de percal, en busca de un marido perdido una década antes, ya se había apagado el runruneo de los motores sin que se percibiera aún el mugido de las eras, había quedado la casa vacía, una mano levantaba todavía un naipe y sólo unos pocos que habían aguantado el asedio al aire libre volvieron a sus casas, a encender una lámpara o buscar una página donde había quedado interrumpida la lectura, tres años atrás— había de comprender que no existe ninguna clase feliz de culpa, que todo pecado y toda falta en cuanto descubrimientos de una más recóndita carne que la que el yo ya no se molesta en conocer, a causa de su trato diario con ella, no conducen sino a la convicción de que la naturaleza propia es más aciaga, más aviesa y más ciega que lo que asoma de ella permite presumir. La culpa es lo que da sentido pero no es de nadie; ni siquiera sería de ella porque el mal es lo único que no es culpable. El verdadero mal ha juzgado de antemano y para siempre y nada tiene que revocar; carece de ese punto de debilidad e inocencia de quien entra en el juego de los veredictos. A sí mismo no se permite discutir con las razones opuestas a él y no entra nunca allí donde se celebren juicios; debe ser soberano.»

Tercera parte

IV

No existió aunque ocurriera a diario, sin fuerza ni ánimo para desertar de la espera. En un lugar de nombre cualquiera un intrascendente suceso se sumaría al grito de un niño y quedaría cancelado cada día con una descarga en el extremo de la tapia, más allá del único olmo que había respetado la guerra, a cuya sombra se detuvieron el alcalde y sus verdugos, sin prisas para llegar al lugar de ejecución. Pero el visitante, antes de ser identificado, llegó a ocultarse totalmente tras el macizo de hiedra que después de sobrepasar la tapia había saltado sobre el extremo de la rama de una acacia callejera, que en su aislamiento había resistido su acoso durante más de una década; pero su crecimiento y su curiosidad la perdieron porque apenas hubo de asomar sobre el jardín, el bífido renuevo trazando una hélice logró engancharse a ella para castigar su atrevimiento y escapar de aquel lugar. Poco tiempo hubo de necesitar para invadirla; apenas sus hojas y espinas asomaban a través de la fronda de hiedra que tras conquistar su tronco se había encaramado hasta su copa para desde allí en mutiladas y suspensas cascadas descender de nuevo a tierra por sus decrépitos miembros, vencidos por una carga que llegó a destiempo. También la hiedra había abrazado el pie de fundición de un abandonado velador que había perdido el tablero de mármol, ávida de retener entre sus brazos aquel incombustible regalo del más allá, más precioso que todo el reino vegetal, que guardaría con salvaje, ebria y no mercantil superstición; en cambio, hacía tiempo que había devorado los restos de un banco de madera, que inútilmente se habían

despojado de su uniforme blanco. Aunque todo el jardín había vuelto atrás no sería para recobrar la indómita alegría que le habría brindado la naturaleza con su liberación —sin restricciones ni macizos ni sendas ni animadas voces infantiles en el crepúsculo sin padres— sino a la banal senilidad que ha perdido origen y destino, en la huérfana profusión de tallos y raíces y semillas que apenas despertadas de su sueño se abrirán a la fecundación para contemplar su caída en la viciosa saturación de la muerte. Era un día de mayo, infecundo, triste y estañado, cuando el cielo —como un diván despojado de su tapicería— muestra el respaldo de borra donde descansa un apático, atérmico y pretérito siempre; un día en el que toda la energía de la primavera, conociendo de antemano la inutilidad de su esfuerzo, se recrearía en parodiar sus propias exequias, con negros caireles y dorados lambrequines. Hacía tanto tiempo que el jardín no había recibido ningún cuidado que no se podía decir ni que estaba desaliñado ni que había vuelto a un hipotético estado salvaje. Toda su vegetación había crecido encerrada, sabiendo que podría desarrollarse hasta ciertos límites, que no estaba incluida en las mismas premisas que sus hermanas naturales, que se hallaba dominada por la casa y que todo su pulso, su savia y su energía habían de acomodarse a un ritmo y unos números salidos de un orden mundano, y que un día, tras un soplido, un lunes de un mayo negruzco y desaromatizado, en una explosión de polvo y expiación de polen se haría cargo del secreto que la tapia había guardado tan celosamente. No quedaba gran cosa de él, poco menos que un puntillo de honor con el que disimular la miseria y unos goznes inmóviles, oxidados hasta el alma del perno; y el mentís de cada día que había de necesitar menos de un minuto para desbaratar el orden acumulado durante cuarenta años de espera. ¿Espera? Era algo más que eso; todos los días se venía abajo y todas las noches renacía, cada día más vieja y más

robusta, más próxima a la absoluta longevidad. El Tiempo concluye todos los días y todos los segundos pero por las noches es atravesado en toda su dimensión. ¿La espera? El mentís apenas necesitaba nada y la certidumbre, como un casquete polar, forma un continente sólido e inmóvil que flota sobre un medio inquieto; la palabra que en todo momento estaba a punto de brotar jamás saldría de sus labios, por esa supersticiosa creencia de que sólo lo innombrable puede acaecer y que la mera pronunciación del nombre sustituye y conjura el suceso. Aquella ocasión fue distinta porque la sospecha no vino por las palabras —que repetía sin siquiera pronunciación interior, incluso cuando envuelto en el trapo recorría la habitación canturreando los himnos aborrecidos— sino, a la vista de un hombre que se acercaba a la tapia, de un atónito, irredento y sepulto yo que de un golpe resucitó, agitó el polvo en que se había convertido y moviéndose en silencio hacia su cuerpo se transfiguró en carne, en sangre, en miedo y calor, y vino a recobrar sus músculos, sus venas y su temor abandonados por él desde aquel unidentifiable moment, perhaps, when his persistent objective self, weary of standing askance and watching his downfall, had silently withdrawn from him altogether, like a ship secretly leaving harbour at night y recuperados en el mismo momento en que tras vislumbrarle en la calle comprobó que se acercaba a la casa hasta que se ocultó detrás del macizo de hiedra. No surgió en la sorpresa pues —sin promesas ni anuncios, intemporal y sibilino, habiendo cortado toda relación con su pueblo y encerrado en el afónico limbo al que había volado treinta años atrás— no en balde era esperado. No vendría a reclamar nada, habían quedado en paz. Ninguna clase de nostalgia, empero, podía arrastrarle hasta allá y si volvía... ¿no necesitaría algún pretexto?, ¿sería del exilio, de una lejana república administrada por la idea o de un más extraño reino habitado

por hombres o héroes que habían perdido todo interés por el mundo que les vio nacer? Bien podía tratarse de ese observador neutral que en virtud de su pasado y sus conocimientos es enviado para recoger algunos datos en el terreno y con los que confeccionar, para la desconocida instancia que le envía, un desapasionado informe acerca de una situación y un país de los que se siente totalmente ajeno; un hombre remozado después de treinta años, despojado de toda pasión, incapaz de reprimir un cierto acento de ultramar; el enviado de una esotérica administración —en la avanzada del progreso— que al reparar un día en ciertas ventajas que para sus fines le ofrece una arcaica, depauperada y arrinconada comunidad por una circunstancia que no coadyuvará a redimirla sino más bien a hundirla en una mayor postración, despacha al lugar a aquel que conociéndola a fondo podrá informar cabalmente acerca de sus prospectivas; o bien unos dioses —que no abandonan sus montañas— tras observar los resultados que deparan unas criaturas que concibieron para su entretenimiento, decepcionados de su evolución e inhabilitados para aniquilarlas, ordenarán a su legado que se llegue hasta ellas para advertirles que pese a su desinterés —y del que prematuramente han derivado una incompetencia en sus destinos— su suerte final sigue estando en sus manos. Es lo único —les podía haber susurrado, haciendo una pantalla con el dorso de la mano, y de haber adoptado hacia ellos un tono confidencial, seguro de no ser escuchado por sus lejanos pero omnipresentes señores— que les queda; lo perdieron todo de antemano cuando iniciaron aquel juego atroz, de imprevisibles consecuencias. Eran omniscientes —y lo siguen siendo— pero de nada sirve la sabiduría frente al afán de poseerla; y ahora están atiborrados de secreto rencor a un juego que proseguirá sin ellos y de encono y envidia hacia aquellos que llenos de ardor lo practican torpemente, reconociendo para sí qué poco

dura la primacía del saber, qué pronto es alcanzado por el afán de superación. ¿Procedía de allí, de una tierra sin acontecimientos? ¿Venía directamente? ¿Cuál era la clase de su bagaje? ¿O habría desertado? ¡Espasmos! ¡Mensajes inoportunos! Sólo por la manera con que el enviado se aproximara al lugar habrían de comprender que había dejado de pertenecer a su tierra para entrar a formar parte de una lejana corte —aunque se tratara de una orgullosa raza vencida y recluida en su reducto, condenada para siempre a rumiar su torvo desencanto y a disimular con risueños cantos a su perenne gloria la negra nostalgia hacia el perdido mundo de la carne y el hastío que la bienaventuranza y la eterna compañía del tiempo inducen en aquellos que la naturaleza ha creado y educado para perecer— que tras algunas décadas de silencio volvía a mostrar un cierto interés por una comarca perdida. ¿Por qué? Nunca lo sabrían. No habiendo cambiado nada acá nunca acertarían a saber qué o quién había auspiciado tal cambio de actitud. Pero la miseria es ingenua y alimentada del sentimiento de la injusticia con que ha sido tratada acepta al instante cualquier reparación, por injustificada que sea. Y tal vez no venía a traer nada nuevo sino, antes al contrario, a recordar algo tan viejo y conocido como la ferocidad de la bestia de los cielos que aquejada de un mortal aburrimiento, no contando más que con su alma pero careciendo de espíritu ni siquiera con la guerra —la máxima distracción que los hijos de la carne habían arbitrado para su solaz— lograba apasionarse; y no tanto porque conociera de antemano un resultado que en nada alteraría la inmutabilidad de su universo, sino porque le era imposible tomar partido. Así pues, con una demora considerable, vendría a decir lo mismo de siempre; que eran juguetes de un niño maleducado, que no había premio ni castigo, ni victoria ni derrota, ni pasado ni porvenir, ni inviernos ni veranos pues todo era pura ficción en un equívoco

y exagerado escenario decorado por una mano maestra que a fin de adaptarse a la representación, imitó los ingenuos y torpes trazos infantiles de la comedia con que unos niños celebran una efemérides; que se quitaran de la cabeza toda idea trascendente, que no olvidaran que trabajaban sobre un tablado, ante un público invisible y apático. Desapareció sin preámbulos ni graduaciones, sin dejar una estela, como si nunca hubiera estado; de repente en un paso se concentra toda la complejidad del tiempo y un minúsculo movimiento introduce su múltiple dimensionalidad, en sus propios sentidos y en un más allá metadimensional; al llevar en sí el germen de la muerte una instantánea ocultación —tras la tapia cubierta por el macizo de hiedra— produce en el aura del miedo un anticipo —o una garantía— de la próxima aniquilación. Pero la esperanza es tan rápida que el temor no llega nunca a alcanzarla, aunque arranque antes, y en el momento en que el alma queda de nuevo vacía surge —de forma tan resumida y taquigráfica que no es posible en una primera lectura posar el entendimiento sobre todas sus frases, perdido el sentido cabal de todas ellas, tantas veces dependiente de una partícula, y tan distinto a la mera adición de significados particulares y contrapuestos— la sospecha de un error de interpretación de toda la experiencia —tantas veces sufrido y tantas veces soportado que la curiosidad despertada por un nuevo espejismo, en la anodina y casi celestial carencia de fenómenos en que acostumbra a degenerar el «haber vivido mucho», constituye la mejor prueba de la bisoñez de todo espíritu—, el borroso recuerdo de una circunstancia precisa donde tuvo su origen la primera discrepancia de lo vivido consigo mismo o, por emplear otro símil, donde se inició el progresivo y perspectivo alejamiento respecto a las posibilidades que introduce toda fatalidad, y la extempórea aparición en un firmamento invariable de una oportunidad que podría

armonizar de nuevo la experiencia y conducirla por el antiguo derrotero pensado por una mente virgen y cuya aproximación todo hombre —por mucho que haya vivido— aguarda con violentas palpitaciones que sin embargo no acallarán el grave zumbido del recelo ante la inapelable conclusión que reducirá el espejismo a lo que es. En el momento de leer por encima el texto tan fugazmente redactado (pero nunca impreso) por el temor, se repite la lección sempiterna de todo fracaso. Escrita en caracteres deletéreos serán empero indelebles y siempre los mismos: los mismos que leyó Job en la canal de la teja y los mismos que al brotar flamígeros de la espada caldea, vacilando en el bruñido horizonte del mediodía, mostraron a Ezequiel el alfabeto de la fe. El Tiempo se yergue a la voz de la justicia pero sólo se incorpora ante la visión de la venganza. Entonces se detiene, suspende su canturreo y aparta el visillo, cuando el insólito visitante —que se ha hecho esperar desde el principio de los números, que a fuerza de espera ha volado más allá del reino de los nombres— se anuncia con el mismo signo que repetido y pormenorizado lo desmentirá. «No es él, no puede ser», dirán dando un paso atrás, en busca del espacio donde recibir la acometida y en cuanto el último atisbo confirma la sospecha, poniendo punto final a ese holocausto de la respiración con que el Justo revive su esperanza: «Si es él —tiene que pensar— nunca más seré yo y eso es lo único que le puede traer aquí». No será él ahora pero lo será un día como éste, en un instante como éste, idéntico a todos los que fueron y que, por consiguiente, se reprodujeron en un pasado sin descendencia. Se diría que hay un momento en el que el flujo de las horas se invierte —provocando la misma sensación que sufre el viajero nocturno, despertado de su inconsistente sueño por el topetazo de una maniobra que en una estación de enlace (sin apenas luces ni otros resplandores que los sobresaltos de su propio ipnoma) invierte la marcha del convoy y ante la

inquietud que suscita el nuevo sentido pronto se deja tranquilizar por su confianza en una organización superior que habiéndose visto obligada a aceptar ese cambio y a introducir ciertas alteraciones en la trayectoria no dejará de entregarle, tarde o temprano, en su punto de destino— para correr más veloces, como si conocedoras del tramo que han recorrido y reconocido una sola vez decidieran apurarlo a toda la potencia de la máquina bien para alcanzar cuanto antes el punto donde recuperarán su fluencia normal (señalado por un carro cargado de bidones vacíos, apoyado en sus lanzas, en un desierto apartadero), bien para repasar con poco tiempo que perder un espacio inadvertido por el duermevela (y un letrero o una carta leídos con mucha anterioridad demostrarán en la repetición la curvatura y cerramiento del tiempo transcurrido), bien para volver a contemplarse a sí mismas como rostro e inseparable parte de aquel inmóvil continuo que pretendieron mover al trasladarse en su seno. Pero el trayecto de vuelta es más corto y muy distinto del de ida y todos los objetos y sucesos que orientados por el magnetismo del futuro presentaron su dorso al momento actual volverán en la reviviscencia un frontal estupefacto y descontento de su absurda naturaleza sin ley temporal, contemplada por el viajero de vuelta en la sucesión retrógrada que ha perdido, con el cambio de sentido, aquella sutil y enajenada caracterización que los ordenaba en el destino para poder comprenderlos, exponente de ese poder contagioso del alma que no sabe dar un paso sin espiritualizar. Una mano imprudente, en esa epicena hora de la mutación, tan lejos de los crepúsculos como de los equinoccios, bajo un cielo cubierto con una funda de lona perlada, prende un montón de desperdicios y hojas secas y surge sin llamas esa picante humareda que desdibuja la vista de la carretera para reducirla a su residuo histórico: el marco de unas aventuras provincianas y el rostro que tras haber bostezado al paso de las legiones abre

un ojo despectivo hacia un insolente bloque de viviendas en construcción; es el nuevo revelado de un viejo cliché que en negativo conserva todos los detalles perdidos en una copia maltratada por el uso; y así vuelve siempre en el momento en que tiene que volver, ni antes ni después, dejando atrás todo lo que ha pasado entretanto y deteniendo lo que ha de venir; previó incluso que los sembrados esperaran su sazón, que una caballería pastase unas hierbas de cuneta junto a la cerca de un campo en barbecho —y no lejos de una palangana agujereada, que acaso recorrió toda la escala social antes de ser abandonada por un mulero, después de la guerra—, que de una cocina saliera a la calle gritando un chiquillo para que la coda de los años transcurridos fugase hacia el tema en su exposición original, surgiendo de nuevo triunfante y vindicativo de entre el maremágnum de sus variaciones; caminantes y partidas de segadores que cruzan en dirección opuesta a los gritos nocturnos de unos chiquillos elíseos más allá de las zonas iluminadas de sus sórdidas aceras una vez que ha pasado la caravana de camiones y tras una semana de violentos accesos de cólera cae de nuevo el bucle de una cabellera a través del cual sería tan difícil percibir el aguijón envenenado de una mirada decidida a no revelar nunca el secreto de su humillación ni siquiera cuando rezumando su cuerpo esa satisfacción carnal que cierra todas las heridas del amor propio lee en el pentagrama que el nuevo día imprime en la persiana el canto llano de los cascos de las mulas sobre los adoquines del amanecer (pacientemente uncidas a un carro sin carga ni carretero no venían de un punto ni se dirigían a otro sino que engendradas y atalajadas en la noche caminarían tan sólo en pos de ella, burlando con su paradójico paso la carrera de un sol que incapaz de alcanzarlas las apedrearía con sombras de tapias y alamedas, sin eco ni tono ni apenas ritmo, sin principio ni fin, sin movimiento ni acción, envueltas por doquier en la

corintia quietud de una eternidad falseada por los quiebros de los colores), para celebrar de nuevo el distanciamiento de su jerarquía, ajeno a toda la secuela de vivas estampas que la memoria amontonó en torno a él y sordo al título con que pretendió motejarle. Pues cada vez que surge (incólume, aureolado de la virginidad que concede el semiolvido) vendrá a demostrar que procede del lugar de lo irrepetible, donde no hacen falta personalidad, carácter ni estilo. En cuanto llegó, en cuanto su padre abrió la puerta, dio una muestra del cambio que se había operado: lo más notorio era un aplomo —se diría — recién estrenado, como si —lo mismo que una caja de yemas o un sombrero de paja— lo hubiera adquirido en su viaje a un vendedor ambulante en una estación del trayecto, sin siquiera apearse del coche; habían desaparecido como por ensalmo los caracteres del segundón, aquellos rasgos amables pero indecisos. La distancia en edad que le separaba del primogénito, de más de cinco años, había en buena medida determinado el papel que jugara en la casa durante su niñez y adolescencia, marcadas por la prematura muerte de su madre. Porque habría llegado tarde pero no a destiempo si su madre hubiera vivido unos años más; lo había engendrado tanto en homenaje y afianzamiento a la reconciliación con su marido y la renuncia al genio de independencia de que ya había hecho gala en los primeros meses de su alborotado matrimonio, cuanto para contar con una pieza propia dentro de una familia de la que no podría borrar totalmente su anterior distanciamiento. Porque el primogénito pertenecía al padre, o al nombre de la familia, a causa de sus muchas imprudencias; no sólo lo había dejado escapar sino que paulatinamente lo había arrojado al campo de sus adversarios, en un período durante el que sólo aspiró a aflojar los lazos que le ataban a la casa. Y no volvió y rindió sus armas y se dio por vencida — como algunos sospecharon— para amparar con el manto de la

legalidad una criatura concebida fuera de su marco sino que, antes al contrario, fue en busca de ella como motivo de devoción al que unirse firmemente en su nueva prueba, para contar con un aliado en su lucha contra su propia ligereza y encarar con mayores garantías un matrimonio que pese a la reconciliación no dejaría de recaer en pasadas desavenencias. Pero antes de ver confirmada a su criatura, la enfermedad —una misteriosa y galopante atonía del sistema linfático— se la llevó de este mundo, dejando un segundón arrinconado, pletórico de fuerzas y carente de uso, como todo póstumo y apenas estrenado capricho cuya extravagancia es exagerada por la desaparición de su poseedor. Así que quedó en manos del servicio, entre la cocina, el office y el cuarto de la plancha, bajo la enorme mesa forrada con una manta de lana de color de rata salpicada de quemaduras ojivales, balanceándose sobre un caballo de madera y haciendo sonar una trompeta de hojalata en tanto la familia se enfrentaba y debatía problemas de indudable trascendencia. En el restaurante —adonde fueron a comer los tres, aprovechando el paso del matrimonio por la capital— tuvo la primera sospecha de que las cosas no marchaban bien entre ellos; pero estando de siempre persuadido de que su hermano no repararía en él para ninguna clase de confidencia no tenía por qué esperar que así lo hiciese su cuñada, a la que conocía poco y con la que no tenía ninguna confianza. Su hermano formaba parte de la legión que no hace públicos los errores propios y no sabe comportarse sino como superior al que tiene delante. Jamás hablaría de sus problemas y menos con él y en cuanto a su cuñada, si bien entre ellos había brotado desde el primer día una espontánea corriente de simpatía y un incipiente trato que podría desembocar en amistad de no verse coartada por su relación de parentesco, por fuerza tenía que contemplarla dentro del estricto marco conyugal impuesto por su marido. Su hermano sin duda

consideraba que lo último que podía permitirse era ventilar los trapos sucios —aunque sólo fuera para no reconocer una autoridad judicial al espectador de los mismos— delante de quien consideraría siempre como un menor y un alumno (aunque hubiera optado por otra manera de vivir, otra vocación, otros gustos y tendencias que los suyos) y toda vez que su magisterio nunca se extendería hasta la exposición de sus errores y reveses lo menos que esperaba de su mujer era que aceptara la misma disciplina hacia tal norma y cuya transgresión bien podía constituir un delito de tanta magnitud como cualquiera de los perpetrados en el interior del secreto conyugal. Ni un solo día llegó puntualmente al rosario; o estaba jugando en la casa del guarda o se encontraba bajo la mesa del cuarto de plancha, escuchando las macabras historias de las mujeres del servicio. No demostró nunca ninguna unción, ni interés por las cosas más veneradas en la casa a las ocho de la tarde; ni podía dominar su alelada atención en otra cosa —porque era un tête-en-l'air— y revestir su despreocupada expresión del recogimiento necesario para escuchar al término del rosario la breve prez, la invariable fórmula, por la bienaventuranza de su madre. No podía estar quieto entre su familia y sólo parecía hallarse a gusto en los ámbitos ancilares hacia donde salía corriendo nada más beberse el tazón de leche por la mañana. No estaba nunca limpio ni en disposición de ser presentado a las visitas ante las que aparecería siempre, a pesar de ser vestido y recluido horas antes a tal efecto, con un lamparón, una mancha de sangre o una criada limpiándole las narices. Y todo ello para su padre, para su hermano, para sus tías (no para su abuela) constituía no sólo un reconfortante motivo de queja sino la promesa de un futuro desentendimiento cuando su crecimiento les liberara de la caridad que le debían. Su naturaleza era la mejor prueba de que su madre había sido la equivocada; y no contenta de haber

desoído los preceptos de la familia y vulnerado sus normas, se había permitido en su última instancia —y bajo esa luz aparecería más como una venganza que como una reconciliación— prolongar la estirpe que renovaría el cisma y cargar la casa con una amarga amortización a veinte años de plazo. Fue a los postres cuando su hermano se levantó y los dejó solos, los últimos de un pequeño comedor vigilado desde el umbral por un camarero atento sólo a que le requiriesen la nota. Su hermano estaba seguro de que nada podría ocurrir, que su mujer no se permitiría romper el secreto conyugal en el breve lapso de una llamada telefónica y una visita al excusado, y ante un chiquillo. Y efectivamente no lo rompió de forma abierta pero hizo mucho más que eso; un solo gesto le bastó —aprovechando una distracción del camarero— para sellar la promesa de una futura confianza e insinuarle que ni las cosas eran como su hermano las pintaba ni estaría, si llegaban a agravarse, dispuesta a guardar el silencio que ahora se veía obligada a observar. Así le vino a decir que estaba en vilo, que nada estaba resuelto en su matrimonio, que aún le quedaban armas para luchar sola en un combate que se recrudecía día a día y para el cual por el momento tenía que adoptar la actitud retraída y solapada que recuperó cuando su marido entró de nuevo en el comedor y, al pasar junto a él, pidió la nota al camarero. Sus pasos, por otra parte, habían sido reglados por los de su hermano: la misma ama, las mismas compañías, los mismos juegos y juguetes, el mismo colegio y, por encima de todo, el mismo modelo. Pero cabría sospechar que en su más tierna edad su madre le susurró al oído una voz de descontento, que un día lo atrajo hacia sí y sentándolo en sus rodillas, jugando con sus palmas y haciéndole cosquillas, le enseñó la transgresión de los límites y, en una habitación amable y apartada del severo ambiente que dominaba la casa (como dos chiquillos en el retrete de un internado), le

comunicó toda la fuerza de la despreocupación; le sopló al oído que esperaba de él algo muy distinto al hombre de provecho y que a la vista de un destino más amplio e indeterminado no aceptara nunca cargas ni responsabilidades pequeñas y cumpliera sus deberes con el mínimo esfuerzo, con el método más económico para zafarse de ellos y reducir al mínimo el trato con las personas empeñadas en imponérselos. A partir del momento en que su hermano salió de casa para estudiar en la capital se vieron poco, incluso en los veranos; y cuando seis años después inició el mismo derrotero tampoco tuvo muchas oportunidades para convivir con un hombre emancipado, que vivía demasiado aprisa para tener que cuidarse del benjamín que, alojado en la casa de unos parientes no muy sobrados de espacio ni de recursos, tenía que volver pronto a casa. Su hermano se codeaba con una serie de señoritos que casi todas las noches salían a cenar, con o sin amigas, a jugar al naipe y a bailar y en las pocas ocasiones en que fue admitido —no bajo la mirada tutelar de un hermano mayor temeroso de que su pupilo sea incapaz de afrontar los peligros y tentaciones a los que por su natural fortaleza él no sucumbirá nunca y de los que por consiguiente podrá extraer un fructífero aprovechamiento sino con el atento recelo de quien puede ver mermado su prestigio, ante una asamblea avezada en la permanente competición y siempre dispuesta a sacar ventaja de todo fallo ajeno, por las inconsistencias de su protegido— no hizo una sola cosa con acierto y poco a poco —en la universidad y en los círculos de estudiantes— fue buscando sus propias amistades y su propio medio, tan distintos de los de aquél, y aunque sólo fuera para no convertirse en incómodo testigo de una vida que distaba mucho, sobre todo por las noches, de la idea que de ella se tenía en el ámbito familiar. En tres años sería todo distinto, como si se hubieran trocado los términos del fideicomiso, y sería él el más temeroso de la presencia de su hermano en su

propio círculo: una chocante manera de vestir, unos gestos —sin opiniones— de menosprecio, el inconfundible aroma de la diferencia en todo. La habitación era muy pequeña, llena de sol, con la ventana abierta y la persiana verde enrollada bajo el dintel, casi toda ella ocupada por la cama, donde permaneció todo el rato sentado, con los pies descalzos y subidas las mangas de una camisa sin cuello, bastante sucia; pero su aspecto era saludable y no delataba la menor inquietud por su situación. Apoyado en el antepecho de la ventana y visto a contraluz su hermano parecía vuelto a la adolescencia, aureolado de una falsa virginidad tras su viaje desde las sombras. «Hace tiempo que te esperaba y sabía de sobra que vendrías. Aunque sólo fuera para despedirte.» «Si no he venido antes ha sido por tu propia seguridad.» «¿Tenemos que ponernos a discutir nada más empezar? ¿No es suficiente la lucha que llevamos encima para tener que complementarla con divergencias de poca monta? Di, ¿no te basta con la guerra que nos estamos haciendo o es que quieres llevar la discordia hasta los ínfimos detalles? No me vengas con supercherías, no me vengas hablando de mi propia seguridad de la que tan buen partido has sacado. Y si ha de ser por última vez a ver si eres capaz de hablar conmigo cara a cara y sin ambages.» Un silencio de verano se extendió por la habitación mientras sus ojos parpadeaban, ante la prontitud de la réplica y el resol en la pared y en el suelo, su centro señalado por la sombra de su cabeza que habría deseado desalojar de allí, como un mudo, gemelo e indeseable testigo de la conversación, conocedor de unos móviles que no deseaba exponer en tanto no calibrara su disposición a recibirlos. Cuando se declaró la guerra no todos tenían una actitud decidida respecto a ella y en los días y semanas siguientes algunas vacilaciones no hicieron sino crecer, alimentadas por la incompetencia, las contradicciones y la brutalidad de uno y otro bando. Además, las intenciones y

estados de ánimo en aquellos primeros momentos —sombreados por la desconfianza y el miedo— eran a menudo bien diferentes de las razones esgrimidas en público y en numerosos conflictos prevaleció un secreto interés, nunca revelado, que constituía el mejor fundamento para alimentar o socavar la participación en la lucha y el único hilo que enhebrara actitudes casi incomprensibles. Una sociedad presume de albergar unos modelos de conducta —abstractos y tan intocables que en ningún momento de su evolución se ponen a prueba— cuya aproximación real es la mejor garantía para su buena marcha; el modelo que conforman las razones íntimas de todo hombre —sin necesidad de ser un rebelde— puede ser muy distinto de aquél, que en alguna medida se verá obligado a suscribir, y encontrará su mejor momento en el conflicto social que iniciado de cualquier manera se traducirá en el ámbito personal en una oposición poco menos que bélica entre ambos. Nunca deja de producirse esa simbiosis: los sucesos de la calle despiertan en el individuo su lucha interior y la suma de éstas no hace más que añadir leña al fuego civil. La lucha es contagiosa pero al final la victoria debe coronar una figura social, cualquiera que sea, para relegar de nuevo al ostracismo las componentes individuales del conflicto en espera de un nuevo despertar. Una memoria pretersocial las conservará —a pesar de que en apariencia ningún corazón las alberga ni se halla dispuesto al menor sacrificio por defenderlas — y aun no contando con ningún adicto mantendrá vivo ese credo revanchista que anima la savia psíquica de toda guerra y al ser independiente de cualquiera de ellas siempre prevalecerá. «¿Por qué hay que entenderlo así? ¿Crees acaso que tú y yo nos batimos por las razones que esgrimen nuestras respectivas propagandas? No te creía tan párvulo. Esperaba al menos que la educación te hubiera servido para hacer de ti un hombre lo bastante complejo como para no abrazar ningún

ideario político.» «Tal vez, pero nunca será eso razón suficiente para no participar en la lucha; y la lucha estallará entre dos bandos y dos idearios, de los cuales es preciso elegir uno, por insuficiente que sea.» «Precisamente, el mal menor. Una cuestión de incompletas simpatías, si así lo prefieres. No; no se puede caer en la vulgaridad —en una vulgaridad criminal— de tomar los pretextos al pie de la letra y elevarlos a la dignidad de causas. La única causa es la guerra en sí, o la lucha si te es lo mismo, necesaria e independiente de las supuestas diferencias que la provocan. Porque la paz no existe, ¿entiendes?, no es nada en tanto la lucha, como el movimiento o la imperfección, es el estado previo imprescindible para todo avance. Y que ese estado tome una forma u otra, dialéctica o bélica según las circunstancias, ¿qué importancia puede tener cuando toda vitalidad deriva de él?, ¿y qué importancia puede tener cualquiera de los órdenes en lucha frente al principio superior que los engendra e incoa para enfrentarlos? Pues ninguno prevalecerá, sábelo desde ahora; ningún sistema vence siempre porque nuestro universo —desde lo más grande hasta lo más chico— descansa y tiene su mejor apoyo en la decadencia.» Su propia presencia parecía contradecirle; lo intentó tímidamente pero sentado sobre la cama, las manos enlazadas entre las rodillas y la mirada caída sobre ellas, parecía importunado por las menores réplicas, como pequeños obstáculos que sin desviarle un ápice de un camino decidido le impusieran un paso más lento y la entrega de una atención que prefería destinar a la contemplación de la meta. «Aunque así sea, nadie me quitará del derecho a hacer de esta guerra una cosa mía y de aportar mi ayuda para la consecución de un resultado, por muy efímero que sea, que me parece más conveniente que su opuesto y que una vez conseguido me permitirá —a mí y a casi todo el país— vivir de una manera más digna y decente que si triunfan nuestros enemigos. Es la

razón de todas las guerras y vale tanto para mí como para ti, como lo demuestran los hechos, pues de no ser así ¿por qué no...?» Le interrumpió, ladeando la cabeza y mirándole fijamente: «Has dicho "conveniente", y has hecho bien; se ve que a veces sabes elegir acertadamente la palabra. No así en cuanto al "digna y decente" que nos llevaría a una discusión mujeril y superflua pues estándose ventilando por las armas los atributos de unos y otros, nuestras razones en apoyo de ellos sobran. Basta; espero que no caigamos en la tentación de la propaganda y vamos a dar por supuesto que los dos estamos por encima de ella. Pero has dicho también "conveniente", un término más fino y más difícil de elucidar pues para cualquier clase de religión todo lo conveniente es verdadero». De manera automática volvió atrás, a los días anteriores al telegrama. Había vuelto a casa por unos días, a finales del mes de junio, a visitar la familia antes de emprender por su cuenta un veraneo viajero en compañía de un par de amigos. Encontró a su padre vejado y triste, un tanto incoherente, y sin querer entrar en pesquisas vino a suponer que algo tendría que ver con ello la visita primaveral de su hermano acompañado de su mujer. En sus momentos más patéticos hablaba de un «desencanto», «la esclavitud del poder», «la soledad de la tradición» y en los más enigmáticos mencionaba «una misión», pedía la «relectura de las cláusulas primordiales del contrato paterno» y hacía referencias a «formas inéditas del abandono». No se le podía preguntar acerca de todo ello porque entonces recurría a fórmulas aún más arcaicas y a veces extrañamente certeras: «La piedad es incomprensión —dijo—, he ahí una ley que heredada de sus mayores ningún hombre sensato osará poner en entredicho». Parece ser que en los primeros días de la sublevación de julio intentó por todos los medios comunicarse con su hijo por teléfono, sin conseguirlo. En agosto se produjo su detención. Para con el otro no confió en el correo,

considerándose el hombre más celosamente vigilado del país pero se decidió por el telegrama no sólo para ahorrar palabras sino también para eludir con la brevedad del texto la verdadera naturaleza de su petición a la que se vio empujado muy contra su voluntad más por temor a hacerle entrega de una potestad de la que siempre le había privado que por desconfianza hacia el hijo desobediente y mal cumplidor. ¿Cuántas veces, a solas, al socaire de las primeras penumbras de la tarde estival, como si eligiera ese momento de espaldas a la luz para sacar a la superficie de las palabras las imágenes inconfesables de un porvenir imaginario, ha dejado correr el destino de sus hijos hacia su consumación a fin de verse a sí mismo exaltado por su sacrificio y rehabilitado de los anónimos desaires y afrentas de una desconsiderada historia pueblerina? El telegrama llegó en el momento preciso, la misma tarde que entraron en el piso (a los inquilinos les sorprendió la revolución en un balneario, donde más resonancia cobran las noticias de la capital) y durante unos días había de quedar abierto sobre el chacinero mármol de la mesilla de noche. Fueron días cruciales en que todo cambió para él, como si las desplegadas hojas azules del telegrama —que había encerrado el fugaz equívoco de una edad floral— se hubieran abierto en obediencia a una ley natural que le incluía en una metamorphosis in which memory would not adjust itself to the stirring of new organs. Quedaba empero la promesa —o la premonición, o la sentimental sospecha— de un hecho importante que a cambio de su temprana salida de este mundo su madre le había reservado y adquirido en un despacho de la administración de la gloria eterna pero tres noches de adulterio en el angosto piso madrileño —en presencia del telegrama que le urgía a volver a casa sin la menor demora— bastaron para que con la agitación de nuevos órganos lo poco que hasta entonces tuviera firme quedara sepultado por aquella suave y lúbrica espalda —

dormida de cara a la pared, sólo los pies enredados en pecaminosas sábanas—, por las caricias en la prominente superficie de una ambarina cadera que envuelta en el sueño se había de alzar como la muda y jaque réplica de la carne, capaz de acallar y ridiculizar todas las protestas de la fe y del deber. Dos días después entendió que tenía que volver a casa —como ordenaba el telegrama— para despachar el asunto cuanto antes e incorporarse, cuanto antes también, al lecho del adulterio, al angosto piso madrileño. En efecto, en el curso de la tragedia los plazos se acortan; los caracteres deben obedecer a sus impulsos sin posibles demoras y aunque el destino se encaja sobre un proyecto largamente elaborado —sobre sentimientos y mandatos que pueden venir de muy lejos— exige perentorias consumaciones y nada le es más fácil que encomendar la ejecutoria a actos de aparente intrascendencia que una vez realizados van precipitando inexorablemente la caída. Por eso la tragedia es —y será— el triunfo del impulso sobre la previsión y por eso rara vez un mal anticipado alcanzará la catástrofe. En el suelo había un pequeño montón de ropa rota y sucia. Por un momento se levantó indeciso y volvió a sentarse; como si lo hubiera pensado mejor se levantó de nuevo y se acercó a la ventana para contemplar la calleja desierta, junto a su hermano de espaldas, con medio cuerpo fuera. Llegó a pensar que le iba a coger del brazo pero no lo hizo así y todo su gesto tuvo a sus ojos el carácter de un marcado y calculado distanciamiento. Cuando la muchacha entró los dos estaban a la ventana; le observó con desconfianza, recogió la ropa del suelo y dijo algo muy habitual, algo de todos los días y tan ajeno al visitante como para que éste se percatara de la familiaridad que existía entre ellos. Dejó la puerta abierta y cuando se adelantó a cerrarla todavía cruzó una mirada con ella, en el rellano, el montón de ropa bajo el brazo. Con las manos sobre el pomo de la cerradura, sin ánimo de suavizar su

actitud, dijo: «No dudo de que vuestras conveniencias son tan inmediatas y sagradas como las nuestras; no intentes que me repliegue hacia una verdad en lucha contra un error porque sé de sobra que nada te sería más fácil que sacarme de ese refugio; no voy a discutir tampoco que la medida de una verdad no la da ni la teoría ni la experiencia, ni siquiera la historia, sino quizá el coraje para defenderla en cualquier circunstancia pero, puestos a elegir entre dos falsedades —o dos medias verdades—, me inclinaré por aquella que apunta en el horizonte, aquella que al poco de nacer anuncia la vigencia de su mandato y su poder para aniquilar y enterrar la que ahora agoniza. Si quieres es una cuestión —para emplear vuestra jerga— de perspicacia y visión de futuro, de saber dónde tengo que colocar mis ahorros para mejor asegurarlos. Y tú has ido a elegir un futuro corrompido y fúnebre». Miró al techo, sin prisa para contestar, a sabiendas de que le sobraba tiempo y razones para responderle y un poco hastiado de antemano por el esfuerzo para superar la fatiga de tener que repetir cosas demasiado sabidas; tampoco ahora dejaría de tratarle con la suficiencia de siempre. «Te equivocas porque no sólo vas a elegir el lugar más falso donde depositar esos ahorros sino que ni siquiera aciertas en la manera de defender esa elección. Deberías ser más llano y más simple, como la mayoría de tus correligionarios, y recurrir como hacen ellos a la justicia de vuestra causa, vuestra fe en la victoria, todas esas cosas. Eso os cuadra mejor. No es fácil en tu situación aparentar ese cinismo y te recomiendo que, tanto en público como en privado, lo vayas abandonando. El cínico ha de ser solitario y vivir casi del aire, y todas sus razones tendrán que ser cínicas porque una sola basada en la fe destruirá toda su composición. ¿Y te las das de revolucionario? ¿Un hombre que de antemano acepta su sumisión a un orden naciente, y pone todas sus energías en la consecución de una meta —a la que la

sociedad según vuestra doctrina camina inexorablemente— que si es alcanzada le ha de obligar, por un mínimo de coherencia, a suspender toda actitud crítica hacia el nuevo poder, tiene el descaro de creerse un rebelde? Y si es verdad que nuestro orden está agonizando ¿acaso es rebeldía enterrar un cadáver? Dime, ¿quién es el que ha optado por un futuro fúnebre? ¿Quiénes son los que están buscando más orden, más leyes, más reglas, más coacción, más Estado? No; la revolución del futuro —si es que ha de venir— ya no será de esas que con cuatro gritos, dos proclamas y unos cuantos adeptos adquieren la mayúscula y un estatuto político perfectamente respetable; ni de esas que quieren llevar hasta el final el pensamiento de los nuevos teólogos. Ya está bien de eso; la humanidad se cansará un día de que de tanto en tanto un ogro le enseñe cómo tiene que ser. Todos esos movimientos no han salido de la edad colegial: sed buenos, hijos míos, tenemos que ser mejores. No; probablemente en el futuro quedará poco sitio para guerras y revoluciones y el próximo ciudadano volverá a buscar su inspiración no en el parecido sino en la diferencia con sus semejantes. Volverá a estar solo, rodeado de unos pocos, como debe ser. Y la revolución futura no será colectiva sino individual, apenas tendrá textos. Y no enseñará a ser buenos sino todo lo contrario; no cómo tendremos que ser, sino la manera de no ser como quiere el Estado. Y no cómo prevaleceremos sino cómo sucumbiremos. La única revolución es la muerte, hijo mío, y todo programa para preservar mejor la sociedad es radicalmente conservador. Y el pensamiento más fino no irá por delante de los tiempos sino contra ellos, hacia atrás, hacia la extinción; y su programa no será otro que el suicidio.» De nuevo apareció la muchacha que sin llamar entreabrió la puerta, sin dejar de sostenerla por el picaporte, e introdujo su cabeza escorada. Con la mano sostuvo el escote muy abierto de una bata estampada y con la expresión hizo un

gesto inquisitivo e impaciente. La visita no lo azoró, no pareció importunarle ni siquiera por la denuncia de una sospechosa intimidad; antes bien, se acercó a la muchacha, le puso la palma en la mejilla, le movió ligeramente la cabeza sacudiendo su barbilla, le dijo «Ahora bajo, chata» y cerró la puerta ante ella para volverse de nuevo hacia él, inexpugnable e irreflexivo, heraldo de una marcial intangibilidad ajena a todo pudor y toda languidez. No le había visto desde el comienzo de la guerra y por primera vez no hacía uso de la salvaguardia de sus ventajas; no es que habiendo sido sorprendido en una actitud o una manera de ser que tras haberla ocultado se viera obligado a reconocer, sin otorgarle importancia a fin de defender su disimulo anterior, sino que —en contraste con una situación algo semejante en el restaurante— más bien parecía haber abandonado el doble medio donde sólo la mitad de su vida era observable para entrar en otro —acaso la guerra— donde lo sería en su totalidad, como del casco en un dique seco destaca la no refinada robustez de una infraestructura que sustenta la muy distinta silueta vista por encima de la línea de flotación. Entonces pudo ver un hombre del que hasta entonces sólo había visto atisbos de su paso en plena carrera; y miró en derredor suyo en busca de un objeto parecido a la maza de madera de un mortero. ¿Quién mentía, de qué lado se hallaba lo más verosímil? De espaldas parecía aún más robusto, más dueño de sí mismo, adelantado a una vacilante inteligencia que había dejado atrás de un solo salto. «No hay héroes. Ninguno de los tuyos podrá comprender el doble castigo que ha de recaer sobre aquel cuyo pensamiento constituye una amenaza al orden establecido pero cuya conducta —sea cual sea— demostrará una vez más la imposibilidad de llevar a la práctica la idea de libertad que le anima. Así que la mejor manera de mantener la pujanza de esa idea es no ensayarla nunca.» «Ya, ya lo sé. Pero cuanto más lejanas son esas visiones también son

más cobardes. La utopía es poco más que un descargo de conciencia y una forma pretenciosa de aceptar los hechos consumados. Y la mejor manera de dejar todo como está es poner todo en entredicho, en gracia a un estado de cosas irrealizable. La revolución o es a cinco años vista o no es nada y tal vez me sobran mil días.» Todos mienten; también él juega —y quizá mejor que su hermano— a dos paños. Ha movilizado todos sus recursos y tras convencer a unos y otros sólo tiene que superar un pequeño escollo. (Pero ninguno actuará con la ceguera propia de los héroes, firmes en su propósito de llevar las cosas hasta el final a partir de la revelación que les persuade de que la única cura a su intolerable conflicto es su contagio a otros. Todos, por el contrario, guardan sus espaldas; todos sin excepción; todos mienten.) «Si la suprema idea ha de ser compartida por todos no puede ser otra que el Estado. Y bien, también es la destrucción pero ¿de qué?, de formas fugaces del espíritu cuya transmisión es más que dudosa y cuya conservación es menos que útil. Y que sólo valen, como las guerras antiguas, por los testimonios que de ellas quedan. En cambio, ese Estado unánime (jamais l'ordre de la communauté ne serait né, si l'âme individuelle n'avait trouvé une union directe avec le surnaturel) por ser inmune a todo podrá permitir todas las expresiones de la libertad pero para llegar a él es preciso ponerlo en su totalidad en tela de juicio y reconstruirlo sólo a partir de las únicas premisas de la unanimidad.» «Entonces no se comenzará a construir nunca, tenlo por seguro. Podrá emprenderlo una mayoría —y unas minorías serán acalladas— porque no encontrarás una sola premisa de esa unanimidad, ni siquiera ese axioma. Pero por otra parte ¿quién está ahora pasando al campo de las utopías? Vuestra —si me permites emplear esa segunda persona de la que tanto partido sabéis sacar— concepción del Estado es frívola, revestida de seriedad; tremenda e irresponsablemente

frívola y en toda ella resuena la alegría —no entera— de los internados. ¿Para qué, me quieres decir, deseas un Estado donde el espíritu —según tus palabras— no pondrá nada en peligro? ¿Para una libertad de lo inocuo, para conseguir un orden que incluya toda oposición y todo atentado a él? ¿Para poder presentar, como una gran conquista, todo el inoperante abanico de posibilidades de lo estrafalario? ¿Para poder decir: ya hemos llegado al final pero de aquí no podemos pasar, lo que queda es un juego? No; una cosa imposible no puede ser ridícula pero esa falsa grandeza de lo inalcanzable os inspira la más insulsa de las megalomanías y os lleva a caer —eso sí que es real— en la ridiculez de la visión y en la santidad del empeño. Y lo mismo cabe decir de todos —incluso los poetas— los que se afanan en encontrar la fórmula definitiva, la frase que ocupando una línea cerrará de una vez para siempre el titubeante discurso anterior de nuestra especie. Carne de fracaso, es lo único que sois. Hay que ser más humilde, amigo mío, y reconocer que somos una especie bastante detestable y de la que se pueden aprovechar sólo unas bien numeradas cosas. Las pocas que vosotros, en vuestro sagrado empeño, no sabéis paladear.» Aquí introdujo un gesto de malicia, un pequeño alto en su discurso para dar entrada en el silencio a toda una muchedumbre de inferencias. «¡Es que no os cansaréis nunca de hablar del Estado futuro, de la sociedad de mañana! Un día tal vez os convenzáis de que el Estado, como ese enemigo de vuestros carteles de propaganda, está en todas partes, detrás de cada esquina, y lo escucha todo con una oreja hipertrofiada; y no precisamente para aprovecharlo y evolucionar de acuerdo con vuestra doctrina sino justamente para todo lo contrario, para alimentarse con semillas que no podrán germinar y gozar de un harén de esterilizadas teorías. Por eso lo mejor es hablar de él lo menos posible, procurar olvidarlo y volverle la cara. Por supuesto, el ínterin no será

fácil ni breve pero quién sabe si hacia el final de la época que nos ha tocado vivir llegaremos a disfrutar de un cierto alivio gracias al cansancio y al desinterés por la cosa pública. Día a día la política será menos apasionante y es probable que alcancemos a verla en manos de los hombres menos dotados de la nación: los que por no saber hacer nada en especial tendrán que aplicarse a todo en general; te lo predigo, los próximos tontos de la familia se dedicarán a la política. Así pues ¿no es recomendable luchar por un nuevo Estado que acunado por unos cuantos militares y caciques gozará —no resulta difícil preverlo— del más alto coeficiente de incompetencia y dejará —aun cuando su huella sea efímera, aun cuando a la postre sea vencido por una política con más aula— la marca de un paso que se dirige de manera decidida hacia la insolidaridad del ciudadano con el sistema rector de su vida pública? Pues sábelo de una vez para siempre: al crecer el Estado —con su mayor control de la ciudadanía, con la superabundancia de leyes— proporcionalmente al desdén del individuo hacia él, un día u otro empezará a mermar; es la regla de la decadencia, que no perdona nada. Quién sabe si el Estado totalitario no es más que esa cúspide histórica que marca el punto de máxima influencia de la política en la vida ciudadana y a partir del cual se inicia su regresión. Los que os llamáis las fuerzas progresistas del país ¿a qué progreso hacéis referencia? Sin duda al de la fuerza del Estado, no al espíritu de la revancha que se está fraguando contra ese dios que periclita.» Habría jurado que tenía prisa por terminar y despacharle cuanto antes (para ir a reunirse con la muchacha) y sin embargo tras cada nueva frase tenía algo que añadir, como si solamente sus propias palabras le ayudasen a detener el crepúsculo que estaba cayendo sobre él. No habiendo perdido el sosiego, una vez más acertó a imponerse a su hermano, como en los días de la infancia, siempre unos pasos adelantado a él y ultrajado por su compañía, deseoso de

abandonarle para ocupar el terreno propio de su edad, vedado para un niño; así una vez más se vio en la edad impúber, sin otros alicientes que los obsoletos recursos de la niñez, desazonado por la imposibilidad de entrar en el recinto de misterio y conocimiento reservado a los iniciados y que pospuesto año tras año nunca sería capaz de hollar avanzando por la edad. Poca cosa le había enseñado su cuñada acerca de él, aunque se tratara de las más íntimas revelaciones que, como cualesquiera otras, no servirían para desentrañar el enigma de su carácter sino para enmarañarlo más con retales sueltos, prendidos en esa tupida red de numerosos y apretados cordajes sujetos en puntos invisibles que oscurecen la figura de un hombre cuando está siempre en otro momento. «¿Por qué no intentas...?» Entonces su mirada se endureció, aderezada con un punto de reprobación pues todavía no le había concedido el derecho a pensar en su lugar lo que más le convenía. Tenía derecho a ser salvado pero no dirigido, le vino a decir, y si se había internado en un callejón sin salida ¿iba a intentar sacarle quien no sabía nada de las enemistades, compromisos y obligaciones que allí había contraído? Ni siquiera le respondió de viva voz. En su día —y obedeciendo a una sugerencia que no había partido de él— su nombre había sido incluido entre los veinte primeros de una lista de canje enviada periódicamente, y de oficio, a la otra zona, que respondió, en tres sucesivas ocasiones, eliminándolo de su propia selección. Le habría bastado airear la lista ante el responsable del Comité de Defensa para demostrar la no peligrosidad de su hermano, la inutilidad de su vida clandestina, y obtener así con su vuelta a casa, con todas las garantías de seguridad para sí y para los suyos, el cumplimiento del encargo que le había hecho su padre al comienzo de la guerra y la consecución de buena parte de su misión. No lo consiguió pero ¿era lo más a que aspiraba en aquel momento, tras arrastrar una doble vida durante dos

años, quién sabe si para poder guerrear libre de trabas tan sólo por sus convicciones, quién sabe si para fortalecerlas —tras un bienio de implacable desgaste— con el ardor bélico y silenciar en la furia los muchos reparos, surgidos en una lucha sin misericordia para cualquier clase de errores, a las ideas que las sustentaban? Pues una vez más —como en la niñez— se interpuso su hermano; sería el primero —o tal vez el único— perjudicado por la demostración, el primero que se negaría a admitirla y el que nunca aceptaría el abandono de la clandestinidad a cambio de su renuncia al título de enemigo peligroso de la República. Su padre sería el segundo y por consiguiente su misión —y con ella todos los planes elaborados en el curso de su ejecución— habría fracasado. No resulta extraño que en tales circunstancias se preguntara acerca de la verosimilitud de las hipótesis que habían dado lugar a aquella situación: si realmente su hermano se había visto en peligro en los primeros momentos de aquella doble revolución, si era tan buscado y perseguido, si tanto significaba en el campo de la lucha política, y si —por último— su padre no habría magnificado con una leyenda vindicativa y una perentoria llamada al sacrificio un mero gesto iniciado a impulsos del miedo. Pero por un lado, ¿su hermano miedo?, ¿el hombre más atrevido que había conocido? Posiblemente: todas las personas que abusan tienen miedo. Ni el más ciego ególatra es ignorante de sus abusos ni el más convencido de que son aceptados como rasgos de un carácter y condonados en gracia a cualesquiera otras virtudes deja de saber que un día —un día temible— tendrán un límite. ¿No había abusado de sus privilegios desde niño? ¿De sus amistades, de sus parientes, de su padre? ¿No había abusado, de la manera más inconfesable, de su mujer? ¿Y de él mismo, no había abusado toda su vida? Y hasta de sí mismo, de manera vertiginosa, desde su mayoría de edad. Un hombre completamente estudiado, que no aceptaba estar fuera

de nada, que lo envolvía todo —y muy poco de su gusto— con opiniones previas; marcado con pocas y profundas arrugas desde su primera juventud, respuesta facial a ese carácter desdeñoso respecto a todo lo que no sea la reincidencia en unos pocos placeres de los que no se hastía nunca y envuelto a una edad prematura en un aroma de loción, más singular y penetrante por las tardes; que se vestía de manera muy particular y sólo gustaba de entrar en detalles porque ya había pasado (en contraste con él, que al terminar una carrera de ciencias aún se encontraba ante el umbral del primer cerramiento de ese laberinto cretense que constituye cualquier teoría) por todos los vericuetos de las generalidades; un patán refinado, un aristócrata de garito, ¿no iba a tener miedo al estallido de la revolución? Porque una vez que pasa el miedo y, tras el salto atrás provocado por la carrera de una culebra que sólo asoma su fugitiva cola bajo el matorral, se serena el ánimo ¿qué pasa? ¿Con qué frecuencia se aviene el que lo sufre a reconocer la futilidad de su sobresalto? ¿Cuántas y en qué diferentes ocasiones no resulta obligado tanto para recomponer la figura cuanto para justificar la alarma mantener las premisas del temor aunque sólo sea para ocultar un temperamento pusilánime o —como en el caso de su hermano— reafirmar la importancia de la amenaza? ¿Cómo iba a volver a casa, sin más, y demostrar con los hechos que su vida ni había estado ni estaba en peligro? La casa se habría venido abajo aunque se ganara la guerra. ¿Y cómo paliar luego su vuelta a ese purgatorio de veladores de mármol y grandes espejos, guardado por el imperturbable, arisco y altivo ángel que para el mejor cumplimiento de la salvaguardia ordenada por el señor ha trocado la espada por la servilleta, ha reducido sus alas (porque hasta la cohorte celestial obedece a leyes biológicas, y sus órganos crecen o se atrofian pero nunca desaparecen sin dejar vestigios) a las doradas hombreras de su

chaquetilla blanca y mudando su acrónica vigilancia entre las nubes ha ido a apostarse en el extremo del mostrador atento a los silbidos de la cafetera? Pues bien, a nadie confió sus diligencias y tuvo buen cuidado de mantener toda la reserva posible acerca del resultado de sus gestiones para el canje. Y entonces, sin duda, empezó a vislumbrar la idea de pasarlo por el monte. Nunca había llegado a saber con exactitud cómo tuvo lugar su detención y nada le resultó más fácil que obtener su condicionada libertad, sin pararse a pensar que podía obedecer más a la poca importancia del caso que al peso de su influencia, tan sólo nominal por aquel entonces. (En un momento ha caído la noche instantánea de julio y los niños desperdigados por el jardín acuden a la cena, abandonando a regañadientes los escondrijos de un juego inconcluso, tras la llamada de una cocinera ávida de agitar una campana donde repica su añoranza por una condición masculina —perdida en lontananza— representada por sacristanes y jefes de estación.) Una noche desapareció —una noche anónima e infechada, tan sólo inscrita en la memoria sin números de las mujeres que inmersas en la corriente del odio justiciero arrastran los días y disuelven las semanas pero conservan el minuto— y pronto se supo que estaba detenido. Algo después entró en la casa, también de noche, para volver a salir tan de mañana que no fue visto por nadie. Poco tiempo debió permanecer allí, escondido en una habitación del piso alto, hasta que con el mismo sigilo y secreto fue trasladado a otra casa amiga, de toda confianza, el día que se supo —insinuaciones que delataban veladas amenazas, sospechas que sólo precisaban una sospecha más para precipitar en certidumbre— que su vida corría peligro. Todos llegaron o salieron de noche o tan de mañana que nunca fueron vistos. Un insomne portero que vigilaba y registraba entradas y salidas, todas en vano, no se enteró de nada. Por espacio de dos o tres meses —todo lo que duró aquel verano

incierto, incendiario y turbulento, el tiempo que necesitó la discordia para consolidar la guerra— permaneció en la casa hasta que a comienzos del otoño, coincidiendo con las primeras operaciones militares en la sierra, de nuevo fue trasladado a otra vivienda del arrabal a instancias de una vieja cocinera. Y de allí a otra, y de estotra a una tercera, y de una tercera a una cuarta, cada vez más mezquina, apartada y aislada de su casa y de los suyos. Al final se perdió el enlace con él pero a lo largo de interminables meses del otoño e invierno siguieron llegando noticias suyas, espaciadas, indirectas y confusas —ya no se trataba de llamadas telefónicas ni de papeles escritos de su mano ni mensajes de amigos sino de aseveraciones de una mujer del barrio a una criada, peticiones de fondos a la puerta de una farmacia—, unas cuantas gotas del aceite con que mantener viva la llama del culto al héroe que se pudría en una habitación miserable, rabiando por abandonar su escondrijo e ir a tomar las armas de la fe y la victoria. Todos los días a primera hora de la mañana —mientras le es servido un tazón de malta— una joven acude a arreglar el cuarto. Después de comer —casi siempre a solas— es una porción de aguardiente que constituye su único extra; a medida que se prolonga su internamiento —acaso porque la calidad del licor mengua con los rigores de la guerra— aumenta la cantidad y lo que empezó siendo una copa se convierte pronto en un vaso, luego un cuartillo y más tarde un palmero. Sus visitas se hacen más prolongadas e incluso acude por las tardes, con constantes ojeadas a la escalera, el oído atento a un sonido ligero que no se reproduce, la vuelta palpitante a un lecho sobre el que se atreve solamente a sentarse. También ella hace algunas preguntas pero pocas. Empujada contra el costero de un armario se verá librada por un ruido que procede de lejos y luego un frenazo, el temible triple golpe casi simultáneo de las portezuelas de un coche y el ruido de unos pasos a la carrera

sobre la acera. Y de nuevo un silencio que concluirá en un susurrante diálogo, sutilmente recogido por las cuerdas de tender la ropa donde cuelga un jersey malva. Y llega la aviación; tres faldas que arrastran a dos chiquillos cruzan la calle y a la primera lejana explosión se abaten al suelo, sobre las baldosas, casi debajo de la cama. Sobre su pecho se desliza una masa de casi incorpórea carne en abyecta animación, como el cuerpo de un hombre formado por gusanos que a través de mil secretas bocas y yemas obedientes a un órgano ciego central que dirige el rapto en la repentina oscuridad ficticiamente rota por los estallidos de mil cuchillos de afilado cristal que al introducirse en su seno, antes de fundirse en una barahúnda de flejes quejumbrosos en creciente y acelerada pulsación —los pulmones trabajando a toda su intensidad en busca de un aire negro—, logran alcanzar esa ignorada entraña de donde explotará un dolor nuevo anterior al orgasmo, tan distinto a cualquier otro como el tardo, punzante y secreto aguijón de una espina clavada con anterioridad lo es al escozor superficial de una herida, para exigir con urgente apremio una cura inmediata, la única posible para calmar —dos medias lunas de carne plana y estañada se miran asombradas de encontrarse frente a frente y en medio la matriz— el ansia de paz provocada por esa raza nocturna —ese hermano maldito del dolor que desterrado a una entraña en atonía de tanto en tanto la hiere para despertar al cuerpo de su bienestar y agitado por su presencia —insensible en principio, poco a poco va empero penetrando de su influjo todo un bulbo envolvente que tensa sus tejidos hasta que la inflamación delata sin equívoco el centro exacto del daño— alcance el paroxismo de su afán de alivio con la a ser posible lenta, delicada y amorosa retirada —observada con la maternal delectación que se reserva a todas las extracciones— del cuerpo extraño que al haber ido a sondear la red casi siempre ociosa de toda la

nervación, al poner a prueba el funcionamiento de todo el sistema sensible al estímulo, al conectar entre sí los centros de órdenes, no obstante la brevedad de su estancia en la carne, rodeado de humores, ha venido a formar parte de él en el supremo momento de la agonía —cuando tal vez ya estaba decidida su asimilación y los órganos encargados de su aprehensión trabajaban con mayor celo— y sobre el precipicio de los cristales rotos en el aire, respirando a pleno pulmón el aire negro de una fosa ácrona, las dos medias lunas tocándose la punta de los cuernos, en amigable saludo —cuando en fin toda esa raza prorrumpe en un único grito— bajo la bóveda de un alivio que cobijará el primer atisbo de la melancolía— que jamás se dejará ver, que apenas asomará a la superficie del cuerpo y forma la estirpe cainita del placer. Y por otro lado ¿qué sentido tenía entonces la visita de la camarada?, ¿qué valor encerraban sus proposiciones? ¿Le habrían engañado de nuevo, por el sistema a la vez más simple y más impensable? Han llegado a la vista del collado, al cabo de tres días de marcha. Han recibido órdenes muy estrictas para ocultar a todo trance su presencia al enemigo que al ocupar una posición dominante y contar con un apoyo logístico muy superior puede en cualquier momento movilizar su retaguardia para dar la vuelta a la acción y transformarla en una de tantas batallas de desgaste. Al cabo de quince meses de interminables combates ambos contendientes se conocían como cónyuges y apenas tenían que recurrir a las informaciones directas o clandestinas sobre lo que pasaba en el otro bando para saber a qué atenerse respecto a las ofensivas que al comienzo de las estaciones —con la regularidad propia de un pueblo agricultor— se habían de suceder a lo largo de todo el curso de la guerra. Jamás un pueblo luchó tan en vano, jamás se embriagó otro de tal manera con un elixir tan engañoso; y así en la historia moderna no se volverá a producir una guerra tan religiosa, tan cátara,

tan poco ciudadana. Pocas campañas podrán presentar menos alternativas y menores posibilidades de alzarse con el triunfo a unos hombres que, asidos por el cuello desde el primer momento, no supieron o no pudieron hacer otra cosa que aceptar el combate para descargar la rabia contenida durante una prolongada y taimada opresión. Poco pudieron hacer sino patalear y descargar algún golpe certero, sin lograr jamás librarse del cepo, estirar sus fuerzas y prolongar su resistencia al dictado de un enemigo decidido a llevarlos hasta el agotamiento. Y de tal manera estuvieron en todo momento al borde del colapso que no les cupo otra salida que pelear, sin poder recurrir a la negociación ni a la espera; y si en su lucha recibieron alguna ayuda de fuera nunca lo fue en la medida en que sus adversarios, con aportaciones de fuera y dentro, acertaron en todo momento a incrementar su superioridad inicial. Cogidos pero no ahogados tampoco se podrán rendir y cada nuevo «Triunfaremos», «No pasarán», «Ni un paso atrás» será un nuevo muro de ese quimérico sepulcro a la opresión convertido en laberinto donde quedará encerrada la esperanza civil de dos generaciones. La segunda ofensiva republicana —si así se puede denominar— que intentará reconquistar el puerto para levantar el cerco montañero que desde el comienzo de las hostilidades se cierne sobre toda la comarca será, en esencia, distinta de la anterior; cambiará el escenario y los hombres a quienes será encomendada al menos habrán aprendido algo que no se debe hacer. Son más jóvenes que sus antecesores, han llegado al mando por su participación voluntaria en la lucha desde los primeros momentos de la guerra, han tenido que aprenderlo todo en el campo y en un cursillo y elevando a dogma su desconfianza hacia los cuadros militares y todo lo que huele a ordenanza y disciplina, conocerán una inmejorable ocasión para cometer errores inéditos. Creen firmemente que nada tienen que perder y se permiten el lujo de confiar en el

entusiasmo; enardecidos por el éxito de una defensa que con el más variado despliegue de improvisaciones ha logrado mantener a raya al enemigo durante meses se toman la libertad de contraatacar en verano, con medios insuficientes y hasta en ciertas situaciones de inferioridad. Y con todo, en sus planos asoma el inconfesable y lejano pensamiento del destino y en su conducta guerrera se introduce ese elemento catalítico engendrado por sospechas en todo opuestas a las afirmaciones de la fe en el triunfo del pueblo; el sueño libertario no tiene entrada en los estadillos y el ideal tiene que ceder el paso al programa. Ya no se trata de perseguir de inmediato la destrucción del enemigo porque semejante propósito cae demasiado lejos de las propias fuerzas y si gracias a un éxito táctico logran desalojarlo del puerto no tratarán de arrollarlo por la vertiente noroccidental de la cadena montañosa. Las victorias locales nunca despejarán la amenaza de una catástrofe estratégica y si logran clavar sus lábaros en las cumbres, allí tendrán que esperar otra cosa, un nuevo acto. No pueden pensar en pasado mañana porque ni es asunto de ellos ni cuentan con medios para tanta anticipación. No se les puede pedir más. «Se trata —dice textualmente la Orden de Operaciones— de establecer una acción ofensiva más allá del perímetro del puerto, desbordando las defensas enemigas por cualquiera de los puntos de paso nula o insuficientemente fortificados. La acción preliminar, al tiempo que deberá atraer la atención del enemigo inmediatamente antes de la ofensiva principal, tendrá como objetivo el corte de la carretera al objeto de evitar cualquier maniobra de reservas de alguna importancia.» A continuación la Orden, firmada por su Comandante en Jefe en su puesto de Mando, a las tantas horas del día veintitantos de agosto de mil novecientos treinta y tantos, describe el despliegue de todo el cuerpo de Ejército. En el extremo meridional del dispositivo la CCIII Brigada Mixta ha

ocupado sus posiciones con dos días de anterioridad, en la inmediata vecindad del collado, a tiro de mortero, y según informan sus jefes al Mando, sus movimientos se han llevado a cabo sin haber sido advertidos por los servicios de escucha del enemigo. Por lo mismo que ocupa la posición más alejada del centro del teatro de operaciones su misión no será tanto combatir como avanzar. Sin duda que tendrá que barrer las defensas que encuentre a su paso pero el cometido asignado a la Brigada consistirá en alcanzar la divisoria, descender por la vertiente septentrional y cortar la carretera en determinados puntos donde deberá hacerse fuerte. El plan preveía el corte en no menos de tres puntos mediante un despliegue en abanico —avanzando y girando todo el ala occidental de su sector— previo al ataque principal por el eje viario. Ciertamente el plan recoge una composición algo más elaborada que la del año anterior y por primera vez aborda el intento de ruptura del frente enemigo mediante una doble maniobra, con una aproximación indirecta y aun cuando una de las acciones será poco más que una escaramuza y una vez más se fiará el éxito a un ataque frontal de hecho su lanzamiento sólo se llevará a cabo una vez que el movimiento de flanco haya conseguido desplazar al enemigo de su equilibrio. Sólo con gran morosidad y muchas reservas la doctrina del uno-dos, vieja como el mundo, se va abriendo paso en las más avanzadas cabezas de la Junta de Defensa y ya que no tiene aceptación ninguna en el Mando enemigo —demasiado pagado de virtudes castrenses como para hacer caso a ideas bélicas— se recurrirá a ella en operaciones de pequeña escala, distrayendo unos efectivos complementarios y en secreto fiando más a la fortuna, los aleas y la sorpresa que al peso de los principios. Había participado en la campaña anterior para convertirse en oficial de transmisiones del Estado Mayor de la Brigada; nadie se atreverá a levantar el menor testimonio contra él pero en el

ánimo de todos sus compañeros de armas está clavado el recelo que inspira —sobre todo a causa de su apellido— y si bien su posición un tanto delicada —con un hermano cabecilla del otro bando— y ambigua le obliga a cosechar méritos y salir al paso, con una ejecutoria intachable, de cualquier censura también es cierto que su puesto de observación le ha permitido ser testigo de la improvisación, incompetencia e indisciplina que han prevalecido en buen número de cuadros. No se oyó su voz durante las largas sesiones de gabinete; no pronunció un nombre propio. Sólo en una ocasión —en las últimas semanas del primer año de guerra— había llegado a tomar el mando para dirigir el reagrupamiento y la retirada a posiciones de retaguardia de una unidad enviada a sofocar una rebelión o una intrusión del enemigo en un lugar aislado y limítrofe y cuya oficialidad ni siquiera tuvo necesidad de desertar para ausentarse de sus puestos. Lo hizo con precisión, economía y autoridad —una boina negra y una cazadora de cuero, sin armas, con pantalones de montar y bandas, reducido de estatura en el paisaje montañero— y en el viaje no vaciló un instante en pasar por las armas a dos rufianes de su propia compañía de transmisiones. La vuelta fue lo más difícil, por las deserciones, la indisciplina —armada— y las amenazas a su propia seguridad pero una vez que consiguió llegar a retaguardia alguien en el Comité de Defensa debió tomar buena nota —aunque sólo fuera de eso— del miedo que debía haber inspirado y el orden que había impuesto en una pequeña unidad incontrolada. Sin duda a causa de ello en la siguiente operación fue encargado del sector que, con anterioridad a cualquier otro, debía entrar en contacto con el enemigo, a caballo entre ambas vertientes del collado y una vez que los otros elementos del flanco tuvieran a su alcance el dominio de la carretera. La operación —hasta el momento de abrir fuego— se llevó a cabo con buen orden y de acuerdo con las previsiones

se tomaron, sin despertar la atención del enemigo, unos cuantos puntos en torno a dos caseríos desde donde era posible batir la carretera con tiro de fusil: una mancha pálida, apenas discernible, sobrepuesta a una ladera sin accidentes y en un momento sin horas ni días ni noches, que sólo respondía al fuego. Durante cien horas se había prolongado la batalla en Entreforte, reducida por la distancia a un murmullo monótono más allá de la divisoria y un resplandor lineal nocturno semejante a un artificioso efecto de luz para destacar la silueta de la montaña. Pero no avanzaron un paso: un enemigo ubicuo e invisible, espontáneamente nacido detrás de cada peña, les clavó al terreno. Y nadie asomó por la carretera. Al tercer día empezaron a ser cañoneados desde una cota superior. Eran disparos del 7.7 en tiro rasante, procedentes de seis piezas de artillería emplazadas en el valle; disparos al principio demasiado largos que por encima del caserío cruzaron el cielo con su borbollante estela sonora para ir a desmochar las copas de un cercano robledal. A su espalda —y a una cota superior— habían advertido un disimulado hormigueo —destellos de una peña a otra, una carrera montaraz, alguna voz ahogada— cuando escucharon los primeros disparos del lado del valle; se había asordinado el zumbido de los combates y el sol poniente volvía a dominar un horizonte en sopor, sin un brillo. Se le ordenó iniciar la retirada con las primeras sombras y fue despachado un enlace pero antes de que se ocultara el sol el combate se había generalizado a su derecha, en la dirección del valle. Fue una noche agitada, confusa y sin luna, complicada por la dificultad de saber quién era el de enfrente. Dos compañías lograron al fin establecer contacto; sin apenas cruzar fuego con el enemigo pero sintiéndolo cerca dispusieron un orden de marcha, tras tomar posiciones en un cerro que resguardaba la media docena de casas de Tibi Gracias, a fin de cerrar el paso a las avanzadillas enemigas hacia el camino de

carros de Feltre. Los elementos más castigados de la tercera habían quedado aislados, a unos quinientos metros, cerca ya de la confluencia de aquel camino con la carretera principal. Su compañía abría la marcha, portando el equipo más pesado. Toda la noche escucharon por delante —y a sus pies— el crujido intermitente de un combate, como si al avanzar sus pies pisaran cañas secas. Cuando el domingo por la mañana lograron alcanzar con la vista los apriscos del collado el enlace había quedado roto y de nuevo fueron sorprendidos por un confuso tiroteo, a una cota más alta y más cercana a sus bases. Entonces decidieron atajar por la ladera arriba para alcanzar un punto que dominaba el camino y donde emplazaron unas Hotchkiss. «Disparar sobre el primero que asome por ahí», dijo señalando la dirección opuesta a Feltre. Ordenó abandonar el camino —los últimos cien metros carecían de arbolado y al sol matinal se podía distinguir una lata sobre un mojón— y trepar por entre las torrenteras y las breñas. Las acémilas fueron sacrificadas a golpes de machete y el equipo transportado a rastras hasta la otra vertiente. Bajo los robles cuatro camiones esperaban atestados de hombres exhaustos y boquiabiertos, algunos sin armas, con miradas de perro. «Abajo —dijo, con las manos a la espalda—, hay que cargar todo eso.» Dio órdenes de no permitir subir a nadie mientras quedara una caja en el suelo y de bajar, en cuanto estuvieran listos, en punto muerto. «Con esos frenos va a bajar tu madre.» «Baja ahora mismo de ahí», se oyó una voz y al instante alguien disparó desde atrás. «Imbécil, ¿quieres que nos achicharren a todos? Vosotros andando hasta Tibi Gracias.» De vuelta al puesto comprendió que en menos de media hora los tendría encima; el fusilazo era menos intenso pero más próximo. «Por allí se mueve algo, jefe; no sé si son los nuestros.» Con ayuda de los prismáticos pudo distinguirlos por las camisetas, las gorras. «Hay que clavarlos al terreno; que no salgan de ahí por lo menos en dos horas.» De repente sonaron

unas voces a su derecha y un hombre (¿con mono blanco?) surgió corriendo hacia ellos agitando los brazos. «Dispara», ordenó sin dar tiempo a que el ametrallador vacilase: «Dispara, imbécil», al tiempo que desenfundaba la pistola. La pregunta quedó en el aire, barrida por la nube de polvo donde desapareció el fugitivo y el resonante silencio que siguió a la descarga, y cuando de nuevo quiso hacerla era demasiado tarde. Sorprendidos por la ráfaga durante un largo rato no hicieron un solo movimiento, escondidos tras el aprisco, hasta que una mano indicó a algunos que subían encorvados y hasta en cuclillas que no salieran al claro y pronto tuvieron ante sí, a lo largo de una curva de nivel, toda una línea de bocas de fuego. «Apunta allá abajo.» Con unos pocos disparos corrigió el alza —«Más abajo, más abajo»— y fueron contestados con tiros de fusil y alguna granada muy corta. No perseveraron; pronto tuvieron que dar media vuelta hostigados desde varios puntos por un enemigo que había acortado distancias. En lo más recio del combate los que trataron de trepar de nuevo fueron abatidos a los pocos pasos, cogidos entre dos fuegos; y cuando del aprisco y de entre las peñas comenzaron a salir hombres con los brazos en alto, le dijo al ametrallador: «No dejes que suba nadie; pero no dispares sin necesidad. Voy a observar». Era una cara inmortalizada por la orden, que ya no pensaría nunca más ni cambiaría de expresión, que recibió una docena de tiros sumida de antemano en el valle de las sombras (where hope dwellth not, where nothing lives but the undying worm) para la consagración definitiva de su espúrea, terca e imperturbable obediencia, fragmentada pero no destruida por la explosión de las granadas que le liberaron de su demencia articulada sobre el arma. Luego echó a correr en dirección a Tibi Gracias. No han transcurrido tres meses cuando de improviso, una tarde avanzado ya el invierno del tercer año de guerra, se presenta en su casa sin otro acompañamiento que el

chófer que espera en el coche, el miembro más incómodo del Comité, una mujer que frisa los cincuenta, de falda negra lisa y blusa blanca, bastante corpulenta, de rasgos duros pero suavizados por la brega, que despide el inconfundible aroma del taller de costura. No se aparta nunca mucho de su labor: dice que es cosa que le viene de la tierra de su madre. Parece que pocas semanas antes han volado por los aires las carpetas de informes, han callado las máquinas de escribir, se ha desparramado el tabaco de las petacas, se han escurrido los ayudantes, han vacilado las cabezas más enteras. «Hatajo de canallas, de bandidos, ¿qué creéis que es hacer la guerra? Pistoleros de barrio, ¿aprenderéis lo que es un combate?, ¿quién está aquí cumpliendo con la República? ¿A qué me venís con cuentos? ¿De verdad queréis que os diga lo que pienso de todos vosotros? Alcánzame esas tijeras; eso no, imbécil, las tijeras; he dicho las tijeras, a ver si te enteras. Hatajo de maulas.» Justificó su entrada por su deseo de mantener con él una conversación de carácter estrictamente particular para la que ¿qué mejor marco que su propia casa? Sabía de sobra que entraba en el más conspicuo reducto de las ideas enemigas, que su paso por ella daría lugar a toda clase de habladurías de unos y otros y que de él no sacaría otro beneficio que el posible cumplimiento de sus intenciones. Incluso hizo gala de una cierta timidez al entrar, como si para la ocasión hubiera dejado a la puerta su proverbial arrojo para adoptar la actitud de la costurera, en su visita semanal de los jueves; y como toda persona sincera que entra en una habitación inusitada miró primero el espacio para reparar luego en alguno de los objetos cobijados en él. Y al solo anuncio de su visita toda la familia voló al piso de arriba. Vestía la falda negra, hasta un palmo del suelo, y la blusa blanca que dejaba sus fornidos brazos al desnudo, empero cubiertos en parte por una chaquetilla de lana gris echada

sobre los hombros muy al gusto hogareño. Se podía pensar que para aquella visita había intentado esmerar su atuendo sin alterar un ápice la un poco lúgubre e inalterable sencillez que constituía la contrapartida amable de su al parecer formidable energía pero no tanto para ponerse a la altura de unos señores y de un medio tan distinto al suyo sino para significar con mayor ahínco —con la severidad de su porte, con las oscuras estameñas, la cara franca un poco obesa, sin una arruga, el pelo negro brillante como el caparazón de un insecto estirado y recogido en la nuca con una horquilla (y todas las noches una vez suelto se estremecería en el agónico intento de recuperar sus para siempre perdidas ondulaciones) que parecía materializar la férrea disciplina que predicara con el ejemplo— que nunca como entonces se mostraría más reacia a la concesión de cualquier clase de cuartel a sus enemigos. Aún permanecía en la casa la camarera de la abuela que —acaso por su procedencia rural, incoada por una fidelidad a su señora a prueba de cualquier tormenta— no había seguido el éxodo de sus compañeras y ante la desgana de los dos ancianos —silbando para sus adentros sus últimos plurales coherentes— le abrió la puerta, en pura inocencia, y —sometida a una retina fija inalterada por los cambios y las guerras— se quedó mirando al chófer. No acertó a comprender lo que quería hasta que el chófer lo repitió, de una manera un tanto abrupta. «¡Ah, el señorito!» Durante un rato quedó sola en el zaguán (mientras los ancianos retornaban a su penúltimo paréntesis) del que le llamaron la atención las numerosas pantallas. El ventanal del jardín se hallaba entreabierto y la brisa mecía suavemente un visillo. Estaba el invierno tan avanzado que ya habían abierto algunos brotes y era esa hora del día —ya declinante— que recogerá toda la cosecha de la efímera pero intensa cosecha matinal: una de esas tardes en que la naturaleza se ceba en su mentís a la historia y en una lengua ininteligible pero sensible

susurra al hombre (nunca a la mujer, a menos que tenga mucho trabajo) que se retrotraiga a un instante sin razón, que sin entendimiento ni cogitación alguna se embriague de un perfume sin procedencia, que no busque ni indague, que presente y futuro pueden ser errores o desviaciones mecánicas de la luz, que su destino puede estar dibujado con muy finos trazos en una zarza cerca de él y que —como ese león agazapado y camuflado en la maleza que el cazador no sabe encontrar y que una vez hallado el observador del jeroglífico jamás perderá de vista hasta no ver en el dibujo otra cosa— la clave que tanto se afana en buscar puede muy bien estar oculta en el jardín, a su alcance, tan cerca de su vista que llegará a perderla si intenta abarcar un panorama más vasto. Quién sabe si uno de esos instantáneos e imprevisibles cambios de humor le infundió un talante muy distinto del que tenía al entrar: dio una patada a una pequeña pelota podrida y perdida bajo una mata de hortensias y levantando la flor del extremo de una rama apuntada hacia el suelo fue a aspirar el aroma de una inodora hortensia que soltó, para mantener una estudiada compostura, en cuanto advirtió la presencia de su interlocutor en el jardín. No estaba de permiso —le explicó—, tan sólo se había quedado en casa un día de escaso trabajo en el servicio, de acuerdo con sus hábitos un tanto personales. No estaba mal, para empezar, en aquellos días de perentorias llamadas a la entrega total; la lección (si menester era una lección) tenía que arrancar de más arriba y en modo alguno se mostraba dispuesto —vino a decirle— a recibir una de esas reprimendas acerca de la disciplina que en aquellas fechas tanto se prodigaban. Se lo dijo con un circunloquio pero con firmeza y ella no le contestó; se limitó a un gesto para convencerle de que las cosas no iban por ahí, que para una reprimenda ni habría tomado el asunto en sus manos ni mucho menos se habría molestado en acudir hasta su casa para ventilarlo, y

consideró que debía acompañarlo con aquel matiz que expresara su agradecimiento por haber puesto la cuestión de una manera tan indirecta —a la que sin duda su gente no la tenía acostumbrada— que le permitiría economizar la discusión y limitarla a los asuntos que le habían llevado hasta allí. Simuló no haber percibido su invitación a tomar asiento (en aquel banco de listones de madera esmaltados de blanco, cuyas desportilladuras se acordaban con el descuidado estado del jardín) y permaneció en pie, yendo y viniendo del tresillo al magnolio mientras con frases acuñadas acerca de la marcha de la guerra y los sacrificios que exigía la victoria trataba de entrar en el tema. Él se sentó en el extremo del banco, dispuesto a escucharla sin abrir la boca. Dándole la espalda, tal vez vino a olfatear el raro aroma de un aspecto nuevo de la lucha —inserto en la sospecha de que el triunfo no bastaría para ganarla— al advertir la lejanía de un adversario que nunca sería asimilado por la victoria, cuya sombra planearía por el campo de batalla en tanto el tiempo (el largo camino que habían anunciado antaño los profetas de su credo, aparentemente abreviado por unas cuantas horas de entusiasmo revolucionario) no borrase todos sus signos. Y para arrojar lejos de sí los zumbones fantasmas que emanaba la figura sentada en el extremo del banco (con la pierna derecha cruzada sobre la otra, con la misma actitud displicente y educada con que podría escuchar a un amigo el relato de un partido de tenis) le explicó que su presencia allí se debía al pequeño incidente provocado algunos días antes en la oficina de campaña; reconocía que en aquella ocasión le había asistido la razón para conducirse de la manera que lo hizo y negarse —con evidente riesgo a perder cuando menos su puesto— a suministrar cierta información a un superior pues si los servicios especiales del ejército habían de cumplir una función a todas luces resultaba obvio que no podían hallarse a

disposición del primero que se considerase con derecho de acceso a ellos y reclamar por su cuenta y riesgo cualquier clase de datos que obrasen en poder del responsable de su custodia. Corrían tiempos —le vino a decir— en que lo más importante era tanto el mantenimiento de la disciplina cuanto la economía de la misma, meta difícil de alcanzar si los que estaban situados en las alturas del mando —y que impartían las normas— no comprendían la necesidad de ser los primeros en acatarlas. Apenas tuvo él que mover una ceja puesto que todo el exordio sonaba a cosa tan conocida y obvia que ni tendría necesidad de asentir ni de complementar sus asertos con algún comentario que viniese a cuento. Su pensamiento podía estar en otra parte, o bien el sentimiento; en el propio banco donde unas semanas antes había culminado la apuesta de su impostura para obligar a su contrincante a desalojar la mesa del juego o en la figura de su primo, aquel verde y pequeño Marat de traje verdoso, que de tanto en tanto tenía que asomar tras un parapeto para llamar la atención y hacer saber que nada se le escapaba, discretamente asomado a la ventana de su habitación. Pero el exordio, pensado como preámbulo de una negociación estrictamente personal con su adversario, cuando el agravamiento de la crisis había eliminado todas las salidas salvo dos, fue contraproducente pues solamente había de servir para incrementar el aplomo de aquel hombre que sentado en el jardín de su casa apenas podía advertir el peligro que se cernía sobre él. Es cierto que el peligro para absorber la atención del individuo y, en el caso extremo, desembocar en el miedo ha de ser el único protagonista de la escena que tendrá que ocupar en su totalidad, con un único argumento, pues a poco que otro distinto le interrumpa se desvanecerán los efectos que produce, mitigada la inminencia de una amenaza en cuanto tiene que competir con otras aunque sean de menor cuantía. En otras palabras, como la capacidad de resistencia al peligro es en todo

hombre limitada, cuando varios se presentan a la vez en cierto modo se anulan entre sí, de la misma manera que las voces de los pregoneros de un mismo o parecido género no provocan sino la desconfianza del desocupado paseante, intimidado por la posibilidad de arrimarse al más marrullero, dispuesto a endilgarle un artículo cuya adquisición, como la mayoría de las procedentes del trapicheo, lamentará después. ¿Había renunciado o superado la monogamia del miedo? ¿Había entrevisto un desenlace situado más allá de los límites de las amenazas? ¿O se hallaba aún sometido a la atracción de esa magnética placa que parece imantar todo el plexo solar cuando el abstracto y vagabundo apetito de la carne —que entendido y aceptado como la respuesta menos animal a la exigencia meramente dinámica de la especie ha de afanarse en la creación de una nueva forma a que la individuación aspira como solución de compromiso entre el instinto sin lenguaje y la resolución de una adivinanza personal al esotérico y fluido enigma del amor— encuentra el objeto no quimérico que a sí mismo se señala (utilizando sus propias palabras y su no reflexiva fantasía) como el único capaz de descontraer el cuerpo para alcanzar la mejor idea de sí mismo? No será el hallazgo lo que vendrá a dar forma y contenido a las pretensiones elaboradas con anterioridad a él; no existen —le susurra en silencio el espíritu del ser amado— ideas anteriores al amor que por ser el primero en llegar se verá corregido en todas sus pretensiones. Acaso del cielo había descendido aquel día —sobre aquel pedazo de tierra y para aquella ocasión— el ángel de la neutralidad para que todos los contendientes —incluso el Marat del tercer piso—, ya que nunca podrían olvidarlas, mitigasen por un momento las razones que día a día acumulaban para proseguir una lucha con tanto encono; bien podía haber tomado cuerpo en el aroma del mirto, y no para hablarle de una fraudulenta recolección del pasado sino más

bien para —con el recoleto frescor que nunca colma, dosificado por la planta para exigir un esfuerzo de aspiración y no traspasar los límites de la insinuación, para obligar a quien lo huele a conformarse con el delicado estigma que podrá transferir a su memoria sólo para reconocerlo pero jamás para reproducirlo, como si frente al omnímodo poder mimético de aquélla para cuanto entra por ojos y oídos se reservase para sí el derecho de reproducción de todo lo que constituye el enlace sensitivo de la insonora e incolora vitalidad con la fuente que a distancia la sustenta— hacerle llegar el murmullo del casi extinguido mundo de mañana; y a través del aroma tal vez se asomó a un futuro que no había de estar dominado ni por un triunfo ni por una derrota, donde la gloria de un enemigo vencido arrojaría sobre el campo una sombra más perdurable que los restos de la guerra, un futuro tan diferente del concebido por el pensamiento como puede ser la idea que el visitante se forma de la casa que desconoce y de la que tanto le han hablado, que una vez elaborada en su imaginación ya no puede alterar, invariable y suspensa en el oscuro seno atemporal de su fantasía, de la extraña, irreconocible y en un principio inadmisible fábrica que se alza tras un giro del camino y ante cuya visión se desvanece, sin dejar rastro alguno ni el menor indicio para su reconstrucción, aquella imaginaria composición elaborada de antemano y abrigada con el inmanente ahínco que reclama para sí el modelo que toda teoría del deber compone sobre el objeto ignorado e inscrito dentro de sus axiomas. Esa mano celestial que se extiende por el páramo ¿no pertenece a un brazo amputado?; esa llamada a la neutralidad ¿no parece un grito de socorro? De repente le dice que no le venga con monsergas. ¿Monsergas? A la República no le faltan hombres pero no le sobra un cartucho: por consiguiente, o la guerra o la piedad, y si es la guerra lo que de él piden, una y mil veces volverá a repetir la acción de

Tibi Gracias, si es a eso a lo que se refiere. Entonces sonrió, como si por primera vez se sintiera segura, disponiendo de un arma que hasta ese momento le había sido negada. «Precisamente, ahí voy a parar.» Se diría que esa instantánea caída en la incredulidad le ha suministrado el tono apropiado, la urgencia en recobrar para sí unas razones en cuyo fundamento no puede creer plenamente porque aceptarlo en su totalidad, había dicho en más de una ocasión, «sería tanto como abandonar la lucha». No hay duda, le dice, de que en todo el ejército no debe haber hombre mejor dispuesto que tú a sacrificar nuestra gente: un sacrificio que cumple tu doble propósito a la perfección. Y eso es, precisamente eso, lo que me interesa y no, como tú crees y temes, para levantar el acta de acusación por tu traición a la República sino para aprovechar tu buena disposición a la matanza en la medida en que la necesitamos. Tú lo has dicho, la piedad o la guerra, y ésta es la hora en que tienes que elegir, no cuando tu padre te ordenó que te sumaras a nuestra causa para salvar a tu hermano. Desde el momento en que vino a escuchar el mensaje del mirto sus palabras fueron distintas, más persuasivas, como si una revelación le hubiera convencido de la necesidad de un acto cuya finalidad había sido desestimada en voz baja, desaparecido del horizonte que alcanza a ver y sólo invocado por quien carece de cosa mejor para hacer soportable su presente, y cuya importancia como protagonista de la historia futura decrece en la medida en que influye en el momento actual. (El tiempo que se dirige hacia él cuenta con un gemelo que retrocede simultáneamente a su misma velocidad, pues no en balde el movimiento en el seno crónico se produce también por la acción de un par, uno solo de cuyos vectores es aparente.) No dirá más, en espera de una respuesta que se demora. Se demora ¡ay! para colmar su paciencia de desvaríos: se desvanece una procesión de sombras masculinas, poco

menos que inertes, entregadas de antemano al verdugo de un sexo impaciente, y es sustituida por el más irresponsable y licencioso de los gestos amatorios sobre las espumeantes y escaroladas olas de un océano desdeñoso de todo sacrificio, se apagan los ecos de la lucha, se ajan —más que los uniformes— las ideas que la animaron y el aroma de la planta suavizará la cicatriz del olvido del deber; y con dos pasos atrás volverá a tomar la rama del mirto para reconstruir el mismo instante, dislocado por su silencio (como si nada tuviera que añadir al relato de un partido de tenis) sin abandonar el banco. Ahora bien la planta no exhalará el mismo perfume que ya ha pasado; en secreto no se aviene a su demanda, deseosa de reservarlo para una ocasión más de su agrado; reticente o enojada de ser siempre requerida por uno solo de sus atributos y cansada de entregar su dádiva sin la menor tregua, suspende su deletéreo trabajo en el momento en que se le requiere mayor intensidad; puede ser que el ángel de la neutralidad le haya advertido de su paso y obediente a sus instrucciones cesa en su actividad para recibirle en el jardín con la estricta observancia a un consabido ritual: no se ha movido el joven del banco, con el brazo izquierdo apoyado a lo largo del respaldo y la cabeza ligeramente inclinada, y todas las hojas permanecen inmóviles e incluso la casa se envuelve en la tonalidad corinto calcárea que las fábricas extraen de sus entrañas en cuanto advierten que abandonadas por sus inquilinos en lo sucesivo habrán de buscar por sí mismas su perduración y todo el jardín parece retener con dolor su aliento para asistir a ese frustrado acontecimiento que cuarenta años después todavía estará a punto de ocurrir: cuando él se levanta a replicar, cuando él dice «Largo de aquí» sin otro testigo que ese primo vestido de verde siempre presente en las grandes ocasiones que el tiempo bifronte, soberano del espacio, repite una y otra vez para dar ocasión de lucirse a su recomendado. No cabe duda tampoco

(añade) de que hasta ahora has ejecutado tu comedia con la habilidad necesaria para engañar a todos, convencidos tanto de tus dotes cuanto de tu entrega a nuestra causa. Pero ya no basta; nada es más fácil en la guerra que cumplir con el deber pero tanta honradez nos está llevando al desastre. Ahora entra en su fase definitiva y a menos que acertemos a cambiarla de manera radical nos abocamos a la derrota. No hemos hecho otra cosa que retroceder y perder: el enemigo es cada día más fuerte y nosotros más débiles; en tales circunstancias todo se vuelve a favor de un golpe decisivo que para bien o para mal termine con esta agonía. Todo o nada. No nos queda mejor solución que arriesgar nuestras reservas a una carta y tratar de superar al enemigo con un envite que no esté dispuesto a afrontar; pero para eso es necesario cambiar muchas cosas, todo nuestro sistema, hasta la mentalidad. Hasta ahora hemos hecho una guerra un tanto ingenua y burda y, por así decirlo, demasiado crédula: convencidos de la justicia de nuestra causa hemos confiado en exceso en el peso de una historia que por encima de los acontecimientos diarios terminaría por establecer el resultado final a nuestro favor, pasando por alto nuestros muchos errores, mucho más perdonables que el horror implícito en el triunfo de nuestros enemigos. Es lo malo de contar con una visión profética pues en el fondo hemos sido nosotros los que hemos confiado en la providencia, los que hemos apelado a los objetos sagrados de nuestro siglo, los que hemos rezado, invocado y sacrificado a los dioses modernos en tanto nuestros enemigos se armaban y, para respetar las apariencias de un credo, de vez en cuando celebraban una misa de campaña. Hemos sido los únicos creyentes en una fuerza invencible... y así nos ha ido. Ahora es preciso cambiar porque, aunque algo tarde, nos han enseñado a no creer y jugar sucio, una lección que podíamos también haber aprendido de nuestros más puros doctrinarios. Por eso tu actuación,

impecable hasta ahora, me resulta ya insuficiente. Acaso ha sonado vuestro momento, el de los que, pase lo que pase, irán siempre a ganar. Quién no habrá pensado, al ver cómo se ha desarrollado la guerra, que nuestro destino no era otro que perderla precisamente porque no estamos preparados para hacer una realidad de nuestro credo. Nos faltan años y nada para nuestro pueblo puede ser tan fatídico como una revolución precoz. Así que es posible que haya llegado vuestro momento. No tengo ninguna clase de aprecio por la gente como tú; si lográis triunfar y sacar al país de este atolladero nuestra suerte no será nada envidiable pero al menos, espero, no seremos exterminados y un día u otro podremos reanudar nuestro trabajo. Son varios los que piensan como yo, decididos a eliminar el carácter ideológico de la guerra y ponerla en manos de quienes concitando otros poderes y recursos y arrinconando buen número de inservibles fetiches sepan llevarla a buen fin. Tu papel lo tenemos bien claro, junto con el de otros. No creas que tratamos de sacarnos el muerto de encima en busca de una cobarde retirada. No. Seguiremos detrás. Es más, puestos a jugar sucio seremos los primeros en violar las anteriores reglas y contigo en particular, aun cuando me consta que no hace falta, seguiremos practicando el chantaje con la vida de tu hermano y de alguna otra persona que quizá te importe ahora más que él. Tienes que jugar un papel de primer orden, no acepto ninguna clase de negativa. No creo en tus escrúpulos; te he visto actuar y sé muy bien que puedes hacer abstracción de cualquier clase de ellos, incluso los más delicados. No me vengas con que no estás preparado para una misión de esa altura porque sabes muy bien de qué ineptos hemos dependido hasta ahora. Y en cuanto a las convicciones, prescinde de eso. Para nosotros —no lo olvides— la función origina la creencia, y no al revés, y aunque no te conozco demasiado me atrevo a afirmar que pondrás todo tu empeño en

cumplir tu cometido; un puesto de mando y responsabilidad no sólo desbanca pronto esos ridículos escrúpulos de conciencia sino que es capaz de engendrar ese inconfesable entusiasmo que está en la base de toda convicción. Estoy segura de que cumplirás con ahínco y que, llegado el caso, matarías a tu padre por alcanzar el éxito; su poder de atracción en la guerra está por encima de todos los prejuicios. Sí, el ejercicio de la función produce el credo y por eso los partidos, en el fondo, sólo confían en sus funcionarios. Y aunque nosotros no hayamos llegado todavía a esa estrechez, en esencia nuestro hombre sigue siendo el que lentamente y una a una elabora unas pocas convicciones que brotan de sus manos, recelosos siempre de esos otros que un día nos llegan en virtud de un razonamiento, todo lo limpio que se quiera, y al otro nos dejan porque ha cambiado su manera de pensar. Los que no gozamos de la posibilidad de cambiar de hacer, no podemos hacer otra cosa ni sabemos de otra revancha que no sea cambiar de pensar. Desconfiamos de los iluminados y de los estudiosos y no tenemos más que sospechas de los desertores... pero ahora es vuestro momento, luego nos veremos las caras. ¿No estáis siempre presumiendo, los hombres de armas, de vuestra buena disposición al sacrificio para salvaguardar la sociedad? ¡Pues qué! ¿No se os paga para que seáis los primeros en morir y preservar así a los que saben llevar el país en paz? Por el momento estamos muertos, o poco menos, pero con esa posibilidad de resurrección que nos brinda vuestra ayuda. Los engaños se suceden unos a otros y nada obedece al pensamiento porque los actos y los hechos son siempre más rápidos. Adelante, atiéndelo. Acaso el ángel no es más que la arcaica e ingenua representación de un hecho subliminal, de un acontecimiento que no registra el reloj: el universo en pleno no fluye de continuo e intermitentemente suspende su expansión introduciendo intervalos de vacío de los que no queda

constancia alguna. Los relojes —se dice— detienen su movimiento cuando se comete el asesinato. Quién sabe si sólo dice para sus adentros: «Vaya». ¿El destino? —that mysterious arrangement of merciless logic for a futile purpose. «El destino es la palabra», y el orden la tragedia. Se ha esfumado el futuro y —a toda marcha— tiene que recoger y reagrupar sus convicciones antes de que el joven suelte el palo (que había recogido del suelo, tras abandonar la postura con que escuchaba el relato de una excursión, para dibujar en la tierra unas rayas que acaparasen su mirada durante toda la duración de la propuesta y en última instancia sirvieran como laberíntica respuesta) y alce la cabeza hacia —¿tras esa brutal bofetada de un verano senescente, de un único día que separa juventud y muerte?— la adolescente que acaba de sufrir los rigores de otro destino empeñado en convertirla en oráculo, enterradora de una sociedad corrompida. En la espera de la respuesta intentará de nuevo aprehender el aroma del mirto que —como si adivinara cierto ánimo de arrepentimiento, como si sólo a medias se decidiera a premiar la confesión de quien para sus adentros reconoce la doblez de su encarnación— entrega un módico anticipo mientras retiene la casi totalidad de su dádiva para el momento en que la promesa sea plenamente cumplida. No se atreve todavía a encararse con ella y menos aún a dirigirle la palabra, con la boca entreabierta, mientras repasa una y otra vez las rayas en el suelo y trata de leer sin éxito en ese dread book of judgement in whose mysterious hieroglyphics every idle word is recorded! El destino es la palabra o mejor el oído, ese disoluto intermediario capaz de toda persuasión, ese monarca de un mundo verbalizado, el prisma que al tiempo que descompone el ruido en armonía aloja ese minúsculo resplandor de la sintaxis como vicario en la tierra del Verbo. No había preguntado nada; atento a las rayas tampoco había de mirar en torno a sí, súbitamente alejado de

su casa, de su padre, de su cuñada y de su hermano; más que un pecado, el yo hereda un apetito de venganza original cuya lección es tan sencilla que no requiere preparación alguna ni otro maestro que el oído ni más dictado que ese conjunto de secreciones que llaman coraje. Hasta la bondad es una venganza contra el mal. Con otro nervio empezó a escribir unos garabatos tan incomprensibles como el texto que debía redactar pero ahora que una clara sentencia parecía urdida por la intervención de una planta cuyo aroma, como el aliento o el calor aplicado a una tinta simpática, había puesto al descubierto una innata inscripción borrada por las artes domésticas apenas podría recabar en su ayuda la ruindad de unos cuantos aforismos incapaces de resistir el embate del olfato. Adelantó un paso y con la punta del zapato borró lo que el joven había empezado a escribir pero no consiguió que levantara la cabeza. No es el mismo pues a ése sigue el momento en que el alma se desvanece: los hombres no admiten ningún tratamiento, todo el saber abandona de súbito la memoria, no queda un solo registro de la experiencia y si los sentidos no cesan en su actividad es para señalar el silencioso éter que rodea un pensamiento (de donde han emigrado todas las ideas en dirección a un lejano y elíseo desconocimiento, un templo en ruinas sólo visitado por las aves y levantado por un griego en el extremo de una península donde no concluye el crepúsculo) e incluso del fondo de las entrañas surge ese húmedo eco de caracola propio del conducto por el que nada fluye ya. Había bastado el humor destilado del mirto, hiriendo su órgano más atrofiado, para que aquel cuerpo cobrara nueva vida —de nuevo había empezado a escribir con prisa otro garabato sobre la tierra alisada por la planta de su zapato y de nuevo fue borrado por breves, cuidadosas y femeninas pisadas llegadas de inmediato, en un viaje instantáneo por una memoria inacabada, de un arrabal sin pavimentación, de una

infancia callejera y de un juego sin participantes— y en el umbral de la derrota de sus ideales, cuando tantas cosas de importancia tenían que dejar paso a aprensiones personales y fútiles empeños, una inusitada y regocijada animación. Deprisa le repitió lo que ya le había dicho: lo que sabía de su hermano, de su padre y de su cuñada, de las razones que le movían a obrar de la manera que lo hacía, la clase de comedia que estaba representando y el desastroso final que auguraba. Le dijo que lo aceptaría todo a condición de que su trabajo fuese irreprochable; que considerase que no toleraría el menor fallo y que la suerte de ambos hermanos —y quién sabe si de alguien más— dependía de ello. Que no le pedía por el momento fidelidad sino aplicación, que lo otro vendría por añadidura, por el odio a los enemigos de su éxito; que no confiara más en los engaños, que mediría sus métodos tan sólo con la escalilla de la eficacia y que tampoco le importaría la manera como había de cohonestar su cometido con sus otras obligaciones. Le dijo todo aquello —mientras él observaba cómo eran borrados sus trazos en la tierra—, poniendo de relieve el destino de los personajes sobre los próximos sucesos —al igual que ese óleo de tema bíblico que acontece sobre un paisaje feudal— que formaban ya un fondo anacrónico: porque todo había pasado en el escenario siguiente a la derrota —no sólo de sus armas y de sus convicciones (reducidas a un puchero al fuego y una cama desordenada), de sus hermanos y hermanastros sino del delirio imperial del hombre sobre su destino— poblado de criaturas instantáneamente eternizadas en el futuro por el orden trágico que las imantará, antes de comprender el fraude de un tiempo al que han confiado sus ideas, sus ahorros y sus energías para ser invertidos en el reino levantado contra sus leyes, y con los que sufragará subrepticiamente la lucha contra una razón ansiosa de alcanzarle y fundar la utopía donde puestas en vigor sus órdenes y leyes y no siendo necesaria

ninguna más, cesará en su actividad para morir abrazada a ese tiempo al que ama, odia y no podrá dominar hasta que el reloj detenga sus manecillas para observar y callar su muerte, y que sólo volverán a ser señores de sí mismos en los días premortuorios, sin credo ninguno para disfrutar de esa licenciosa ociosidad entre la sentencia y su cumplimiento, como niños juguetones que tras su jornada escolar vuelven a la casa de sus abuelos los titanes, arrinconados en una partida de naipes por haberse permitido una sucesión que siempre juzgaron nociva y peligrosa. Como colofón hizo una broma, muy simple y sin gracia, y borró sus últimas rayas al tiempo que el joven levantaba la cabeza no para replicarla sino para observar la llegada de su primo, vestido con un traje de color verde botella, incapaz de retener por más tiempo su curiosidad. Entonces se levantó y con el pie derecho removió la tierra que ella tantas veces había aplanado. Dijo: «De acuerdo. Mi primo Simón», y la acompañó al coche donde dormía el chófer, tumbado sobre el asiento de atrás.

* * *

De nuevo apareció la muchacha que sin llamar entreabrió la puerta, sin dejar de sostenerla por el picaporte, e introdujo su cabeza escorada. «Enseguida bajo», le dijo su hermano. Cuando cerró la puerta y ambos se miraron en realidad seguían mirando a la muchacha, en cierto modo desde el mismo punto de vista, como si su intromisión sólo hubiera servido para desenterrar un acuerdo entre hermanos olvidado desde hacía mucho. Y cuando añadió «Una más; ninguna importancia» lo hizo con ese tono arrogante y apologético que constituía el último rescoldo de una común y consumida preocupación por los destinos del apellido. «¿Es que no nos abruman suficientes leyes dictadas desde fuera para que encima tengamos que

obedecer a otras propias, más rigurosas y consonantes que aquéllas, como si el yo necesitara replicar a la imperfección del Estado con un modelo del mismo, autoritario y armónico, a escala individual? ¿Y dónde está ese sujeto que acierta a luchar con éxito contra la coacción de cualquier pensamiento político? En el desorden, la corrupción y la sensualidad, nada más. Descuídate y el orden social se meterá en tu cama; y por si fuera poco lo verás acompañado de tus propias criaturas: tienes que triunfar, no te engañes, cumple tu cometido, supérate, etcétera. ¿Y por qué no todo lo contrario? ¿Por qué no todo lo contrario: procura engañarte, rebájate, no dejes nada, liquida? ¿Es que será un infierno distinto, es que no lo es ya por debajo del otro? No lo entiendo. ¿No es más digno combatir esta estúpida condición desde el lujo, la perversión y la ignorancia que desde la rebelión? ¡Entonces! ¿Y voy a aceptar dentro de mi casa lo que no acepto en la calle? Una guerra a muerte entre dos hermanos gemelos porque a la larga ninguna doctrina importa. El mejor yo nunca será un estado, ni siquiera del alma.» ¿Será una mano —se pregunta— que empuña la maza de un mortero en su noche de bodas? «El coche estará aquí el jueves, a las cuatro de la tarde. Es el mejor momento.» «¿Ella lo sabe?» «¿A quién te refieres, quién es ella?» «Si ella lo sabe no te molestes en enviarlo. No bajaré.» «¿A qué te refieres? ¿Quién es ella? ¿De qué estás hablando?» «No te molestes en enviarlo.» «¿Pero quién no lo tiene que saber, quién es ella?» «Mi ex mujer; tu amante», dijo, adelantando el labio inferior y resoplando por la nariz. Por un instante creyó haber perdido su propio contorno, como en una fotografía desenfocada, que de nuevo quedó ajustado cuando pudo replicar. «No sabe nada», mintió, al tiempo que pensaba para sus adentros: «Estás de sobra». «Cerdos, os comeréis vuestra propia mierda. ¿Crees que algo de eso me importa? Estáis hechos el uno para el otro, te lo aseguro, dos almas gemelas.» Volvió la vista hacia la puerta, no

del todo cerrada. ¿Serán dos infiernos, uno negativo del otro, única forma de soportar el primero, única manera de replicar a la infantil hambre de promesas? «Una más que se resiste a la corrupción. Que hará todo lo que esté en su mano para apoderarse de mí.»

V

No tardó en reaparecer, mucho más cercano pero no cambiado sino identificado con otro, como si el breve lapso que permaneciera oculto hubiera bastado para consumar la transfiguración y devolverlo al limbo, mientras el desatento visitante pasaba de largo por delante de la casa. Ni siquiera se recreó en despejar el equívoco porque su premura formaba parte del plan fraguado por la decepción; una vez resueltas sus vacilaciones tras el cedro, le bastaron unos pocos y rápidos pasos para desaparecer por el mismo camino que había traído, en dirección a la insustancialidad. De nuevo quedó el escenario desierto porque también había desaparecido la caballería (escamoteada por un parpadeo, para dar lugar a un pasatiempo) y concluyó el grito del chiquillo saltando sobre las bardas en la última hora de luz de una tarde repentinamente galvanizada en tapias, cubiertas y muros que aguardaban con recogimiento el chaparrón. Pero antes de que cayera volvió a pasar mil veces más, mil veces más verdaderas que su paso por allí en una primavera de pasamontañas, susurros y caravanas y mil veces más reales que su penúltima vuelta (con una zamarra de cuero) precursora de su imaginaria repetición (porque volvió de nuevo a su antojo, aureolado del poder estático pero reviviscente que le permitiría pasar de nuevo por allí sin dejar ya nunca de pasar pero sin pasar para siempre, para ofrecer su vuelta como alimento de la espera y santificar su nombre en el culto de la defección), mil veces más animadas por las voces que imposibilitadas para la reproducción se remodulan en la variación que se engendra y ocupa en el silencio para dar

testimonio confuso pero fiel de un espíritu de revancha que no acertó a manifestarse en palabras y mil veces más coloreadas y mejor iluminadas por ese ocioso, antojadizo y nunca apresurado pincel de la ociosidad que se entretiene en animar el monocromático grabado de una tarde arrabalera con esos tintes con que sólo el deseo es capaz de usurpar los legítimos derechos adquiridos por las nubes. No había perdido aquel penúltimo gesto; mientras siguiera allí, al pie de la ventana, no lo perdería nunca, capaz de detenerlo y agigantarlo con el mismo josuita esfuerzo de obligar al tiempo a acomodarse a su voluntad para fecundar la pétrea matriz de la materia con los genes de la criatura que supiera un día llevar la desesperación a su austera y sibarítica indolencia. No sólo en virtud de aquel gesto sino más bien gracias a quien había sabido interpretarlo y conservarlo, como su mejor o acaso único legado, su vuelta estaba asegurada y desmentida, por ende, la victoria de sus enemigos. Había desaparecido de manera tan brusca que no parecía haberse alejado de las puertas de la casa, una sucursal del templo de Jano, cerradas desde el mismo día que terminó la guerra; tal vez dormido en una cueva, como san Juan en su sepulcro, respirando muy suavemente pero manteniendo despierto, en casi inmaterial vigilia, un minúsculo sentido atento a la señal que le despertará de su sueño, le ordenará erguirse y llenar de nuevo sus pulmones con el enrarecido aire de su caverna para tomar la espada —menos inservible por sus herrumbres y melladuras que por la magnitud del milagro— y salir de nuevo a guerrear por la victoria de una fe robustecida en la clandestinidad. (La vigencia de la resurrección sólo puede ser garantizada por la espera, la fe se mantiene en buena medida por el deseo de contemplar de una vez una visión inacabada, toda la liturgia se ceba en un hecho impreciso e inverosímil, de cuya carga es preciso liberar a una memoria permanentemente acosada por los hechos repetibles y tan

sensible a su reiteración como para poner en duda aquellos que no lo son y el héroe se transfigura en el culto administrado por quien —tras haber sufrido un día horror y amor por un mismo objeto y haber sentido su cuerpo desalojado de todo deseo que no fuera acompañado de ese amado omnisciente e ignorante, despreocupado de sus seguidores porque guarda en su alma la manera de comprender (no conocer, no le interesa el conocimiento) con una sola idea todas las claves del universo— ha perdido el uso de un cierto lenguaje y —esfumada la referencia común a todos los accidentes— no acertando a entender un panorama donde sentimientos, estados de alma y pensamiento se reparten de manera desigual por zonas de diferente emotividad, a falta de sus enseñanzas prohíja su memoria (pues el héroe, en cuanto llega a ser héroe, siempre falta; en cuanto se hace evidente su papel —como coordinador y savia de toda la lucha— desaparece a fin de que ésta prosiga en la imperfección e incertidumbre de una hueste desorientada), exige que renazca (y probablemente renace, aturdido y amedrentado por su nueva encarnación, horrorizado de su cometido tras su paso por el polvo: un Cristo de entretiempo huye despavorido, sujetando su túnica a la altura de las rodillas, por entre los riscos de Siria en cuanto ve aproximarse los estandartes de la cruz y el mejor condotiero del ejército popular repasa todas las mañanas los estadillos de almacén de un laboratorio provinciano) y con una devoción que es poco más que la transformación en paciencia de un arrebato que desestimado por el buen sentido sin haber alcanzado sus fines la conciencia rehúsa olvidar y cancelar (para lo cual le concede el subsidio de un tiempo neutro, un islote apartado del drama del conocimiento, y un lugar recogido y ajeno a las costumbres mundanas donde conservar oculta, a fin de preservarla de todo criterio moderno, esa singular posesión, a la manera de la persona que recibió como

herencia de sus mayores unos valores que se han venido abajo con el cambio de los tiempos, con frecuencia prefiere guardarlos a enajenarlos, en espera de ese nuevo cambio —que los presentes son incapaces de presumir pero que quien ha sabido confiar percibe siempre en el horizonte de su suerte— que los devuelva a su pasada cotización) lo conserva suspenso en los días, eviterna y paradójicamente preservado de su destrucción gracias a su inoportuna desaparición y a fin de prolongar sus días en un permanente progreso hacia atrás, en el incesante esfuerzo por sentir cada día con mayor intensidad aquello que la economía de la percepción debía haber sepultado en el quasiolvido de no haber mediado la acción inversora de la espera.) Le había dicho que volvería por la puerta del jardín, por la misma por la que había abandonado la casa en su última salida, y que la dejara abierta. Durante dos días llovió sin parar. Era una puerta metálica de una sola hoja, en el extremo de la tapia que daba al camino de Pacientes. Todo el invierno permanecía cerrada, atrancada con una barra cogida con un candado, mientras que en verano y de día siempre estaba abierta para que los que salían a pasear por los campos vecinos al cementerio y a lo largo de la ribera del río no tuvieran necesidad al volver a casa de dar toda la vuelta a la huerta. Le había dicho que volvería en un par de noches, que le esperase. Y la puerta quedó abierta, la barra colgada de su hembrilla y el candado de su alojamiento, degenerados y fundidos con el maremágnum de herrumbre y mallas y aperos, ramas y hiedras y arbustos espontáneos que la naturaleza, la desidia, el abandono y el poder de atracción que para todo resto inútil e incorruptible tiene un lugar derrelicto, habían acumulado tras la hoja metálica abierta para oponer toda su resistencia a la entrada del enemigo. Abierta como Blancherna, pero no practicable desde el exterior, y no por un descuido que daría entrada a la no-redentora fuerza de la fe aborrecida para

no-liberar la casa. Sabía empero que por allí entraría (una tarde de lluvia) sin la menor dificultad, que la obstinada, tenaz e insomne barrera allí acumulada durante su ausencia —un plazo insensato que alambres, raíces y despojos se dieron a sí mismos para crecer contra natura y gozar del lugar a su capricho— cedería al primer impulso de su mano para restituirse dócilmente al orden privado de su primera mirada; que desaparecerían sin más al primer golpe —alambres y mallas y macizos de hiedra y trozos de mármol y mangos de pala y un grifo de bronce en eterno diálogo amatorio con una yacente y desfondada palangana de acero esmaltado, una rueda de carretilla perdida entre las ortigas como el calendario indescifrable de una ignota civilización— para restituirse a la nada o al sueño, un sueño disciplinado, al igual que los internos en su dormitorio suspenden la batalla de almohadas y corren cada uno a su cama en cuanto perciben los pasos del prefecto en el corredor. Pero no volvería para traer sólo el orden; y sobre todo ese orden ficticio que se disfraza de compostura para cubrir la agitación de tantos pechos, ansiosos de jugar y consumir energías antes de ir a la cama. ¿La paz? Era poco decir; o mucho. Nada le importaba la paz. La guerra en todo caso porque ¿más paz todavía? ¿Para qué? Le había dicho que volvería en dos días que se convirtieron en cuatro, veinte, mil, diez mil sin cambiar un ápice de carácter, fundidos en uno solo que en un día único debía concluir. Nada más. No dejó rastros y nadie más que él le vio salir. No tuvo noticias y por lo mismo que la ley establece que se cumpla un plazo mínimo para declarar desaparecido a un individuo que no ha dado señas durante el mismo, así a sí mismo se otorgó la facultad de no cerrar el plazo para su vuelta en tanto no recibiera signos incontrovertibles que lo cancelaran. ¿La muerte, la bienaventuranza, la reanudación tras la pausa? En cualquier caso era su cometido, asumido en un principio con

convicción —y sin impaciencia— para ir poco a poco cobrando esa psíquica resonancia —cercana a la obsesión y sin embargo aislada de ella por un muro de tranquilidad y confianza— que provoca un acto muy esperado que se realiza reiteradamente en todos sus detalles menos uno. Y el día que ese detalle completara el acto imperfecto para consumar su perfección ¿qué ocurriría? Lo había pensado tanto que no lo sabía: en suma, no había más allá de ese acto, un abismo —blanco, anaranjado, purpúreo, un vapor— se abría tras él; acaso se oiría un crujido (porque involuntariamente había delegado al oído la percepción de aquel detalle que la vista una y otra vez le había denegado) seguido del añorado rumor de la lenta, sabia, paciente evolución confiada al suspiro de los eones sobre la flema oceánica que tras flotar por encima de las olas más encrespadas ni siquiera se desgarra al estrellarse contra el acantilado y envuelve sus rocas con su inconsútil cobertura, adormeciéndolas a su contacto para que olviden su quieto furor y al sumir en el sueño a todo el orden mineral, tejer su infinita red viviente, siguiendo paso a paso las metamorfosis de la incipiente biota y, como tantas otras veces, reaparecer en la impasible mirada amarilla de unos ojos que flotan por encima de los tumultos y pasiones de sus hermanos y traen en sus pupilas el brillo empeñado de un tiempo recto organizado desde la pétrea matriz de la materia y apenas alterado, por breves años, por la barahúnda de la artillería, el clamor popular y el rugido de las radios. Inalterable, casi momificado, demasiado perfecto para crecer y desarrollarse y destinado, por su frígida incapacidad para degenerar, a una súbita desaparición; un violento soplo de inútil juventud lo acompaña allá donde va; toda época tiene tras él algo del artículo de segunda mano, un aroma de lo no estrenado se ha perdido, acaso un apresto; y los que le sobreviven y perduran gozan de unas segundas nupcias con una señora que calla por decencia el

tormentoso recuerdo que todos los días sobreviene a horas fijas y de manera imprevisible surge del fondo de una pequeña tabaquera; aburrido de su propia contemplación, sonríe desde su última fotografía donde su primo reconstruye la premonición de su fin, disimulando el horror provocado por la imposibilidad de venir en ayuda de sí mismo; malogrado, incapaz de llegar a más y de confesar una miseria que permanecerá secreta, fija en el objetivo la fecha exacta de su desaparición y deja constancia de que la suya fue la única juventud. Los dioses —le susurra desde la foto— hacen lo posible por no estar solos; como los niños, han de estar siempre entretenidos porque no soportan su tedio; nada pueden contemplar porque nada les importa y en cuanto a meditar... no saben lo que es eso; cuanto más poderosos más cerca están del ocio absoluto, y aquel que lo es en grado sumo, aquel que debe reinar en soledad sobre todo el orbe, tiene en cada instante que salvarse de su desesperación y buscar refugio en rincones miserables, acorralado por un poder sin inventiva; es lento, espantadizo y muy formal, cualquier diablillo le hace estremecerse y un ágil demonio le ganará siempre de la mano y con la misma facilidad con que el aventurero, obrando por sí, ante sí y para sí, se adelanta en el negocio a esa marmórea y solvente entidad bancaria incapaz de aventurar una peseta si no se ha cumplido esa larga serie de requisitos, garantías y avales que en el papel de los contratos prolongan la existencia más allá de la muerte. Su mano empujaría la puerta un día, aquella misma tarde, después de desaparecer tras el macizo de hiedra. Había desaparecido a sus veintiséis años, a los treinta su hermano, el mismo año. Y ya para siempre tendría veintiséis años, en una pura conservación sin formol, como si todos los agentes de la destrucción se hubieran detenido ante el contorno de su espíritu para conservar una muestra sin carne de la juventud, de un ladino y sonriente ímpetu que a sabiendas de

sus peligros nunca quiso adentrarse en el terreno del hastío. Ni siquiera pisarlo. O no. O lo pisó y se enterró en él hasta las cejas. Quién sabe. Veintiséis años que tenía en la cuna y en el colegio, y en el verano al correr por la curva del camino del río, veintiséis años al abalanzarse sobre su primo dejando caer su gorro; veintiséis años que tuvo siempre y para siempre conservaría, cada día más limpios y precisos, lavados y pulidos por la corriente del tiempo que arrastrando en suspensión todas las partículas mortales una y otra vez lamería suavemente los contornos de su espíritu, insatisfecha cada mañana —como una buena sirvienta— del lustre de la anterior. Dejó dicho que volvería en dos días, que dejara la puerta del jardín abierta. Y siguieron dos días de lluvia dispuesta a borrar todos los signos sonoros de la guerra. Cesó con el maullido de un gato, el primer maullido del primer gato que estiró sus patas y arqueó su lomo en cuanto el Arca de la derrota rozó con su quilla los altos de Tibi Gracias y las aguas de la guerra se despeñaron por Socéanos. El maullido de un gato, el sonido de unas apresuradas pisadas en el húmedo pavimento y el chirrido de un cerrojo. Y nada, la masa de hiedra celosa de la luna tapaba su misterio con un enigma más cercano, como en los tiempos de Lilith. Dos primeras noches ocupadas por la lluvia y una tercera en blanco hasta que el maullido del gato abriera la larga coda de días y noches agujereados por la expectativa; de ese tiempo intolerablemente instantáneo de la espera, de ese inmenso éter que —sin transiciones ni objetos ni fronteras ni cambios, como la noche al día— la incredulidad (nunca la desesperanza) va ocupando poco a poco y cubriendo con un manto de rumores lejanos sólo desgarrado por el fraudulento crujido de la madera, la carrera de una rata, las pisadas apresuradas en el pavimento o el chirrido de un cerrojo y por donde tendría que asomar el milagro, y de nuevo soldado en el sopor; de esas noches agujereadas de horas de insomnio y

argentinas visiones de un Ávila bajo el mar y una mujer de cera junto a una lata de sardinas vacía; de la ávida escucha de un motor que rezonga por un repecho a la madrugada, arrastrando cántaros de leche, y el nómada mugido de los bueyes uncidos a un carro hundido hasta el eje en el barro; y el súbito golpe sobre su marco de la cancela que jamás nadie abrirá y sólo se apaga al ritmo de decrecientes palpitaciones; de un único despertar galvanizado de una euforia que dura lo que tarda una cortina en ser descorrida y ¡ay! saludar el nuevo día en el macizo de hiedra; de tardes sin cabeza consumidas en un punto del zócalo o en el trabajo electrónico de una araña; de punzadas, alfilerazos y bostezos bajo una lona ¿qué cosa se añora más que una guerra? Pero la mano empujaría la puerta —janua loquitur— aquella misma tarde después de desaparecer tras la hiedra, para acabar con todo. Nada ni nadie podría oponerse y el jardín volvería a lo que fuera para sepultar toda la vergüenza de la época, redimido y despertado de su aborrecible sueño por un empujón y devuelto a la animación por una mirada de reconocimiento. ¿Volvería el orden perdido, el talante de otra edad? Era lo de menos. Sólo pedía ese momento y todo lo demás —el porvenir— le traía sin cuidado. Esperaba el milagro y nada más y no queriendo morir sin ser testigo de él, no tenía por qué sospechar que nada le importaba la muerte después de él; tras la resurrección —el triunfo sobre ella— nada como la muerte, al igual (recordaba habérselo oído) que tras la victoria en el combate nada como la derrota. Un momento —era todo lo que pedía—, una visión transversal y acelerada para contemplar, como en esos abreviados relatos cinematográficos en los que gracias a la caricia de un rayo de sol o la aplicación de un fertilizante en un momento se puebla un árbol de hojas, se abre el capullo de su flor y se prodigan las perezosas orugas cuyos capullos recogerá con guante de goma la mano que anima la palpitante lanzadera de donde

finalmente surgirán amplias sedas, la transformación del orden mórbido de la espera en el auroral caos de la animación provocada por la apertura de la puerta. Quién sabe si como el ganado a los terremotos o las mujeres noruegas a sus hijos náufragos, el jardín le oiría acercarse mucho antes de que estuviera cerca; si habría síntomas, una medrosa agitación antes de que se rompiera el sueño, un rumor —nada más que un rumor— corriendo entre los derrelictos y la puerta, incapaz de mover su peso y sacudir la ligadura de la herrumbre, vibraría contra su marco. Muchas veces, sintiéndose el heraldo de tales síntomas, se había estremecido con el cuerpo atravesado por la corriente del anuncio y electrizado se había incorporado del catre: «Ya viene», para aguardar a oscuras tras el librillo, incapaz de retener la impaciencia sólo domeñada por el temor a la decepción: «Aguarda un instante, no abras todavía, no te precipites. Piensa en la salud. No puede ser nadie más que él pero llegará en su momento. No salgas, no abras la ventana, corre el visillo, lo que queda de él. No te muevas; observa tus manos. ¿No será que tienes que llamarle con mayor ahínco? Adelante». Pocas cosas quedaban en la casa pero en cambio en las convexas, desnudas y azuladas habitaciones habían buscado refugio —depauperados hampones del reino inanimado— objetos que nunca habían pertenecido a ella; los restos de un arnés y la carcasa de una bomba de pistón, desechos de ropa y un trozo de malla, tablas de embalaje y algunos montones de borra. Abrió las puertas a patadas empuñando en alto la sábana —apartó una cortina que cayó de su galería y una lata con algo de líquido golpeó su frente, el esqueleto de una silla cayó definitivamente sobre su respaldo alzando sus patas en espera del coito con un escobón que quedó besando sus plantas, un pastorcillo de Sèvres que de manera muy indiscreta gustaba de espiar el lecho de la habitación escarlata fue triturado por sus botas y de detrás de

la caja del lunático reloj del zaguán surgieron los aplausos de la tía Sunta— y desfiló por toda la casa entonando el himno a pleno pulmón: «Salve bandera de la patria... cubierta por el polvo de las tumbas, teñida por la sangre de los muertos».

* * *

Hacía un año que había acabado la carrera cuando estalló la guerra que cortó en seco sus vacaciones y echó por tierra una beca en el extranjero para ampliar sus estudios. Cuando a la vuelta de la excursión llegó a casa de su tía, la criada —de pie junto a la maleta de fibra con cantoneras metálicas y atada con cuerdas— le entregó el telegrama sin cerrar la puerta. «Me voy al pueblo», dijo y salió por la escalera principal. Durante tres noches el sobrecillo azul permaneció abierto sobre el mármol de la mesilla de noche, en lucha sin cuartel con el amor. Durante años había acompañado a su tía los jueves por la tarde al cine, al programa doble. Su marido tenía los jueves una partida en la peña y tía y sobrino salían juntos a merendar y al cine. Tras media hora de discusión de la cartelera siempre acababan tía y sobrino en los mismos cines del barrio, a las siete y media de la tarde, después de merendar un café con leche y unas mediasnoches. Solían ver cada película tres o cuatro veces, a causa de la rotación de los programas, la escasa memoria de su tía y el riguroso parecido de los títulos. Su tía —muy aficionada al cine desde su primera juventud, gracias a un padre abierto a todos los adelantos técnicos— lamentaba su decadencia y añoraba los actores y actrices de antaño, aquellos argumentos apasionantes. Los de ahora le parecían todos iguales, sin pararse a pensar que eran siempre los mismos. En los descansos se zampaban un bombón helado y al término de él, tras depositar delicadamente en el suelo el mango envuelto en papel de plata, le contaba una aventura de juventud. «A tu

tía —le decía, arrimando la cara, con tono confidencial y dándole unas palmadas en la rodilla— la quisieron llevar a Hollywood.» En los primeros tiempos, cuando tras media hora de proyección sentía ya próxima la inevitable escena del beso —por lo general en un banco del jardín o frente a una chimenea— su tía le ordenaba: «Anda, sal» y el sobrino se veía obligado a abandonar la sala y retirarse al hall de donde volvía a los cinco o diez minutos después de fumarse un cigarrillo con el acomodador. En un principio optó por ver la escena desde una butaca de las últimas filas —pues tía y sobrino gustaban de las primeras— pero andando el tiempo, a causa de las numerosas repeticiones, prefirió la compañía del acomodador, el chico de los helados y la taquillera en el ambigú, para volver junto a su tía poco menos que cuando sonaban los acordes del mañana feliz y la cámara enfocaba la resplandeciente línea del horizonte al tiempo que se alejaba de ella. La taquillera —una criatura excelente, en todos los sentidos— era la querida del empresario de la cadena, que le había buscado aquella colocación y puesto un piso pequeño en el barrio. Más adelante, apenas la cámara había enfocado el primer plano de la actriz con gesto de consternación y zozobra, el sobrino diría a la tía: «Me parece, tía, que esta película no resulta conveniente para mis pocos años» y abandonaría la sala encorvado, haciendo visera con la mano, para reunirse con la taquillera y volver apenas sonaban los acordes de aquel último beso en presencia de todo el municipio y la cámara iniciaba su retrógrado viaje de espaldas a la pareja que se dirigía —él la llevaría por el talle— a su pequeña casa de las afueras. Así que en cierto modo fue su tía la que le echó en brazos de la taquillera de cuyo lecho cuántas veces tuvo que levantarse precipitadamente para llegar a la sala todavía a oscuras, invadida por los acordes de una paz conseguida tras difícil lucha contra la falta de escrúpulos de unos pocos, cuando la

cámara se deleitaba en la puerta que morosamente se cerraba tras el retorno del héroe. Más que a su tía, lo difícil era sortear al empresario y, sobre todo, esquivar al chulo, un hombre —natural de Ceuta, como ella— que estaba siempre a punto de salir de viaje. El chulo, cómo no, comerciaba y traficaba con artículos inconfesables, al parecer llevaba pistola y no parecía dispuesto a dejarse liquidar. Como era de esperar, el chulo se olió la tostada y espiaba a la taquillera desde el bar de enfrente. Así que con la ayuda del acomodador, más de una vez tuvieron que evacuar el local por la salida de incendios, que daba a otra calle, mientras Pie de Rey entretenía al chulo en la barra. Pie de Rey era un matemático de primera, compañero de facultad más adelantado, también aficionado al ajedrez, que siempre llevaba encima muchos papeles envueltos en el periódico de la tarde que compraba a diario pero rara vez leía. Pie de Rey encandilaba al chulo con conversaciones fascinantes, sobre temas de los que nunca había oído hablar, y de tal manera se ganó su confianza que a menudo quedaba encargado de la custodia de la taquillera, mientras el chulo se iba a arreglar un pequeño asuntillo, y en ocasiones era comisionado para espiar su piso, pues el chulo no se atrevía nunca a cruzar el portal. El chulo —cómo no— usaba patillas de hacha y alfiler de corbata; se decía —cómo no— que había sido legionario y que en el pecho llevaba tatuada una serpiente enroscada a una cimitarra. Y Pie de Rey, con todo, aseguraba que era simpático y no demasiado mala persona. La taquillera llegó a cobrar mucho afecto por Pie de Rey también, y durante sus ratos libres hacía café para los tres y servía copas de las botellas preferidas del empresario. Las veladas se hicieron más sosegadas y a fin de aprovecharlas por lo menos hasta la sesión de noche Pie de Rey tuvo a bien, en ocasiones, encargarse de la compañía de la tía y llegar hasta su asiento antes de que se iluminase la sala. Pie de Rey sabía adoptar tonos solemnes y

graves, con los que era muy convincente. Así que tomaba asiento junto a la tía: «Excelente señora, me envía su sobrino para comunicarle que ha surgido un imprevisto examen y que para prepararlo convenientemente debe quedarse a estudiar en casa de un amigo, y renunciar a contemplar en su compañía el desenlace del film. En consecuencia, me ha rogado que ocupe yo su puesto y, si usted lo permite, disfrute de tan grata compañía, tratándose de quien se trata. La vida del estudiante, señora mía, está salpicada de estos pequeños sacrificios que si, por un lado, ayudan a forjar el carácter en la adversidad, por otro, me pregunto, ¿no arrojan una definitiva sombra sobre tantas ilusiones puestas en el futuro?». Frases que sin duda a la tía llevaron a evocar ofertas recibidas en su mejor época y que el público de las butacas vecinas —ciertamente un público habitual, una parroquia de la misma naturaleza desmemoriada de la tía, ahíto de contemplar siempre los mismos finales— escuchaba con mucho interés y recibía con evidentes muestras de aprobación. Para la tía la admiración que levantaba su compañía con aquel joven espigado y con cara de sabio que la llevaba del brazo, mientras sujetaba en la otra mano el rollo de papeles envuelto en el periódico de la tarde, por el pasillo de la sala iluminada y con aquel respetuoso público que esperaba de pie su paso, saldaba a su favor —aunque fuera a deshoras— la deuda que con ella había contraído tiempo atrás la nueva Meca, redondeada con el hormiguillo de su revancha sobre la estrella de la pantalla a la que había sabido desplazar en los momentos culminantes del film. El acomodador aseguraba años después (años después de la guerra, en la que el acomodador había tomado parte activa en una sección de ametralladoras del Batallón del Espectáculo, Compañía de Acomodadores) que llegó a ser tan esperada y famosa la entrada de Pie de Rey minutos antes de que terminase la proyección que en ocasiones se suspendía ésta y se encendían unas pocas luces para que el

público pudiera disfrutar a plena satisfacción de sus palabras de salutación hacia la tía de su amigo que, sentada en cabeza y en solitario en una de las primeras filas, recibía en osmótica majestad el homenaje de su corte a sus espaldas. Lo cierto es que entre el sobrino, la taquillera y Pie de Rey debieron formar una entente que se llevaba a la perfección; sabían ocupar con mucha discreción las horas que dejaba libre el empresario, sin otras interrupciones que el acompañamiento de la tía los jueves por la noche ni otras molestias que las provocadas por las imprevisibles apariciones del chulo. Fue Pie de Rey quien, a cambio de los numerosos servicios prestados, solicitó del chulo que mientras él espiaba el piso de la taquillera bien podía él (el chulo) acompañar a la tía a su casa a la salida del cine. El chulo —que se llamaba algo así como Inmaculado o Asunto, un nombre con carácter mariano y trascendente— no se negó a ello. No era mal tipo, el chulo. Si acaso un poco brusco. Se sentó junto a la tía, estaba mediada la película, y le dijo «Me dice su sobrino que no puede venir, pero aquí hay postre, señora» lo que tanto la tía como el público de las butacas vecinas no acogieron desfavorablemente a pesar del alto aprecio que habían cobrado a su antecesor. Pero a diferencia de Pie de Rey, el chulo (que a la sazón tenía poco que hacer con la taquillera, tan sólo aspiraba a pequeñas venganzas) debió coger gusto al asunto y no conformándose con acompañar a la tía desde el cine hasta su casa, optó por sustituir al sobrino en toda la extensión del rito. No era despreciable la ganancia, una vez a la semana: una merienda, una entrada al cine, un bombón en el entreacto, alguna copita de vuelta a casa, algún viajecillo al monedero de la tía y quién sabe si algo más. Y la revancha. La revancha consistía sobre todo en una mirada de chulo a la taquillera por encima de la cabellera de la tía cuando se agachaba a pedir «Dos butaquitas del centro, de la fila quinta, por favor» y la sensación de sentirse todo un temible poder

cuando la taquillera, con sus afiladas y pintadas uñas, agitada por las convulsiones de los dedos, que desgarran el papel con movimiento vibratorio, arrancaba las entradas con la energía y aguante al dolor que se aplica a un pelo inoportuno. El chulo, aunque siempre estaba a punto de salir de viaje, se hizo un habitual de la casa de la tía los jueves por la tarde. A la sazón también llegó a la casa su primo, a preparar no se sabía qué oposiciones a cualquiera sabía qué cuerpo de la administración local. El primo no conocía Madrid y en primera instancia no supo juzgar acerca de la presencia en la casa del chulo los jueves por la tarde. Como su tía era comedida, generosa y consciente de las injusticias y desaires cometidos por su familia con aquel sobrino y con sus padres, no pudo por menos de hacerle extensiva la invitación al cine los jueves por la tarde. A partir de entonces, y por un plazo no muy largo, la tía apareció en el cine con dos jóvenes, uno chulo y otro no, lo que tampoco el público de las butacas vecinas (bien dispuesto a comprender y perdonar las debilidades de la tía, a cambio de su puntual comparecencia) recibió con disgusto, tanto más cuando empezó a olfatear la rivalidad que crecía cada semana. A quien no debió gustar el cariz que iba tomando el asunto fue a la taquillera, molesta por la indiferencia con que los otros dos (mientras disfrutaban de su piso, de su cuerpo, de su café y sus licores) observaban su desarrollo, confusa y picada por la rapidez y desenvoltura con que generaciones precedentes adoptaban costumbres introducidas por la suya y poco menos que privativas de ella. Así que debió ser la taquillera quien —por persona interpuesta, esto es, el acomodador— debió hacer llegar a los jóvenes que acompañaban a la tía la opinión que le merecían. Ambos tenían en mucho esa opinión y ambos se miraban con desconfianza y recelo; con la llegada del nuevo sobrino se había hecho patente un mayor control del gasto y una sensible disminución de las dádivas de la tía; al nuevo

sobrino no le gustaba el chulo y añoraba la compañía de los otros dos. Pero ninguno de ellos demostró interés en llevar más adelante su rivalidad hasta que por la intervención de la taquillera, secundada por personas interpuestas y, probablemente, con la anuencia de parte del público del cine, en diferentes lugares empezó a sonar la palabra duelo. Al principio no la tomaron en serio pero pronto les fue imposible acompañar de consuno a la tía al cine cuando ya se hablaba abiertamente del duelo y el público de las butacas empezaba a dar muestras de impaciencia. La tía, que algo tenía que haber oído, se hacía la sueca, en secreto encandilada por el supremo regalo de las artistas de la pantalla. El duelo, por consiguiente, quedó emplazado y nombraron sus padrinos: su primo lo fue de Simón y Pie de Rey del chulo. Eligieron una olmeda en un descampado de los alrededores de Vicálvaro, no lejos de un merendero que los padrinos habían frecuentado en compañía de la taquillera, y al que se podía llegar andando desde el apeadero del ferrocarril de Arganda. Los duelistas llegaron puntuales pero los padrinos no. Los padrinos perdieron el tren y llegaron a eso del mediodía en el carro de un trapero —que tenía una hija muy simpática, que a diario hacía el trayecto con su padre— al que invitaron a presenciar el hecho. Habían traído una bolsa de merienda, un montón de papeles y libros y un ajedrez de bolsillo con el que Pie de Rey se entretenía en resolver finales. Y se sentaron bajo un olmo dispuestos a disfrutar de un día de campo primaveral. A pesar de contar con un pasado poco edificante y ser un experto en el manejo de armas blancas y negras el chulo no sabía cuáles eran las condiciones del duelo ni cómo se tenía que desarrollar, y se mostró inquieto y un tanto medroso en contraste con el primo —el primo Simón— que cuando vio a los padrinos sentarse bajo el olmo y sacar una servilleta a cuadros, una botella de vino, una tortilla, una hogaza de pan y unos chorizos, al punto

se despojó de su ropa para quedar en traje interior completo, de un algodón de color trigueño, se volvió a calzar sus medias botas enterizas y sujetándose los puños sobre el trasero y sacando el pecho anunció «Yo ya estoy listo» a fin de liquidar el negocio cuanto antes para poder participar de la merienda. Conocía bien a los padrinos y sabía de sobra que nada en el mundo les detendría para empezar a comer. El primo Simón tanto como escondía un alma blanda manifestaba un cuerpo de una vez. La mayor parte de su fortaleza residía en manos y dientes, con los que podía triturar cualquier cosa. Años atrás, allá en el campo, por llevar adelante una apuesta con uno de los aparceros de Escaen se había comido en una semana una arrumbada mesilla de noche y pocos días antes del duelo había logrado abrir la ventana del mirador de casa de la tía. En realidad no llegó a abrirlo pero sí a hacerlo practicable. La tía le había pedido ayuda para abrir la hoja de uno de los miradores del salón que por llevar mucho tiempo en desuso había hecho un solo cuerpo con su marco. El primo Simón tomó la manija y trató de hacerla girar un cuarto de vuelta hacia abajo. La manija no cedió. Entonces el primo Simón dio un paso atrás, se quitó las gafas y se arremangó. Volvió a empuñar la manija y —tras esos tanteos con que los campeones al comienzo de la competición miden la fuerza de su adversario, con esa afinación del propio instrumento para la prueba que se avecina— aplicó a su mano todo el par de torsión de que era capaz. Cuando sin una queja ni un crujido, con toda dulzura y obediencia, la manija fue a ocupar su posición vertical apuntando hacia abajo, el primo Simón tiró hacia sí pero la hoja no se movió. Soltó la manija y de nuevo dio un paso hacia atrás; se secó la mano en la cadera, cambió la posición de los pies y, apretándose los riñones con el puño izquierdo, volvió a empuñar la manija y tiró. En aquel instante se debió celebrar un combate entre los más altos estamentos

del universo: entre el reino inanimado, dueño final y legítimo de él, y una usurpadora y efímera dinámica que alardea de su conquista; entre la inercia y el progreso; entre determinismo y principio de incertidumbre; entre revelación y gnosis; entre materia y espíritu. Un crujido seco y apenas audible, un infantil vagido de la materia al verse hendida por el corazón de sus átomos, un minúsculo temblor de tierra fueron el preámbulo del movimiento: en el techo de la sala y de parte a parte se manifestó una grieta recta de dos centímetros de espesor por la que cayó un polvillo blanco sobre la cabeza de la tía, dos o tres lunas del mirador y los balcones estallaron, se desplomó un espejo veneciano y la araña tintineó —con esa risueña e ignorante alegría con que los irresponsables acogen los primeros anuncios de la catástrofe— y en el centro del mirador el primo Simón, todavía trémulo, la frente perlada de minúsculas gotas, plantado ante el hueco por el que entraba una brisa que acariciaba sus melenas, sostenía en el aire todo el marco desgarrado de su ferralla, como un horacio que levantara su escudo para defender su baluarte. Cuando el chulo se dirigió a su padrino —enfrascado ya en un final de partida mientras el otro daba los últimos toques a la merienda—, en un tímido ensayo para conocer las capitulaciones, no obtuvo otra respuesta que un gesto de desdén con la mano. El otro, mientras cortaba la tortilla en tres pedazos, exactamente tres pedazos, fue algo más explícito. «Vamos, vamos. Menos cuento. A batirse, a batirse.» El chulo sacó y abrió una navaja de al menos ocho puntos y veinte centímetros de hoja. «¿Y qué, lo rajo?» Al fondo estaba el primo, al sol, con las manos en la espalda, haciendo inspiraciones. «¿Lo rajo, di, lo abro?» «Venga, venga, menos cuento y a batirse», fue su respuesta, mientras calculaba los sectores. Sólo oyó un bufido y el soplido del sólido atravesando el aire: en el centro de la tortilla y atravesando la bandeja de cartón, quedó la navaja clavada en

la tierra hasta la empuñadura y cuando levantó la vista el chulo se alejaba en dirección a Vallecas, de cuya iglesia el extremo del gallardo chapitel coronado por una veleta asomaba en el horizonte, como una figura de plomo en la barraca del tiro al blanco. La consecuencia fue que el primo a partir de entonces, descuidando la preparación de las oposiciones, se incorporó a la entente. La taquillera quedó tan contenta que le incluyó entre sus favorecidos, a cambio de algún número de fuerza, pero en contraste la tía se fue etiolando y no se atrevía a comparecer en el cine sin uno al menos de sus acompañantes. Mermaron sus asignaciones y sus quejas eran tan continuas que decidieron apelar de nuevo al chulo quien, visiblemente ofendido, no asomó por el cine ni por el café de enfrente, ni por casa de la tía ni por el portal de la taquillera. Con buen criterio se encomendó al primo Simón que le buscara para darle explicaciones y poner remedio a la tía. No se había ido de viaje, como se temía, tan sólo había cambiado de barrio —cosa que los profesionales hacen con frecuencia, rigor y conocimiento de causa—, así que el acomodador tampoco tuvo muchas dificultades para dar con él. Se concertó la entrevista en otro barrio, a petición del chulo. Todos recomendaron al primo mucho tacto y cuidado, mirar con cuatro ojos, procurar no ofenderle, no romper nada. Incluso la noche anterior la taquillera exigió quedarse a solas con él. Le mimó; parece que le hizo toda clase de caricias. Salió del piso de la taquillera transfigurado y fue derecho al grano. «Pero, hombre, chulo, tienes que comprender; un hombre de tus sentimientos no puede dejar las cosas así; hazlo por la tía, ya que no por ese par de canallas.» Estaba visiblemente ofendido; según confesión propia, no le había dolido tanto la pérdida de la taquillera —una cualquiera, una del montón— cuanto la falsedad de los que se decían sus amigos, que no habían contado con él para la merienda; que bien claro estaba que habían hecho sólo tres

pedazos de la tortilla, que habían pensado dejarle tendido en la cuneta, que ésos no eran amigos. Sus condiciones fueron terminantes: con la tía lo que fuera pero a los otros dos no los quería ni ver. El asunto quedó zanjado; a las pocas semanas el primo Simón volvió a su pueblo —tras haber disfrutado la mejor época de su vida— sin haber ganado las oposiciones, el chulo reanudó las sesiones al cine con la tía los jueves por la tarde y los otros dos (al principio muy animados, luego empezó a crecer su desencanto) se quedaron con la taquillera pero no por mucho tiempo pues las sesiones al cine con la tía, los jueves por la tarde, las escapatorias, la rivalidad con el chulo constituían el verdadero caldo de cultivo de los amores con la taquillera. El doctor le dijo que tenía que esperar, tras correr la cortina. Salió al angosto recibidor y, con aire de llevar a cabo un cometido de rutina, sin mirarle, dio dos vueltas al cerrojo de seguridad de la puerta del piso. «Tiene que esperar aquí, le dijo; puede sentarse ahí.» Les había citado en aquel piso, aquel día y a aquella hora, en el curso de la consulta de la semana anterior. Ella le obligó a acompañarle. El doctor hizo las preguntas de rigor: edad, estado, enfermedades anteriores, cuántas faltas había contado, experiencias previas en casos semejantes. Se trataba de un escuálido piso interior, con olor a pobreza, que daba a un patio desierto y de color nube, con una jaula de canarios en una de sus ventanas bajas. En el recibidor había un par de sillas y un paragüero de latón y en la consulta tan sólo una mesa desnuda y otro par de sillas. Ni un papel ni nada que pudiera comprometer. Detrás de la cortina ni siquiera contaba con una cama de operaciones sino con un catre y otra silla donde había depositado el cabás del instrumental. A través de la rendija de la cortina veía sus pies desnudos, separados y absolutamente quietos. La sombra de su rodilla, proyectada en la pared por un flexo, sobresalía de un bulto. De vez en cuando surgía un gemido —un gemido que conocía bien, que siempre

le había sonado un tanto falso— y la voz (la voz rota por un cúmulo de fracasos, incompetencia, clandestinidad y estrecheces) del doctor: «Quieta, mujer, estese quieta». Acaso fue el primer asomo de aquel súbito e incoercible deseo de abandonar el puesto y huir; de optar (ante la presencia en las sombras de aquel coloso que guardaba la cifra de sus venideros días) por la cobardía, mucho más atractiva con todas sus consecuencias que aquella encerrona. Varias veces se llegó hasta la puerta de la escalera para —habían amainado los gemidos y las admoniciones del doctor y un intenso olor a fenol se extendió por el recibidor— contemplar sus peldaños a través de la mirilla. Un día, varios meses más tarde, cuando no olvidado el drama se ha desvanecido empero el espanto que produjo, la palabra vuelve en un atardecer republicano para agitar un limo posado en el fondo del nunca sedimentado temor. El coloso no se desvanece del todo, tan sólo se retira al amparo de sombras más intensas (donde no llegan las palabras, quizás) —conservando su figura imaginaria— en espera de otra oportunidad de asaltar un ánimo nunca inmune ni librado de su influencia. Se diría que se espiritualiza, calla y espera paciente pero se conserva tal cual es, salido de la sombra de una rodilla para, como una emanación de la sed, alojarse en una nube. Es el ángel custodio pero al revés: el ángel del miedo que ni siquiera en su madurez el hombre puede conjurar (pues precisamente la convicción de que el dominio de ese poder no está a su alcance es el primer síntoma de esa madurez), limitándose a evitar con sumo tiento las oportunidades en que asoma. Porque asoma en un instante; no viene de lejos sino de algo inmediato, de esa ubicua y tortuosa cámara cerrada que le acompaña indisolublemente (y viaja a sus espaldas) y en la que arrincona todo lo indeseado, sin ninguna clase de selección: seres casi desconocidos, unos peldaños desiertos, circunstancias que la memoria ha rechazado pero que allí siguen, marcando

un momento preciso, como las monedas que el emperador arrojó a la charca, y que sin caer tampoco en el olvido provocan la retrógrada impresión de que esa experiencia nonata al situarse más bien en el tiempo no vivido introduce en éste un sentido de marcha opuesto al cronológico en virtud del cual toda vivencia que se abre al vasto y negro abismo donde surge el coloso no es más que el esbozo prematuro e improvisado de una existencia posible pero nunca futura situada a la izquierda del devenir. Nunca se harán cuerpos ni tendrán semblante, será una mancha y ni siquiera indeleble. La espera es el mayor castigo. Durante tres días y tres noches el telegrama permaneció abierto sobre el mármol de la mesilla de noche, tres días y tres noches en que apenas abandonaron el lecho mientras todo Madrid se lanzó a la calle. Tres días para alcanzar esa cúspide del contacto carnal desde la cual no se vislumbra ninguna altura más elevada. Tras una semana de angustia esperando que su falta sea descubierta y cumplido el castigo —incrementado por la ocultación—, el niño amanece un día con la certeza de que quedará impune; y sin darse cuenta vivirá en su interior el desmoronamiento de un orden clásico articulado entre el bien y el mal, la luz y la tiniebla, la recompensa y el castigo y que dejará paso, en una edad adulta, a ese incoloro estado monal donde incluso triunfo y fracaso —esas últimas reducciones de aquellas firmes premisas tan poco duraderas— se funden en el ansia libertina de un alma incapaz de soportar su subordinación a un tránsito de lo intrascendente a lo inconsciente. En aquel lecho ¿había pasado de la inocencia al cinismo, sin apenas percatarse de ello? Las fuerzas del orden público corrieron a ocupar un edificio, a retirar un cadáver; la calle quedó acordonada y más allá, contra una noche amoratada, las sirenas estrellaban los aullidos de la sinrazón en un lugar imprevisto, extraviado y a desmano, der gelehnt steht an dem Strom der Zeit. De esquina a esquina, siempre

retrasado una manzana, les siguió el coloso hasta el piso de su tía. Una lámpara de opalina, la misma de la esfera adivina, levitando en el centro del salón de madame cargado y lambrequinado de rancios terciopelos y guirnaldas de mórbidos caireles que destilaban las lágrimas secas de un Uranio que arrepentido y apercibido de su final, con sibarítica delectación dictaría las estipulaciones de un futuro sin castigo, sirvió a su dueña el cerúleo resplandor con que envolver su desnudez en el aura de la prohibición; mujer, lámpara y sombras unidas en la infantil hermandad del pecado, en un recinto propiedad del coloso, le llevarán —más allá de unas tapias levantadas en su niñez, ¿las mismas donde abatirán a un alcalde?— hacia el desconocido e insostenible espacio sin ribera posible donde por primera vez el deseo sucumbe, superado por inmediatos y crecientes estímulos, y calla abrumado por un apetito que sin reposo se desvanece, sacia y emerge de nuevo entre bucles y tintineos, en la transposición de la lámpara al éxtasis y de éste a la mirada y de la mirada a un plutónico orgasmo donde convergen las clandestinas y arqueadas fuerzas de la lujuria. Así pues no habrá castigo pero tampoco repetición; más allá del balcón, las sirenas rugieron; del banco de la capilla a la butaca del cine, de allí al lecho y del lecho... al frente, con el telegrama en el bolsillo, cuando el sereno golpeó el bordillo con su chuzo; de la efigie de su madre retiraría la misma sonrisa aniñada y délfica —tallada en el rosáceo mármol como prueba inequívoca e irrefutable del aburrimiento de los héroes que aciertan a conservar su vida— para volverla hacia el bulto que, entre las mantas, en un refugio de la montaña, apenas se conmovió bajo los golpes de las balas, como si la vida que acababa de ser extraída de él no fuera sino la incómoda postura de un cuerpo que aspirase en sueños a un equilibrio más estable y sosegado. Rara vez encontraron el portal abierto; refugiado en otro nicho próximo un sereno exaltado en

Minerva no-anhelante que custodia la no-investigable paz de las sombras, golpea con su chuzo el sillar e inaugura el nuevo acto. Allí mismo, de nuevo, concluye el anterior. Sobre el mármol del portal. Sobre la rinconera de la escalera, sobre el felpudo. A su vuelta la familia aguarda las lentejas sin saber qué les será deparado y la sirvienta ha quedado definitivamente detenida ante el quicio, la humeante sopera sostenida en alto y la mirada perdida en una de esas actitudes con que el veneciano tratará de expresar el pasmo ante el sacro acontecimiento. Cuatro peldaños bastaron para que comprendiera la verdadera intención del telegrama; con ambas manos sobre la barandilla, vestido con su habitual bata de alamares, le hizo saber que llegaba con retraso: que ni siquiera tenía tiempo para darle un beso, que no perdiera instantes preciosos. Conocía de sobra el lenguaje de su mirada, siguiéndole en silencio y girando a medida que atravesaba el palier, hasta detenerse ante la puerta entreabierta de la habitación de la abuela. Toda la robustez y simplicidad de un acomodo conseguido a lo largo de tres generaciones —y ostentado día tras día como el mejor exponente de una diferencia que divide a la especie en dos clases— se trueca en un instante en el desamparo de quien ante la inopinada aparición de la amenaza, por haber en su día renunciado a cualquier vínculo con la lucha, comprende que carece de defensas. Para ellos, «para su clase —le dirá con el naipe en alto; lo deja en su sitio y aparta levemente la mirada del cuadro de cartas desplegado sobre la cobija de la mesa camilla para llevarla hasta el borde, sin necesidad de más para hacerle saber que —pese a llevar también meses esperándole— había de antemano advertido su llegada a la que no daría más importancia que al próximo naipe que aguardaba sobre el mazo — jamás existiría una amenaza de ese orden. Se habían negado, como los atenienses, como el romano, incluso como

nuestros antepasados más cercanos, a reconocer a quienquiera un puesto superior al suyo, en la escala de los seres vivos. Y si en sus momentos más serenos llegaban a admitir que como todos los seres vivos también estaban sujetos a las amenazas, éstas sólo podían proceder de algo inferior. No, no darán el brazo a torcer. Ni tu padre, ni tu hermano, ni cualquiera de ellos. Se abrasarán en su propio desprecio pues si un día llegaran a reconocer que aquello que les atenta es de una naturaleza más elevada que la suya —y que prevalecerá en el tiempo tras su extinción— sin duda dejarían de temerlo. Su miedo se desvanecería para transformarse en el Saturno de sus horas y sombras pasadas. Pero se niegan y se negarán siempre a aceptarlo, no busques en otra parte el fanatismo; en eso sus enemigos son iguales. El hombre puede ser humilde pero no le han enseñado a vivir en el error y —cuando da en exagerar— disfraza de cordura esa terrible jactancia que le impulsa a renunciar a todo menos a su fe y sus convicciones, que no admiten el parangón con cualesquiera otras. ¿Por qué esa obsesión por la verdad? ¿Por qué no hemos aprendido que un error consumado y mantenido es por lo general una garantía de paz? No, no hay verdadera humildad si el convencimiento sigue afincado en la posesión de una presunta verdad; y el menos humilde era aquel que —harapiento pero endiosado, deseoso de presentarse ante sus asombrados discípulos envuelto en la magnificencia de la luz tabórica— más la predicaba. No conozco otra humildad que el reconocimiento de la superioridad ajena y sin ninguna clase de reserva me atrevo a afirmar que su mejor expresión sería la renuncia a abrazar una doctrina que se estima más alta que la propia. Dejar la verdad a otros ¿no te parece bastante elegante? Demasiado elegante para el cuerpo humano —me parece— pues no veo a nadie dispuesto a vestir esa prenda. No en balde pertenecemos a una especie cuyos mejores exponentes, al decir de algunos, son

aquellos que se dejan convencer; pero una vez convencido ¿quién es capaz de no hacer uso de su conversión y mantenerse alejado del bando victorioso? ¿quién acepta su jerarquía moral y sin embargo prefiere mantenerse al margen de su disciplina? Dime, ¿dónde está esa raza de hombres que se aferra contra sus convicciones y acepta su desplazamiento? Las cartas me habían confiado la noticia de tu llegada para uno de estos días y en una de sus sentencias creía advertir el signo de una misión excepcional. No, no te arredres: no te adelantes tampoco; quédate ahí. He aquí que lo veo venir: a su debido tiempo, detrás del siete de espadas y el caballo del mismo palo, se presenta el cuatro de copas; no puede ser otra pues aunque llevaba esperándola un buen rato lo cierto es que acude en el momento más preciso y oportuno. No, no te adelantes, quédate donde estás, no es necesario que mires, ya me darás luego el beso pues un solo paso puede desbaratar el orden de las posturas. Cuatro copas, una en cada vértice; cuatro tragos de muy distinta clase; invertidas, indican que el plan se cumplirá sin remisión; un equilibrio muy difícil, pero un acuerdo pleno y fatídico. Cuatro copas, cuatro pócimas a cual más decisiva: ese vaso de leche dulzona que arriman a tus labios para acostumbrarte al contacto de un vidrio mucho más robusto y duradero que un pezón incapaz de mantener tu nutrición y a continuación esa mezcla de zumos y aceites que te será administrada después, esa horrenda mezcla hermafrodita que para siempre sellará la suerte de uno de sus componentes por su pecaminosa asociación con el otro, convertido —encerrado en sus herméticas esferas, más enigmáticas que cuanto ha podido salir de la mano del hombre, inocentemente amontonadas en un carrito callejero y ofrecidas a un módico precio con la garantía —imagínate esa garantía sin otro aval que su piel incólume y su forma sin un fallo que proclaman ese “yo soy la virtud y la vida” tanto más digno de crédito cuanto

que no ha podido pensarlo y dime si depositarías tu confianza en quien sin una palabra te ofreciera la ocasión de gozar de su perfección a cambio de entrar a formar parte de ti para siempre, y dime si no será el más sutil depositario del espíritu del engaño, y dime si por haberte precedido y por haber quedado en un indefenso estado al alcance de tu mano y a la merced de tu hambre y de tu sed no vino a comprender que su única posibilidad de subsistencia era adueñarse de ti con esa terrible, inconfesada y elíptica perspicacia con que el débil siempre se enseñorea del fuerte— de la más solvente e insobornable firma— en un reducto del asco. Ahí abajo están tus alimentos y arriba tus pasiones, todos invertidos. El decreto, nuestro decreto, está bien claro. No tienes por qué pedirme ni darme explicaciones y, por supuesto, no te haré la menor recomendación pues confío en que sabrás responder a tantos augurios que acerca de tu persona —no puede ser otra— me ha confiado el cartón; y sé que podrás llevar a cabo lo que se espera de ti, haciendo dejación de todo lo que ahora consideras prioritario. Es todo un cambio que restablezca los principios de una fe degenerada, que hoy por hoy se conforma con enunciados y rehúye los actos. Ya lo ves, cómo se ha hecho necesario recurrir a éstos para violar aquéllos: hay que matar y robar y violar y no santificar nada, ¿es que no te das cuenta? Aunque de lejos, he seguido tu carrera en casi todos sus detalles y sé muy bien cómo piensas. Has ido a elegir un código derrotado de antemano; considera que no se te exigen ciertos sacrificios pero el secreto que te debes imponer para llevar a cabo tu papel será de naturaleza opuesta al que requiere toda expiación y cualquier clase de piedad; invertirás las funciones y, enredado por tus propias trampas, tendrás que llevar una conducta aparentemente en armonía con lo que tú crees que son tus convicciones. Te quedan pocas pero dentro de unos meses no te quedará ninguna, ¿entiendes?, ninguna. Ésa es la

única preparación que se requiere para tu puesto; ninguna inclinación te debe domeñar; un justo sólo tiene que ver culpas y cobrarlas ¡ah! ese odioso recaudador de las deudas contraídas por los abonados a nuestra fe. Y ten en cuenta que has perdido; has perdido, no lo olvides, y para siempre; la tuya es una derrota que ya nunca podrás mitigar y eso es lo que, precisamente, te convierte en un actor útil para cualquier papel, hasta el más ingrato... y que incluso desarrollarás con gusto, ya me lo dirás con el tiempo. ¿Y a cambio? ¿Te parece poco la alegría de no tener que dar cuentas a nadie, de erigirte en juez y verdugo de los tuyos? Esta guerra puede evolucionar de una u otra manera —aunque de sobra conozco su resultado — pero sea cual sea el vencedor la paz que sobrevenga no será de nuestro gusto. Por eso tienes que aprovechar la guerra, hasta el fondo, hasta sus últimas posibilidades. Ninguna ocasión como ésta para no conceder tregua alguna, ¿te enteras?, no habrá cuartel. Piensa en lo último que te queda —ese gusto del que te hablaba antes, esa satisfacción en los actos irreparables — porque para ti ya no existirá nunca la suerte de vivir en armonía con tus gentes, con los tuyos, con tu tierra y, como ahora se dice, con tu tiempo. Despídete de eso y vuelve tu mirada hacia la satánica cordura que sólo se alimentará de errores y sombras e instantes pasajeros. Nada perdurable. No, no te creas nunca tu papel; tendrás que hacer al cabo del día tantas y tan diferentes representaciones que ya nunca sabrás presumir cuál es tu naturaleza; de la verdad despídete y no te dejes seducir por algunas alegrías mañaneras. De ella ¿qué quieres que te diga? Si lo miras con cuidado reconocerás que ni siquiera apela a lo más recóndito de tu espíritu y aquella explosión de apetito carnal parece que se mitiga, ¿o me equivoco? Pero nos ha servido, esa criatura, nos ha sido muy útil pues ha demostrado con creces (y sobre todo, te lo ha demostrado a ti y a tu pesar, deseoso de mantenerte cubierto

por los sentimientos generales, de no comprometer de manera permanente ni tu virilidad ni tu lealtad, premonitoriamente horrorizado de esa fidelidad a ti mismo que es lo único que te alimenta) que no eres capaz de venerar nada. Ya te lo dijo, contigo no se puede querer. Y aun así, ha tenido el mérito de quererte, de querer quererte, de querer ser querida, de enredarse en ese laberinto inextricable de la contabilidad amorosa insuficiente para presentar un solo balance claro tras la primera operación de cambio. Sólo por eso merece un premio, o sea que se tiene bien ganada la libertad de elegir el camino para prescindir de ti y de olvidar como sea la extraña retórica que le has inculcado. Y ese camino sin duda no pasa ya por tu hermano, escondido como una lagartija, ese final de raza que sólo conserva la forma de los dragones de antaño, tras haber perdido toda su grandeza. Ya que has perdido eres el elegido para hacer que esa pérdida nos alcance a todos; es la única manera de salir de esto. Tienes que aprovechar hasta el fondo esta oportunidad, esa andrógina y ascética conversión que a cambio de la mutilación de tu alma (porque la carne es lo de menos) te ofrecen los dueños de la guerra para ejercer la corrompida abogacía del progreso y la concordia. Así que cállate y vete a hacer lo que tengas que hacer.» No tuvo que escuchar más, acaso ni siquiera dijo las últimas palabras si es que pronunció alguna; dejó el naipe al margen del solitario y extrajo otro que enarboló en el aire para que alcanzara a verlo, pues con él terminaba el juego por aquella tarde y para siempre en lo que a él atañía, pero no quiso mirarlo. Entonces fue cuando al reclinar su espalda contra el respaldo le transmitió el escalofrío que había recorrido su cuerpo, el secreto vínculo que mantenía con el sistema terrenal o aquella acaso postrera comunicación voltaica con un arco de dolor surgida entre la dura espalda vencida y su siempre vigilante asiento, emisario de una paciente armonía segura de alcanzar la tregua con la

visión y trono del secreto y hermético imperio de la desesperanza, a conciencia de que era lo único que podía y debía legarle. Sonó una descarga. Era todo lo que necesitaba. Una amplia zamarra de cuero, forrada con piel de cordero. Un equipaje muy simple pero excesivo, más excesivo que el que la madre, nunca separada de él, prepara para una excursión de dos días de su hijo, tan atiborrado de pañuelos, calcetines, medicamentos, bufandas, cepillos y vitaminas como de recomendaciones que de ser todas tenidas en cuenta no le dejarán tiempo para tomar un bocadillo. Sí, era demasiado, demasiado incluso para una guerra de tres años y un exilio de cuarenta, a pesar de consistir tan sólo en una zamarra de cuero. Salió corriendo para la sierra donde permaneció hasta la llegada de las primeras nieves que aquel año retrasó hasta noviembre. Aquel clima siempre venteado, aquel radiactivo monte de jara, romero, aislados pinos y añosos enebros, un silbante granito hendido por el hacha tectónica, moteado como una piel de serpiente y cubierto de requemado liquen, le transformaron en poco tiempo. Lo convirtieron en uno de los suyos, un hombre de andar más pesado, de cara más afilada, de menos palabras. Allí debieron tomar forma el rencor, la venganza o quizá la justicia; cuando el sol se ocultó tras el lomo de la montaña, cuando en un instante desaparecieron las cortesanas sombras que en un único cortejo descendían hacia el valle enemigo para dar paso a un republicano atardecer tan fugaz como para cristalizar en una ilusoria idea desprovista de nombres y aromas —el temprano tornasol precipitado en sepia — que habría de esperar un ciclo completo del sistema para reproducirse, con un destello que golpeó su frente le fue directamente transmitida (como si el coloso se dirigiera exclusivamente a él, desempolvando una antigua amistad anterior a su engendramiento y en el seno de una secreta intimidad, con la feroz y abatida mirada de Polifemo) la cifra

de sus venideros días. A su vuelta —a la vuelta de aquel áspero otoño en la montaña, después de tres meses de correr entre puestos aislados sin otras comunicaciones que aquellos despachos que jamás eran atendidos al pie de la letra, biznietos o tataranietos de la note à crayon que habría tenido que cambiar el curso de la campaña, en busca de la continuidad de aquella topográfica y quasimística línea de defensa que enhebraba los collados donde ni siquiera las urracas habían de encontrar un pretexto para violar un nido ajeno y en espera de poder sacudir, negar, olvidar, redimir, disimular, despertar, desoír, desdeñar y atemperar con los bostezos de unas pocas bocas de fuego (insuficientemente pertrechadas por los acemileros una vez por semana) la terca, apática e insomne indiferencia de la cordillera hacia las luchas de sus pobladores — los pisos y puertas de la casa temblaban bajo el peso de sus botas, las copas de la mesa vibraban y tintineaban las pocas veces que acompañaba a su familia a la cena; todos callaban, presididos por su padre con la cabeza baja; incluso la tía Sunta que con una indeformable sonrisa a plena cara (como una luna errante en una noche de nubarrones) buscaba en el aire una frase que aligerase aquella torpe pesantez, llegaba al postre temblando, recogiendo las lágrimas con el labio inferior; e incluso el perro lobo que engañaba su hambre dormitando enroscado junto a la chimenea del vestíbulo, con el hocico hundido en sus cuartos traseros tras haber optado por prescindir de la vista y desentenderse de la crisis (percibida por ultrasonidos e infragestos, palabras de toda índole que nadie pronunciaba pero todos formulaban para sus adentros) que en un principio había intentado desdeñar persiguiendo zalameramente a unos y otros moviendo la cola en una embajada de concordia que al no dar el menor resultado le había arrastrado a una absoluta indiferencia, convencido de que en adelante sólo contaría el hambre que se había

desencadenado en un solo día sobre toda la casa, sin levantar la cabeza ni mover un solo pelo gruñía en cuanto descendía las escaleras para señalar con su certero instinto al —el más querido en otro tiempo— responsable de todos los desastres. Y toda la casa gemía bajo el golpe de ariete —una sutil corriente de aire que apenas agita los visillos pero pone en movimiento una pesada puerta que se cierra con estrépito, los cristales se estremecen y las escocias derraman obleas de yeso, los muebles hacen sonar sus huesos, medran los techos y las ropas se agitan en los armarios— cuando dejaba caer la zamarra de cuero sobre el arcón de la entrada. Porque el telegrama y el tímido gesto de su padre, el siete de espadas y el «vete a hacer lo que tengas que hacer», más que encomendarle la salvación de la familia parecía haberle conferido infinitos derechos, una clase de bastarda supremacía nacida de la suspensión de la confianza. Pero con el invierno también llegó su cuñada con la mirada clavada en él; y cuando por primera vez la vio en el sofá un golpe de sangre subió a su cara al tiempo que intensas palpitaciones —claramente perceptibles para aquellas yemas acostumbradas a palpar el relieve del futuro sobre el dorso de un naipe— denunciarían el implícito reconocimiento de su sumisión a quien habiendo demostrado una vez su poder para hacer con él lo que quisiera, podría seguir exigiendo ese vasallaje. Y para colmo también llegó su primo, siempre desteñido, con un traje verdoso, que le observaba lleno de ansiedad. Arrinconado, nunca se le veía haciendo compañía a los demás, cruzaba los pasillos haunted by something always unexpressed and unattained y como si en ello quemara sus últimas esperanzas —antes de ponerse en camino hacia una provincia limítrofe con el ocaso— espiaba a ambos cuñados y escrutaba a distancia sus recíprocas y discretas miradas. Aquel juvenil entusiasmo por su primo menor se había vuelto hacia adentro, se había esfumado su poca alegría y nada le merecía el

menor comentario, cerrado en su ensimismamiento, tocado por el absurdo —se diría— y con un flanco abierto hacia la malignidad. Con el alejamiento los caracteres vuelven a cobrar un colorido que el trato, como un cristal ahumado, rebaja; el mismo atributo que un día constituyó uno de los vínculos más firmes entre dos personas será tiempo después el motivo de su discordia y quien supo identificar el destino con el carácter no pudo pasar por alto ese hecho, tras reconocer que la desconocida trama de la vida puede ser develada sólo a la manera de esos itinerarios de los pasatiempos en que conocidos nada más el origen y la meta (el leñador y su cabaña al otro lado del bosque) separados por una maraña de obstáculos que forman el laberinto, cada trazo elemental se dibuja por exclusión de los caminos sin salida, ya que sólo éstos saltan a primera vista. Sin duda que hay veredas erróneas y muchas vueltas atrás, ante una barrera escondida tras unos cuantos zigzags, pero son los menos pues tan sólo el único enlace entre los dos terminales es lo intencionadamente disimulado. Las vacilaciones más intensas son las instantáneas porque la naturaleza del laberinto no permite visiones de grandes vuelos. Tal vez esas trayectorias rápidas y muy decididas (que la humanidad contempla boquiabierta) sean las más ciegas o, mejor dicho, las más cortas de vista, quién sabe si porque no necesitan de la visión para orientarse; pues así como el hombre normal traza su camino mediante sucesivos quanta de previsión que le permiten estar seguro —cuando menos— de unos pocos pasos hacia adelante, se diría que hay algunos seres excepcionales que avanzan guiados por un sistema más rápido y tenebroso, sin detenerse en cada encrucijada e introduciéndose resueltamente en todos los umbrales gracias a un intransferible instinto —completamente ajeno a la prudencia, misteriosa resurgencia de una facultad animal anterior a la plena razón, resonancia de un sentido

semiatrofiado que gracias a las combinaciones catenarias de la herencia cobra en un ejemplar todo su antiguo poder mientras se extingue en todos los demás— que le dicta sin dejar lugar a dudas el trayecto que más le conviene. Oye cuando los demás ven, sonríe cuando sus amigos vacilan y retrocede cuando avanzan; y en un lóbulo, en una trompa ciega o en un pezón sentirán el susurro de una corriente que atraviesa todos los umbrales y les invita a seguir un conducto, pues habiendo tiro hay salida. No, no suelen servir a los demás; no enseñan nada, su ciencia no es transmisible. Más bien escapan, dejando a sus contemporáneos enredados en el laberinto. ¿Y en qué medida el laberinto no está formado por una muchedumbre de contemporáneos, incapaces de seguirle y moverse a su misma velocidad, insensibles a los avisos que él advierte? Se oyó una descarga y salió corriendo; su primo quedó alelado, sosteniendo el pomo de la puerta de la calle, y su cuñada en el rellano, con ambas manos sobre la barandilla, recibiendo el último sol de la tarde que en su silueta incandescente inicia el proceso de fusión con la purpúrea claudicación del día ante el vítreo adelantado de las llamas. Era, posiblemente, el último vaso de leche que quedaba en Región; una cabeza hundida en una almohada y un opalescente hombro desnudo que asomaba entre las cobrizas guedejas, una concha vacía en el fondo del agua, en una charca de tinieblas escarlata. La tocó en la espalda pero no se movió; la llamó por su nombre pero no respondió; le acarició la frente y no reaccionó. Entonces pasó la mano bajo su nuca, irguió un poco su cabeza y acercó a sus labios el vaso de leche, con unas gotas de un calmante. «Toma eso —le dijo—, te ha de sentar bien.» Inició un gemido, entreabrió los labios pero no levantó los párpados. Su aliento olía a acetona. Sufrió una leve arcada y la leche se derramó por sus mejillas, por su cuello y por su pecho. Al contacto del líquido abrió los ojos, volvió a recostar su cabeza en la

almohada y retiró el embozo. Entonces exclamó en voz baja «Simón, Simón» y destapando un brazo desnudo le acarició la nuca. «Simón», repitió. Luego le tomó de su mano y tras obligarle a depositar el vaso en la mesilla de noche la condujo hacia sus mejillas, muy calientes, hasta su cuello y su pecho desnudo, extendiendo una película de leche sobre su torso. «Simón», repitió, al tiempo que acariciaba sus labios con la yema del dedo índice. Echó a un lado las mantas y con ambas manos acarició su cabeza y empezó a desabrochar su camisa. A cada nuevo gesto, en cada movimiento, repetía su nombre, con voz queda. En el fondo de una charca escarlata sus dos pupilas brillaban desdibujadas, como los reflejos de una lata de conservas, como los dados del césar que conservaran el asombro de su cuenta bajo el agua. Lo acomodó entre sus piernas y sujetando y conduciendo su cabeza con ambas manos le obligó a besar su cara, sus orejas, su cuello, su pecho y su vientre. Fue su primera respuesta al abandono, el voluntario endoso de su cuerpo a favor de un postor de segunda, sacudido por la resucitada violencia de un deseo retroactivo, la decidida sumisión a un acto que en lo sucesivo podría carecer de agente, desvanecido en el maremágnum de esferas y filamentos acordados en la hipotética armonía de los encuentros. Tal vez nunca sentiría de manera tan acuciante el afán de ultrajar su cuerpo con su propia concupiscencia, de engañarle y arrancarle de su recaudo en el amor para —con el señuelo de su entrega— llevarlo a la depravación y vengar su necia e inexhaustible inocencia; de conducir su alma de la mano de una carne somnolienta —surgida de un humo fortuito, sin otra posibilidad de condensación que el caos o la rutina— hacia el sueño de los barrotes de la cama para en el orgasmo confiar al metal el pasajero don que era incapaz de cobijar en sus desordenados archivos. «Si supieras —le había podido o querido decir— hasta qué punto desearía ahogarte cuando te abrazo, llegar a que se

toquen mis uñas bajo tu carne cuando te araño y engullirte cuando te beso y abrirme en canal cuando te introduces en mi vagina; si supieras hasta qué punto el impulso de mi carne ha quedado reducido cuando alcanza mi piel, filtrado y absorbido por todas las entrañas que se interponen entre tu alma y la mía, a una fracción de aquella potencia asesina que atesoraba su orgasmo para la hora de la muerte, comprenderías que en el más recóndito santuario del amor arde la llama del desprecio.» No le dijo eso sino tal vez, «Ponte boca arriba», «Calla», «Muerde», «Muérdeme otra vez», «Trae el mazo del mortero». Era un día plomizo y pesado, que no se decidía a descargar su lluvia, el cielo convertido en una caja de ratones. Uno de esos días de presagios, para los antiguos; de víctimas, por supuesto; una columnilla de humo que se eleva de un castro, camuflada en las tonalidades de las nubes, y una corneja que hace ala desde un roble desnudo hasta otro de cuyas ramas más bajas cuelgan aún unas hojas secas, mostrarán la huella del paso de un designio invisible —de un mar tránsfuga, la memoria del cual el reino vegetal parece haber sublimado con mayor delicadeza que el animal— que dejara su mancha una vez cuajada, unos pocos flotantes paños que han recibido la extremamenstruación y arbustos que en el invierno levantan sus brazos escuálidos para implorar lo que tan voluble como inconscientemente prodigaron en verano; una naturaleza descontenta de sí misma y hastiada de su pervivencia, reñida con la memoria universal, que —por haber seguido sus consejos y verse a la postre envuelta en el mal paso de la evolución sin cambios, del movimiento en la quietud, en la obediencia al código— levanta como protesta su puño a un Tiempo que ha frustrado sus delirios catastróficos. Decidieron tomar el camino de Fayón, al cabo de diez días de ininterrumpidos combates frente a Macerta. En Socéanos la carencia de reservas y la escasez de munición indujo a adoptar,

ante una batalla inopinadamente iniciada veinticuatro horas antes de lo previsto, un ataque en punta de lanza mediante el cual rebasaron con cierta facilidad los caseríos de Tibi Gracias y alcanzaron el collado —la cota catorce cuarenta— desde el que batir con los Schneider todo el sector del puerto. Pero no contaban con logística para un bombardeo sostenido; además, la resistencia enemiga —mucho más tenaz a medida que ascendían hacia el puerto— y los contraataques nocturnos a favor de la pendiente que amenazaban el corte de la delgada línea ocupada por el batallón obligó a abandonar la base de partida para concentrar toda la fuerza en los collados con vistas a un decisivo asalto al puerto. Pero sobre todo se había esfumado el efecto de la sorpresa y su acción se limitaría a retener unas fuerzas enemigas que se mantenían firmes en sus posiciones. A medida que progresó el agrupamiento, los ecos de la batalla en torno a la carretera de Macerta a Región se fueron apagando y alejando y todo hacía sospechar que las fuerzas de la República luchaban ya en torno al puente sobre el Torce, rebasadas en ese u otros puntos, para sostener la defensa en los piedemontes de la cordillera. Atrás por consiguiente quedaba Tibi Gracias y perdida la posibilidad de un repliegue por Mantua, a cubierto de la observación, para buscar su enlace con las otras unidades republicanas se vieron en la necesidad de retroceder detrás del enemigo, cortando por el monte y descendiendo por laderas y barrancas, los dedos de ese proteico panadero decapitado por el viento y las inmersiones, hundidos en la masa ácima y sorprendidos en plena faena por la marea terciaria. La ruptura del frente republicano en el sector Bocentellas-El Salvador fue aprovechada por el Mando para abrir una cuña que ensanchada en dos días permitió la irrupción a través de ella de las unidades móviles de la 4 que, a una velocidad inusitada para aquella guerra, avanzaron sin encontrar gran resistencia hasta rebasar muy ampliamente el

Puente de Doña Cautiva; a partir de ahí la punta de avance giró en dirección este con vistas a cortar la retirada de sus adversarios escalonados a lo largo de la carretera de El Auge y enfrentados a la continua presión ejercida por las columnas centrales. Así como el ataque republicano, desde su prematura iniciación, adoleció de tantos defectos de coordinación, planificación y desarrollo que bien puede afirmarse que setenta horas después de lanzado su suerte estaba echada, la retirada se llevó a cabo con orden y espíritu combativo, obligando al enemigo a pagar caro cada palmo de terreno conquistado; el espectacular avance de Brémond en un terreno de monte bajo y caminos pétreos y secos, negligido además por la reserva de maniobra, y que llevó a muchos a pensar que en otros dos días se plantaría en la Plaza Mayor de Región, fue detenido el día 18 sobre las terrazas de Las Romas, a lo que sin duda colaboró el alargamiento de sus líneas, las indecisiones de sus movimientos de penúltima hora y, tal vez, el temor político (insuflado al Mando desde algún despacho burgalés) a una ocupación prematura de la capital de la comarca. Durante varias semanas el frente había de quedar de nuevo estabilizado, indiferente el vencedor a recoger el fruto en la meseta de la victoria que había conseguido en la montaña; un plazo para prolongar la agonía de Región que abocada a una suerte inexorable consumiría sus últimas energías en resolver por las armas las discrepancias de sus dirigentes: o bien la rendición a un enemigo que podía dictar las condiciones a su capricho o bien el último intento de resistencia y fuga por los vericuetos de una sierra más temible e inexpugnable que en cualquier otro momento de su esquinada existencia. A los tres días de marcha alcanzaron a divisar desde un alto y con ayuda de los periscopios el estado de las posiciones en El Puente: una columna de camiones de dos ejes traseros —desconocidos para ellos— avanzaba lentamente en dirección a Región y sobre una

era un nutrido grupo de prisioneros sentados aguardaba su traslado a un campo de la retaguardia enemiga. En un instante era un país distinto. Estaba el final de la primavera o el principio del invierno en su peor momento y a pesar de su inminente conclusión la guerra no parecía tener fin, prolongada a lo largo de una interminable procesión de días aún más rigurosos. Era la reviviscencia de una impresión en los sentidos de otra primera impresión borrada en el alma; la huella de una huella; era de una vez todas esas primeras veces que el niño o el chico o el adolescente rompe a llorar, ese siempre imperfecto e inédito nacimiento a la experiencia entre punzadas y espasmos que la repetición terminará por acallar pero que aún gobernado por la costumbre en el alma imprime para siempre la advertencia de un único e irreversible devenir, de un nacimiento en cada instante de furor e impotencia y de una diaria aniquilación en la obsolescencia de las primeras marcas. Era ya un país distinto, un pueblo dispuesto a subirse a la carroza del triunfo que aún olía a paja y a establo. Esperaron al atardecer para atacar, a la llegada de unos furgones con el rancho. La posición había sido ocupada —y ligeramente fortificada— unos días antes y la guarnición, menos de un regimiento, en espera de la nueva orden de avance apuraba un descanso bien ganado, muy lejos de cualquier amenaza, todos seguros de que las fuerzas republicanas habían sido barridas de la margen septentrional del río. Era una posición bien elegida —sobre la terraza que dominaba un amplio meandro del curso, donde el vado era practicable— para cruzar la corriente en cualquier momento y proseguir el avance en la otra margen a través del altiplano que ya no ofrecía ninguna clase de obstáculo natural hasta los arrabales de Región. Estudiaron su plan con cierto detalle, hicieron sus movimientos de aproximación al amparo de las sombras y se dividieron en dos columnas, un martillo y un yunque. Girando sobre su derecha

el martillo debía atacar el flanco oriental de la posición, más avanzado y mejor guarnecido, en tanto que el yunque —al tiempo que cortaban un camino de carros paralelo al río por el que la posición había sido alcanzada y era aprovisionada a diario— debía repeler el eventual abandono o repliegue siguiendo la curva de nivel. Espiando la posición desde unos altos muy cercanos esperaron a que fuera servido el rancho para atacar, esa hora en que el atardecer metaliza la naturaleza para proteger su inmersión en la noche, cuando el agua se azoga y las pozas del río se convierten en balsas de insondable mercurio, cuando el óxido de zinc se extiende por las lomas y el acero se apodera del firmamento dejando solamente una franja de anaranjado temple que señala en el horizonte el filo (¿o será tal vez el labio de una herida no cicatrizada?) de su amenazadora hoja y las ramas lustran su empavonado, antes de la aniquilación que vuelve puntual a su rigurosa cita diaria a restaurar al emperador de poniente en el lecho de una esquiva, vaciadiza e inconstante luz despedida sin alegría por sus amantes de última hora. Era también el último crepúsculo del deber al que seguiría una mañana libre de toda clase de compromisos, para correr por el llano y alcanzar Región antes que los vencedores o bajar los peldaños de un sórdido piso madrileño, invadido por el olor del formol. «Al fin derrotados, completamente derrotados —le había dicho, una de las últimas veces, en el cuarto escarlata— y ¿te das cuenta?, sin ninguna obligación para un largo futuro porque la paz se hará sin nosotros; libres de todo cometido excepto el de cuidar y ahondar nuestra depravación.» Era el final; combatieron al final como lo debían haber hecho al principio, y no tanto por venganza ni por desesperación ni mucho menos por un último asomo de la esperanza en los interminables días de una laxa agonía sino porque era su último combate y querían aprovecharlo, sin nervios ni perentoriedad, con esa flema en la

devastación con que el campeón juega el último match de una partida perdida con anterioridad, con el ánimo puesto en una irrelevante humillación al triunfador. El primer ataque fue desigual: una lluvia de balas calibre 7.92 contra cantimploras, latas de sardinas, piedras y capotes, que arrolló las primeras líneas en unos pocos decisivos minutos. La reacción no se hizo esperar y como estaba previsto se lanzaron en dirección norte para defenderse entre las peñas sin perder cota; pero fueron rechazados por una defensa eficaz que no tuvo que alterar su posición para abatir unas tras otras todas las intentonas de ruptura. En los primeros claros de la mañana empezaron a salir de sus escondrijos algunos regulares, brazos en alto, a los que no se concedió cuartel, haciéndoles avanzar hasta el mismo frente de los puestos para fusilarlos con un mínimo consumo de munición, sin ningún miramiento. Dispusieron una línea de contención a todo lo largo del perímetro norte y atacaron en el mismo sector donde habían sido sorprendidos, en la correcta presunción de que era el más débil, más fatigado y peor emplazado. Disponían de morteros, profusión de granadas y buen número de armas automáticas. Unas horas después habían logrado no sólo neutralizar el acoso republicano por el sur sino romper el cerco en varios puntos por los que iniciaron un repliegue en dirección al río, mientras sostenían la defensa en el extremo opuesto con tal contundencia que el yunque no llegó a advertir, sino varias horas después, la comprometida situación en que se hallaba el martillo. Cuando ambas fuerzas, tras un ataque en descubierta en el que se invirtieron las funciones que se habían atribuido anteriormente, entraron en contacto después de barrer a los últimos defensores (a los que tampoco se concedió cuartel) de la posición, la mitad de los efectivos rebeldes había logrado reagruparse, tras cruzar el río, en una cabeza de puente en la otra margen, empero demasiado extensa y llana para ser mantenida con sus débiles fuerzas. En

la noche del 26 los republicanos, de nuevo divididos en dos columnas, cruzaron el río por sendos vados que marcaban el límite del perímetro enemigo, no sin tomar la precaución de mantener dos compañías en la margen derecha dispuestas en cualquier momento a acudir al lugar más comprometido. Esta disposición fue la clave de su éxito; en las primeras horas de la mañana, generalizado el combate en ambos extremos y desguarnecido el centro por los rebeldes, los republicanos en un alarde de audacia y confianza cruzaron de nuevo el río por su vado más cómodo y a pleno mediodía, con escasas bajas, para con certero instinto dirigirse de inmediato al sector más débil —el oriental— que cogido por la tenaza fue liquidado, sin que quedaran supervivientes, antes de que cayera el sol. A continuación y durante toda la noche se enfrentaron al restante reducto, cuidándose de envolverlo por todo el perímetro de la cabeza y de empujarlo hacia la ribera a fin de, a lo más, provocar su fuga pero nunca su captura. Los otros se batieron con tal denuedo que tuvieron que llegar no sólo al cuerpo sino al tiro a bocajarro, a las descargas cerradas de todo un pelotón sobre una espalda, al machetazo, a la granada lanzada como una piedra, sobre las cercas, sobre los matorrales, sobre los sonoros guijarros de la orilla, con los pies hundidos en el légamo negro y con el agua hasta las partes. Tres veces quisieron agruparse y erguirse para abrirse paso hacia el altiplano y tres veces fueron rechazados hasta que antes de que se insinuaran las primeras luces dejaron de responder al fuego y, aprovechando el resplandor de una débil bengala amarilla —con un eructo de burla hacia el repique de la fusilería—, levantaron un paño blanco anudado al fuste de un mosquetón y que fue replicado con una furiosa y espontánea salva de todos los calibres. Luego se hizo el silencio y con las primeras luces se oyeron unos chapoteos en el agua; cuando asomó el sol no se advertía un solo movimiento, una brisa mañanera acariciaba

los caídos (casi todos con los ojos abiertos), en un barbecho próximo unas madrugadoras urracas remedaban con sus graznidos los tableteos que habían escuchado esa noche y en el centro del río flotaba un capote trabado a la roca en que según la leyenda se había convertido el joven rey Aviza al huir de sus enemigos. A partir de entonces un enemigo en ciernes les fue persiguiendo durante toda su retirada; tanto estaba delante como detrás y, agazapados, lo vieron cruzar —en todas direcciones y siempre a horas turbias, última emanación crepuscular de una guerra acabada— frente a las miras de sus fusiles; unos optaron por seguir el cañón del río, más allá de la confluencia del Tarrentino, para internarse en la sierra sin necesidad de pasar por Región, por temor a encontrarla ocupada; otros eligieron el camino del altiplano, el más corto hacia el pueblo y otros, en fin, abandonaron el lugar sin más y sin rumbo decidido, en pos de la rendición tras su último combate. Todos tuvieron que sufrir el acoso de la aviación y en alguna vaguada, detrás de una cerca o en los despejados bosques de enebros, volvieron a empuñar sus armas. Pero apenas volvieron a disparar; tan sólo unos pocos balazos para matarse entre sí. Una última noche la hizo en un aprisco, bajo un carro caído falto de una rueda. En la choza un soldado había encontrado, apenas cubierto con paja, una manta y una poca tierra salpicada de excrementos de cabra, un cadáver semidesnudo en el último estado de descomposición; un muerto que no correspondía al hombre que fue, emasculado por la intemperie y elevado a una gloria asexuada, para siempre aureolado con un nombre que tras escapar a la pudrición un instante antes de morir, había volado más allá de la mentira y fuera del alcance de cualquier deseo, en el limbo afótico de los malogrados; sus botas abiertas parecían apuntar a una hora muy distinta, intolerablemente ida y fija, grabada de manera indeleble en la corriente de los acontecimientos y al margen de

toda voluntad; una hora que sin abrir un nuevo evo marcaría el fin de una era de expectativas; el fruto ya no vendría en lo sucesivo de abajo, caída la flor que surgió y en forma erecta cerró el reino de la creación subterránea, sino traído por el éter en un éxtasis precipitado desde los cristales sin efigie humana de la insatisfacción. Quiso llegar a Región antes de que aquellas manecillas se detuviesen definitivamente sobre su hora; antes de verla invadida de personajes que la guerra había de desempolvar para devolverlos a una grotesca y furiosa infancia —animada de voces callejeras, vestida con camisas aprovechadas de hábitos perfumados por el alcanfor, ornada de insignias y amuletos sangrantes— mañanera reducida empero al zumbido del vacío nocturno, al compás mortuorio de un entusiasmo a deshoras, los mil y un parasitarios rencores de un apellido descabalado y aguijoneada por su propia futilidad, resuelta en una contradicción: niños homicidas y ancianos furiosos, mujeres victoriosas y batallones de boinas. Llegó en sus últimos momentos, envuelto en una nube de impalpable polvo de pizarra. Apenas estuvo una hora en la casa, lo justo para arreglar unas pocas cosas, quemar unos papeles y hacerse con un arma que guardaba en su habitación. Su padre, en una parada del trayecto entre Emaús y Varennes, trataba de convencer al alcalde en el fondo de la habitación: «Tienes que escapar, Manuel». «¿Escapar? ¿Yo? ¿Qué he hecho yo de malo para tener que escapar?» Su primo había abierto la ventana y la tía Sunta sonreía detrás del reloj de pared, con un dedo sobre los labios, como si esperara propinar un susto al primer alférez que entrara en la casa. «Se fue», dijo Simón. Le dijo que le esperase, que volvería esa misma noche o a la madrugada siguiente, que aún quedaba una cosa por hacer. Simón dijo que iría con él. Le contestó que no, que prefería que le esperase allí, toda la noche, que entraría por la puerta del jardín, que tenía que acompañarle a la mañana siguiente. «¿Adónde?» No le

contestó. Fue detrás de él hasta la puerta, pasando ambos por delante de la tía Sunta, hablando bajo; hablándole desde otro mundo, desde la lejana, incorrupta e inconfesable intimidad imposible de ser compartida, desde el secreto abismo de un yo que una palabra al unísono alumbra quimérica y fugazmente para restituirse luego a las pacíficas y sedimentarias sombras donde acepta paciente su lenta agonía, donde reina sobre ese dominio no verbalizado en virtud del irrevocable mandato de la subjetividad. Donde impera informe y soberano como una miniatura de ese solitario dios que en un momento de rabia, de impaciencia y vanidad recoge todas sus fuerzas para alumbrar una progenie que le enseñe a hablar, que le trate de usted y que cante su gloria y su infinita y perpleja misericordia.

* * *

Temblaron las últimas luces y corrieron las sombras arrastradas por el grito de un chiquillo en dirección a la panadería. Entonces sucumbieron los efectos del sobresalto provocado por la coincidencia de un deseo con un hecho fortuito, y el jardín volvió a su calma nocturna, a la hinchazón de sus miembros en el voluntario reposo en espera de una redención que no había de llegar. Más allá de la tapia el relámpago de una soldadura a deshoras vino a restablecer la calma, a sellar la controversia entre una impaciente anticipación y la labor de todos los días. De nuevo quedó el escenario desierto, saturado de una respiración nocturna deseosa de prolongar el sueño vitalicio de la casa y la encrucijada. Detrás de la tapia comenzó a ladrar un perro, sin ira y sin ganas, como si cumpliera un viejo mandato. El trance había pasado pero no sus efectos; un futuro irrealizable preside la abulia crítica del presente y la demora se extiende a todo el ámbito de los sentidos, en un canon a dos voces: una repite una melodía tan conocida que resulta

imposible posar la atención sobre la segunda, aceptada como un acompañamiento tonal cuyo canto —enmascarado por la función— no será nunca descifrado ni la Memoria podrá nunca reproducir, de la misma manera que ningún precepto incorporado por el atávico registro de generaciones precedentes, emergerá cuando una particular llamada del instinto se deja oír en la vecindad del espíritu donde resonaron un día las notas de la inteligencia (acostumbradas a ser siempre escuchadas, no saben reconocer la prioridad de otras) acalladas por esos actos fortuitos que suspenden el ánimo. Retiró la mano del visillo, invadido por el efecto de quien, atento tan sólo a lo que tiene que hacer momentos después, establece involuntariamente una cortadura en su tiempo, rigiéndose por una deformación permanente e instantánea de su conducta; pues al ver y vivir con inusitada intensidad lo que de inmediato va a suceder, se desentiende de lo que está sucediendo y concibe una visión profetizada de sus instantes y en tal manera determinada por sus ulteriores pasos que a menudo deja de hacer lo que tiene que hacer por considerarlo demasiado hecho, viéndose a sí mismo como un mero repetidor de lo que su poder de anticipación ha proyectado. No habría nada más allá de esos pasos ni tenía por qué haberlo, envuelto en un vapor morboso, fundida su carne en aquella delgada noche que había escapado por breve plazo a las férreas tinieblas que avanzaban desde una inmemorial pero próxima fecha tras ponerse en movimiento para vengar, sellar y sepultar un día de expectativas, conservado intacto de manera innecesaria por el fanático rencor de su inercia. Y dio un paso atrás para recibirlas, no para rechazarlas; para ser reconocido y juzgado por sus culpas y ver confirmado su desprecio por un infalible tribunal que al fin le librara de la incertidumbre de su propio veredicto. Pero el ladrido del perro de nuevo le hizo vacilar y cambiar de gesto y volver sobre sí con idea de abrir la ventana,

y empuñó la manija de una cerradura tan desusada y oxidada que nadie sería ya capaz de accionar: «Espera —se dijo—, espera. No abras todavía, aún no ha llegado ese momento. Para que amanezca ese día que tanto tiempo llevas esperando cualquier hoy tiene que pasar. Y éste como cualquier otro. No te equivoques nunca más; no puedes malvender lo que tan largamente has atesorado. Ese momento será tuyo y solamente tuyo y no puedes permitir que la impaciencia te despoje de él. No abras, retírate. Observa tu mano y dime para qué sirve. Espera. Retírate. Todo ha de seguir».

A modo de epílogo

Saúl ante Samuel, historia de un fratricidio

Gonzalo Sobejano

Deliberadamente, ya escriba un relato corto, ya componga una vasta novela, Juan Benet elude la aclaración, suscitando en el lector una curiosidad constante que no se satisface al término de la obra, pues el final impondrá nuevas lecturas. Quizá *Saúl ante Samuel* sea la novela en que tal efecto de seducción alcance más apremiante forma.

La oscuridad envuelve el curso de la historia y procede obviamente del discurso narrativo, cuyos «laberintos verbales» deben ser rigurosa y puntualmente descifrados, como aconseja Ricardo Gullón.[2] ¿Pero será insensato, en un primer ensayo de aproximación, expuesto desde luego a toda suerte de errores y futuras correcciones, tratar de entender, lo más completamente que sea posible, la historia misma, su sentido?

Como en cualquier narración de Benet pero en grado extremo, en *Saúl ante Samuel* la frase prende, el párrafo deslumbra, el capítulo imanta, el conjunto fascina. Partes y totalidad poseen, se diría, la virtud de la música mejor: admirable siempre, inteligible apenas porque su destino no es primariamente el intelecto. Y sin embargo, presupuesta la densidad estética del «cómo», en una obra de arte de lenguaje —edificada con palabras— importa mucho el «qué»: la historia, lo narrado, su trascendencia significativa. (Voy contra la corriente al afirmarlo —no lo ignoro—, pero como lector «curioso» tengo derecho a este planteamiento: el arte narrativo de Juan Benet aspira, entre otras cosas, a despertar el interés y estimular la curiosidad.)

¿Quién es Saúl y quién Samuel en la historia titulada *Saúl ante Samuel*? La única mención de Saúl (a Samuel no se le nombra) aparece en unas palabras de la abuela dirigidas al menor de los dos hermanos que protagonizan el conflicto (el mayor, nacionalista, muerto a los treinta años, y el menor, republicano, desaparecido a los veintiséis, en el mismo año último de la Guerra Civil; ambos, innominados). Augura la abuela al hermano más joven que éste se convertirá en sal: «por haber hecho tuya la carne de tu hermana, en las mismas narices del piadoso Abel, el Saúl resignado, el incrédulo inflado de su propia pompa para alucinar a una generación de viudas o de solteras mecanógrafas en la era gótica de la máquina de escribir» (130).[3] Es el hermano menor quien adultera con su hermana política (a quien llamaré «ella», «la mujer» o «la cuñada», porque tampoco lleva nombre), y es el primo Simón (uno de los pocos personajes nombrados)[4] quien evoca al hermano mayor en términos de «arrogancia y fatuidad» (169) y como objeto de un culto femenino al «héroe» que se afanaba por dejar su refugio y tomar «las armas de la fe y la victoria» (303). El Saúl aludido por la abuela sería, pues, el hermano de más edad, a la vez que «piadoso Abel» porque encarnaba la causa de la fe y murió víctima del fratricidio urdido por su mujer y su hermano. Ese Saúl, sin embargo, nunca aparece «ante» ningún Samuel, el profeta que ve, juzga, ora y transmite la palabra de Dios. Quien mira, reflexiona y adivina, sin combatir nunca, es el primo Simón, el monologador de la parte segunda (central) de las tres que componen el texto. Y «ante» ese Simón-Samuel el personaje activo sometido a contemplación no es otro que el hermano menor, al cual lleva esperando Simón veinte, treinta, cuarenta años.

Cabe deducir por tanto que el menor, encargado al principio de salvar a su hermano, arrastrado después por su cuñada a acabar con él y, en todo caso, comprometido cada vez más en

la lucha dentro del bando que resultaría vencido, personifica a Saúl (el rey-mílite imprudente, valeroso, desobediente, acometedor y temerario [1 Samuel 14, 18]) y que quien representa a Samuel es el primo Simón, perpetuo contemplador.

Pero la alusión de la abuela no parece inexplicable. También el hermano mayor es un impulsivo, aunque su situación de detenido, escondido y perseguido durante la guerra le impida combatir. Por otra parte, la abuela que delante de sus naipes, en su retiro, prevé el orden de los sucesos y la trama de los destinos, presidiendo la familia desde la segunda planta de la casa, participa de la naturaleza sacerdotal: es la «sibila»; y sus funciones cesan al concluir la guerra aunque su extinción se sienta como una especie de transvivencia invisible. Si la planta baja de la casa es el espacio de las conversaciones entre el padre y el alcalde, de los encuentros, llegadas, idas y retornos, la segunda planta (donde la abuela-sibila lee su «solitario») late como recóndito corazón del edificio, y la tercera (donde Simón enclaustrado acecha el regreso jamás cumplido) vendría a ser el cerebro insomne, la conciencia ahíta de las aprensiones de la espera.[5]

Saúl: actividad arriesgada, toma de partido, asumida culpa, manos sucias. Samuel: contemplación resguardada, pasividad física, atención mirona o vidente, envejecimiento incorrupto. Aunque la novela es un hormiguero de alusiones, y en las palabras citadas se alude a Abel, no se trataría en ella de «Caín contra Abel», sino (como anuncia el título) de *Saúl ante Samuel*. ¿Dos Caínes ante dos visionarios? Y con todo, para la sibila, para Simón y para el lector (otro contemplativo: el mirón más distante) la historia diseminada a través del laberíntico discurso es la historia de un fratricidio.

Nada más inmediato que poner el fratricidio general de la guerra española (interpretada por Juan Benet en *Qué fue la*

guerra civil, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976) en íntima conexión con el particular: el hermano menor, en adulterio con la mujer, llamado por su padre a salvar al mayor, simula ponerse al lado de los enemigos de éste, para terminar causando la muerte de su hermano, inducido por la mujer y tras haberse identificado con la lucha republicana por un complejo de impulsos y circunstancias más que por convicción ideológica.

En la novela se yuxtaponen y se coordinan efectivamente, provistos de análogo relieve, la discordia entre ambos hermanos (el legítimo y el «bastardo») y el conflicto entre ambas causas (del pasado ¿y del futuro?). Pero no hay simplificación maniquea: no se maldice a Caín ni se glorifica a Abel. La impresión última es que el fratricidio familiar y el general, como acciones filtradas por la conciencia del personaje que ocupa el centro del libro y enfoca los comienzos de sus cinco capítulos y sus respectivos finales (salvo el del capítulo IV), afirman el compromiso contra la interminable angustia de la abstención. Simón, el abstinente, secuestrado por sí mismo en la espera del hermano desaparecido que le prometió volver y nunca volvió (o que está siempre, imaginariamente, al volver), padece desde su instante inmenso —irradiado hacia todo el pretérito y alerta a ese único futuro que sería el regreso del exiliado— la congoja de lo inconcluso:

> No sé si volverás pero lo cierto es que aquí estoy y aquí seguiré y no abriré esa puerta más que a ti, tanto si vuelves como si no. No me preguntes por qué lo hago. No lo sé. Lo hago y basta y buscar la razón de ello no es más que un entretenimiento que para serlo cabalmente ha de tener, como todo juego, un final; por eso la causa dice siempre: yo soy el fin. Y posiblemente, dirá otro, estoy aquí para subrogar todas sus funciones y prolongar tu existencia, para restaurarte, sucederte y sustituirte, en suma, como hice o traté de hacerlo siempre, ocupando el hueco que dejaste en tu casa o en la cama de tu cuñada o en una

> guerra que no habrá terminado en tanto los vencedores no ocupen este bastión que de tan imprudente manera dejaste indefenso (228).

¿Será, según esto, el verdadero fratricidio la inacción con que un tercer hermano contempla a los dos en lucha? El examen, aun esquemático, del texto ayudará a responder.[6]

En la «Primera parte» de esta novela (breve preludio y los capítulos I y II) el personaje principal es la *abuela-sibila*, envejecida rectora del orden tradicional fundado en la decadencia y que se sabe destinado a la decadencia. El preludio describe el lugar, la casa, e insinúa unos motivos que, sólo reconocibles por su reaparición a distancia, incoan misteriosos efectos de expectativa. Una voz impersonal, menos narradora que visualizante, se precia de indeterminar el enclave («Re...»), el tiempo («sin existir ocurrió una vez, y de una vez para siempre») y las figuras: «la carrera de un niño que grita»,[7] «la descarga con que es abatido el alcalde del lugar», «un convoy de camiones», «una mano moteada levanta un siete de espadas», «se dice que hay quien todavía aguarda la llegada de un pariente, desaparecido durante la guerra», «Se podía haber llamado En... Au...».

En el capítulo I el personaje que espera al desaparecido enfoca las primeras secuencias («secuencia» como porción textual de contenido continuo entre dos interrupciones de tiempo o espacio): sospecha la llegada del ausente pero recela asomarse a la ventana; rememora una escena infantil, cuando los hermanos volvían junto a la misma tapia que ahora él contempla, y al fin resuelve prolongar la espera en un soliloquio que alza esta pregunta: «¿Quién disparó sobre su hermano?» (25). A la indecisión del recluso sigue la visión de la abuela ante sus cartas, y unas palabras suyas de otro tiempo al nieto preferido (el menor) apuntan a las idas y venidas de éste entre la casa y el campo de batalla. A lo largo de diez

secuencias el narrador hace ver, desde una perspectiva más próxima a la actividad que al pensamiento del hermano menor, la separación entre éste y su padre, que lo llamó para que socorriera a su hermano; el estado ruinoso del lugar al fin de la guerra; la presión de la abuela para que el nieto hiciera lo que tenía que hacer; fragmentos de combates; otra visita del nieto a la abuela y su encuentro con la cuñada y la mutua entrega erótica; la conducta del hermano más joven en sus campañas, urgido por un espíritu de superación; los coloquios entre el alcalde y el padre; el desastre republicano experimentado por el combatiente; su visita a la casa, acariciado por la tía Sunta «como cuando era niño»; el ápice de aquel desastre, fusilamiento del alcalde y consumación de la derrota; y en una secuencia última, reaparece Simón vacilando entre creer y no creer en la vuelta del desterrado. Se reparte así el capítulo en unas secuencias enmarcadoras (tres iniciales y una final) con la figura del esperante, una secuencia que destaca a la sibila, y todas las otras protagonizadas por el esperado Saúl, que se mueve en distintos tiempos entre la casa y el frente; y una de estas secuencias vuelve a destacar a la abuela. Por agregación de pormenores van afianzándose los motivos, entre los cuales surgen (y así ocurrirá a través de todo el texto) reflexiones trascendentales.

El capítulo II se abre y se cierra con la figura del primo Simón creyendo y no creyendo, respectivamente, en la reaparición del evadido. Se lee al comienzo que el grito del niño simultáneo a la visión del supuesto regresado reproducía tal vez el de «treinta años antes» (final de la guerra), pero en la secuencia última (como al principio del capítulo I) dícese que el chiquillo que en esa ocasión se encaramó a la puerta lo hizo «veinte años después». Todo sucede como si el tiempo estuviese medulado en un instante e irradiase desde él en círculos descéntricos. Convocado, pues, el lector, desde el preludio, a la

indeterminación temporal, asiste en este capítulo II a una alternancia aproximada de momentos en torno al hermano menor y momentos en torno a la abuela-sibila, la cual cobra relieve preponderante mientras habla y habla al nieto. Escenas en la casa (el hermano segundo entre sus familiares, y los dos viejos habladores: el padre, el alcalde); sumario retrospectivo del joven en Madrid, estudiante de ciencias, distanciado de su hermano mayor, en adulterio con la mujer de éste, volviendo a la casa llamado por su padre con urgencia, buscando ayuda para alzar unos obstáculos en las últimas luchas, visitando a la abuela. De manera abrupta, en secuencia breve (104-105), se refiere el asesinato de un durmiente por su relevo, en un aprisco de la montaña: dos disparos en la nuca; y quedará en sombra si fue un crimen más en las postrimerías de una guerra en que terminaron matándose a la desesperada los vencidos o crimen de capital importancia en el argumento «familiar». Por la brusquedad con que se inserta en el tejido del capítulo, tal escena parece, en todo caso, la miniatura o extracto microcósmico de la novela. A partir de ahí se hace regular la alternancia entre la voz de la abuela que expone al nieto la teoría del suicidio del cristianismo (y hundimiento de la ideología por ella presidida) y la relación minuciosa, refinadamente técnica, de las operaciones militares, con el embarrancamiento de unos camiones y la consiguiente búsqueda, por parte del hermano menor, de la herramienta con que levantar las interpuestas toneladas. Pero en medio de esa alternancia surge, no menos ex abrupto que antes, la descripción de la alcoba roja donde los amantes habían ocultado su adulterio y ante cuya puerta aparece el primo, boquiabierto, las gafas en la punta de la nariz, pronunciando un «Por fin se ha ido» (122), frase en la que sólo mucho más adelante parece posible identificar con la cuñada el sujeto gramatical. A través del parlamento de la sibila no todo es

teoría, sino también acusaciones al nieto por haber elegido el partido de la derrota, revelaciones sobre el origen bastardo, el adulterio y la apostasía del predilecto, referencias al fratricidio y llamadas al cumplimiento del deber, tras lo cual se parafrasea el tránsito de la anciana, el reconocimiento de su error y de la futilidad de su credo, su repatriación al seno de la materia y la transmisión de su último escalofrío al nieto, antes de bajar para siempre los párpados. De toda la historia quedó sólo en la casa desocupada «un nieto [Simón] pegado a la ventana», desde donde vio la entrada de los nacionales, y algo como la efigie volátil de esa vaticinadora que, por no haberlo dicho todo, seguiría hablando desde la muerte.

En el centro del libro, la «Segunda parte» o capítulo III, doblemente extenso que los otros cuatro, reproduce entrecomillado el monólogo del primo Simón (este nombre no se da hasta el final del capítulo IV). Narra, pues, y protagoniza esta parte el avatar de Samuel, cuyo principal destinatario es el hermano menor, aunque a veces lo sea la cuñada y otras veces el propio hablante: triple «tú» que el lector identificará, en cada caso, auxiliado por el contexto. La situación en esta unidad es la espera, y el asunto la discordia entre los hermanos, el adulterio y el fratricidio: aquella discordia, anterior a la aparición de la mujer; el adulterio, protagonizado por ella, y el fratricidio, por ella instigado. Pero el triángulo se agrava: el hermano mayor convive en su refugio con una muchacha del arrabal; el menor, seguido e imitado por el primo, es sustituido por éste, que en los últimos días de la guerra se ve arrastrado por la mujer, poco antes de que ésta huya para sólo aparecer más tarde y de paso. Lo sucedido al primo Simón es de tanta trascendencia para él y para la composición narrativa que ocupa el centro de la novela, su principio, su fin y la mitad de su título. Pende así el significado de la obra de este doble, de este contemplador que sólo tarde y a remolque participa en la

acción.

Ejemplo de pasividad y timidez, Simón murmura su soliloquio esparciendo recuerdos, estados de conciencia y fantasías. Su escenario mental tiene por protagonista al ausente, por quien sobrevive. La soledad le permite los sueños más caprichosos, tal la visión del cuerpo incorrupto de una mujer en el fondo del mar que anega Ávila, la ciudad de sus primeros estudios: a los labios de la yacente aproxima su borde mellado una lata de conservas vacía y la fauna acuática circula alrededor. Simón padece de desdoblamiento y contempla en su memoria a la mujer enigmática y transparente. Va emergiendo, tras esta obertura, en pleno tiempo subjetivo, fuera de toda ilación cronológica, la historia de la mujer y los hermanos. En la durmiente submarina puede reconocerse a esta mujer desprendida de la realidad. Simón evoca la infancia del primo más joven, su temprana orfandad y su aversión al hermano, el salto con que un día voló hasta su pecho buscando elección y desdoblamiento en el primo pobre, cuyo padre despreciaba a la familia política y se veía despreciado por ella. Era el menor hermano a la par tímido y despreocupado. Simón no puede olvidar haber presenciado el acuerdo furtivo entre los adúlteros para entregar al hermano mayor al enemigo, testimonio por el que se creyó implicado en el juego y tácitamente encargado de auxiliar y suceder al primo superviviente. Dirígese su memoria a tiempos de la mocedad, cuando ambos asistieron a imborrables violencias del paisanaje: la loba anegada en el río, el lobo lapidado por los campesinos en un pozo seco, la cucaña que había de escalar una rata azuzada... Testigo, narrador y biógrafo de ese primo, alude Simón a la seducción de que él mismo fue objeto por la cuñada cuando ya aquél se había ido y antes de que ella abandonara la casa. Tratando de explicarse el odio entre los dos hermanos, cifra su motivación en una causa imposible de analizar: la triple sombra sobre el entrecejo de la

infiel. A su conciencia retorna entonces el éxtasis vivido con ella, centrado en el recuerdo —morosamente figurado— de sus pechos. Es ahora, tras muchas alusiones sembradas conforme al sistema musical de los motivos insinuados y variantes, cuando el lector conoce la escena que originó —piensa Simón— la discordia fraterna: el hermano mayor y su compañero Donato violaron a una pobre muchacha que iba en una cuadrilla de segadores salmantinos, y el menor, que presenció el sufrimiento y las lágrimas de la víctima, se refugió de nuevo en Simón y jamás perdonó a su hermano la crueldad. Volviendo la mirada a su actual circunstancia, se pregunta el solitario dónde estarán los huesos del hermano asesinado, en qué hogar hallaría acomodo la mujer, en qué laboratorio de arrabal de una ciudad extranjera prolongará el ausente su exilio (y volverá a preguntárselo otras veces). Se impone de nuevo a su imaginación la figura de la mujer, ahora condensada en el izado moño que llevaba cuando se dejaba ver en la casa familiar, durante la guerra, y es vista entonces (aunque el motivo ya había aflorado y resurgirá) con la fisonomía de Uta, la enigmática estatua de la catedral de Naumburg, con su corona y cuello alzado y su mirada grave, «pasada ya de la melancolía» (198).[8] Uta saludó a su cuñado en la escalera y recibió de él un beso, junto al lóbulo de la oreja, que Simón observó y cuyo recuerdo le acosa. Ya entonces se veía con recelo en la casa al menor de los hermanos, y el pusilánime Simón, en el libre ritmo de su monólogo, va refiriéndose a la destrucción de la familia, al desentendimiento entre el padre y el hijo menor, a la tensión fraterna espoleada por la mujer. Transcurridos los años, ésta volvió para sólo detenerse unos minutos ante la casa arruinada y seguir su camino acompañada de otro hombre. Se hace presente a Simón el sacrificio de los hermanos a opuestos ideales y trae a su memoria la disidencia de la mujer respecto a la familia, observable ya en la fotografía

del día de su presentación en la casa. Para Simón la desavenencia política de sus primos se remonta a la escena de los segadores, pero su juicio sobre las distintas generaciones separa netamente el pensamiento de la generación de los padres (única ideología: conservar sus propiedades) de la de los hijos, en quienes alentaba igual oposición a aquéllos y semejante radicalismo, aunque la guerra les llevase en direcciones contrarias. «Ninguna de las dos causas era la tuya [...] —dice Simón—, pero sí lo era la guerra y cuando comprendiste que su final te dejaría sin terreno donde poner tus plantas, te arrimaste a tu cuñada cuanto ella quiso, con el pensamiento ya puesto en el exilio» (241). Como un perro doméstico, persigue a Simón el recuerdo de la muerte del hermano mayor, cuya versión conjetural implica a los dos tramadores y a un tercero incógnito. En cualquier caso, el origen del crimen lo sitúa él en el triple halo de la mirada femenina, y la figura de la mujer le conduce de nuevo a la recordación de su tardío amor, comparado sugestivamente, por espacio de dos páginas, a la ropa vieja que, guardada en un armario y detenida a media vida, espera regenerarse un día con el uso. Van perfilándose más y más los motivos y, entre ellos, sobreviene otra vez el del fondo del agua, donde también yacen los dados de César, los dados que hubieran permitido a Simón conocer su deseo. En la secuencia última convergen las postrimerías de la guerra familiar y de la civil. Para Simón, el hermano se resistió a matar al hermano, y la cuñada tomó el crimen a su cuenta, delegándolo en el tercer hombre incógnito, con quien el menor erróneamente identificara al propio Simón. Vuelven la escena del prendimiento del hermano mayor, el lamento del primo por no haberlo salvado ni haber terminado con él, su caída en la tentación de la instigadora (en el mismo cuarto colorado) que le transformó en otra persona, en una persona investida de voluntad. El brazo de la mujer, su hombro

(otra vez, en sinécdoque, una parte de ese cuerpo sentido antes como inaccesible) «me apartó [...] de ti», confiesa el enclaustrado. Pero la culpa —confiesa también—, aunque es lo que da sentido, no es de nadie: el verdadero mal debe ser soberano.

Pieza maestra de la novela, el soliloquio del primo Simón gira alrededor del adulterio y del fratricidio. El adulterio es repetido tardía y fugazmente por Simón, y a través de él puede reconocerse que también en esa forma oblicua que es propia del primo (especie de hermano refractado) el fratricidio le concierne. Simón no ha matado al hermano pero tampoco le ha salvado: no colaboró con los asesinos pero tampoco les cortó el paso. Ha dejado cumplirse el fratricidio. Caído en la trampa de la mujer, la vio escapar y no tratará de retenerla cuando pase por delante de la casa; pero sí aguardará con ansiedad interminable a quien, antes de desaparecer, le emplazó a que le esperase. Su fratricidio, por omisión, le tiene en vilo, y su existencia es este «en vilo»: la inminencia de esa visita que nunca llega.

Como la primera, la «Tercera parte» se compone de dos capítulos: el IV, enfocado en *los dos hermanos*, y el V, en la espera del primo tras la desaparición del menor al final de la guerra; ambos capítulos conducidos por el narrador, aunque en aquél se asista al diálogo entre los hermanos y en éste se perciba, menos como voz que como perspectiva, el monólogo de Simón.

Al principio del capítulo IV se indica que a la tapia se había acercado un hombre, pero que se perdió de vista tras la hiedra. Continúa Simón aguardando, y ahora se habla de «cuarenta años» (276), si antes se habló de «veinte» (24) y de «treinta» (77). Ya el narrador cuida de advertir que era algo más que una espera: «todos los días se venía abajo y todas las noches renacía» (276-277). Pronto el relato introduce a los hermanos

y, salvo la levísima presencia de Simón al final de una escena, este capítulo es el único que, empezando como todos con la imagen de su espera infinita, termina sin ella. Se evoca ahora la pérdida de los hermanos: uno en la muerte, otro en la ausencia. Se retoma la historia del menor y de su divergencia, y un motivo muy presente aquí (aunque insinuado casi desde el principio de la novela) es el de la primera ocasión en que la cuñada le dio a sentir con sólo un ademán la insatisfacción en que vivía ya al poco tiempo de su matrimonio. Enmarca el capítulo el diálogo de los hermanos cuando el menor fue a visitar al otro para tantear su situación y aconsejarle que abandonara el refugio, habiendo debido recomendarle que permaneciera en ese lugar, el más seguro. A través del diálogo se enfrentan dos actitudes que, coincidentes sólo en el imperativo de elegir y luchar, son en lo demás muy diversas: el hermano mayor, aunque del bando nacional, se manifiesta anarquista pues cree que la finalidad debe ser reducir el Estado, para lo cual el medio más apto le parece extremarlo totalitariamente hasta que venga a arruinarse por su propio exceso (teoría que se asemeja a la sustentada por la abuela acerca del hundimiento del cristianismo a causa de su milenario error); el hermano menor, en cambio, se ha adherido ya al ideal revolucionario, progresista y utópico, que el mayor critica con el cinismo del veterano. Mientras dialogan ambos, entra y sale la chica del arrabal, cuya caída en brazos del refugiado ocupa una breve secuencia. Se alude a los vanos esfuerzos del menor por canjear a su hermano o pasarlo por el monte a la otra zona, y a la facilidad con que obtuvo para él la libertad condicional, y se describen las operaciones militares que fueron curtiendo al más joven y empeñándole en una lucha enérgica y poco obediente al mando. Ello da paso a una escena trazada con apasionado detenimiento: la visita de una camarada al aguerrido oficial, en el jardín de la casa, junto a

un magnolio, no para amonestarlo por su conducta en el frente, sino para intimarle la necesidad de proceder con dureza y apresurar la reducción del enemigo caso por caso, incluido el caso del hermano; escena que presencia Simón, nuevamente testigo. Y el capítulo se cierra a la vez que el diálogo: el menor emplaza al hermano mayor para un jueves en que vendrá a recogerle un coche (¿para pasarlo a la otra zona?, ¿para hacerlo desaparecer?), y éste pregunta si ella («Mi ex mujer; tu amante», 328) lo sabe, refrendando el sarcasmo con un grosero insulto a las «dos almas gemelas».

En el capítulo V y último la presencia focalizadora de Simón aventaja a la actuante de los hermanos, pero sigue y acaba la historia del fratricidio. El presunto visitante pasó de largo por delante de la casa, volvió a pasar y no deja de pasar —sin pasar — para siempre. De regresar el héroe, como prometiera, no sería para traer orden ni paz, sino guerra; pero no volvería. Su figura quedó eternizada en la edad que tenía cuando se perdió: veintiséis años. Sobre el que aguarda recaen la incredulidad, el ensueño, la esperanza en un milagro y la desesperanza. Hasta que el lector vuelva a tener delante a Simón, el narrador seguirá alumbrando y oscureciendo la historia entrevista. El cambio de tono que adopta la segunda secuencia es notorio: el humor (ese humor de hilaridad, no de ironía, grotesco ni sarcasmo que distingue la narrativa de Benet) triunfa con soltura vertiginosa en los recuerdos de aquellos jueves, en el Madrid de anteguerra, cuando la tía llevaba al cine al sobrino más joven y éste andaba en aventuras con la taquillera, auxiliado o estorbado por otros compañeros (Pie de Rey, Simón y el chulo); relato en el que cobra insólita vivacidad la juventud alegre y confiada, de la que ya Juan Benet dejó impresión memorable en el cuento titulado «Así era entonces» (*Sub rosa*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1973). Así era entonces: ligereza, buen humor, fácil pasar de los días y las semanas.

Pero a esa evocación se yuxtapone otra muy distinta: la de una mujer examinada por un médico en un angosto piso madrileño entreabierto a un patio sombrío. Tras su aventura erótica con la cuñada en pleno estallido de la Guerra Civil, el hermano menor vuelve a la casa, solicitado por el telegrama del padre. Por un momento reaparece la sibila instando al nieto a cumplir su cometido, en la visita tantas veces esbozada. Se reanuda el relato de las vicisitudes últimas de la campaña, y defínese aquí la condición laberíntica de la existencia. Abatido el alcalde por la descarga de los triunfadores junto al olmo frecuentemente mencionado a lo largo del texto, y fijada como en definitiva instantánea fotográfica la situación de la casa (el primo a la puerta y la cuñada en el rellano de la escalera), el hermano menor «salió corriendo». Hacia la conciencia de Simón trae al lector nuevamente la memoria de su cópula con la extraña mujer, presa de un agónico afán de depravación. La guerra finaliza. Se hallan los republicanos en la sima de la derrota. Por un instante reemerge la visión del durmiente asesinado en el aprisco montañero, ya en estado de descomposición. El hermano menor viene a Región para llevarse un arma y advertir a Simón que le espera hasta que él vuelva para recogerle porque «tenía que acompañarle». «¿Adónde?», preguntó el primo, yendo con él hacia la puerta. Y nada más. El grito del chiquillo. Ha pasado el sobresalto. En espera de una redención que no habría de llegar, el jardín vuelve a la calma. ¿Abrir la ventana? «No abras, retírate. Observa tu mano y dime para qué sirve. Espera. Retírate. Todo ha de seguir.» Y así, en ese tiempo que sólo es lo que el sueño le permite ser —¿apariencia móvil de la eternidad?— se agota, sin desenlace, sin epílogo, el texto.

Operan en él dos narradores principales: el narrador absoluto, que deja aparecer lo imaginado y discurrido a través de toda la obra menos en el capítulo III, y el narrador-testigo

(Simón) que en ese capítulo tiene la palabra. Aquél mantiene una visión no interventora, nunca marcada, y al ceder el soliloquio (vocal o mental) al primo Simón en casi todos los principios y finales, el monodiálogo a la sibila (capítulo II) y el diálogo a los hermanos (capítulo IV), encubre aún más su posible semblante. El primo Simón, cuya función testificativa es obvia (mirar, observar, cavilar, esperar), tiende sin embargo a constituirse en protagonista, no sólo porque hable o vea en aquellos principios y finales, sino porque, viendo y hablando en la unidad central y, más extensa, alcanza con su intensidad contemplativa un nivel superior al de los agentes de la historia. Su contemplación, por hipotética que haya de ser en aquellas partes de la historia por él no presenciadas, gobierna el relato y la reflexión acerca del relato con la insomne profusión de un Argos. Y cabría notar una hermandad, casi una identificación, entre aquel narrador absoluto y este narrador-testigoprotagonista. El título mismo, *Saúl ante Samuel*, induce a admitir que si en el plano de la acción narrada el protagonista es Saúl (el hermano menor), en el del discurso narrativo, el auténtico protagonista, «ante» quien aquél aparece, es Samuel (el primo Simón), y éste y el narrador absoluto coinciden en saber mucho, en saber tanto —a fuerza de mirar y de suponer — que no tienen necesidad de aclarar nada.

Sea quien quiera el que la conduzca, la narración adopta el procedimiento de contar varias veces lo que pasó una vez y está pasando siempre. Es el método del *nouveau roman*,[9] pero en la narrativa de Benet parece haber sido siempre ejercitado como una transposición de la música a la poesía: repetición, ocultación y variación de motivos, cambios de ritmo, polifonía. Sirven de puntales intelectivos del edificio musical, en peligro siempre de desvanecerse, las reflexiones originales, elevadas, a menudo sentenciosas a pesar de su longitud, vertidas hacia problemas muy diversos: el cristianismo, la dualidad, el deseo,

la falta de finalidad, la culpa, el mal...

Si los lugares, por imaginarios que sean, se describen con detallismo penetrante, y si las relaciones entre los personajes, al principio difíciles de precisar, van adquiriendo a través de las repeticiones y variaciones un dibujo más acusado, el tratamiento del tiempo se inspira en la suspensión de su vigencia como sucesión y en el reconocimiento de su única realidad como ámbito de la conciencia total, formado por una trama múltiple e inextricable de aparentes ayeres, hoys y mañanas. Ello introduce al lector en un laberinto selvático que no vendría a ser otra cosa que la explosión potencialmente infinita del instante.[10]

Sin creer acaso en el símbolo ni en el mito, Benet simboliza y mitifica. Mitos y símbolos parecen más bien presuntas apoyaturas lanzadas —incrédula o irónicamente— al mar de la existencia ficticia, no para explicar identidades, sino para proponer analogías por medio de metáforas o comparaciones inventivas, paritarias, intensificantes, sintéticas, sinestésicas, breves (o bien, desmesuradas a veces), insertas en forma de paréntesis. Analogías que ilusionan al náufrago pero no le rescatan. Ya Saúl y Samuel plantean dudas. La condición de sibila atribuida a la abuela ¿no es un escarnio de su saber cartomántico? Referencias a Emaús o Varennes a propósito del padre y el alcalde, en su ocioso coloquio senil (82, 371), caricaturizan su situación de comentadores de una transformación que no entienden. El retrato de la cuñada como Uta de Naumburg se diría una forma sutil y mediata de sugerir el misterioso efecto de una fisonomía emulando con la palabra el prodigio de tan bella escultura. Algunas veces la mitología se ofrece en puntualizaciones tan extrañas (como en lo relativo a Eros y Ares, Némesis y Belona, páginas 256-257) que la impresión resultante bien puede ser la de una degradación paródica del mito, en disonancia con la mísera realidad. No por

ello carecen de eficacia poética tales implicaciones míticas, y mayor eficacia logran otras figuraciones de tono parecido, como aquella especie de romance de lobos revivido en la escena de los segadores salmantinos o la aparición de la sombra del «coloso» en sórdidas o angustiosas experiencias de peligro o terror (69, 349, 358).

Pero probablemente las más altas cumbres de expresión poética las alcanza Juan Benet en esta novela (y en otras) cuando anima y sublima la materia. De la mujer trasuntada en Uta de Naumburg es una parte de su cuerpo, la cadera, lo que arrastra al hermano menor al vértigo pasional, como el lóbulo de la oreja es el punto de un beso en que confluyen saludo, caricia y herida. Y su entrecejo, sus pechos separados, su erguido moño, su hombro deslumbrante,[11] son las partes que obsesivamente y con idolatría rememora el primo Simón en las soledades de su encierro. Pero también cobran vida —intensa hasta la transfiguración— las ruinas del jardín y de la casa, la roja habitación con tanto de venal alcoba como de sagrario diabólico, la ropa vieja adormecida en el arca, el magnolio del jardín en la escena atisbada por el primo, o el vaso de leche ofrecido por Simón a la cuñada (vaso de leche que aparecía en otra novela como un regenerativo servido en los burdeles[12] y es aquí el postrer alimento en un lugar devastado). Y la loba rodeada por el agua, o el lobo apedreado en el pozo, son víctimas sentidas como humanas, mientras la abuela y su sillón se compenetran formando una misma materia resistente a la muerte.

La novela gira alrededor de un momento y es, así, en la terminología de Benet, «corpúsculo» y no «onda»: concentrada visión de una parte, no biografía o evolución de una vida.[13] Pero las vidas aparecen en fragmentos, iluminadas por el relámpago del instante. Y a lo largo de las páginas del texto, además de las digresiones generales ya aludidas, se encuentran

con moderada frecuencia, a manera de glosas, claves sobre la técnica y el estilo de la novela misma, tal, entre otras varias, esta definición del sinfín sintáctico: «¿Quién conoce todos los órdenes de una frase? ¿Y qué frase puede alcanzar el estado absoluto? ¿Y quién nos engañó con su empeño en buscar lo cierto?» (201), o esta pregunta alusiva a la diferencia entre los que caminan por el laberinto con cauta previsión y el que avanza guiado por un sistema más rápido, tenebroso e instintivo: «¿Y en qué medida el laberinto no está formado por una muchedumbre de contemporáneos, incapaces de seguirle y moverse a su misma velocidad, insensibles a los avisos que él advierte?» (361).

No abundan los alivios humorísticos en *Saúl ante Samuel*, la novela más densa y más tensa de Benet, pero el episodio madrileño de la taquillera, el chulo y Pie de Rey bien vale, en su desenvoltura, en su alacridad y en su desgarro, lo que en *Una meditación* las anécdotas del licor amarillo o las barbas del fraile.[14] Y el lenguaje, suma exacerbada del estilo de todas las obras del autor, encierra una amplísima variedad de registros y lleva la tensión poemática a un grado difícilmente superable, como en este paisaje:

> El fondo del valle se halla cubierto de ese pegajoso, denso y brillante jaramago —de hoja verde cerúlea, pardo en su proximidad, negro mate, con puntos brillantes como un bloque de antracita, en la lejanía— que plagado de insectos durante toda la estación seca parece ponerse en resonancia; una sombría mancha sin límites en la que no se distingue una sola vereda, sin calvas ni accidentes ni otra vegetación que el monte bajo, cuya topografía es denunciada por el brillo de los esquistos o el espectral aislamiento de algún añoso enebro, o un desordenado y mutilado pino, su copa reducida al astillado ramaje invadido de un decadente arañuelo tan salpicado de agujeros como las túnicas y velos de las momias. Y en el escudo calizo, cortado por el cañón, unas tablas de roca huesuda, triturada por la intemperie, entre

cuyas cárcavas asoman las silbantes antenas del tomillo (54-55).

O como en este sondeo incidental en el enigma de la identidad:

> Ya va siendo hora de que me retire; el recuerdo es un perro doméstico que goza del derecho adquirido a un paseo diario de dos manzanas; y al tiempo que celebro el fin del día del mismo modo que maldije su nacimiento (porque son costumbres de las horas, diferenciadas sólo por la luz) (porque al maldecirlo esperaba de él lo que no me traería y al congratularme de su fin me ratificó en la desconfianza, y así prosigo) tendré que repetir una vez más todas las oraciones de la memoria, dejando para el último momento la esperanza de hallar en la mente ese único elemento diferencial merced al cual hoy no es ayer ni mañana hoy y que en verdad no debo encontrar si no quiero verme obligado a confesar que sólo la imaginaria anticipación del cambio nos permite seguir siendo siempre los mismos y que sólo el engaño de una naturaleza inescrutable —necesitada de una minúscula mutabilidad para su supervivencia— nos ha hecho creer a todos que vivimos una historia a fin de mantenernos bajo su férula (244).

Saúl ante Samuel es, para quien esto escribe, uno de los más altos poemas novelescos de nuestro tiempo, y como verdadera poesía (y no «literatura») encierra necesariamente un profundo valor de testimonio.

Sobre la condición humana, sobre la psicología del hombre concreto, esta novela ofrece un testimonio que pudiera compendiarse en el rechazo de las motivaciones racionales y en el reconocimiento del instinto como primer motor. Un solo ejemplo: para comprender la conducta fratricida del hermano menor, Simón descarta las fórmulas analíticas («era introvertido y rencoroso», «odiaba a su hermano», «mira cómo ahí se destaca la carencia de madre», etc.) para comprobar, refiriéndose al rostro de la mujer: «¿existía una causa más

provocativa e inquietante que la triple sombra sobre su entrecejo?» (186). No extraer motivaciones: entrar en la verdad de los sentimientos sin nombre. La verdad era que la mujer deseaba ver muerto a su esposo, que incitó al fratricidio a su cuñado (con quien sin embargo no podía «querer»), que atrajo al primo en un acceso de degradante frenesí, que huyó de la casa y buscó su destino en otra parte, y su conducta, como la del hermano menor, hallaría sus causas, de existir tales causas, «más lejos del último horizonte que aparecerá cuando alcancemos el último horizonte del conocimiento» (186). Y tampoco los hermanos ni el primo Simón se comportan con la consecuencia de un carácter explicable: son como son, de una vez para siempre, y el uno se entrega a una causa victoriosa en la que últimamente no cree, y el otro se adhiere a la vencida, en la que no creía, y el tercero aguarda y acecha, sabiendo que nadie volverá pero que sólo la espera puede mantener despierta su conciencia y cubrir el vacío con figuraciones de más sustancia y esplendor que las experiencias ordinarias (nuevo san Antonio —a la luz de Flaubert— en inacabable tentación de memoria y expectativa). En estas últimas lindes de la razón (como el Martín-Santos de los fragmentos finales de *Tiempo de destrucción*, y más allá) sitúa Juan Benet su apetito de conocimiento. Y precisamente cuando las motivaciones del obrar son fatales se hace posible la tragedia.

Tragedia humana *Saúl ante Samuel* y, por lo mismo, ética y política. El fratricidio entre los luchadores y el fratricidio infligido a los luchadores por los inactivos. Con ser el más imperdonable el crimen del que se abstiene (Samuel) y el mensaje menos ambiguo del texto la condena de quien no elige, la figura revelada con mayor densidad de conciencia, el personaje que vive ante el lector de manera más compleja y más rica, y cuyos deseos, sufrimientos y pensamientos logran magnitud incomparable, es el solitario Simón. Y es significativo

que ocurra esto mismo en otras novelas de Juan Benet, como si la tragedia más honda del mundo que vivimos consistiese en la pérdida, o en el olvido, de la finalidad que justifique el obrar.

Compañeros de Simón-Samuel son: el doctor Sebastián (aunque caritativo) de *Volverás a Región*, arrinconado en su polvorienta clínica; el innombrado narrador-testigo de *Una meditación*, primo también, reflexivo y convencido de que es él el llamado a pagar los vidrios rotos por quienes siguieron sus impulsos;[15] la Demetria de *Un viaje de invierno*, encerrada en la casa vacía años y años y «embargada por la sorpresa y algo del enojo de Samuel ante la llegada de un Saúl que se acomodaba a todas las predicciones»;[16] el adúltero, fratricida y sádico Cristino que en *La otra casa de Mazón* increpa a ruinas y a fantasmas;[17] o el protagonista único de la leyenda *Numa*, ese pastor que en la espesura del bosque, alerta a los pasos de quien un día habrá de llegar a matarle (a sucederle), iba olvidando el sentido de la espera cuando, más allá de las dos tendencias de su alma (la pura meditación, la pura acción), derivaba hacia una mezcla de pensamiento sin inquietud y vigilancia rutinaria.[18] Estos personajes, y algunos otros de las narraciones menores de Juan Benet, podrían aunarse en la memoria de su lector completo hasta formar un solo héroe cuya tragedia última no sería otra que la soledad contemplativa, la inacción, la imparticipación: el verdadero fratricidio.

Considerada por su autor como la más completa, personal y «recóndita» de sus novelas, *Saúl ante Samuel* (1980) es considerada unánimemente la obra maestra de Juan Benet, cumbre de su manera de narrar, de su gran estilo.

Saúl ante Samuel es una exploración cautivadora, a través del tiempo y la memoria, de cuarenta años de historia personal y nacional. La Guerra Civil en Región sirve de fondo a una historia de resonancias bíblicas, en la que se trasluce la rivalidad de dos hermanos y el enfrentamiento a que los empuja la mujer de uno de ellos, resuelta a eludir el ruinoso destino que a todos acecha.

Texto establecido a la luz de la última versión mecanoscrita del autor. Incluye el ensayo «*Saúl ante Samuel*, historia de un

fratricidio» (1983), de Gonzalo Sobejano.

Reseña:
«Quizá Juan Benet haya sido el escritor más genial que he podido conocer jamás.»
Rafael Conte

Juan Benet (Madrid, 1927-1993) es quizá el escritor español más influyente de la segunda mitad del siglo xx. De profesión ingeniero de caminos, canales y puertos, publicó el volumen de relatos *Nunca llegarás a nada* en 1961, en una edición costeada por él mismo. En 1967 apareció su primera novela, *Volverás a Región*, quizá rechazada por tantas editoriales como veces fue reescrita. En 1969 obtuvo el Premio Biblioteca Breve por *Una meditación*, lo cual supuso el espaldarazo definitivo a su carrera literaria. Desde entonces, cada libro constituyó un hito crítico y una nueva camada de hijos literarios. Del resto de su obra cabe destacar las novelas *Un viaje de invierno* (1972), *La otra casa de Mazón* (1973), *Saúl ante Samuel* (1980), *El aire de un crimen* (1980) y el ciclo inacabado de *Herrumbrosas lanzas* (1983, Premio de la Crítica, 1984, 1986); los volúmenes de relatos *5 Narraciones y 2 fábulas* (1972), *Sub rosa* (1973) y *Trece fábulas y media* (1981); las obras de teatro *Max* (1953), *Anastas o el origen de la Constitución* (1958) y *Un caso de conciencia* (1967); y las prosas de *Qué fue la Guerra Civil* (1976), *Otoño en Madrid hacia 1950* (1987), *Londres victoriano* (1989) o *La construcción de la torre de Babel* (1990).

Edición coordinada y presentada por Ignacio Echevarría

La presente edición, revisada por los herederos de Juan Benet, restituye el último texto aprobado por el autor

Primera edición: enero de 2023

© 1980, Herederos de Juan Benet
© 2009, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1983, Gonzalo Sobejano, por el epílogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: Antonio Saura, ilustración para “1984” de George Orwell, 1985, pintura acrílica y tinta china sobre papel / © VEGAP 2009

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6637-266-4

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinEbooks
Facebook: penguinbolsillo
Twitter: @penguinbolsillo
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Citando textualmente las palabras de un poeta del sur.

[2] Juan Benet, *Una tumba* y *otros relatos*, introducción de Ricardo Gullón, Taurus, Madrid, 1981, p. 50.

[3] Las cifras entre paréntesis, en adelante, refieren a las páginas de la presente edición.

[4] Otros personajes nombrados son el alcalde, Manuel; el padre, Martín; la tía Sunta; el falangista Donato, y el amigo juvenil del hermano menor, apellidado Pie de Rey.

[5] Esa casa de tres plantas recuerda aquella otra con el mismo número de pisos, con su jardín, su tapia y sus alojados que «parecían sumidos en un sueño interminable, en las habitaciones de la segunda planta», evocada en el relato «Después» (Juan Benet*, Nunca llegarás a nada* [1961]*,* Alianza, Madrid, 1969).

[6] Podría, en el sumario que sigue, llamar Emilio al hermano menor, pues en *Herrumbrosas lanzas* (Alfaguara, Madrid, 1983, p. 144, nota 1) se alude a él con plenitud nominal: Emilio Beltrán de Rodas (otras menciones en pp. 215 y 230 de la misma novela). No lo hago, sin embargo, porque tal nombre es exterior y posterior al texto de *Saúl ante Samuel*. En un ensayo, «The Theme of Warring Brothers in *Saúl ante Samuel*», David K. Herzberger llama siempre Martín al hermano menor, basándose sin duda en una sola mención («La muerte es cosa recomendable, Martín», p. 85), que, con suma probabilidad, atañe al padre, pues aparece en boca del alcalde, a quien el padre dirá mucho más adelante: «Tienes que escapar, Manuel» (p. 371). El trabajo de Herzberger, que trata mucho y acertadamente de Caín y Abel, pero apenas de Saúl y Samuel (ni tampoco del primo Simón), se encuentra en Roberto C. Manteiga et al., eds., *Critical Approaches to the Writings of Juan Benet*, University Press of New England, Hannover y Londres, 1984, pp. 100-110.

[7] El grito del niño, al final de la guerra, cuya nota perdía un semitono en la carrera, está en *Volverás a Región* (Debolsillo, Barcelona, 2009, p. 184), y en *Saúl ante Samuel* se encuentra, en la forma más próxima a aquélla, en p. 170.

[8] En *Un viaje de invierno*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1972, p. 207, se describía a Demetria por comparación con esa figura: «Durante mucho tiempo no miró de frente sino como Uta, la cabeza apenas girada y el iris en la comisura de los párpados, con el labio inferior un tanto avanzado,

exponente de aquella trágica y taciturna belleza desflorada por la pesadumbre».

[9] Gérard Genette, *Figures III*, París, Seuil, 1972, p. 147.

[10] «¿Es que alguna teoría del lenguaje o cualquier otra ciencia ha explicado dónde están el pasado, el presente y el futuro, dónde sus respectivas fronteras, hasta dónde sus dominios, qué les distingue?» (Juan Benet, *El ángel del Señor abandona a Tobías*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, p. 127). En el mismo libro habla Benet «del misterio del tiempo absoluto, ese es y no es, que lo es todo y va a ser nada o poco, que lo fue todo y apenas es algo, que lo que queda de aquél fue ya, no es lo que fue sino que es una parte de lo que es, que una parte de lo que es es una parte de lo que fue, y lo que será, etcétera» (p. 146). La denominación *narrador absoluto* usada más arriba procede de este libro de Benet (p. 160), fundamental para comprender su concepción del mundo y de la novela. Después de escritas las páginas de este comentario, compruebo con satisfacción que mi sumario de *Saúl ante Samuel*, más atento al «qué» que al «cómo» según declaro desde el principio, no se aparta sin embargo de lo recomendado por Randolph D. Pope: «in Benet's work the story line is not to be found in the anecdote, but at another level in which the protagonists are perception, time, duration, and, above all, an active, imaginative, deceptive, and liberating memory» («Benet, Faulkner, and Bergson's Memory», en Manteiga et al., *op. cit.*, pp. 111-119).

[11] El brillo de un hombro femenino, «desnudo», «reverberante», «ovalado», es motivo capital en el relato «Después», como lo es el «lóbulo de la oreja» en ciertos pasajes de la novela *Una meditación*.

[12] *Volverás a Región*, ed. cit., p. 173.

[13] «Onda y corpúsculo en el *Quijote*» (Juan Benet, *La moviola de Eurípides*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 77-114).

[14] Pie de Rey aparece mencionado en la más humorística novela de Benet, *En el estado*, Madrid, Alfaguara, 1977, p. 94, cuyo trío protagónico —el señor Hervás, la señora Somer y Ricardo, yerno de ésta— preludia el episodio madrileño de *Saúl ante Samuel* en varios aspectos.

[15] *Una meditación*, ed. cit., p. 272.

[16] *Un viaje de invierno*, ed. cit., p. 171.

[17] Juan Benet, *La otra casa de Mazón*, Barcelona, Seix Barral, 1973, p. 226. Cristino Mazón terminaría su vida «enclaustrado en una cocina y una habitación aneja, con todas las puertas y ventanas del entorno

toscamente tabicadas, entablonadas o claveteadas a mano» (Juan Benet, *El aire de un crimen*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 130).

[18] Juan Benet, *Del pozo y del Numa*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1978, p. 164. El ensayo que ocupa la primera mitad del volumen se ocupa de Thomas Mann y *José y sus hermanos*.

Índice

Saúl ante Samuel

Nota de los editores
Saúl ante Samuel
Primera parte
  Capítulo I
  Capítulo II
Segunda parte
  Capítulo III
Tercera parte
  Capítulo IV
  Capítulo V
A modo de epílogo
  «Saúl ante Samuel», historia de un fratricidio, por Gonzalo Sobejano

Sobre este libro
Sobre Juan Benet
Créditos
Notas